

De los **40** arriba  
para

**RAQUEL G. ESTRUCH**



**DE LOS 40  
PARA ARRIBA**

RAQUEL G. ESTRUCH

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *De los 40 para arriba*

© *Raquel G. Estruch*

Edición publicada en julio 2018

Maquetación: *Alexia Jorques*

Diseño portada: *fiftyfifty*

*A mi hijo*

*«El día de hoy no se volverá a repetir. Vive intensamente cada instante, lo que no significa alocadamente; sino mimando cada situación, escuchando a cada compañero, intentando realizar cada sueño positivo, buscando el éxito del otro; y examinándote de la asignatura fundamental: el amor. Para que un día no lamentes haber malgastado egoístamente tu capacidad de amar y dar vida.»*

El club de los poetas muertos

# *~ Índice ~*

[~ CAPÍTULO 1 ~](#)

[~ CAPÍTULO 2 ~](#)

[~ CAPÍTULO 3 ~](#)

[~ CAPÍTULO 4 ~](#)

[~ CAPÍTULO 5 ~](#)

[~ CAPÍTULO 6 ~](#)

[~ CAPÍTULO 7 ~](#)

[~ CAPÍTULO 8 ~](#)

[~ CAPÍTULO 9 ~](#)

[~ CAPÍTULO 10 ~](#)

[~ CAPÍTULO 11 ~](#)

[~ CAPÍTULO 12 ~](#)

[~ CAPÍTULO 13 ~](#)

[~ CAPÍTULO 14 ~](#)

[~ CAPÍTULO 15 ~](#)

[~ CAPÍTULO 16 ~](#)

[~ CAPÍTULO 17 ~](#)

~ CAPÍTULO 18 ~

~ CAPÍTULO 19 ~

~ CAPÍTULO 20 ~

~ CAPÍTULO 21 ~

~ CAPÍTULO 22 ~

~ CAPÍTULO 23 ~

~ CAPÍTULO 24 ~

~ EPÍLOGO ~

## ~ CAPÍTULO 1 ~

¿Te has torturado escuchando la misma canción una y otra vez durante todo un fin de semana? ¿Has cometido el error de revolcarte en el lodo en plan croqueta tras una ruptura? Pues así estaba yo aquella mañana de sábado a finales del mes de septiembre. Sentada en la cama, rodeada de pañuelos de papel y sintiendo todo el peso del mundo sobre mis hombros. Y no, ninguna separación era responsable de aquello. Llevaba muchos años sola, pero no dejaba de pensar en qué había hecho con mi vida en la última década. Lo único positivo del desastre que había sido mi matrimonio se llamaba Marc y tenía ya doce años. Un niño inteligente, fuerte y extremadamente sensible que consumía todos mis esfuerzos para convertirlo en una persona digna y responsable en el futuro. Desde que su padre decidiera desaparecer un buen día sin dar más explicación que la de que se había cansado de todo aquello, como si fuéramos unos calcetines o un par de zapatos, todos mis esfuerzos y desvelos se centraron en una criatura que por entonces contaba con poco más de tres años y que se acurrucaba a mi lado en la cama cada noche.

El día que vi salir a Toni de casa con las maletas fue tal la soledad y la angustia que me invadió que juré al más puro estilo Scarlett O'Hara, que nunca más permitiría que una persona tuviera acceso a mi corazón. Al menos no del modo en el que él lo había tenido. Con la abrupta salida de ese hombre de nuestras vidas decidí que aquella había sido mi última oportunidad de formar una familia, de tener un hogar y de vivir enamorada. Lo de fueron felices y comieron perdices se lo dejé al resto del mundo. Solo tenía energías para ir a trabajar cada mañana, aguantar a la capulla de mi jefa y educar a una criatura que poco o nada entendía de todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Y no te confundas. A raíz de aquello no desarrollé un odio repentino hacia el género masculino; Tampoco caí en el error de pensar que todos eran unos cabrones. Simplemente los tíos dejaron de importarme. Si veía alguno guapo en un pub me limitaba a contemplarlo como quien observa una fotografía, pero no me pasaba por la mente ni pedirle la hora. Con el transcurso de los años, me acostumbré tanto a la soledad, a las rutinas con mi hijo, a no consultar nada con ninguna otra persona, que cada vez que mi hermana Marta o que mi mejor

amigo, Jorge, mencionaban que había llegado el momento de volver al mercado sentimental con la finísima frase: «Nena, debes tener ya el toto tan seco que van a hacer falta al menos veinte tíos diferentes», o bien me daba la risa o hacía oídos sordos a sus tonterías.

Sin embargo, ahí estaba yo una mañana de fin de semana llorando a moco tendido sintiéndome tremendamente sola por primera vez en muchísimo tiempo. Al principio pensé que aquel ataque de llanto se debía a que Marc se había quedado a dormir en casa de un amigo del colegio. Apenas nos habíamos separado en todos aquellos años y, cuando lo hacíamos, lo echaba muchísimo de menos. Luego quise achacarlo a la inminente llegada del otoño; Los días ya acortaban, la luz había cambiado a ese tono mortecino que duraría hasta pasadas las navidades y, para más inri, hacía dos semanas que no veía el sol. Para alguien que necesitaba el calor y pisar la calle casi como respirar, esta estación del año era una auténtica tortura.

Pero en el fondo era consciente de que existía algo más detrás del lloro desconsolado que me había asaltado nada más abrir los ojos; Una pregunta que llevaba tiempo asomando la patita en el patio trasero de mi mente. ¿Y si me equivoqué al no querer volver a sentir nada por nadie? ¿Me pasé tomando una decisión tan drástica en un momento en el que mi capacidad para pensar con claridad era prácticamente nula? Esta fue la primera vez en casi diez años en la que dudé del modo en el que había actuado cómo había actuado tanto tiempo atrás. Me di cuenta de que era maravilloso dedicarme en exclusiva a mi hijo y al trabajo. Sin embargo, ¿qué pasaba conmigo justo ahora que estaba a punto de cumplir los cuarenta?

Me encontraba en pleno castigo emocional cuando sonó el teléfono. Miré la pantalla y, al comprobar que era mi hermana, a punto estuve de no responder. Pero sabía que, si no lo hacía, ella insistiría hasta que decidiera dar señales de vida. Respiré hondo en un intento absurdo por tranquilizarme. ¿A quién quería engañar? Si había una persona capaz de leer mis emociones incluso a la otra punta del mundo, sin duda alguna, era Marta.

—*¡Ola ke ase!* —dijo con tanta energía que, en vez de animarme, hizo que me sintiera mucho más triste.

—Aquí...

—¡Joder, con la alegría de la huerta! Anda vístete que paso a recogerte en

diez minutos y nos vamos a tomar unas cañas.

—Uy no. Tengo un montón de cosas que hacer —dije tratando de aparentar cierta normalidad.

—¿Desde cuándo rechazas una oferta para pisar la calle estando sin niño? Coño, no me hagas subir los cinco pisos a pie hasta tu casa. Quítate las telarañas... al menos las de la cara. ¡Ya hablaremos de las otras!

—Si quieres que nos veamos para darme la tabarra con el tema de los tíos ya te puedes ir olvidando de que aparezca. Hoy no tengo la frutita para macedonias; Menos para oír las gilipolleces de siempre.

—Vic...Tú baja. Te prometo que hablaremos de filosofía, poesía libanesa y libros descatalogados —dijo mi hermana sin poder disimular del todo el ataque de risa que estaba a punto de darle.

—Ese plan tampoco me apasiona —respondí mientras me daba cuenta de que se me había dibujado media sonrisa en los labios—. Veré qué puedo hacer...

Colgué y dejé el móvil sobre la cama. Volví a respirar hondo. Tenía la sensación de que el aire no llegaba a mis pulmones. Notaba un incómodo peso en el centro del pecho y un leve temblor en las manos. Poco a poco me levanté y caminé hacia el armario, lo abrí y observé las prendas perfectamente ordenadas en su interior.

Una de las ventajas de mi escasa vida social era que tenía la casa con la misma limpieza y pulcritud de un museo. Como tenía esa sensación tan rara en el cuerpo decidí vestirme acorde a ella. Así que puse sobre la cama unos pantalones vaqueros largos azul claro, una blusa en tonos marrones y de manga por el codo que tenía muchas ganas de estrenar y mis eternas manoleínas negras. Unos zapatos que mi hermana odiaba de forma especial, pero con los que yo me sentía tan cómoda que me apenas me ponía otra cosa en los pies.

Me di una ducha lo más rápido que pude, unos toques suaves de maquillaje sin apenas mirarme al espejo (cuando eres madre desarrollas una habilidad especial para esto), me vestí y aparecí en el portal de mi casa al mismo tiempo que mi hermana aparcaba su moto en la esquina. Mientras caminaba hacia donde yo estaba me fijé en la decisión con la que lo hacía y pensé en cómo se las apañaba para ir siempre tan bien arreglada. Igual que una modelo a punto de salir a desfilas sobre la pasarela. Probablemente no tener que hacerse cargo

de ningún niño pequeño contribuía bastante a aquella imagen tan elegante y relajada que ofrecía. Siempre había tenido claro que no deseaba hijos, decisión que, a sus treinta y ocho años, seguía manteniendo a rajatabla. Tengo que reconocer que, en ocasiones envidiaba la libertad de la que Marta disfrutaba. Solía echar la vista atrás y pensaba en aquella otra vida que tuve; Ese tiempo de despreocupación casi desdibujado en la memoria y donde Marc ni siquiera era un proyecto, los fines de semana en los que me daba igual lo tarde que se me hiciera tomando unas copas con mis compañeros de trabajo y bailando hasta el amanecer. Por supuesto, no cambiaría a mi hijo por nada del mundo, pero a veces sí echaba de menos un poco de tiempo para mí.

—¡Vaya cara llevas, hija! —fue lo primero que me dijo justo antes de estamparme dos sonoros besos en las mejillas como si fuera la abuela Frasquita del pueblo.

—No he dormido bien.

—Ay que la mami echa de menos al nene...

—Sí. ¿Algún problema?

—Nos hemos levantado alegres, ¿eh?

—Es que el comentario ya cansa —dije bastante consciente de lo borde que estaba siendo.

—Disculpe su excelencia. No volveré a mencionar lo gilipollas que se pone cuando está sin su prole.

Miré a mi hermana a los ojos y aprecié en ellos un gesto divertido. Tenía razón. Me había levantado con el pie izquierdo y, si mi intención era no amargarme el resto del día, debía de hacer todo lo necesario para sacarme de encima esa sensación de tristeza que me embargaba.

—Lo siento... No sé qué me pasa hoy. ¿Dónde vamos de cañas? —dije esforzándome por dejar atrás el mal rollo.

—Han abierto un sitio nuevo aquí en la plaza del que me han hablado bastante bien. ¿Nos arriesgamos?

—De algo hay que morir...

Mientras recorríamos con calma las tres calles que nos separaban de la plaza del barrio, Marta me puso al día sobre cómo le había ido la semana en

el trabajo y de la discusión número dos mil que había tenido con su marido por uno de los dos grandes temas de su vida en común.

—Victoria es que es un puerco y un desordenado —dijo mientras se colocaba con elegancia un mechón de su perfecta melena negra detrás de la oreja—. Ya no sé qué hacer para que deje la ropa sucia en su sitio o para que no me desordene a diario los cajones de la ropa interior.

—¿Has pensado en quemársela? —dije sin apenas mirarla.

—¿Disculpa?

—Eso... Que si se te has planteado la idea de pegarle fuego a lo que va dejando escampado por casa.

—¿Te has vuelto loca, Vic —Marta dejó de caminar y me miró con preocupación? —Es un adulto, no un mono del zoo.

Por la forma en la que me miraba sabía que estaba pensando en aquella vez en la que, siendo adolescentes y harta de ver su ropa desperdigada en cada rincón del cuarto que compartíamos, lo metí todo en la papelera y lo prendí con una cerilla. Sentí tal vergüenza al recordar ese episodio que ni siquiera me atreví a sostenerle la mirada. No por miedo, sino porque no estaba segura de poder controlar la risa al regresar a un momento tan lamentable de mi pasado.

—Todo lo arreglas igual; O lo quemas, o lo haces volar por los aires. O directamente ya no le das ninguna oportunidad.

—Vamos a tener las cañas en paz... —murmuré al darme cuenta del derrotero que estaba a punto de tomar la conversación. Apreté el paso y conseguí hacerme con la única mesa libre que quedaba en la terraza.

A juzgar por el tamaño de las jarras que pedimos, ambas estábamos agotadas. Aun así, sabía que a mi hermana todavía le quedaba cuerda de sobra para intentar hurgar en mis emociones y en el motivo de mi agobio.

—¿Has pensado ya qué quieres hacer para tu cumpleaños? —preguntó Marta después de apurar de un trago la mitad de su cerveza.

—Nada. Ya te lo dije. No tengo ganas de fiestas.

—Pero no se cumplen cuarenta años todos los días.

—Cuando te toque a ti seguro que no lo dices con tanta ilusión.

Vale... si... Estaba siendo un poco orco, pero de lo último que tenía ganas era de que la familia me organizara un evento con un montón de personas a las que apenas conocía y a las que además tendría que poner buena cara.

—Menudo ejemplo le estás dando a Marc, bonita.

—Qué tendrá que ver mi hijo con que cumpla años...

—Mucho.

Di un largo trago a la jarra que tenía frente a mí. Estaba intentando por todos los medios no hablar de nada personal. Pero mi hermana siempre tenía otros planes y solía salirse con la suya. De modo que opté por seguirle la corriente y darle el beneficio de la duda. Tal vez no termináramos discutiendo por lo de siempre.

—¿Me lo explicas, por favor?

—Hace mucho que dejamos de ser unas crías. Desde que nos fuimos de casa hemos hecho todo lo posible por no inmiscuirnos en las decisiones de la otra. Pero ya hace demasiado que pienso que se te ha ido de las manos esta vida casi monacal que llevas.

Sus ojos negros se clavaron de nuevo en los míos y, no sé aun por qué, me ruboricé. Una parte de mí llevaba años esperando ese comentario. La delicadeza no era precisamente una de las mayores virtudes de mi hermana. Y yo no estaba preparada para darle una respuesta. Al menos no la que ella quería escuchar. Podría haberle dado cualquier excusa, sin embargo, llegué a la conclusión de que lo mejor y más rápido era hablar con sinceridad.

—Solo trato de seguir adelante lo mejor que sé, puedo y me dejan —dije con una mezcla de rabia y frustración.

—¡Venga ya! No me salgas con el rollo del trabajo y los sacrificios de la maternidad, por favor.

—Habló la experta en niños...

—No vas a conseguir provocarme. Así es que deja de perder el tiempo con esa actitud de mierda. No estoy versada en nada y, mucho menos, en hijos. Hace tiempo que decidí dejar de pedir perdón por no querer ser madre. Pero eso no me convierte en una persona horrible; tampoco me desautoriza a

expresar lo que veo en voz alta —dijo mientras se inclinaba hacia mí dejando su rostro a escasos centímetros del mío—. Alguien te tiene que decir que no te pega nada esa cobardía en la que te has refugiado, ese falso mundo en el que tus necesidades, deseos o sueños no es que no importen, es que ni siquiera existen.

—Ya soy mayor para decidir cómo quiero vivir, ¿no te parece?

—Mucho. Sí. Un día te despertarás con setenta años y te preguntarán qué has hecho con tu vida. Entonces será tarde. No habrá solución. Te habrás convertido en una vieja amargada que malgastó los mejores años de su vida porque en una ocasión, mucho tiempo atrás, las cosas no salieron como esperaba.

Tragué saliva, conté hasta trescientos y evité decir en voz alta todo lo que estaba pasando por mi mente. Si algo había aprendido con los años, era a no precipitarme cuando quería dar mi opinión sobre un tema importante. Sabía que no había mala intención tras las palabras de mi hermana. Era consciente de cuánto se preocupaba por mí y de que, a pesar de esa vida tan llena de lujo y *glamour* como directora general de una agencia de viajes con sucursales en toda Europa, era una mujer empática, sensible y tierna. Alguien que sabía cómo dolía una traición. Si alguien había estado a mi lado cuando el padre de mi hijo decidió desaparecer, fue precisamente ella. Con el paso de los años se convirtió en una segunda madre para Marc. Por todas estas razones no la envié a hacer puñetas que era, en realidad, lo primero que me había pedido el cuerpo.

—Me parece muy curioso que tú no tengas que justificar las decisiones que tomas y, por el contrario, yo sí deba hacerlo.

—No es lo mismo—. Mi hermana volvió a sentarse erguida sobre la silla, alargó la mano y con esa elegancia tan innata en ella, sacó un cigarro de la pitillera de plata, regalo de nuestra madre, que la acompañaba desde la universidad.

—Claro. Porque estás cuestionando mi decisión. No la tuya. Los problemas de los demás siempre nos parecen mucho más sencillos de resolver que los propios—. Con un gesto rápido le arrebaté de los labios el cigarro que acababa de encender y le di una profunda calada.

—¿Piensas pasar sola el resto de tu vida? ¿De verdad quieres ser esa

clase de madre para Marc?

— Un niño para crecer sano solo necesita...

—Amor, rutina y estabilidad —dijo adelantándose a las palabras que me había oído pronunciar miles de veces durante los últimos años.

—¿Crees que no le estoy dando nada de eso?

—¡Al contrario! Marc es uno de los niños más equilibrados que he visto... No te haces una idea de que los monstruos que tengo que aguantar cuando organizo vacaciones de verano para los clientes VIP. No estoy cuestionando eso, Vi.

—¿Entonces de qué va el tema? ¿De cuánto tiempo hace que un hombre no me riega el huerto? —respondí poniendo especial énfasis en aquellas dos últimas palabras.

—No seas ordinaria —contestó al tiempo que en su boca se dibujaba media sonrisa a pesar de la seriedad de la conversación.

—¿Te vas a poner digna ahora? ¡Qué poco te pega!

—No es dignidad. Es... —añadió mientras se esforzaba por encontrar las palabras exactas — hablar de las cosas con la seriedad que, en este caso, merecen.

—Bien... Pues si te preocupa mi vida sexual te diré que es inexistente. Y lo es, no porque no me salgan oportunidades de conocer tíos o de irme a la cama con quien me plazca un sábado por la noche después de unas copas, sino porque no quiero involucrarme con nadie. Como tú y yo bien sabemos, el sexo no implica solo un revolcón. Al menos no tal y como yo lo veo. Sin saber cómo, una cosa lleva a la otra y, cuando menos cuenta te das, estás metida en una relación que no te satisface. Así es que —añadí mientras sentía que poco a poco iba perdiendo el control de la situación —prefiero quedarme como estoy.

—¡No es sano vivir así! —respondió mi hermana con un tono de voz demasiado elevado. Tanto que algunos de los clientes de las mesas de alrededor se nos quedaron mirando con cierto desagrado—. Todos necesitamos amor, sentirnos respaldados por alguien especial... ¡No tienes edad para que te dé igual!

—Pues ya ves... me he hecho mayor antes de tiempo.

—¿En serio piensas seguir sola el resto de tu vida?

—No estoy sola. Tengo a mi hijo.

Sabía lo manida que sonaba la respuesta que le acababa de ofrecer. Pero, en aquel momento, era la más sincera que podía darle. Hacía casi una década que tomé la decisión de vivir para que mi hijo no notara la ausencia del amor de un padre. Las pocas ocasiones en las que me había permitido el lujo de echar la vista atrás, esos pequeños momentos de nostalgia y repaso al pasado, me hicieron sentir bastante satisfecha de cómo habían ido las cosas. En la actualidad, no dejaba de pensar en la adolescencia que aún nos quedaba por delante, esa etapa en la que algunos críos parecen estar poseídos al más puro estilo de la niña de «El exorcista» cuando no completamente ajenos al modo Dustin Hoffman en «Rain Man». Pero, al menos, en la asignatura de madre, durante su infancia, sabía que había aprobado. Y aquello ya no me lo podía quitar nadie.

—Vic... Te considero una mujer inteligente y sé, porque te conozco, que habrás pensado alguna que otra vez en el momento en el que Marc vaya a la universidad o en el que, simplemente, decida comenzar su propia vida.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí. Pero si algo he aprendido con todos los palos que he recibido es a no hacer planes a largo plazo.

—No te creo —dijo y, a juzgar por la expresión de su rostro, era cierto.

—Pues es lo que hay. No quiero preocuparme por las cosas antes de tiempo. ¿Para qué? ¿Y si luego resulta que no suceden? ¿Qué ocurre si muero mañana? Te lo voy a decir —añadí antes de que mi hermana pudiera reaccionar—. Me habré angustiado para nada. De modo que no hago planes a más de un mes vista. Es lo mejor.

Cuando terminé de hablar miré a Marta directamente a los ojos. Estaba más que sorprendida. Me observaba con la misma expresión de alucine que si acabara de ver el aterrizaje de un ovni en Plaza Cataluña a plena luz del día.

—Creía que eras más inteligente.

—¿Te parezco imbécil?

—Pues ahora que lo dices... Un poquito sí.

—¿Por qué?

—Le has dado todo el poder a una persona que ni siquiera está en tu vida.

—Yo controlo mi existencia —dije creyendo aquella afirmación a pies juntillas.

—Tú no controlas una mierda.

—¿Quién es la soez ahora?

—¡Al carajo los modales! Estás muy equivocada si crees que tienes las riendas de las cosas. Estás dejando que un hecho que sucedió cuando apenas habías cumplido los treinta condicione el resto de tu vida.

—¿Y qué si es así? —señalé sin hacer nada por disimular que estaba empezando a enfadarme de verdad.

—¡Pues que es un error!

—Perfecto... En cualquier caso, será MI error.

Marta abrió la boca para añadir algo más. Sin embargo, yo ya había sacado a pasear mi cara de “ni te atrevas a toserme”. Durante bastantes minutos se instaló entre nosotras un silencio tenso. No entendía la obsesión que parecía haberse adueñado de ella últimamente. En realidad, la campaña para que regresara a lo que los demás llamaban vida, parecía haberse extendido a otras personas de mi entorno. A medida que pasaban los minutos, en vez de calmarme, me fui alterando. Nunca me atrevía a opinar sobre las decisiones de otros. Por mucho que les apreciara o por muy convencida que estuviera de que se equivocaban, jamás abría la boca al menos que me lo pidieran.

¿A qué venía tanto interés por arreglar mi vida privada? Estaba completamente convencida de que no había nada que arreglar. A pesar de la llorera de aquella mañana, en general me sentía tranquila y en equilibrio con el universo por primera vez en mucho tiempo. Hacía bastantes años que me resbalaban los comentarios manidos tipo: Que se me iba a pasar el arroz o que terminaría viviendo rodeada de gatos. Por lo general respondía a todo aquello con una sonrisa y no perdía demasiado el tiempo dándole importancia a algo que, para mí, no la tenía. Sin embargo, me empezaba a preocupar el hecho de que argumentos como el que mi hermana acababa de defender, me afectaran de aquel modo. No sé durante cuánto tiempo permanecí en silencio y sumida en mis pensamientos. Cuando volví a la realidad escuché una voz masculina muy

familiar casi susurrándome al oído.

—¿Bebiendo alcohol antes del mediodía sin mí, guarra?

—¡Jorge! —exclamamos mi hermana y yo casi al mismo tiempo.

—Si fuerais tíos así de emocionados ya me habríais alegrado el sábado —dijo mientras sonreía y nos daba un beso a cada una en la mejilla—. ¿Puedo...?

—¡Por supuesto! —se adelantó mi hermana—. Cuánto tiempo sin verte...

—A mí no me mires —respondió él al tiempo me dirigía una mueca mezcla de asco y diversión—. No hay quien saque a esta de la cueva y no será porque no le digo de ir a visitar locales nuevos cada semana.

—No me apetece mucho meterme en un antro lleno de tíos, alcohol y música a tope —respondí un poco mosqueada.

—Podemos ir a uno en el que caigan rendidos a tus pies y reciten mantras.

Jorge supo que acababa de cagarla con su comentario incluso antes de terminar de pronunciar la frase. Durante unos pocos segundos hubo un juego de miradas entre los tres y, como diría mi hijo, a punto estuvo de mascarse la tragedia. Sin embargo, tenía un amigo con una mente ágil y brillante. De modo que enseguida encontró un tema de conversación para mantenernos alejados de la zona de peligro.

—¿Vais a ir a alguna parte hoy o tenéis pensado lanzaros al alcohol... más?

—Yo me iré a casa pronto. Tengo cosas que hacer —dije antes de que mi hermana pudiera abrir la boca.

—¿Tienes que quitar el polvo de algún sitio en concreto? —Jorge me guiñó un ojo y, sin saberlo, evitó que lo enviara directamente a hacer puñetas.

—Pues mira ahora que lo dices... —respondí mientras ponía los ojos en blanco y cara de estar disfrutando como una loca.

—Ya veo que te acuerdas, puerca. Ahora ya estás lista para pasar a la acción.

—La escoba y el mocho es lo más que va a pasar mi hermana hoy.

Las dos nos miramos a los ojos desafiándonos. Como cuando éramos niñas

y nos peleábamos por un juguete.

—¡Qué ambientazo hay! —dijo él quien, con sus exquisitos modales, había pedido una jarra de cerveza para amenizar aún más la mañanita que llevábamos—.Esto se cura yéndonos de trapos.

—¡Ay sí, por favor! A ver si al menos empezamos el otoño con mejor ánimo —dijo mi hermana muy emocionada.

—Lamento estropearos la diversión, pero con la vuelta al cole he tenido que renovar todo el vestuario de Marc. Así es que estoy más que arruinada.

—Aguafiestas —murmuró Jorge mientras consultaba el Iphone a una velocidad que ni siquiera parecía humana—.Acaban de abrir una tienda divina en Paseo de Gracia a la que me apetece mucho ir.

—¿Te refieres a esa japonesa que llevan semanas anunciando en los periódicos? —dijo mi hermana completamente extasiada.

—¡La misma!

—Pues he visto unas blusas en su web que me vendrían de miedo para el trabajo —añadió Marta con el bolso en la mano como si estuviera a punto de echar a correr.

—Hale... Id con Dios —dije al tiempo que buscaba con los ojos al camarero. Necesitaba otra cerveza como mínimo para poder ahogar en ella la envidia que me estaban dando aquellos dos.

—Mujer... vente—. Jorge me miró y me puso ojitos de polluelo necesitado de cariño.

—Prefiero quedarme. Si os acompaño solo conseguiré sentirme peor —dije un poco sorprendida por el nudo que se me estaba empezando a formar en la garganta.

—Entonces nos quedamos contigo.

—Pero solo un rato —dijo mi hermana quien no estaba dispuesta a enterrar el hacha de guerra tan fácilmente.

—Por mí no os sacrificéis —respondí en un tono de voz tan borde que incluso yo misma me sorprendí.

—Venga... venga... que rulen las cervezas y pelillos a la mar —dijo Jorge

quien se lanzó a contarnos cómo le había ido la última de sus citas con un guaperas de Tinder y las tiradas de tejos que había tenido que sufrir por parte de dos pacientes de avanzada edad en el hospital en el que trabajaba.

Eran casi las cinco de la tarde cuando entré en casa. Había perdido la cuenta de las cervezas que llevaba en el cuerpo en uno de los múltiples ataques de risa que me habían provocado las anécdotas que mi amigo narraba con tanta gracia. Al despedirme de mi hermana, las cosas parecían un poco más calmadas entre nosotras, aunque todo lo que nos habíamos dicho horas antes bullía con fuerza en mi interior. Me conocía lo suficiente como para saber que, sin pretenderlo, Marta me había dado material sobre el que pensar durante semanas, tal vez meses. Sin embargo, el hambre y la risa tonta que llevaba no eran las mejores aliadas para abordar los temas serios. Ya lo haría en cuanto tuviera las neuronas un poco menos atontadas.

## ~ CAPÍTULO 2 ~

El domingo amanecí antes de las nueve de la mañana con un dolor de cabeza épico. Cada vez aguantaba menos el alcohol. Me estaba haciendo mayor y, si era sincera, se me había ido un poco la mano con la cerveza el día anterior. Pero eso, en cualquier otro momento de mi vida, no me hubiera afectado en lo más mínimo. Unos pocos años antes, un mediodía de cañas se podría haber convertido perfectamente en un almuerzo con vino, para pasar a una cena y unos gin-tonics.

Hacía ya un buen rato que intentaba, sin éxito, fijar la vista en un punto concreto de mi dormitorio y ver las cosas con cierta claridad. Sin embargo, mi cerebro se negaba a procesar una orden tan sencilla como aquella y lo que me devolvía eran imágenes tan poco nítidas que provocaban que el malestar fuera en aumento. Finalmente, tras un ejercicio de enorme madurez, respiré hondo un par de veces y me puse en pie. Todo mi cuerpo protestó y las piernas amenazaron con no sostener el peso del cuerpo. ¡Menuda resaca llevaba! Como si me hubiera pasado la noche en una taberna de puerto dándole al vino. Con más pena que gloria recorrí los escasos metros que separaban el dormitorio del cuarto de baño. Una vez allí, me deshice del pijama, abrí el grifo y, sin esperar a que el agua estuviera caliente, me metí debajo. Un grito agudo escapó de mi boca en cuanto noté el frío clavándose como alfileres en cada centímetro de mi piel. El instinto de supervivencia me ordenó que acabara con la tortura, pero la masoca que también habita en mí me obligó a quedarme quieta. Necesitaba estar completamente despejada para el día que me esperaba. De modo que aguanté estoicamente el helor y el deseo de salir corriendo.

Cuando cogí la toalla. Todo mi cuerpo temblaba. Me envolví cuanto pude en ella y observé la imagen reflejada en el espejo. Sonreí. No porque me fascinara la visión, sino porque acudieron a la mente todas esas imágenes idílicas de las revistas de moda y de las películas en las que se ve a la protagonista divina de la muerte después de haberse pasado veinte minutos respirando vapor en el cuarto de baño. Obviamente, lo que tenía frente a mí, nada tenía que ver con aquello. El ser que miraba directamente a mis ojos

parecía recién sacado de las minas de Moria. Blanca como la pared. Tanto que tuve que pellizcarme un par de veces las mejillas para asegurarme de que no era transparente. Bajo mis ojos verdes, aunque en aquel momento estaban tan apagados que eran la viva imagen del césped a punto de morir, lucían en todo su esplendor unas bolsas en las que cabían más cosas que en los organizadores de Ikea. Eso por no hablar del color azul oscuro que habían adquirido a pesar de haber dormido casi diez horas. Mi pelo, de por sí caótico y desordenado, estaba completamente de punta. El tono presuntamente cobrizo que debía matizar mi color caoba natural llevaba más bien en aquel momento el nombre de zanahoria plastidecor que el cobre chocolate *luxury* que me había vendido tan bien mi peluquero de toda la vida. Resumiendo... estaba hecha una puta pena.

“Y eso que aún me faltan varios días para cumplir los cuarenta”, pensé tratando de controlar los ojos que ya bajaban a toda velocidad a darle caña al resto del cuerpo. Todavía no estaba preparada para asimilar cómo había afectado el paso del tiempo a un físico al que tan poca atención prestaba, todo había que decirlo. Por suerte, nunca había tenido excesivos problemas para mantenerme en forma. Aunque también era cierto que no era una persona demasiado aficionada a comer y, siempre que podía, procuraba hacer algo de ejercicio. Aun así, hacía ya varios meses que había observado ligeros cambios, pero no era el momento de abordar aquel tema. Ya lo haría cuando pudiera pensar con muchísima más claridad. De modo que concentré todas mis energías en seguir la rutina diaria que pasaba por ponerme crema hidratante por todo el cuerpo, embadurnarme bien la cara con sérum y tratar de colocar todos los rizos de mi melena de una forma estéticamente aceptable. Las dos primeras cosas las conseguí sin demasiada dificultad, pero el pelo no estaba dispuesto a ponérmelo nada fácil. Así que, como no tenía previsto hacer nada especial, opté por la socorrida coleta que al menos me proporcionaba una imagen digna. Luego me vestí con unos vaqueros desgastados, una camiseta de algodón blanca de manga corta y completé mi imagen de señora de casa una mañana de domingo con una chaqueta de chándal de GAP de color rosa que me había traído mi hermana de Nueva York.

Con la mente todavía un poco espesa, a pesar de la tortura a la que me acababa de someter, entré a la cocina dispuesta a prepararme al menos un par de litros de café bien cargado. Todavía no había podido digerir lo que me había dicho Marta, pero varias de sus frases se me habían grabado en la

memoria casi con la misma intensidad que las letras de mis canciones preferidas. Sabía que hasta que no reflexionara sobre todas ellas, no desaparecerían y aún quedaba un buen rato para que Marc regresara del fin de semana que estaba pasando en casa de su mejor amigo. En cuanto mi hijo apareciera por la puerta, toda mi atención sería para él y sus apasionantes temas de conversación.

Llené de agua el depósito de la cafetera, le añadí una carga doble del mejor café que tenía y me senté en la mesa de la cocina con la vista fija en la montaña. Montjuic ofrecía ya su aspecto más otoñal. Las hojas ocres de los árboles, el césped que empezaba a escasear y esa neblina tan clásica que indicaba que el invierno se acercaba más rápido de lo que yo estaba dispuesta a admitir. Pocos minutos después un agradable aroma lo inundaba todo, sacándome de la melancolía en la que había caído al pensar en lo lejano que quedaban ya los días playa y provocándome también esa maravillosa sensación a hogar que tanta paz me proporcionaba. Me serví una generosa taza y, antes de sentarme, abrí el armario que había justo encima del horno. Allí solía guardar un paquete de tabaco para momentos como aquel. Solo había fumado nueve meses en toda mi vida. Los que precedieron a mi entrada en la universidad. Después, los cigarrillos se habían convertido en algo exclusivamente placentero para mí. No lograba comprender cuál era el mecanismo que hacía posible que pudiera fumar un día entero y que luego no volviera a acordarme de la nicotina hasta pasadas varias semanas e incluso meses. El tabaco para mí era algo así como ese dulce que se come muy de vez en cuando, que se disfruta de forma especial y en el que no vuelves a pensar hasta mucho tiempo después. Tanto mi hermana como Jorge me odiaban profundamente por ello. Los dos estaban enganchados al vicio, como yo lo llamaba, casi desde la adolescencia y, a pesar de sus muchos intentos por dejarlo, ambos seguían aspirando humo a diario. Ninguno de los dos se cortaba un pelo a la hora de poner de manifiesto el ascazo y la envidia que les producía mi capacidad para no engancharme a la nicotina. No sé si el hecho de haber sido tan libre e independiente desde muy pequeña tenía algo que ver con que no hubiera sucumbido a aquel hábito, pero me sentía muy orgullosa de ello.

Me senté en una silla frente a la mesa de la cocina, di un largo sorbo de café y encendí uno de mis Marlboro Gold. Ya que solo pecaba de vez en cuando (los cigarros del día anterior no contaban), al menos que tuviera un

sabor que me gustara y que fuera también algo más largo que uno normal. En cuanto el humo llenó mis pulmones, me invadió una sensación de enorme bienestar. La primera calada me sentó de vicio y provocó que parte del mal cuerpo que aun arrastraba, se diluyera. Poco a poco empecé a notar cómo la cafeína llegaba a cada rincón de mi cuerpo. Tenía en la mente algunos retazos de la conversación que había mantenido con Marta y Jorge durante la noche anterior. Era cierto que Marc y mi trabajo se habían convertido en prácticamente toda mi vida, pero cada vez que pensaba en la posibilidad de conocer a un hombre y comenzar una relación, me entraba una pereza terrible y hasta taquicardia. A veces pensaba que el momento adecuado llegaría cuando mi hijo fuera algo más mayor o, tal vez, cuando el ritmo frenético de mi vida se calmase un poco más. Sabía que los años pasaban. Sin embargo, también disfrutaba mucho de la independencia que me proporcionaba no tener que darle explicaciones a nadie de lo que hacía con mi vida, del modo en el que educaba a mi hijo o de si me pasaba un fin de semana entero en pijama enganchada a una serie de Netflix. Me gustaban tanto las rutinas de mi vida que, en cuanto me planteaba alterarlas lo más mínimo, era como asomarme al borde de un precipicio.

Apuré el contenido de la taza y decidí que me vendría bien un rato de lectura. Consulté el reloj. Aún me quedaban un par de horas de soledad y sentarme al sol frente a la ventana con un libro en la mano, se me antojó un plan fantástico. Fui hacia el salón y escogí uno al azar de la estantería sobre la que descansaban mis novelas favoritas. Luego me acomodé junto a la ventana por la que entraba el sol de la mañana, abrí el ejemplar que sostenía con fuerza entre los dedos y empecé a leer.

—¡Mamá ya estoy en casa! —La alegre voz de Marc me sacó de la profunda abstracción en la que había caído. ¡El tiempo desaparece cuando se está disfrutando!

—¿Cómo te lo has pasado? ¿Qué tal te ha ido? —dije al tiempo que me incorporaba para ir a su encuentro. Lo hallé en su habitación vaciando la mochila repleta de juegos que se había llevado para pasar la noche en casa de Izan, su mejor amigo. No pude evitar sonreír al ver que, a pesar de estar a punto de cumplir once años, continuaba siendo un niño bastante inocente al que le gustaba la tecnología, pero que también era capaz de disfrutar con una baraja de cartas, un parchís o un tres en raya—. Anda dame un beso y luego lo ordenas todo—. Alargué las manos y lo abracé por detrás mientras respiraba

su aroma tan especial. Mi hijo olía a pan recién hecho y solo con respirarlo un par de segundos me bastaban para que todo mi mundo cobrara sentido.

—¡Ay no me aprietes tanto que me vas a ahogar! —Solía ser bastante cariñoso siempre y cuando la idea partiera de él. Nunca había llevado demasiado bien las excesivas muestras de afecto y, en especial, los besos. Prefería demostrar lo que sentía o bien con abrazos o, directamente, con hechos.

—Anda deja que te achuche. Te he echado mucho menos —dije volviendo a respirar su aroma y sin dejar de notar el calor de su cuerpecito bajo el mío.

—¡Pero si solo he pasado dos noches fuera! —protestó dirigiéndome su típica sonrisa de medio lado.

—Ha sido como un siglo.

—Qué exagerada eres. Además, seguro que has estado la mar de a gusto haciendo lo que te ha dado la gana sin tener que preocuparte por mí.

Razón no le faltaba a la criatura. Pero eso no hacía que no notara su ausencia. Recordé entonces la primera noche que pasamos solos en casa. Una madrugada repleta de dolor y lágrimas en la que le prometí en silencio que él siempre sería mi máxima prioridad. Y, hasta la fecha, así había sido. Tanto que cuando empezó a reclamar cierta independencia tuve que hacer un esfuerzo importante para dejarle hacer. Parte de aquel particular echar a volar consistía en pasar un par de noches al mes en casa de su mejor amigo. Cada vez que me lo proponía me daba un vuelco el corazón. Pero siempre accedía. Al fin y al cabo, no deseaba que viviera eternamente pegado a mi falda, ni que terminara convirtiéndose en un inútil porque yo lo hubiera sobreprotegido demasiado. En cualquier caso, cuando llegaba la tarde de un viernes y él se iba tan feliz, yo me debatía durante un buen rato entre la preocupación, la añoranza y una sensación de bienestar ante la idea de disponer de tiempo para mí.

—Siempre me preocuparé por ti. Es mi trabajo.

—Negativo. Lo harás porque soy tu hijo favorito —respondió con una sonrisa pícaro dibujada en los labios.

—No tengo otro.

—Cierto. Soy el heredero, pero aun existiendo más, yo siempre sería tu niño especial —añadió con tanta seguridad en sí mismo que incluso me

halagó.

—Te veo muy sobradito, ¿eh? —dije al tiempo que le revolvía el pelo con una mano y con la otra le buscaba las cosquillas en la barriga.

—Es que cuando las cosas se tienen claras...

—A ver si aplicas esa misma clarividencia con los deberes—. Sabía que acababa de tocar un tema peliagudo. Marc era un niño muy bueno e inteligente. Pero cuando se trataba de seguir ciertas rutinas, se convertía en un pequeño demonio que todo lo cuestionaba.

—¡Ya me estás fastidiando! —dijo y se separó de mí con un movimiento brusco que me sorprendió—. Acabo de llegar y hale... ¡A recordarme las tareas pendientes!

—Sí porque quedamos que las harías antes de comer y mira ya qué hora es.

—¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —dije sin comprender a qué se estaba refiriendo con exactitud.

—Darme la brasa cuando mejor estoy.

El niño tenía muchísima facilidad para pasar de la alegría más absoluta a la profunda amargura. Era algo en lo que llevábamos años trabajando, pero todavía no habíamos podido solucionarlo por completo.

—Solo te he recordado tus obligaciones después de dos días de habértelo pasado divinamente. Además, ya sabes que es mucho más rápido que te pongas a hacerlos que seguir aquí discutiendo—. Habíamos mantenido aquella misma conversación en muchísimas ocasiones. Sabía por experiencia que tardaba menos en hacer los ejercicios que le habían mandado en el colegio, que en rebatir cualquier cosa que yo le dijera al respecto.

—De verdad... ¡Mi vida es un infierno! —Marc ni siquiera me miró a la cara y se sentó en la silla frente a su escritorio con un cabreo épico. Podría haberle dicho mil cosas, pero preferí mantenerme fiel al buen rollo que me había producido tanto la lectura como haber pasado unas horas alejada de la responsabilidad de ser madre.

Salí de su habitación en silencio no sin antes cerciorarme de que, en efecto, tenía intención de ponerse a trabajar. Por suerte y, a pesar de su

carácter contestatario y rebelde, él también sabía dónde estaba el límite. Fui directa a la cocina a preparar algo de comer. Abrí la nevera con una idea clara en mente. Cocinaría espaguetis a la boloñesa, uno de los platos preferidos de mi hijo así al menos conseguiría que se aplacara el orco que acababa de poseerlo. Saqué de la nevera todos los ingredientes que necesitaba y me puse manos a la obra.

—¿Te ayudo? —dijo el niño cuando estaba a punto de hacer el sofrito para la carne.

—Claro. Puedes ir echando a en la sartén la cebolla y la mueves despacio con la cuchara de madera.

Mientras él se encargaba de aquella sencilla tarea yo terminé de rayar el tomate natural y se lo pasé para que lo añadiera. Durante varios minutos ninguno de los dos dijo nada. Compartíamos la pasión por la cocina. De hecho, los momentos en los que solía haber tensión entre nosotros siempre los solucionábamos trabajando codo con codo en la elaboración de algún plato especial,

—Los padres de Izan se han separado —dijo Marc sin apartar la vista de la sartén.

—¿Y cómo está él? —Me había quedado un poco desconcertada. Aquella era una de las parejas más compenetradas que había conocido, aunque tampoco sabía nada de su día a día.

—Un poco triste porque su padre ya no está en casa. Aunque también contento porque se ha quedado con su madre, con su habitación y con la *play*. Ah y le han asegurado que nada va a cambiar.

“Quedase con la consola era lo más, sí”, pensé sin poder dejar de admirar cómo priorizaban los niños las cosas en su vida. Seguí en silencio porque me pareció un poco cruel decirle a mi hijo lo que en realidad estaba pensando. Por mi experiencia personal sabía de sobra que una cosa eran las buenas intenciones, otra los acuerdos de divorcio y una completamente diferente, la realidad que se acababa viviendo. Por supuesto, deseaba a aquella familia las cosas les salieran mejor de lo que nos habían salido a nosotros. Aunque no tenía demasiadas esperanzas.

—¿Por qué papá casi nunca me ve? —dijo Marc con ese don de la oportunidad que suelen tener los niños para los temas peliagudos.

—Eso se lo tendrías que preguntar a él—. “Si lo ves, claro” pensé para mí.

—¿Crees que este año vendrá en Navidad? — A pesar del tiempo que había pasado y de la escasa relación que mantenían padre e hijo me seguían sorprendiendo la ilusión y las ganas que siempre había en su voz cuando se refería a Toni.

—Supongo... —Hacía tiempo que había tomado la decisión de no hacerle promesas sobre cuestiones que no dependieran exclusivamente de mí. Aquella era una de ellas. Nunca sabía en qué momento iba a aparecer mi ex ni cuánto tiempo se iba a quedar.

—Espero que venga y que pueda ver todos los juegos de *PlayStation* que ya se me dan bien —Marc seguía a lo suyo y, como de costumbre, se refería a su ausente padre, con una devoción que me seguía costando entender.

Cuando Toni se fue de casa para vivir su vida, nuestro hijo apenas empezaba a ser autónomo. Durante varios meses hice un esfuerzo sobrehumano para comprender lo que había pasado. Intenté buscar soluciones a nuestros problemas. Pero fracasé. Mi entonces marido había decidido que le agobiaba la responsabilidad de una familia, un trabajo y un pequeño ser humano al que educar. Quise achacar su huida a una posible depresión o de una crisis existencial. Incluso me obsesioné en buscar ayuda externa para recuperar nuestro matrimonio. Sin embargo, él tenía otros planes. Unos que pasaban por revelarme que hacía tiempo que no se sentía bien a mi lado y que necesitaba mucho más de la vida de lo que estaba obteniendo. Pasé semanas torturándome. Pensando una y otra vez cómo había sido posible que yo no me diera cuenta de nada. Cuando por fin acepté que todo se resumía en que Toni siempre había sido egoísta integral y que me había engañado como una boba, había perdido casi veinte kilos. Y sí, también había comenzado a padecer una profunda depresión. Gracias a Marta, a Jorge y a una psicóloga a la que jamás podré agradecerle el modo en el que me abrió los ojos, no terminé completamente desquiciada. A ellos y también a un criatura inteligente, cariñosa y risueña que no tenía la culpa de nada de lo que había pasado.

Recuerdo perfectamente la noche en la que dije basta. El instante en el que decidí tomar las riendas de mi vida, a aceptar que mi marido no iba a volver y tener la valentía de admitir que hacía tiempo que nuestra relación estaba muerta. Era invierno, Marc descansaba a mi lado con esa tranquilidad del sueño de la infancia. Respiraba calmado y su cuerpo tibio era casi lo único

que salvaba al mío del profundo frío que había en mi interior. No podía dormir, pero aquello no era nada extraño. Llevaba semanas así... Meses. Lo observé en silencio durante no sé cuánto tiempo y noté cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Pensé en que no podía permitirme el lujo de seguir hundida durante mucho más tiempo. Triste... tal vez. Pero perder las ganas de vivir y de luchar ya no era una opción válida. Aquel niño que tan feliz soñaba en la cama era una parte de mí. Lo mejor que había hecho en mi edad adulta. Si no quería tirar adelante por mí, al menos debía hacerlo por él. Ese pensamiento me salvó la vida, porque a partir de aquel instante, recuperé un poco la perspectiva y centré todos mis esfuerzos en estar bien, en ser una madre para Marc. Con mis defectos, con mis virtudes, con mis malos momentos, pero alguien junto a quien se sintiera seguro y amado. Una mujer dispuesta a no fallarle jamás.

A pesar de mi decisión y de la energía que tuve que buscar incluso debajo de las piedras, no fue una época fácil. Aceptar que todo mi mundo había cambiado y que estaba sola, fue complicado. Por eso cuando llegó el momento de negociar nuestro divorcio, algo que tuvimos que hacer de mutuo acuerdo porque yo no tenía un euro para ponerme exquisita con exigencias y abogados, hice lo que consideré mejor para mi hijo. No puse ninguna pega. Toni podría ver al niño los fines de semana estipulados y también las vacaciones. En todo momento pensé en el bien de mi hijo, en que siguiera teniendo una familia, aunque fuera un poco diferente a la que había tenido hasta entonces. Pero no contemplé la posibilidad de que mi ex se pasara todo aquello por el mismísimo arco del triunfo apenas unas semanas después. Primero empezaron las ausencias a la salida del colegio, más tarde, las excusas de trabajo durante los fines de semana. Cuando me di cuenta, Marc llevaba más de un mes sin ver a su padre y comprendí dos cosas: Que al niño no le afectaba demasiado esa ausencia y que ya no conocía al ser con el que había compartido bastantes años de mi vida.

¿Se me llevaron los demonios con todo aquel panorama? Sí. ¿Eché sapos y culebras por la boca? También. Sin embargo, nunca manifesté ninguna opinión en presencia del niño. Si algo tenía claro de las separaciones cercanas que había vivido era que no quería someter a mi hijo a las tensiones, a las manipulaciones y, en definitiva, a las barbaridades que hacen las personas en situaciones así. Es posible que hiciera el gilipollas. A veces tengo la impresión de que lo hice. Sin embargo, aquello me permitía dormir cada noche

con la conciencia bien tranquila.

Recuerdo perfectamente cómo mi hermana insistía en que le sacara hasta el último euro a Toni. También las diferentes muertes dolorosas que planificaba Jorge para él en aquellas noches en las que todos bebíamos más de la cuenta. No negaré que, en más de una ocasión, se me pasó por la cabeza desearle lo peor. Pero siempre conseguía regresar a mi esencia. Sabía que vivir anclada en el rencor o en las ansias de revancha, solo me iba a producir amargura. Y yo no necesitaba más de aquel sentimiento. Con bastante fuerza se había colado en mi interior, como para seguir alimentándolo. Así es que me limité a escuchar sin ofenderme todo tipo de comentarios procedentes de mi familia y amigos. El más común solía ser que me estaba comportando como una auténtica imbécil al tratar de educar a un hijo en el cariño hacia un padre que pasaba olímpicamente de él. Sin embargo, yo sentía que debía ser consecuente con lo que pensaba y seguí adelante.

Marc y Toni se habían visto poquísimos desde nuestro divorcio. Solo en fechas señaladas y algunos fines de semana en verano. El resto del tiempo lo había pasado conmigo. Por suerte, el niño aceptó la situación casi desde el principio y, tras los meses iniciales de adaptación en los que estuvo algo más triste de lo habitual, acabó por entender y llevar con naturalidad que yo era la única que se ocupaba de él. Su padre era poco más que otro compañero de colegio al que veía cuando se alineaban los astros. Sin embargo, en los últimos tiempos, aquella rutina había cambiado. Casi de la noche a la mañana, mi ex había empezado a mostrar más interés y sabía perfectamente cómo comprar el cariño de su hijo. Solo había dos cosas en este mundo que fascinaran a Marc. La lectura y los videojuegos. Y estaba aprovechando el filón. ¡Vaya si lo hacía! Daba igual las veces que le dijera que su hijo tenía de todo. Desde hacía un par de meses, rara era la semana en la que no aparecía con una de las novedades de *PlayStation* o con un par de libros. Habíamos hablado sobre eso y le había dejado claro que no podía estar haciéndole regalos al niño constantemente. Además, Marc cada vez tenía más obligaciones tanto escolares como extraescolares. Apenas tenía tiempo entre semana para pasarlo pegado a la consola y mucho menos los fines de semana. Ese tiempo era para disfrutar de nosotros. Sin embargo, Toni seguía por aquel camino y había logrado que el niño empezara a sentir una especie de fascinación cada vez que lo veía. ¿A quién no le iban a encantar apenas unas horas en las que todo eran juegos, risas, buen rollo y colequeo? Ya me

encargaba yo de ser la bruja. La que debía educarlo. Quien tenía que lidiar con su educación, las discusiones, los conflictos, los desafíos y, en definitiva, todo lo que conllevaba el hecho de ser padres. La diferencia radicaba en que yo era la única que ejercía como tal.

Llevaba unas semanas dándole vueltas al mejor modo de sobrellevar una situación que empezaba a molestarme bastante. Sabía que podía cambiar el acuerdo de divorcio, pero no quería hacer pasar a mi hijo por lo que suponía aquello. Algo en mi interior me decía que, en esta ocasión, mi ex no me lo iba a poner nada fácil. Pero me sentía tremendamente molesta con el hecho de llevar años dándole a Marc una educación basada en el esfuerzo, en la importancia de trabajar para conseguir las cosas. Lo último que quería es que su padre, en tres tardes, echara abajo lo que tanto me había costado construir.

—¿Podré pasar este año más tiempo con él? —dijo el niño tan cerca de mi oído que incluso di un respingo—. Sería genial poder quedarme toda una semana.

—Eso hay que hablarlo—. Sabía que debía escoger mis palabras con cuidado porque mi hijo, cuando algo le interesaba, se tomaba las cosas al pie de la letra.

—¿Cuándo?

—En cuanto lo haya pensado —respondí esquiva. No me apetecía pensar en que tenía que pasar sin él unas fechas que tanto me gustaban y disfrutaba.

—Pues ya le diré yo que quiero irme con él más días.

—Tú vas a estar calladito. De estos temas ya nos encargamos los adultos.

—¿Qué pasa? ¿Yo no tengo ni voz ni voto? Que sepas que ya no tengo cinco años —respondió con tanta insolencia que provocó que me hirviera la sangre.

—Pues deja de comportarte como si los tuvieras, por favor.

—De verdad... ¡Como te gusta amargarme la existencia!

—Te estás pasando. Mucho —dije mientras sostenía sin pestañear su mirada desafiante al tiempo que por mi mente pasaban todo tipo de pensamientos encontrados.

—¡No, tú eres la que siempre está enfadada y no me deja hacer nada!

—Sal de la cocina y ve a tu habitación —respondí mientras notaba cómo estaba a punto de perder el control.

—Todo lo arreglas igual... —Mi hijo no estaba dispuesto a ponérmelo fácil.

—¡He dicho que te vayas! —Marc me miró sorprendido. Eran pocas las ocasiones en las que solía levantarle la voz. Sabía que obtenía mucha mejor respuesta a través del diálogo. Sin embargo, la preocupación y el desconcierto de no saber qué era lo que estaba tramando mi exmarido, me habían alterado.

Vi cómo mi hijo abandonaba la cocina con lágrimas en los ojos. Estuve a punto de impedirselo, de abrazarle y decirle que sentía lo que acababa de suceder. Pero no lo hice. Estaba demasiado enfadada y, al mismo tiempo, angustiada por lo que pudiera pasar en el futuro más inmediato. Debía mantener una conversación muy seria con su padre, pero también sabía que aquello no iba a servir de mucho. Si por algo se caracterizaba Toni era por ser más fresco que una mañana de invierno. Sabía a la perfección lo que sucedería cuando consiguiera hablar con él. Primero me diría a todo que sí y, después, haría lo que le diera la gana. Al fin y al cabo, siempre había actuado así. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Noté que estaba a punto de echarme a llorar. Sabía que, en parte, era por la falta de sueño, pero empezaba a considerar también la posibilidad de haber abarcado mucho. La responsabilidad me pesaba y tenía la extraña sensación de que ya no daba más de mí. Sentía a todas horas que se me exigía, se me empujaba a no bajar el ritmo, a no parar ni un solo momento ni para respirar. Debía ser la trabajadora perfecta, la madre diez, la mujer fuerte que nunca se venía abajo. Y comenzaba a estar muy harta de todo aquello. Quería tener derecho a mis momentos de debilidad sin que nadie me juzgara por ello, a mi media hora de lágrimas sentada sobre la cama devorando una novela de amor o a sentirme arropada con una canción de Vanesa Martín. Lo que en el fondo más deseaba era ser y sentirme humana. Respiré hondo. Lo último que quería era echar a perder las pocas horas de aquel fin de semana que iba a pasar con el niño. Volví a centrar mi atención en la pasta. Al menos que no se arruinara del todo el almuerzo. Cuando lo tuve todo listo fui al dormitorio de Marc. Lo encontré sentado frente a su escritorio y con la mirada perdida a través del cristal de la ventana.

—Ya está la comida —dije con un tono bastante conciliador.

—No tengo hambre.

—Yo tampoco, pero no voy a tirarla a la basura—.Sabía que seguía retándome. Sin embargo, alguien tenía que dar el primer paso para quitarle algo de hierro a la situación—.Venga sal a comer que se enfría.

—Está bien —dijo Marc pasados unos segundos que se me hicieron eternos—.¿Hay natillas de postre? —Mi hijo se levantó y me cogió de la mano.

Tal y como se había generado la tensión entre nosotros desapareció. Así éramos nosotros. Complicados, tiernos, explosivos, sensibles... Un conjunto de emociones que se basaban en un profundo respeto, a pesar de los arrebatos de mal genio y, sobre todo, en el gran amor que nos profesábamos. De camino al salón pensé en que tenía un duro camino por delante y que, sin duda alguna, iba a recibir los cuarenta con un montón de asuntos por resolver. Debía empezar a mentalizarme y a prepararme para lidiar con todo lo que se avecinaba. Algo en mi interior me decía que iba a necesitar toda mi fuerza y mi inteligencia para poder superar las pruebas que la vida me iba a poner.

## ~ CAPÍTULO 3 ~

El ambiente estaba de lo más enrarecido en el despacho. Hacía varios meses que corría el rumor de que se iban a producir cambios. Eso siempre implicaba despidos. Yo había decidido centrarme en hacer mi trabajo lo mejor posible y no prestar demasiada atención a lo que se decía en los corrillos. Bastante tenía con aguantar a la zorrasca de mi jefa. Cristina tenía un genio de mil demonios y el orgullo de quien lo ha conseguido todo en la vida, pero no precisamente a base de estudio o sacrificio.

Seguía preocupada por lo que había pasado con Marc durante el fin de semana. Sabía que debía hablar en serio con Toni y, de paso, volverle a recordar cuál era la situación. Por mucho que él hubiera decidido volver a ejercer de padre a su antojo, yo no estaba dispuesta a que me alterara la estabilidad que tanto me había costado de conseguir. Si de algo estaba orgullosa era del equilibrio que había en nuestras vidas. Marc era un niño feliz que sabía exactamente qué debía hacer en todo momento y vivía con la certeza de saber que nunca le iba a fallar.

En cuanto me di cuenta de que estaba sumida en mi propio mundo, volví a concentrarme en el trabajo. Tenía unas semanas por delante bastante complicadas y estresantes. Estábamos preparando una campaña de publicidad para una marca muy conocida de lencería. Nos habían encargado toda la promoción para el otoño siguiente y mi jefa era la encargada de proporcionar las nuevas ideas que debíamos presentarle al cliente en unos pocos días. Eso era la teoría. La realidad consistía en que hacía más de un mes que me estrujaba el cerebro, viendo cientos de vídeos y webs para poderles ofrecer un enfoque que, dentro del glamur y el erotismo, se acercara más a las consumidoras medias. Vamos... a las mujeres normales y corrientes. Llevaba un par de horas atiborrándome de cafeína, gominolas de ositos y galletas cuando conseguí teclear un par de páginas con propuestas bastante aceptables. Cuando terminé dediqué más de media hora a repasarlas todas. Sabía que Cristina diría que no a casi todas ellas, pero tal vez consiguiera que alguna pasara su peculiar filtro de calidad.

Quería dejar terminada aquella parte del proyecto antes de irme porque era consciente de que al día siguiente se producirían dos eventos importantes: El primero era que entraba en la década de los cuarenta. El segundo que, a pesar de no haber recibido ninguna información al respecto, sabía que mi hermana y Jorge me estaban organizando una fiesta sorpresa. Ellos no se habían pronunciado sobre el tema, pero precisamente aquella ausencia de comentarios y la falta de planes para una fecha tan señalada, me habían llevado a la certeza de que algo se estaba cocinando. Tan solo esperaba que hubieran tenido la previsión de organizarla el sábado porque necesitaba empezar el fin de semana abrazando a mi hijo y capítulos de cualquiera de las series de Netflix o HBO a las que estábamos enganchados.

A las siete en punto apagué el ordenador. Por lo general, no solía importarme hacer horas extra en el trabajo. Sin embargo, solía molestarme bastante tener que hacerlas las tardes en las que Marc no tenía ninguna actividad extraescolar. Mi hijo llevaba ya un buen rato solo en casa y, aunque ya me había escrito varias veces para asegurarme que había hecho los deberes y merendado, no estaba del todo tranquila. Apenas quedaba nadie en la oficina y pude escabullirme con discreción.

En cuanto llegué a la calle una brisa fría me despejó por completo. Los días se habían acortado y Barcelona estaba inmersa ya el más crudo otoño. Antes de cruzar en dirección a la parada de metro, miré hacia la izquierda y, como cada final de jornada, la imponente silueta de la Sagrada Familia me dibujó una sonrisa en los labios. Poder disfrutar de aquella imagen significaba ponerles fin a muchas horas de despacho. Además, a aquellas horas apenas quedaban turistas por la zona. De modo que podía contemplarla sin los empujones y aglomeraciones habituales. A veces, si tenía tiempo suficiente, incluso me permitía el lujo de darle la vuelta completa paseando con tranquilidad y sin tener que estar pendiente de los miles de personas que frecuentaban el lugar a diario. Volví a sentir la brisa fresca en el rostro, me ajusté el abrigo negro al cuerpo y caminé con paso decidido en dirección al metro. Apenas veinte minutos después estaba en casa deshaciéndome de los tacones, la blusa y sumergida bajo el agua caliente de la ducha.

Ya en pijama y con el pelo recogido en una coleta me senté en el sofá junto a Marc dispuesta a escuchar cómo le había ido el día. Pero él estaba enzarzado en una partida online con algunos de sus compañeros de clase y no estaba muy por la labor de responder a mis preguntas con algo más que unos

pocos monosílabos. Así es que dejé que siguiera hablando con los colegas y usando un montón de expresiones que yo apenas lograba comprender. Hacía relativamente poco tiempo (o eso me parecía a mí), yo había sido una auténtica viciada de la consola. Incluso había llegado a pasar fines de semana enteros enganchada a un juego. Ahora me sentía completamente incapaz de seguir el hilo de la conversación que el niño estaba manteniendo.

Me acomodé en el sofá, me tapé con la manta y cogí el libro que descansaba sobre la mesa en la que solíamos cenar. El mismo que me había tenido abducida días atrás. No me costó demasiado retomar el hilo y volver a soñar despierta con historias de otro tiempo. Los ruidos del estómago de Marc y el peso de todo su cuerpo sobre mi pierna izquierda me devolvieron a la realidad.

—Vamos a cenar... —dije mientras me levantaba para ir a la cocina a preparar algo rápido.

—Hum... —fue todo lo que obtuve como respuesta. Aun así, me fui tranquila porque sabía que el niño dejaría de jugar antes incluso de que hubiera encendido el fuego.

No es que yo tuviera unos dotes de mando prodigiosos. Tampoco él era el chico más obediente del mundo. Si había logrado que reaccionara sin rechistar a situaciones como aquella se debía a alguno de mis arranques de genio. No hacía demasiado había estado dos meses castigado sin videojuegos precisamente por hacerse el sordo cuando le había pedido que desconectara. En casa no había gritos, no había escándalos. Simplemente yo actuaba. Era una cuestión de acción y reacción. Para mi hijo, el hecho de estar tanto tiempo sin jugar había sido peor que cualquier bronca descomunal.

Cada vez que Jorge se enteraba de este tipo de cosas solía llamarme nazi. Por lo que respectaba a Marta, ella se ponía siempre de parte del niño y directamente me llamaba «bruja chunga». Aun así, yo seguía en mis trece. Primero hablábamos las cosas, las argumentábamos y se explicaban las normas en casa las veces que hiciera falta. Pero, una vez estaba todo claro, cualquier desobediencia repetida tenía sus consecuencias.

Me llevó poco tiempo preparar el puré de calabaza y las pechugas de pollo a la plancha. Estaba sirviendo la comida en los platos cuando Marc entró en la cocina para llevarlos a la mesa.

—Hombre... ¡Hola! —dije mientras le revolvía el pelo con la mano que me quedaba libre.

—Te he saludado cuando has entrado, ¿eh?

—¿Te refieres a esa especie de gruñido de las cavernas que has emitido desde el salón?

—Ay mamá, cómo eres. Te estás haciendo mayor y quisquillosa— dijo mostrándome la mejor de sus sonrisas.

—Cuidadito con lo que dices que el fin de semana está a punto de comenzar —respondí en el mismo tono jovial que él había empleado.

—Ya estamos amenazando. ¡Mira que te gusta! Pero no creo que me castigues durante las próximas horas.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Nunca estás enfadada el día de tu cumpleaños —dijo al tiempo que desaparecía por la puerta cargado con la bandeja en la que había colocado los vasos, los cubiertos y la cena.

—Siempre hay una primera vez.

—No será este año—.Marc colocó todo sobre la mesa, se sentó y luego se me quedó mirando con la misma cara que la del ratón que se comió al gato.

—¿Qué pasa ahora? —dije dándome perfecta cuenta de que me ocultaba algo.

—Nada... nada. Yo solo te digo que no te mosquees, ¿vale?

—De acuerdo —respondí con resignación y esperando a que me dijera a qué venía la actitud tan misteriosa que había adoptado.

—Bueno... verás... —empezó a decir al tiempo que se ruborizaba.

—¡Ay madre! ¿Qué ha pasado? ¿Ha sucedido algo en el colegio? ¿Te has peleado con alguien? ¿Algún profesor te ha castigado? — A medida que iba hablando noté cómo se me aceleraba el pulso y mi mente empezaba a pensar en todo tipo de tragedias.

—Todo está bien. Lo único que... — dudó durante unos pocos segundos. Los suficientes para alterarme un poco más.

—¡Por favor, di lo que sea o me dará un infarto!

—Vale... —dijo con un tono de resignación que no me gustó demasiado —.Ya sé que tu cumpleaños es mañana, pero cuando me levanto temprano solo tengo sueño. Quería que este año fuera especial porque la tía Marta y tú siempre estáis hablando de lo que haréis cuando cumpláis los cuarenta. Y bueno todavía faltan unas horas, pero... ¡Felicidades! Marc levantó el cojín que siempre utilizaba en la silla a la hora de cenar y apareció una caja bastante grande. Sonreí emocionada y las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas. Últimamente estaba muy sensible, aunque en este caso, el desbordamiento de sentimientos estaba más que justificado. Alargué la mano para coger el paquete que mi hijo me tendía y me di cuenta de que estaba temblando.

—Anda... ¡Ábrelo! Espero que te guste. Además, ¡me ha costado mucho de hacer! — dijo mientras se contagiaba de mi emoción.

—Calla o me dirás lo que es antes de que haya podido ni siquiera verlo — respondí con una sonrisa. Si algo tenía la criatura era lo muchísimo que le costaba en ocasiones así guardar el secreto. El ansia le podía y, en más de un cumpleaños, no había podido resistir la tentación de decirme cuál era la sorpresa.

Una de las primeras cosas que me llamaron la atención fue el papel con el que estaba envuelto. Era de color rojo intenso y en letras plateadas podía leerse por todas partes la famosa frase: «Si puedes soñarlo, puedes hacerlo». En aquel instante supe que no se trataba de una elección al azar. A pesar de su corta edad, Marc cuidaba mucho los detalles en todo lo que hacía y más si se trataba de una ocasión especial. Sonreí al darme cuenta de que él tenía unos sueños que yo hacía tiempo había perdido. También una fe ciega en mí. En cuanto me deshice del papel, apareció frente a mí una caja llena de corazones de diferentes colores sobre los que descansaban unos ositos muy tiernos.

—Vale... es un poco moñas. Pero pensé que te encantaría —dijo definiendo a la perfección cómo me sentía en aquel preciso instante.

—Es muy bonita, sí.

La abrí y en su interior encontré un libro con cubierta de cuero azul marino cerrado con delicado cordón de cuero negro. Lo saqué con mucho cuidado de la caja y lo observé con detenimiento. Parecía cosido a mano y, por lo que se

podía apreciar a simple vista, cada una de las páginas simulaban un pergamino. Aquello debía de haberle costado a mi hijo una pequeña fortuna. A saber la de pagas semanales que llevaba ahorrando para permitirse algo así. Deshice el nudo con cuidado y al abrirlo se me escapó un grito de sorpresa. En la primera página y escrito a mano había una dedicatoria de su puño y letra que provocó que aun llorara más. A ella le seguían un montón de fotografías, un perfecto resumen de lo que había sido nuestra vida juntos durante los últimos diez años. Debajo de cada una de cada una de las imágenes, él había puesto una frase.

—Así es cómo he visto yo cada uno de estos instantes —dijo en cuanto se dio cuenta de que estaba leyendo.

—Es precioso... No sé qué decir—.Y era cierto. Había conseguido dejarme sin palabras, pero tampoco hubiera podido articular ninguna con la emoción que me embargaba.

—¿De verdad que te gusta?

—¡Claro que sí! Es el mejor regalo de cumpleaños de toda mi vida —dije entre lágrimas y sin dejar de hojear aquella pequeña obra de arte—.Pero no hacía falta que te gastaras tanto dinero.

—Tampoco ha sido demasiado. Eso sí... El tiempo que he invertido me lo vas a tener que pagar.

Levanté la vista y vi cómo Marc sonreía de aquella forma pícaro, tan suya. Volví la vista hacia el cuaderno. Me moría de ganas de poder pasar cada una de las páginas y, sobre todo, de averiguar qué era lo que había escrito mi hijo en ellas. Él que era tan poco fan de la ortografía y las manualidades se había empleado a fondo para sorprenderme con un regalo que, desde luego, nunca iba a olvidar.

—Ya lo leerás más tarde —dijo Marc mientras me daba un tierno beso en la mejilla—.Cuando te quedes sola... —añadió.

—¿Ahora te arrepientes de lo que has escrito? —dije son poder dejar de sonreír—. ¿Acaso has puesto algo espantoso?

—No es eso... —el niño se empezó a ruborizar.

—La guardaré con llave en el cajón de la mesilla de noche y la leeré cuando nadie pueda verme.

—Mejor.

—Vamos a cenar que esto debe estar más frío que un muerto en un after — dije tratando de lograr que mi hijo dejara de sentir aquella vergüenza tan tonta y, al mismo tiempo, tan propia de los adolescentes—. ¿Tenemos deberes para este fin de semana?

—De momento no, pero seguro que mañana me hundan la alegría que llevo.

—A ver si no son demasiados porque, seguramente, tendrás que asistir a una fiesta sorpresa que me habrá organizado tu tía.

—¿Ya te has enterado? —dijo Marc sin poder ocultar su sorpresa.

—Acabo de hacerlo —respondí divertida.

—¡Yo no he dicho nada! —protestó

—Tranquilo no le diré que se te ha vuelto a soltar la lengua.

—Mamá es imposible organizarte nada. ¡Siempre te adelantas! —Y era verdad. No sabía cómo me las apañaba últimamente, pero siempre que alguien cercano quería sorprenderme con un detalle, acababa descubriéndolo todo con bastante antelación.

—Es parte de mi encanto.

—No. Es un asco y la tía me matará porque me hizo prometerle sobre un libro de Stephen Hawking que guardaría el secreto.

—¿Qué secreto dices? ¿De qué estamos hablando? —Miré a mi hijo a esos ojos color ámbar que tenía y nos empezamos a reír.

Tal y como era de esperar, la cena estaba fría, pero no nos importó. Los dos estábamos radiantes. Tanto que él había empezado a contarme, sin que tuviera que sacárselas a regañadientes, algunas de las conversaciones que había mantenido con sus amigos en el cole. Yo me dediqué a saborear el momento. Aquel pequeño instante en el tiempo en el que la sensación de felicidad era tan absoluta que deseaba alargarla lo máximo posible. Terminamos de cenar bromeando sobre algunas de las series que solíamos ver y pensando en cuáles serían las siguientes a las que nos engancharíamos. Precisamente estaba trasteando el Ipad a la caza de nuevas historias, cuando sonó mi móvil.

—¡Felicidades hermanita! Ya estás entrando en la decrepitud —Marta sonaba muy jovial al otro lado del teléfono.

—Te recuerdo que hace cuarenta años yo aún no había nacido —dije muy seria.

—Bien si quieres cuelgo y te llamo a las tres de madrugada.

—O puedes hacerlo cuando sea de día como la gente normal —añadí mientras sonreía.

—¿Estás lista para lo que te depara el Imsero?

—¿La coña esta de la madurez te va a durar mucho tiempo? Lo digo porque en nada te tocará a ti cambiar el tres por el cuatro.

—¡Aún falta un año para eso! —respondió mi hermana entre carcajadas—. Además, ¿y lo divertido que es chincharte?

—Puerca... —dije sin poder aguantar la risa.

—Llámame lo que quieras, pero ya estás un poco más cerca de las *Teena Lady* —Marta siguió riéndose. Todo aquello le parecía de lo más gracioso y yo disfruté empezando a urdir mi venganza para dentro de varios meses después. Cuando fuera su turno.

—Al menos yo he llegado. Ya veremos tú...

—Mujer tampoco hay que ponerse así —dijo muy seria de repente.

—Claro... claro —añadí con malicia.

—Bueno desaboría que te llamo, al margen de para felicitarte, para decirte que no hagas planes para mañana por la noche.

—¡Uy qué pena! Tengo una reunión de trabajo.

—Esta vez no cuela —dijo Marta a quien no se le había olvidado la broma que le había gastado años atrás cuando intentó organizarme una sorpresa después de conseguir mi actual trabajo y yo se lo eché por tierra inventándome un viaje inesperado—. Mañana a las ocho en la dirección que ahora te pasaré por mail.

—¿Y Marc? —Cerré los ojos esperando que hubiera pensado también en el niño. Ni de coña iba a pasar mi cumpleaños sin mi hijo.

—Mujer de poca fe... ¡Está todo controlado! Arréglate como si no hubiera un mañana. El resto... Ese solo lo sé yo —dijo mi hermana deleitándose con cada una de sus palabras.

—Veré qué puedo hacer, pero ya te adelanto que estoy sin un euro.

—¡Qué agonías eres, Vic! Deja de pensar en esas cosas tan prosaicas y disfruta un poco.

—Lo intentaré —añadí tratando de seguirle el buen rollo. En ocasiones mi hermana parecía olvidarse de que tenía una responsabilidad en el mundo y que iba más allá de decidir dónde pasaba las vacaciones o si renovaba el fondo de armario cada tres meses como hacía ella.

—Entonces te veo en unas horas, cuarentona.

—¡Vete a la mierda! —respondí entre risas, pero lo hice al aire porque Marta había sido más rápida colgando el teléfono.

Dejé el móvil sobre la mesa y me senté en el sofá junto a mi hijo que seguía abstraído con el Ipad. Alargué la mano y él se coló en el hueco que había entre mi brazo y el respaldo. Desde el día en que nació, aquel había sido su lugar preferido y al que acudía cuando necesitaba relajarse, dormir o, simplemente, dejar pasar las horas. A continuación, encendí la tele y él me quitó el mando. Empezó a trastear entre las diversas opciones hasta que se detuvo en una. Entonces apareció en la pantalla el título de una de mis películas favoritas: «Memorias de África».

—¿No querías que viera esta moñada contigo desde hace tiempo? —dijo al darse cuenta de que lo estaba mirando por el rabillo del ojo.

—Sí y no... Esta película no es nada de eso. Meryl Streep nunca le agradecerá lo suficiente a David Watkin la fotografía que le regaló en el filme —respondí muy emocionada.

—Mamá, si te pones friki me voy a la cama. Bastante me he pensado el fumarme esto contigo.

—Pues prepárate a ver cine de verdad —dije al tiempo que apretaba mi cuerpo contra el suyo y me acomodaba para las siguientes dos horas de absoluto placer.

—Espero no dormirme —murmuró con malicia, pero no piqué.

Las imágenes de Kenia aparecieron en la pantalla y los primeros acordes de la magnífica banda sonora lo llenaron todo. Respiré hondo manteniendo la sensación efímera de no poder pedirle más a la vida porque, en aquel preciso instante, lo tenía todo.

## ~ CAPÍTULO 4 ~

La mañana en el despacho transcurrió de un modo bastante extraño. Mis compañeros parecían mucho más estresados de lo habitual y Cristina... Bueno lo de mi jefa empezaba a no tener nombre ya. Llevaba horas culpándome por no haber anotado una cita en su agenda personal. Que se le hubiera pasado la hora con el estilista de su perra era culpa mía. Ella ya tenía una secretaria quien, a pesar de lo valiosa que era, tenía asumidas como parte de sus funciones gestionar las gilipollecas de la señora directora. Ahora se suponía que yo también debía estar al tanto de estas cosas. Sin embargo, me había hecho el firme propósito de no alterarme. Con suerte, no la vería en unos días porque tenía un viaje a Milán para lucir palmito junto a Directores de Marketing de toda Europa. Lo bueno de aquello era que solía regresar siendo un poco más humana, aunque el efecto apenas le durara cuarenta y ocho horas.

Aun o había decidido qué me iba a poner para la fiesta de cumpleaños. Lo único que tenía claro era que debía estar a las ocho de la tarde en un club de la calle Aribau, al menos eso indicaba el correo que me había enviado mi hermana la noche anterior. Me daba miedo pensar en lo que Jorge y Marta habían organizado para mi entrada en los cuarenta. Tratándose de ellos, cualquier locura era posible. Pero, el hecho de que pudiera asistir al fiestón acompañada de mi hijo y algunos de sus compañeros del cole me tranquilizaba. Si permitían el acceso a criaturas, la cosa no podía irse demasiado de madre.

A las tres en punto me despedí de mis compañeras y salí del despacho. Quería llegar a casa lo antes posible, tener tiempo por delante para descansar antes de la fiesta y estar un rato con Marc. Sin embargo, cuando entré en casa vi una nota sobre la mesa de la cocina. Marta había recogido al niño del cole y luego lo traería a casa para cambiarse e irnos a la fiesta. Sintiendo el cansancio de toda la semana en el cuerpo fui a la cocina, abrí la nevera y saqué lo necesario para prepararme una ensalada. No tenía demasiado apetito y, algo me decía, que debía reservarme para esa noche. Me serví también una generosa copa de vino y cuando lo tuve todo listo me senté en el sofá. Hacía un par de semanas que me había enganchado a una serie de policías *Blue*

*Bloods*. Así es que cogí el mando, le di al botón de inicio y me preparé para un rato de tranquilidad.

En algún momento debí de quedarme profundamente dormida. Tanto que ni siquiera oí llegar a Marc. Solo sé que, de repente, alguien me abrazó y se arrebujó conmigo en el sofá. Con solo respirar su aroma supe que era él. Apreté mi cuerpo contra el suyo y sonreí. Aquella era una de las mejores sensaciones del mundo.

—¿Qué hora es? —dije todavía medio dormida.

—Casi las siete

—¡Joder vaya siesta! —dije incorporándome tan rápido que casi nos caemos los dos del sofá.

—Es la edad —respondió Marc mientras se apartaba de mí con rapidez por si le caía un manotazo.

—Niño ya quisieras tú llegar a los cuarenta con este estilazo —dije al tiempo que le mostraba mi perfil más sexy.

—Claro... claro... Anda «abuela» vaya usted a restaurarse que tiene que salir esta noche —añadió antes de desaparecer a toda velocidad por el pasillo en dirección a su dormitorio.

—¡Qué poco respeto a las canas! —dije entre risas y levantando la voz lo suficiente para que me escuchara.

Me fui directa a la ducha. Seguía sin saber qué ponerme para la ocasión, pero lo que sí tenía claro era que pensaba entrar en la nueva década lo más cómoda posible y siendo el reflejo más fiel de la mujer que era en aquel momento. Dejé que el agua caliente me relajara todos los músculos del cuerpo. Necesitaba que desapareciera todo el cansancio acumulado, las preocupaciones y gran parte del estrés que venía soportando desde hacía tiempo. Este no era un día para pensar, sino para sentir y celebrar todas las cosas bonitas que la vida me había dado. Sí. Había sufrido, pero como todos. No tenía la exclusividad del dolor. También había disfrutado. Mucho. Era cierto que no había llegado a los cuarenta tal y como lo había planificado muchos años atrás. Pero allí estaba sintiéndome extrañamente renovada, con mucha más energía de la que había tenido en muchísimos años y con la sensación en la boca del estómago de que lo mejor estaba por venir.

Mientras me secaba el pelo y dejaba que todos estos pensamientos se asentaran en mi mente, llegué incluso a plantearme que tal vez estuviera perdiendo un poco la cabeza. O quizás se tratase de otro mecanismo de defensa para seguir adelante. Fuera como fuera no pensaba cambiar de actitud. Me sentaba bien. Envuelta ya en una toalla después de haberme hidratado hasta las pestañas, abrí el armario. Había llegado el momento de la verdad. Cómo deseaba verme en las imágenes que guardara de aquel día y en qué clase de mujer me había convertido eran algunas de las preguntas que me rondaban por la cabeza. Durante unos minutos permanecí de pie contemplando la oferta de prendas que había colgadas frente a mí. Hice todas las combinaciones posibles y, finalmente opté por el concepto: «Menos es más».

En primer lugar, elegí la lencería a conciencia. Hacía un par de meses me había hecho con un conjunto negro de *Victoria's Secret* que no había estrenado aún. ¿Qué mejor ocasión que aquella para hacerlo? En cuanto me lo puse regresé al baño. Me miré en el espejo y sonreí. Mi melena caoba se estaba secando a su aire. Al modo infierno de cada pelo por un lado. Así es que me apliqué el aceite que me habían recomendado para que no se encrespara y poder domarlo un poco. Esperaba que cumpliera su cometido o asistiría a la fiesta en plan espantapájaros. Luego me puse manos a la obra con el maquillaje.

Por lo general no solía pintarme demasiado. Prefería ofrecerle al mundo la versión más natural posible. Así es que opté por tonos suaves y por la cantidad justa para darle luminosidad a la piel, pero sin parecer que llevara una máscara de Halloween. Me esmeré todo lo posible en conseguir ese aspecto fresco que buscaba y, cuando contemplé el resultado, se me iluminó la sonrisa. Estaba guapa y me sentía bien. Regresé al dormitorio y descolgué de la percha un vestido negro que me había llegado unos días atrás. Lo había comprado pensando en mis reuniones de trabajo, pero pensé que sería perfecto para aquella noche. Me lo puse y volví a sonreír al comprobar que se ajustaba a mi cuerpo como si lo hubieran hecho a medida.

La prenda caía por encima de mis rodillas y el escote en forma de uve dejaba a la vista lo justo. Terminé el proceso de chapa y pintura aplicando algo más de producto domador de melena que decidí dejarme suelta sobre los hombros. Luego me subí en unos zapatos de salón no demasiado altos y fui a buscar a mi hijo. Encontré a Marc terminándose de arreglar. Estaba guapísimo y no era pasión de madre. Mi hijo crecía por días y cada vez se veía con más

claridad el hombre en el que se iba a convertir. Él aún no se había percatado de mi presencia por lo que me pude deleitar mirando lo bien que le sentaban aquellos pantalones vaqueros azul oscuro, la camisa de un tono ligeramente más claro y había completado el look con una cazadora tipo *Top Gun*. Estaba para comérselo.

—Vas a ser el terror de las nenas —dije sin poder contener mis ganas de sacarle un poco los colores.

—Mamá no empieces... —respondió torciendo el gesto y frunciendo el ceño.

—Vale ya me callo, pero estás muy guapo.

—Tú también —dijo mientras me miraba de arriba abajo a conciencia—. Verás cómo ligas esta noche.

—Uy sí para ligues estoy yo —respondí entre risas—. ¡Qué pereza!

—Ya veremos... —respondió con un tono más parecido al de una madre que al de un niño de su edad.

—Lo único que va a pasar hoy es que nos divertiremos, bailaremos, nos reiremos y mañana estaremos que daremos pena.

—Eso tú. Yo tengo una partida de *play* a las doce. Pero tranquila que no haremos ruido.

—Más os vale —respondí recordando que su amigo también dormía en casa—. Voy a coger el abrigo y a avisar a la tía Marta de que ya estamos listos.

Llegamos al pub cinco minutos antes de la hora acordada y todo estaba en silencio. Incluso parecía estar cerrado. Marc y yo paseamos nerviosos por la acera mientras veíamos cómo pasaban por delante grupos de jóvenes y parejas dispuestas a disfrutar de la noche del viernes.

—Mamá, ¿estás segura de que es aquí? —dijo el niño sin poder ocultar cierta ansiedad.

—Sí. Este es el número que me dio la tía —respondí con más calma de la que sentía.

—Entonces, ¿por qué no entramos? ¡Me estoy quedando helado!

Mi hermana me había hecho prometer que no asomaría la cabeza por allí

antes de la hora acordada. Pero el niño tenía razón. La noche no estaba como para andar paseando mucho. En las últimas semanas las temperaturas habían descendido bastante, se notaba ya que el invierno estaba a punto de hacer acto de presencia y yo no iba muy abrigada. De modo que cogí a Marc de la mano y juntos empujamos la puerta que daba acceso al pub. El *Verity* era un conocido local de ambiente de la ciudad. En mis tiempos mozos, es decir, cuando tenía vida fuera de ser madre, dinero para gastar y quince años menos, solía ir bastante por allí con mis amigos. A Jorge le encantaba porque, como solía decir, siempre pillaba cacho. A Marta, al resto de amigos y a mí nos entusiasmaba por la música que ponían. Una selección estupenda de lo mejor de los ochenta que siempre conseguía subirnos el ánimo sin hacernos sentir fuera de lugar.

—Mamá... Aquí no hay nadie —dijo mi hijo elevando un poco el tono de la voz.

—Alguien tiene que haber, hombre. Si no la puerta hubiera estado cerrada.

—¿Y si hay un asesino?

—¡Marc, por favor! No digas tonterías.

—Es como en las series. Todo oscuro, siniestro, tenebroso. ¡Solo falta el tío del cuchillo!

La verdad era que aquello estaba negro como el sobaco de un gorila, pero no estaba dispuesta a permitir que mi hijo me contagiara su paranoia.

—¿Hola? —dije con un tono bastante agudo y que dejaba claro lo nerviosa que empezaba a estar.

—No contestan... ¡Vámonos! —El niño estaba tan pegado a mis piernas que apenas podía moverme.

—¿Quieres parar? Me estás poniendo nerviosa —dije al tiempo que continué dando pequeños pasos hacia el interior del pub.

—No sé dónde piso —añadió mi hijo para darle un poco más de dramatismo a la cosa.

—¿Crees que yo veo algo? ¡No! Pero recuerdo que al final de esa barra que intuyo aquí a la derecha está la pista de baile y, al lado, los baños.

Marc y yo seguimos avanzando en la oscuridad. Notaba el corazón

latiéndome a mil por hora. Me costaba entender qué me impedía coger el teléfono y llamar a Marta. Tampoco por qué no huíamos ya. Aquello empezaba a no gustarme nada. Entonces noté dos manos asiéndome con fuerza. Dejé escapar un intenso chillido que fue seguido por uno todavía más agudo. El de Marc. A continuación, todo pasó muy rápido. Las luces se encendieron, un montón de personas empezaron a jalearme y vitorearme. Pero yo aún estaba en shock y trataba de localizar con la mirada dónde estaba mi hijo. Lo encontré a unos pocos metros por delante muerto de risa al lado de mi hermana.

—¡Sois unos cabrones! —dije al borde de las lágrimas y del ataque de histeria—. Me podíais haber matado. ¿No os dais cuenta de que ya no tengo edad para estas cosas?

—¡Pero si estás estupenda! —dijo Jorge justo detrás sujetándome todavía los hombros.

—Y tú... ¡Eres el peor de todos! —respondí mientras me giraba dispuesta a darle un buen tortazo. Por suerte, él estuvo más rápido de reflejos y me cogió las manos en el aire.

—¡Felicidades cuarentona! —gritó justo antes de estrecharme con fuerza entre sus brazos.

—Esto no os lo voy a perdonar en la vida —murmuré agarrándome a él porque las piernas apenas me sostenían después del susto—. Si queríais que fuera algo inolvidable, desde luego que lo habéis conseguido.

—Anda deja de quejarte y... ¡Que empiece la fiesta! —Marta se había acercado a mí y se acababa de unir al abrazo.

—¡Eres una zorra! ¿Lo sabías? —dije un poco más relajada y con una tímida sonrisa.

—Sí. Pero me quieres. Además, soy la única hermana que tienes.

—Gracias a Dios —respondí—. Con muchas más como tú no sé si viviría para contarlo.

En cuanto nos separamos se empezaron a acercar algunos de mis amigos de la infancia, compañeros de trabajo y familiares con los que tenía una estrecha relación. Tenía que reconocer que mi hermana se lo había currado a la hora de enviar las invitaciones porque no faltaba nadie. Un camarero vino directo a mí con una bandeja cargada de Martini. Alargué la mano y cogí dos.

Tenía que reponerme del susto mortal lo antes posible. Mientras apuraba la primera copa busqué a mi hijo con la mirada. Su amigo Izan ya había llegado y los dos estaban enzarzados mirando la pantalla de un móvil. «Ay estos críos y la tecnología» pensé. Pero era una noche especial y tampoco iba a ponerme estricta.

Me bebí la segunda copa contemplando la decoración del local. Estaba tal y como la recordaba, con sus fotografías en blanco y negro de los lugares más emblemáticos de Nueva York, pero también de otros mucho menos conocidos. Cuántas noches habíamos pasado allí soñando con que recorriamos la ciudad y que éramos los protagonistas de un montón de historias fascinantes. Por suerte la vida me había concedido el privilegio de viajar hasta la gran manzana en varias ocasiones y, como si de una promesa se tratara, me esforcé en visitar todos aquellos lugares. Sonreí al recordar lo jóvenes e inocentes que éramos entonces, pero también me sentí feliz al comprobar que, a pesar de la vida, todos seguíamos allí.

—Come algo o tendré que llevarte a casa antes de que hayas soplado las velas —dijo Jorge en cuanto vio pasar a un camarero con una bandeja repleta de sushi.

—Si porque además tengo un hambre que desfallezco.

—Imagino la dieta que has debido hacer para caber en ese vestido —añadió con malicia al tiempo que me sonreía y me miraba de arriba abajo con descaro.

—¡Vete a hacer puñetas! —respondí dándole un codazo.

—Estás estupenda, idiota. Nadie diría que estás a punto de cambiar de década.

—Ahora arréglalo —le dije justo cuando conseguí coger un *california roll* de aguacate.

—Es la verdad. Parece que en vez de cumplir años te los quitas. Ya me dirás cómo lo haces —dijo mi hermana que se había unido a nosotros.

—Lo haré porque, cuando menos cuenta te des, serás la siguiente cuarentona—. Fui mala a conciencia. Sabía lo mal que ella llevaba el tema de la edad, pero ahora me tocaba a mí pasármelo bien.

—¡Perra! —murmuró con desprecio—. De momento todavía estoy en los

treinta y ocho.

—Y yo puedo decir que, al menos, he llegado. ¿Y vosotros?

—Marta, dile a tu hermana que se comporte o me llevaré la sorpresa que he traído para ella—. Jorge fingió estar muy ofendido y centró su atención en la comida japonesa que, todo fuera dicho, estaba deliciosa.

—Vic... deja al nene tranquilo que lleva semanas trabajando para organizar todo esto —añadió mi hermana mientras apuraba su copa.

—Es mi día y puedo hacer lo que quiera, pero es cierto que os lo habéis currado—. Volví a observarlo todo y, la verdad era que no faltaba un detalle. No tenía ni idea de los contactos a los que habría tenido que recurrir Jorge para cerrar el pub una de las noches fuertes del fin de semana—. Además... Quiero mi sorpresa.

—Guarra —dijo mi amigo sin poder evitar que se le dibujara una sonrisa en los labios—. Ya sabía yo que eras una interesada. Está claro que cuanto más vieja más pelleja.

Durante unos segundos los tres nos miramos en silencio para, a continuación, estallar en carcajadas. En aquel preciso instante tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. Volvía a ser 1997 y teníamos toda una vida por delante repleta de planes. Sabía que habían transcurrido veinte años, pero la sensación de estar ante algo muy importante volvió a vibrar en la boca de mi estómago.

—Creo que deberíamos brindar —dijo Marta como si me hubiera leído el pensamiento. Jorge fue a buscar a uno de los camareros y volvió con tres copas.

—Por cuarenta años más —dijo mi hermana radiante como hacía tiempo que no la veía.

—Y que vosotros los veáis —respondí sintiendo cómo la emoción me embargaba.

—Aquí estaremos. Yo, al menos, no pienso ir a ninguna parte hasta que no te vea encarrilada—. No sé si fue a propósito, pero Jorge le imprimió tanta seriedad a aquellas palabras que estaba segura de que se pasearían por mi mente durante bastante tiempo—. Y hablando de encarrilar —añadió no sin antes dar otro sorbo de su copa —quiero que conozcas a alguien.

—No se te habrá ocurrido traerme un ligue a una fiesta familiar, ¿verdad?

—Solo es un amigo. Además... ¡Queda mucha noche por delante!

Conocía muy bien a Jorge y las fiestas que era capaz de organizar. Yo misma había estado en algunas de ellas que se habían prolongado durante un fin de semana entero. Claro que de aquello hacía mucho tiempo. Cuando no tenía ni hijo, ni obligaciones, ni una edad en la que alterar el sueño implicara pasarme en coma las siguientes dos semanas. Mi amigo me cogió de la mano y tiró de mí con suavidad. A medida que me iba encontrando a personas conocidas les hacía la promesa de estar con ellos enseguida. Pero él me seguía llevando al otro extremo del local. Fue entonces cuando lo vi. Era alto. Mucho. Tenía el pelo oscuro y rizado. A pesar de lo que se había esforzado por controlarlo, algunas ondas se le habían marcado en el pelo justo encima de las orejas. Algo que en cualquier otro hubiera sido un detalle negativo, en él resultaba de lo más atractivo. Sin embargo, lo que más me impactó fue su sonrisa. Unos labios carnosos de esos de «bésame ya» la envolvían. Sin querer dejé demasiado tiempo la mirada en ella y pareció darse cuenta porque sonrió todavía más.

—Martín esta es Victoria, la mujer de mi vida si no fuera tan maricón — dijo Jorge a quien daba la impresión de estar haciéndole efecto ya las copas.

—Encantada —respondí sin saber demasiado bien si tenderle la mano o darle un beso. Tenía que admitir que estaba bastante desentrenada en el tema de conocer hombres. En especial, a tipos tan atractivos como aquel.

—Un placer —dijo y posó sus labios sobre mis mejillas con delicadeza, pero también con seguridad—. Jorge me ha hablado mucho de ti.

—Seguro que todo malo —añadí mientras le lancé a mi amigo una mirada que venía a significar «luego hablaremos de esto».

—¡Qué va! Si no lo conociera diría que eres la mujer de su vida.

—Y es que lo es. Otra cosa es con quien comparta la cama.

—¡Ahórranos los detalles! —respondimos los dos a la vez.

—Sabía que ibais a coincidir —dijo Jorge como si fuera un niño pequeño viendo cómo sus padres coquetean—. Voy a buscar algo más de comer. Estas copas parece que las hayan cargado en el mismísimo infierno —añadió justo antes de alejarse a la caza de un camarero al que, sin duda alguna, ya le habría

echado el ojo.

—Siento haberme colado en tu fiesta, pero ya sabes cómo es. Insistió en que debía venir porque él lo organizaba todo y me aseguró que a ti no te importaría—. La voz de Martín era suave y pausada. Me producía una gran serenidad escucharle.

—Tranquilo... Tenía la intención de que fuera algo pequeño y en casa. Pero se empeñó en que tenía que celebrar los cuarenta por todo lo alto y aquí me tienes.

—¿Qué dices? ¿Cuarenta años? ¡Me tomas el pelo!

En cualquier otro hombre aquellas palabras hubieran sonado a ensayadas, fingidas o falsas. Sin embargo, salieron de su boca con tanta naturalidad que solo podían ser verdad. Me sentí halagada. Pero decidí no bajar la guardia. Existían muchas razones por las que había mantenido a los hombres a distancia a lo largo de tantos años. No iba a cambiar de la noche a la mañana. Ni siquiera porque un tipo guapísimo se estuviera comportando de forma tan educada y, al mismo tiempo, natural.

—En absoluto. Esos son los que me caen hoy. Otra cosa son los esfuerzos que hago para que no se me noten —dijo al tiempo que le sonreí con cierta picardía.

—Puedes decir tranquilamente que tienes treinta y cuatro.

—Muchísimas gracias, pero no sé si colaría. Además, los años están ahí. He vivido cada uno de ellos y... satisfecha de haberlo hecho.

—Colaría. Ya les gustaría a algunas de mis compañeras de trabajo tener tu aspecto —dijo mientras me dirigía otra mirada llena de encanto sincero. Por un instante pensé que desviaría los ojos hacia alguna parte concreta de mi cuerpo, pero no lo hizo.

—¿Dónde trabajas?

—Doy clases en la universidad —dijo con un punto de orgullo y comprendí que su profesión era muy importante para él.

—¡Qué interesante! ¿De qué?

—Literatura. Pero es menos romántico de lo que parece a primera vista — se apresuró a añadir. Probablemente, si a aquellas alturas de su vida estaba

solo, habría tenido que lidiar con muchas mujeres que se hubieran sentido atraídas por la imagen del profesor atractivo y joven.

—Bueno a mí me parece interesante —dije siendo consciente de que mentía un poco. Lo cierto era que imaginarlo hablando de libros motivaba más a mi cuerpo que a la mente.

—Lo es si se consigue una audiencia adecuada.

—Imagino que la gente que asiste a tus clases lo hace porque quiere.

—Veo que hace mucho que no vas por la universidad —En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras todo su cuerpo se tensó—. Lo siento... Ha sonado muy mal lo que acabo de decir. No pretendía ofenderte —se apresuró a añadir.

—Tranquilo, no lo has hecho. Y tienes razón. ¡Hace casi veinte años que voy por allí! —respondí sonriendo con sinceridad—. Cuando me licencié me hice la firme promesa de no volver al lugar en el que había enterrado cuatro años de mi vida. Y mira... ¡Lo he cumplido!

—¿Tan malo fue?

—No, pero sí muy duro. Las clases, las prácticas, trabajar para pagarme la carrera.... Es una época que, aunque recuerdo con muchísimo cariño, no fue precisamente fácil.

—Pero lo conseguiste —dijo bajando un par de tonos la voz, algo que le dio un aire todavía más interesante.

—Sí. Me salí con la mía.

—¿Qué estudiaste?

—Nada con *glamour*. Humanidades—. Estaba tan acostumbrada a que mis compañeros en la empresa se tomaran mi licenciatura a cachondeo, que había llegado al punto de ser yo misma quien le restara importancia a algo que tanto sacrificio me había costado.

—Una carrera muy bonita y muy completa además —dijo con convencimiento.

—Te da conocimientos para jugar al trivial, sí.

—Vaya... Da la impresión de que te arrepientes de lo que estudiaste en su

día.

—En absoluto, pero con el tiempo me he dado cuenta de que fui poco práctica.

—¿Por qué?

—Hice lo que quise, aquello que me gustaba. Si fuera hoy iría directamente a donde está la pasta. Total, siempre se puede aprender historia, literatura o geografía a lo largo de la vida.

—¿En serio crees lo que dices? —Martín me miraba directamente a los ojos sin perder en ningún momento aquella sonrisa que tanto me estaba cautivando.

—Lo cierto es que no. En el fondo soy una romántica y sé que, si tuviera dieciocho años y la oportunidad de regresar a la universidad, volvería a elegir algo que me apasionara, aunque no pudiera vivir de ello.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo en marketing —respondí sin querer dar muchos más detalles.

—Ciertamente nada que ver...

—Dímelo a mí que hay días en los que todavía me pregunto qué hago ahí —dije sintiendo cómo me iba relajando más a medida que avanzaba la conversación entre nosotros.

—Ganarte la vida. ¿Te parece poco?

—La verdad es que no. Tal y como están los tiempos, incluso me parece un milagro que esté sobreviviendo a todo.

Seguimos hablando durante un buen rato. Conforme nos adentrábamos en la conversación, me iba dando cuenta de que me apetecía saber más de él. Sin embargo, aquel no era ni el lugar ni el momento más adecuados. Tenía un montón de invitados a los que debía de prestar atención. Además, en mi entusiasmo por conversar con él, me había pasado completamente inadvertido que alguien me observaba desde hacía un buen rato.

## ~ CAPÍTULO 5 ~

Jorge regresó junto a nosotros. Probablemente debía de haberse dado cuenta de lo a gusto que estábamos, pero era necesario que prestara atención al resto de invitados. Me paseé por la sala con una sonrisa tonta dibujada en los labios y notando un cosquilleo muy agradable en la boca del estómago. Empecé a conversar con amigos a los que hacía algún tiempo que no veía y, poco a poco, me fui poniendo al día de todas aquellas cosas que, por el trabajo, la falta de tiempo y el encierro doméstico al que me había sometido me había perdido. Fue entonces cuando caí en la cuenta de lo desconectada que había estado de todo y me hice la promesa de no volver a perderme de aquel modo. Tendría que reorganizar algunas de mis rutinas, pero no me apetecía volver a esperar otros tres años para encontrarme con gente a la que tanto apreciaba y que había ocupado en mi vida un lugar especial.

Observé con atención cómo todo el mundo parecía estar pasándose de maravilla. La música de la década de los ochenta y los noventa ayudaba bastante, pero era sin duda el hecho de que tanto Marta como Jorge hubieran sabido escoger a la gente adecuada, lo que hacía que se palpara en el ambiente la sensación de comodidad y felicidad. Busqué con la mirada a Marc y lo encontré al lado de su amigo Izan riendo. Por lo menos habían escondido las dichosas maquinitas y socializaban un poco. Fue entonces cuando me percaté de su presencia, el corazón me dio un vuelco y las piernas me empezaron a temblar. El desconcierto y la rabia se apoderaron de mí, pero como no quería montar ningún escándalo fui directa a buscar a mi hermana.

—Marta... ¿Podemos hablar un momento? —dije tratando de sonar lo más desenfadada posible. No quería que nadie más se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—Por supuesto. ¿Qué sucede? —mi hermana advirtió mi nerviosismo y enseguida todo su cuerpo también se puso en tensión.

—¿Le has invitado tú? —dije mirando justo en dirección a la puerta de entrada del *Verity*.

—¡Por supuesto que no! —respondió muy indignada al darse cuenta de quién estaba apoyado en la pared conversando con los padres del mejor amigo de nuestro hijo—. Voy a terminar con esto ahora mismo. No te preocupes.

—Déjalo. Iré yo. No me apetece nada que se monte un espectáculo —dije con una mezcla de ira y temor.

—¿Estás segura?

—Sí. Tranquila. Tú quédate cerca por si acaso y asegúrate de que Marc sigue entretenido.

Dejé a mi hermana y me dirigí con la mejor de mis sonrisas hacia el lugar exacto en el que se encontraba Toni. En cuanto notaron mi presencia, los padres de Izan me saludaron con cariño y también me felicitaron. Yo me esforcé por comportarme con total normalidad, pero cuando Toni intentó darme un beso en la mejilla, todo mi cuerpo se tensó y los nervios se apoderaron de la boca del estómago hasta el punto de provocarme arcadas.

—¿Nos disculpáis un momento? —les dije a Xavi y Laia con más calma de la que sentía.

—Claro —respondieron los dos casi al unísono al tiempo que se alejaron de nosotros con mucha discreción.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver a Marc —respondió Toni con tanto cinismo que le hubiera dado un guantazo allí mismo.

—Puedes ver a tu hijo los fines de semana que te toca. Y, hasta donde yo recuerdo, este no es uno de ellos.

—Veré al niño las veces que me dé la gana. Te guste o no —añadió él con insolencia.

—Mira este no es ni el momento ni el lugar para hablar de esto. Si quieres renegociar los términos de nuestro acuerdo de divorcio, habla con mi abogado, pero ni te atrevas a joderme la noche—. Podía notar a la perfección cómo la sangre me golpeaba con fuerza en las sienes y aparecían en mi frente pequeñas gotas de sudor fruto de la ansiedad que estaba experimentando.

—No te quepa duda de que lo haré. Con quien ya he hablado, de momento, es con Marc. Y está encantado de poder pasar más tiempo conmigo—. Toni se

recreó al pronunciar cada una de aquellas palabras. Sabía el impacto que iban a tener en mí.

—El niño no tiene ni voz ni voto en esto. Me parece lamentable que hayas hecho esto a mis espaldas. Además, ¿desde cuándo te preocupa tu hijo? —Noté cómo mi exmarido me fulminaba con la mirada y, durante unos segundos pensé que había ido demasiado lejos. Si mi intención era no armar un escándalo, tal vez debería de haberme contenido un poco. Pero todo había sido tan imprevisto que apenas había tenido tiempo para reaccionar de otro modo.

—¡Qué equivocada estás! Marc ya tiene doce años. Puede empezar a expresar su opinión y dejar de hacer todo lo que tú le ordenas. Ya ha vivido suficiente tiempo bajo tu dictadura—. Toni venía dispuesto a discutir, a organizar una buena bronca y, por supuesto, a hacer todo el daño que fuera posible.

—¡Déjanos en paz! —respondí. A continuación, respiré hondo y traté de contar hasta cien para no comenzar a gritar en aquel mismo momento—. Y haz el favor de largarte. Aquí no tienes nada que hacer.

Tras pronunciar aquellas palabras le di la espalda con la intención de regresar a mi fiesta. Entonces él me cogió del brazo con fuerza y tiró de mi cuerpo en su dirección.

—La fiesta ha terminado —dijo casi en un susurro a escasos centímetros de mis labios y dejando salir todo el veneno que llevaba dentro—. Ahora esto lo controlo yo, ¿te queda claro?

—¡Suéltame! —respondí tratando de mostrar un aplomo que, para nada, era real.

—Te ha dicho que la sueltes, gilipollas —la voz de Jorge sonó con firmeza. Nunca me había alegrado tanto de oírlo, la verdad—. Y ya te estás largando de aquí con viento fresco si no quieres que tengamos un problema.

De no haber sido por lo duro de la situación hubiera resultado hasta cómico. Ver a mi amigo con toda su pluma, que era mucha, amenazando a mi exmarido que medía más de metro noventa, era de todo menos creíble. Pero funcionó. Toni soltó mi brazo, luego se nos quedó mirando durante unos segundos que se hicieron eternos, cogió su cazadora de cuero y se fue con la misma tranquilidad con la que se había acoplado a la fiesta.

—¿Estás bien? —dijo Jorge mientras me sostenía con fuerza por los hombros.

—Creo que me voy a desmayar. Necesito sentarme —respondí mientras sentía cómo el valor que había mostrado frente a mi ex se desvanecía y las lágrimas acudían a mis ojos dispuestas a salir en tropel.

—Vamos a la barra y tranquila. Este no vuelve más por aquí.

Dejé que mi amigo casi me arrastrara por el interior del local. No era capaz de pensar y caminar al mismo tiempo. Fue entonces cuando me acordé de Marc e intenté localizarlo. Lo encontré junto a mi hermana quien, gracias al cielo, se había ocupado de que el niño no se enterara de nada. En cuanto conseguí subirme al taburete, algo que no era fácil ni por los tacones ni porque hacía rato que había dejado de sentir las piernas, apoyé los codos sobre la barra y me cubrí el rostro con las manos. Necesitaba tranquilizarme, ser capaz de canalizar todas las emociones encontradas que luchaban por abrirse paso en mi interior y dejar de temblar.

—Anda llora —dijo Jorge mientras me rodeaba con los brazos.

—No quiero. Este es un día para celebrar la vida —respondí con rabia porque sabía que iba a venirme abajo de un momento a otro.

—Déjalo salir. Mejor ahora que luego sola en casa. Hazme caso —murmuró con dulzura junto a mi oído.

—Pero... —fue todo lo que conseguí añadir.

El nudo en la garganta era enorme y, si no lo deshacía, estaba casi segura de que me ahogaría. De modo que me abracé a Jorge y di rienda suelta a toda la angustia que sentía en mi interior. En mi mente solo aparecía una pregunta. ¿Por qué? ¿Qué era exactamente lo que empujaba a un padre que había pasado olímpicamente de su hijo a lo largo de casi diez años a querer estar con él? Dudaba mucho que le hubiera entrado el amor así, de repente. Estaba convencida de que detrás había algo oscuro y turbio. Toni había demostrado que no daba puntada sin hilo. Hacía tiempo que había dejado de ser la persona de la que me había enamorado años atrás. Sin embargo, aún conservaba la capacidad de sorprenderme. Para mal, por supuesto. Seguí abrazada a mi amigo al tiempo que me consumía la rabia no ya por lo que acababa de suceder, sino porque veía amenazado todo el esfuerzo de los últimos años. Lo duro que había sido sacar adelante a mi hijo completamente

sola, las noches en vela decidiendo qué era lo mejor para su educación, los nervios de saber si estaba siendo muy estricta con él o, por el contrario, demasiado permisiva. Todos aquellos desvelos los había pasado en la más absoluta soledad. Si Marc en la actualidad era un niño cariñoso, equilibrado y feliz se debía en gran medida a mí. Y me negaba en rotundo que ahora viniera alguien a destruir todo aquello por muy padre que fuera suyo o porque lo pusiera en un trozo de papel.

—Bebe un poco de esto —dijo Jorge mientras me ofrecía una copa.

—Píllame un buen pedo no va a solucionar mis problemas —respondí entre hipidos y siendo consciente de que debía tener una pinta espantosa.

—No voy a emborracharte, tonta. Solo quiero que te sientas mejor, que levantes ese ánimo y que, al menos por esta noche, dejes a un lado lo que acaba de pasar. Mañana, cuando ya seas una cuarentona oficial, nos sentamos y nos lamemos las heridas. Esta noche no, nena. Este momento es solo tuyo— dijo y me dio la sensación de que él también estaba a punto de echarse a llorar.

—Dame esa copa y brindemos.

—¡Esa es mi chica!

—De los cuarenta para arriba... —dije tratando de buscar una rima acorde con el momento.

—¡Tienes que enseñar la figa! —Mi hermana hizo acto de presencia en el momento tierno con una de sus peculiares frases.

—Por Dios, qué soez —dijo Jorge sin poder contener la risa.

—A la par que cierto. Ponme uno igual que estos —le gritó Marta al camarero que todavía no salía de su asombro ante el hecho de que aquella mujer, de apariencia frágil, acabara de lanzar semejante exabrupto.

—No voy a brindar por eso, que lo sepáis.

—A ver qué propones que mejore lo mío —mi hermana me miraba entre intrigada y divertida.

—De los cuarenta para arriba celebra siempre la vida —dije con tanta fe en aquellas palabras que decidí hacerlas mi lema a partir de ese mismo instante.

—¡Coño con la publicista! —añadió Jorge no sin antes vaciar la copa que sostenía entre sus manos de un solo trago—. Ahora entiendo por qué nos vendes todo lo que te propones.

—Soy una encantadora de serpientes, sí —respondí dando un largo sorbo al brebaje aquel que estaba delicioso y cargado de alcohol a partes iguales—. ¿Qué puñetas es esto? —dije al notar cómo me quemaba la garganta.

—Agua de Satán —dijo Jorge divertido.

—Más bien del rabo de Satán —añadió mi hermana con sorna—. Porque no veas cómo pega.

—Eso háblale a ésta de rabos que tiene uno a punto —dijo Jorge mientras miraba justo a la barra que teníamos enfrente.

Marta y yo seguimos la dirección de sus ojos. Allí estaba Martín conversando animadamente con mi hijo quien le enseñaba emocionado algo en la pantalla de su consola. A pesar del disgusto que llevaba en el cuerpo y de la tensión, se me dibujó una sonrisa en los labios al ver aquella escena. Por lo general Marc era un niño muy cariñoso, pero tímido. Le costaba acercarse a la gente, romper el hielo. Necesitaba un proceso de varios días o semanas para confiar en alguien. Sin embargo, allí estaba. Hablando con un completo desconocido con el que parecía entenderse a las mil maravillas.

—¿De dónde has sacado al jamelgo ese, nen? Porque está demasiado tremendo para ser hetero —mi hermana en estado puro volvía a la carga.

—Es un amigo —se limitó a responder con vaguedad.

—No te habrás atrevido a presentarle a mi hermana a uno de tus ligues, ¿verdad?

—Tampoco sería la primera vez —me apresuré a decir mientras recordaba aquella noche en una fiesta universitaria en la que me había endosado a un tipo con el que acababa de tener sexo en un váter portátil para que no estuviera sola porque él acababa de encapricharse de otro.

—¡No jodas! ¿Sí?

—¡Qué puerca! Aun te acuerdas —dijo falsamente ofendido.

—Como para olvidarlo. Pero tranquilo que ya lo he superado —respondí sin poder contener la risa.

—En mi defensa diré que era joven y la sangre corría desbocada por mis venas.

—Me temo que eso no ha cambiado —añadí al tiempo que lo abrazaba de nuevo.

—¿Me lo vais a contar? —protestó mi hermana a quien no había nada que más le molestara que quedarse al margen de un buen cotilleo.

—Luego te pongo al día —dijo Jorge—. Ahora a ver si sacamos algo en claro con estos dos. Y no —añadió poniéndose muy serio de repente—. Martín es asquerosamente heterosexual para mi desgracia. Así es que no sufras por eso. Es todo para ti.

—Para hombres estoy yo —dije y sentí un escalofrío al recordar lo que acababa de suceder—. Además tengo un imán para los tarados.

—Eso no te lo voy a negar —dijo Marta en tono cariñoso— pero no te puedes pasar la vida encerrada trabajando y siendo solo madre.

—Hoy también vamos a tener esta conversación, ¿en serio?

—Nena no pasa nada por tontear un poco y dejarse querer. Tampoco te van a pedir matrimonio ni nada por el estilo —Jorge estaba en el bando de mi hermana en ese tema.

—Ya... —me limité a responder y con pocas ganas de volver a discutir sobre lo mismo.

—Pues eso, ve a divertirte un poco.

Jorge alargó la mano y con un solo gesto me bajó del taburete. A continuación, mi hermana, como si estuviera en perfecta sincronía con él, me alisó el vestido, me secó las lágrimas, retocó con agilidad el maquillaje, me dio una palmada en el culo y me empujó en la dirección en la que estaba Martín. La verdad era que me había parecido un buen tipo y, al margen de su atractivo más que evidente, parecía una persona sensible, culta... A simple vista era de esos hombres que parecían tenerlo todo. A lo mejor mi hermana y mi amigo tenían razón. Por hablar con él y dedicarle un poco de aquella noche tampoco iba a pasarme nada. Respiré hondo y, mientras caminaba en su dirección, me hice la promesa de no volver a pensar en lo que había sucedido con mi ex. Ya tendría tiempo para ello durante los próximos días.

—¿Qué hacéis? —dije en cuanto llegué a la altura del pequeño grupo de personas que se había formado alrededor de mi hijo.

—Aquí estamos viendo cómo Marc destroza a un tipo en el Apalabrados —dijo Izan con orgullo de amigo.

—Lo está machacando —añadió Martín con emoción—. Hacía tiempo que no veía una paliza de ese nivel.

—Pues con Marc es así todo el tiempo —volvió a decir el niño.

—No siempre —añadió mi hijo con seriedad—. A veces encuentro a alguno que me hunde en la miseria.

Levanté la vista al cielo en señal de protesta. Era cierto que mi hijo tenía una inteligencia fuera de lo común. Habíamos tenido que lidiar con ello desde que apenas tenía seis meses. Una de las cosas en las que más me había esforzado como madre era en hacerle entender que, a pesar de ese don que la genética, la biología y la vida en general le habían concedido, tenía que aprender a ser un poco más humilde. Por lo general, lo era. Sin embargo, había ocasiones en las que sacaba a relucir cierta superioridad. Y, personalmente, no me gustaba lo más mínimo. Me fastidiaba bastante que presumiera. Si algo me había enseñado la vida era que las cosas solían ir mucho mejor si estabas en silencio trabajando, que si perdías el tiempo presumiendo de tus cualidades por mucho que las tuvieras. La inteligencia y la capacidad eran cosas que saltaban a la vista. No era necesario explicarlas en todo momento.

—Marc —dije de en tono cariñoso pero serio— ya sabes lo que pasa luego...

—Pero es verdad, Victoria —dijo Izan emocionado— nos pule a todos en clase en el instituto.

—Aun así, todavía le queda mucho por aprender —respondí dando el tema por zanjado.

—Parece un chico muy inteligente —dijo Martín en cuanto los niños y algunos de mis primos que también contemplaban la escena con fascinación se hubieron alejado.

—A veces demasiado. Sin embargo, tiene que empezar a saber dónde está el límite de las cosas.

—Creo que acabas de dejárselo muy claro —respondió con una nota de ternura en la voz que me gustó.

—Adolescentes... ¡Ya sabes!

—Bueno yo los pillo un poquito más mayores, pero están igual de salvajes. Ojalá los padres de hoy en día comprendieran que educar es tarea suya, no de los profesores —dijo con tristeza.

—Muchos padres son el mal —respondí sin poder evitar pensar en mi ex. Martín me miró sorprendido, de modo que decidí aclarar mis palabras—. La culpa de muchas de las cosas que piensan los niños, de las que hacen y de su forma de actuar la tenemos nosotros. En general no sabemos educar y así nos va, la verdad.

—Somos una generación bastante permisiva, sí —añadió con tristeza.

—¿Tú tienes hijos?

—No.

—Pues no sabes lo que te ahorras en disgustos.

—Y lo que me pierdo en alegrías —dijo y me dio la impresión de que no era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras.

—Eso sí. Los hijos dan muchas satisfacciones y tanto amor.

Dirigí entonces la mirada hacia donde se encontraba Marc y dejé que se desbordara todo lo que sentía por él. En el fondo yo era afortunada. Era cierto que mi hijo tenía sus momentos, su carácter y algunas inseguridades con las que debía lidiar a diario. Pero ¿quién no las tenía en estos tiempos? Por lo demás era una persona tranquila, feliz y sana. Por muy malos momentos que hubiéramos atravesado juntos habíamos sobrevivido a todos ellos. Y, aunque el futuro era un poco incierto después de lo que había sucedido aquella noche con su padre, quería creer que volveríamos a ganar.

—¿Te encuentras bien?

—Disculpa, sí —dije tratando de centrarme en el aquí y el ahora—. Solo pensaba en lo cortos y largos que se me han hecho estos últimos doce años.

—Os queda toda la vida para disfrutar —dijo con ternura.

—Supongo que sí.

—No lo supongas. Será así.

Levanté la vista y me encontré directamente con sus ojos que me observaban con una mezcla de emociones que no quise interpretar en su totalidad. ¿Estaba siendo encantador a propósito? ¿Solo trataba de ligar conmigo o, por el contrario, aún quedaba gente de verdad? Aquellas preguntas me sacudieron la mente y no quise responderlas. Al menos no de forma consciente, porque en mi interior, en ese lugar profundo en el que se sienten las certezas, ya las había contestado.

—¡Venga que tienes que soplar las velas! —gritó Jorge desde lo alto de la barra del pub rompiendo así la magia del momento, tal y como era habitual en él.

—Qué horror —murmuré sintiendo todas las miradas puestas en mí. Si había algo que odiaba era ser el centro de atención. Pero era mi fiesta, de modo que no me quedaba más remedio que aguantarlo.

—No es para tanto —dijo Martín justo a mi lado—. Solo tienes que acercarte allí, asegurarte de que las apagarás todas de una sola vez y pedir un deseo.

—Qué fácil lo pintas —respondí sonriendo.

—Es que lo es.

Eché a andar con la certeza de que él me seguía y un cosquilleo muy particular se instaló justo en mi nuca. Demasiadas emociones para un solo día y, algunas de ellas, muy contradictorias. Sin embargo, había hecho el propósito de disfrutar de aquel momento. Al fin y al cabo, no se cumplían los cuarenta cada día. Así es que caminé hasta el centro de la pista en la que ya se habían congregado todos los asistentes y, desde allí pude ver cómo Marta y Marc se acercaban despacio mientras sostenían entre las manos una tarta enorme. Yo no era muy fan del dulce, pero si había un tipo de pastel que me fascinaba, aquel era el milhojas. En una tarde tonta podía devorar media docena en el sofá y sin despeinarme. Por supuesto, mi familia lo sabía y se habían ocupado de que me prepararan una de tamaño gigante. Empecé a dar saltitos igual que una niña pequeña sin importarme lo más mínimo si alguien pensaba que hacía el ridículo. Me merecía vivir aquella fiesta, sentir el cariño de mi gente y expresar lo que sentía. A quien no le gustara, ya se podía ir a la mierda. «Empezando por el padre de mi hijo» pensé, aunque enseguida me reprendí.

No me gustaba tener esos pensamientos por muy humanos o justificados que estuvieran en determinadas ocasiones. Entonces las luces se apagaron, el lugar quedó solo iluminado por las cuarenta velas que ardían con armonía sobre la tarta y empezó a sonar el conocidísimo tema de Parchís. Busqué a Jorge con la mirada y con la intención de asesinarlo. Nunca había soportado aquella canción. Como él bien sabía, yo era fan absoluta del «Feliz en tu día». Y estaba a punto de hacerle un gesto muy feo con el dedo, cuando la música cambió y el ambiente se llenó con los primeros acordes del hit de los payasos de la tele. Tal vez todo aquello visto desde fuera pudiera parecer de lo más casposo y hortera. Pero eso también formaba parte de nosotros, de los recuerdos, de la vida, de la esencia que habíamos compartido durante tantos años y era algo que valía la pena tener.

Cuando me di cuenta, todo el mundo estaba cantando emocionado. Hasta Izan, el amigo de mi hijo que siempre trataba a los adultos como seres absolutamente desfasados que no merecían seguir respirando, estaba encantado con el momento. Marta y mi hijo dejaron la tarta justo delante de mí. Luego mi hermana se retiró un poco, dejándonos solos a los dos en el centro de la pista.

—Pide un deseo, mamá —dijo Marc casi sin poder controlar la emoción—. Pero uno que se cumpla de verdad. No cosas como la paz mundial o que se acabe el hambre.

—Veré qué puedo hacer...

Cerré los ojos y los apreté con fuerza tratando de dejar la mente en blanco para que los deseos fluyeran. «Virgencita que me quede como estoy» fue la primera frase que me vino a la cabeza. Pero era demasiado cínica para un momento como aquel, aunque no por ello carecía de sentido. Seguí hurgando en mi interior con la esperanza de hallar la respuesta. Dejé de oír y de percibir lo que sucedía a mi alrededor. Todo pasó a ser silencio y serenidad. Entonces una voz me susurró: «¡Despierta a la vida!» Entonces sonreí, cogí aire, abrí los ojos y soplé. Las llamas de las velas titilaron unas décimas de segundo y, a continuación, se apagaron. Todo el mundo comenzó a aplaudir y enseguida empezaron a caerme besos en las mejillas. Mis amigos y familiares lejanos fueron los primeros. Luego fue Jorge el que, visiblemente emocionado, se acercó y me achuchó. Mi hermana llegó a continuación y me abrazó. Teniendo en cuenta que no era una persona demasiado cariñosa, aquello significaba

mucho para mí. Marc vino después y lo primero que hizo fue pasar los brazos alrededor de mi cuello y refugiarse en él. Su lugar especial.

—Se va a cumplir lo que has pedido, ¿verdad? —dijo con aquella inocencia que todavía conservaba.

—Esta vez sí —respondí con rotundidad. Todavía estaba un poco aturdida por lo que había experimentado segundos atrás, pero sabía que aquel deseo dependía en gran medida de mí y estaba dispuesta a convertirlo en realidad.

—Prométeme que me lo dirás si lo consigues.

—Te lo prometo, tete —respondí mientras mis manos le revolvían el pelo con cariño.

Al levantar la vista hacia el frente vi que Martín me estaba mirando. Se había quedado rezagado no sabía si por timidez o porque quería ser el último en felicitarme. Yo le dediqué una sonrisa y enseguida se acercó.

—No quería interrumpir —dijo mirando a mi hijo que seguía pegado a mi cuerpo.

—Tranquilo. Somos así de almibarados —respondí divertida.

—Felicidades —dijo al tiempo que se acercaba y me dejaba un tierno beso sobre la mejilla—. Espero que este sea un gran año.

—¡Yo también!

Y lo decía de verdad. Estaba cansada de vivir a medias, con miedo, con ese peso en el alma que me habían dejado las heridas de pasado. Me había hartado de pasear por la vida de puntillas, por esa existencia que sabía que era única y que ya no tenía la intención de seguir desperdiciando. No sabía qué me deparaba el futuro, pero sí tenía claro cómo deseaba afrontar el presente. Ya estaba bien de ser prudente, comedida y de conformarme con lo que otros me quisieran dar. Era yo quien debía construir mi propia existencia y me moría de ganas de empezar.

## ~ CAPÍTULO 6 ~

La fiesta terminó bien entrada la madrugada. Al revés de lo que había pensado al principio de la noche, todos estábamos bastante sobrios. Era cierto había cambiado el Martini por la coca cola algunas horas atrás. No me apetecía levantarme al día siguiente con una resaca del treinta. Además, tenía a dos niños mi cargo (Izan se quedaba a dormir) y tampoco era plan de ofrecerles una imagen que tampoco necesitaban conocer. Marta y Jorge estaban un poco más perjudicados. Pero cuando me acompañaron a casa ambos eran capaces de mantener una conversación con coherencia y de caminar en línea recta sin dificultad. Luego, tumbada en la cama sonreí al pensar que nos habíamos hecho mayores. Atrás habían quedado aquellos homenajes de los que tardábamos días en recuperarnos. En mi caso porque tenía obligaciones familiares, en el de ellos, tal vez porque les estuviera empezando a aparecer el sentido común. Durante un buen rato estuve repasé mentalmente los momentos más bonitos que había vivido la noche anterior. Poder contar con la presencia de algunos de mis compañeros de trabajo, familiares y amigos de siempre, había sido muy especial.

De todo lo que experimenté durante aquellas horas me quedaba, sin duda alguna, con la cara de mi hijo al verme soplar las velas. Marc se estaba haciendo mayor y sabía que llegaría el día en el que ya no me necesitara tanto. En el que, en definitiva, echara a volar. Por eso quería aprovechar cada minuto de tiempo que pudiera pasar con él mientras todavía fuera pequeño. Sabía que aquellos serían los instantes que me ayudarían a sobrellevar las cosas cuando tuviera su propia vida. En medio de esos pensamientos también se coló Martín. Aunque no entraba en mis planes a corto plazo mantener una relación sentimental con ningún hombre, debía de admitir que me había sentido bien conversar con él. La forma en la que me había mirado, hablado y tratado durante toda la noche provocó que me sintiera a las mil maravillas. ¿A quién no le gustaba saberse un poquito deseado? Además, el profesor resultó ser un gran conversador y, una vez pasados los nervios iniciales, los dos descubrimos que sentíamos admiración por los mismos géneros literarios e incluso autores. Hacía mucho tiempo que no tenía el privilegio de hablar con

nadie sobre mis novelas favoritas sin que me miraran como a un bicho raro. No es que me gustaran las obras extrañas, en absoluto. Era sencillamente que las personas con las que trabajaba a diario no tenían la lectura entre sus principales aficiones. La mayoría de mis compañeros eran jóvenes y adictos a la tecnología. Poco les interesaban los libros de historia, los thrillers o cualquier cosa que se plasmara en un papel.

Martín se había unido a nosotros cuando salimos del pub y fuimos a tomar la última a un bar cerca de mi casa en el que siempre tenían un hueco para nosotros. El señor Fermín, el dueño, estaba tan acostumbrado a trabajar de noche, que no conseguía cerrar su establecimiento hasta bien entrada la madrugada. Cumplía escrupulosamente con el horario comercial y a las doce bajaba la persiana. Sin embargo, siempre dejaba abierta la puerta lateral para que los habituales pudiéramos entrar a disfrutar de los últimos instantes de la madrugada. Nos recibió con su eterna sonrisa y con la promesa de prepararnos unos bocadillos de los que levantan el alma. El tema del sushi había estado genial, pero todos reconocimos que nos moríamos de hambre y solo tardamos unos pocos minutos en devorar todo lo que puso en la mesa. Incluso Izan y Marc se comieron con ansia. Seguramente no habría comido nada durante la fiesta porque habrían estado enzarzados con la consola, para variar. Cuando llegó el momento de la despedida Martín me volvió a dar otro cálido beso en la mejilla y me ofreció su tarjeta. Fue un gesto tan espontáneo como natural. Yo la sostuve unos segundos entre los dedos y luego la guardé en el bolsillo del abrigo antes de que alguien más pudiera darse cuenta de lo que sucedía. No me apetecía tener que aguantar a mi hermana o a Jorge haciendo bromitas sobre el tema los próximos meses. Eran casi las cinco cuando conseguí meterme en la cama después de haber dejado a los niños sanos y salvos en la litera con la promesa de que no se levantarían antes del mediodía. Luego caí en un sueño profundo.

No se oía nada en casa. Así es que di por hecho que las criaturas seguían en los brazos de Morfeo. Pasaba la una del mediodía y decidí prepararme un café lo más cargado posible. Me dolía la cabeza un poco y notaba en cada músculo el haber alterado mi horario de sueño. Pero también sentía con una energía renovada que me llevó a no querer pasar el primer día de mi recién estrenada década, apalancada en el sofá como un fósil. Cuando entré en la cocina el sol se colaba a raudales por la ventana. Hacía un día estupendo, aunque al acercarme y mirar en dirección a la calle, me di cuenta de que la

gente iba muy abrigada. Debía de hacer también bastante frío. Me concentré en prepararme la bebida a tope de cafeína al tiempo que pensaba en que era una pena desperdiciar la jornada. En cuanto tuve mi taza humeante entre las manos fui a la habitación de Marc. Los dos niños estaban en el octavo sueño, pero tenía las palabras mágicas para sacarlos de él en menos de tres minutos.

—Si os levantáis ya os invito a comer algo repleto de calorías asquerosas —dije al tiempo que les levantaba la persiana.

—¡Mama! —protestó Marc quien nunca se había caracterizado por su buen despertar—. ¡Déjanos dormir un poco más!

—Es más de la una —dije entre risas—. Yo me acabo el café, me visto y me voy. Quien quiera una buena comilona tiene exactamente quince minutos a partir de ya.

Me dirigí a mi habitación dando pequeños sorbos a la bebida y pude oír cómo los niños hablaban entre ellos. Sonreí al pensar en lo fácil que aún era lograr que se emocionaran con algo. Ojalá fuera capaz de mantener esa habilidad con el paso de los años. Sin pensarlo demasiado me vestí con ropa cómoda. Unos vaqueros, una camiseta básica negra y un jersey fino de lana del mismo color. En los pies unas Nike Air que me había regalado mi pequeño heredero con lo que había ahorrado de la paga semanal. Aunque yo estaba segura de que mi hermana había tenido mucho que ver en la compra del regalo, no podía negar que había sido todo un detalle por parte de mi criatura. Diez minutos después estaba sentada en la cocina saboreando una segunda taza de café y sosteniendo las llaves de casa en la mano. Los niños iban de un lado a otro por el pasillo haciendo todo lo posible por no perderse una invitación como aquella.

—¡Ya estamos! —dijo Marc dejándose caer sobre mí a plomo—. Ya puede ser buena la comida porque nos morimos de sueño.

—Noches alegres, mañanas tristes —respondí recurriendo a una de las frases que solía pronunciar mi madre cuando yo me sentaba a comer en la mesa los domingos a mediodía hecha unos zorros.

—Pues venga... ¡Alégame el día, muñeca! —dijo Marc al más puro estilo Clint Eastwood para diversión de su amigo Izan que lo miraba desde el otro extremo de la mesa.

—Sus deseos son órdenes. Coged las chaquetas y los gorros que hace frío.

Pocos minutos después estábamos los tres en la calle. Barcelona olía a Navidad, aunque todavía faltaban unas semanas para ello. Pero entre el aroma de castañas asadas que llegaba del puesto de la esquina, el horno de leña del asador del otro extremo de la calle y el viento cargado de esencias del bosque de Montjuic evocaban esa época del año que tanto nos gustaba en casa. Fuimos paseando con tranquilidad por el barrio. Izan y Marc iban delante hablando de sus cosas. Por suerte había conseguido que dejaran la electrónica en el piso. De modo que intuí que debían de estar conversando sobre temas del instituto o de alguna de las series frikis que los dos solían ver en *Youtube*. Yo les seguía mientras el sol me calentaba la cara y me dejaba llevar por el ritmo calmado de la ciudad durante el fin de semana. Pocos minutos después estábamos en la playa. Aquella era una de las cosas que más me gustaba del barrio en el que vivía. Estaba cerca del centro, al lado del mar que tanto amaba y, cuando lo necesitaba, estaba lo bastante aislado de la civilización como para poder desconectar durante horas e incluso días enteros. Los niños caminaron en dirección a algunos juegos para adolescentes que había sobre la arena. Una tirolina, un monopatín sobre un rail y un tobogán con giros imposibles eran algo de lo más atractivo para ellos. Por suerte encontré una mesa en el bar que estaba justo delante y desde el que los podía observar. No es que ellos lo necesitaran, yo era una madre así de agonías. Si podía tenerlos al alcance de mi vista, mucho mejor. Me pedí una cerveza, saqué mi *ebook* del bolso y me dispuse a disfrutar de un rato de paz y tranquilidad. El restaurante chino al que pensaba llevarlos estaba a un par de calles de allí. De modo que no había prisa ninguna.

—Voy a empezar a pensar que me estás siguiendo —dijo una voz justo a mi espalda cuando apenas había empezado a leer. Levanté la vista y me tuve que tapar la frente con la mano para poder ver quién era porque tenía el sol justo de frente—. ¿Cómo has amanecido hoy? —dijo la imponente figura que se alzaba frente a mí.

—Bien... —acerté a responder en cuanto me di cuenta de que se trataba de Martín—. Intentando aprovechar este día maravilloso.

—Sí... Nosotros hemos pensado lo mismo —dijo moviéndose lo justo para que me diera cuenta de que a escasos metros de él había una mujer más o menos de mi edad y muy elegante.

—Pues a disfrutar del sol y del domingo —respondí sin poder ocultar la

sorpresa que me había producido encontrarme con él y, en especial, con su compañía.

—¡Lo haremos! —dijo Martín al tiempo que con un gesto invitaba a aquella mujer a sentarse un par de mesas más allá—. Ya nos vemos, Victoria.

—Claro... —murmuré mientras notaba que un montón de emociones se agolpaban en mi interior.

Volví a fijar la vista en el libro electrónico y, durante los siguientes minutos, fingí leer. Y digo fingí porque mi cerebro no era capaz de procesar ni una sola línea. No hacía más que preguntarme un montón de cosas que sabía que eran infantiles y absurdas. Pero así era yo en ocasiones. ¿Quién era aquella mujer? ¿Estarían juntos? ¿Salía Martín con un montón de señoras al mismo tiempo? En ese caso, ¿se hubiera atrevido Jorge a presentármelo? Me había sentido tan bien con él durante la noche anterior que ahora me molestaba bastante darme cuenta de que, como era lógico y normal, él tenía una vida. ¡No iba a estar ahí esperando a que yo apareciera! Durante un buen rato me recriminé ser tan gilipollas y moñas en algunas ocasiones. Incluso me reñí por el hecho de haberme ofendido un poco. Al fin y al cabo, yo no quería saber nada de relaciones de pareja. Entonces, ¿por qué me preocupaba lo que aquel hombre hiciera o dejara de hacer? Con todo aquel montón de sentimientos encontrados decidí terminar mi cerveza, llamé a los niños y nos fuimos juntos en dirección al restaurante.

Una de las cosas buenas que tienen los adolescentes cuando están de buen rollo son sus historias. Esas que cuentan con la despreocupación de la edad y con las que te puedes reír a carcajadas. Por suerte para mí, tanto Izan como Marc tenían un día de lo más creativo. De modo que el almuerzo en el chino fue una auténtica fiesta. Los dos contaron anécdotas sobre sus compañeras de instituto. Aquellas chicas a las que no sabían cómo acercarse y que les parecían seres de otro planeta. Los pobres aun no comprendían que, en algunos aspectos, ellos seguían siendo unos críos, mientras que ellas ya tenían alas.

Aquel rato en su compañía me sirvió para desconectar de todo y, cuando llegamos a casa, estaba de muy buen humor. Los niños corrieron al salón a apropiarse de la tele y yo me fui a la cocina a leer. Había estado tan a gusto y centrada en disfrutar de la familia, que ni siquiera me di cuenta de que me había dejado olvidado el teléfono hasta que lo oí vibrar sobre la mesa. Lo cogí y comprobé con sorpresa que tenía bastantes mensajes. Los primeros eran

de Marta y de Jorge. Él se quejaba de haber bebido demasiado y ambos me preguntaban por mi primer día más cercano al Inverso. Anoté mentalmente enviarle una peineta a cada uno en cuanto me hubiera puesto al día. Luego tenía un texto larguísimo de mi ex en el que me recordaba que pensaba llevarse al niño unos días fuera durante el puente de diciembre y que debíamos hablar sobre nuestro acuerdo de custodia. “Capullo”, pensé. Aquello me recordó que al día siguiente debía llamar a mi abogado. Si había imaginado por un momento que se iba a salir con la suya o que se lo pensaba poner fácil después de cómo se había comportado durante tantos años, iba bien de sal. Empecé a notar cómo los nervios afloraban y se volvían a concentrar en la boca de mi estómago. “Ni hablar”, pensé. “Este tío no se merece que me angustie. Así es que voy a apartar el tema durante las próximas horas”. El último era de Martín. Pero ¿cómo demonios tenía mi teléfono si había sido él quien me había dado su tarjeta y yo no me había puesto en contacto con él? «Puñetero Jorge», pensé. En cuanto lo viera le iba a explicar un par de cosas. «*Gracias por una noche increíble. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una conversación*» rezaba el mensaje en cuestión. «Seguro que la tipa con la estabas también hablaba muy bien» murmuré sin poder controlar lo molesta que me sentía. «¡Bah, a la mierda!» continúe diciendo en voz baja mientras trataba de recuperar la calma en la que quería pasar el resto de la jornada. Centré mis energías en hacerme una jarra de mi mejor café. Uno con sabor a vainilla y chocolate que me apasionaba. Luego coloqué el pequeño sillón de la cocina junto a la ventana y me preparé para disfrutar de la lectura. Y lo conseguí. Horas después fueron los niños los que me sacaron de mi ensimismamiento y me tentaron con una buena ración de pizza. Tenía que empezar a plantearme seriamente dejar de comer así o apuntarme a un gimnasio si quería seguir manteniendo mi peso. Pero aquello también lo pensaría durante la semana. Ahora tenía un momento para, nada más y nada menos, sentir, respirar, fluir. En definitiva... Vivir.

Una de las cosas que menos me gustaban de los domingos por la tarde era aquella manía mía de empezar a pensar en la semana que tenía por delante. Especialmente en invierno solía sentarme en el sofá después de comer y entraba en una especie de modo algo depresivo del que no salía hasta bien entrado el martes o el miércoles. Sin embargo, aquella tarde noche fue diferente. Después de haber llevado a Izan a su casa y de que mi hijo se hubiera perdido en su habitación a urdir Dios sabía que, mi hermana Marta se presentó en la puerta con media docena de tónicas y unas ojeras que le

llegaban al suelo. Al principio pensé que se trataba solo de cansancio y la resaca de mi fiesta de cumpleaños. Sin embargo, después de observarla durante unos minutos me di cuenta de que alguna cosa parecía inquietarla.

—¿Va todo bien? —dije con suavidad. Sabía lo reservada que era mi hermana para sus cosas.

—¿Por qué lo dices?

—Te noto así como... apagada —el hecho de que hubiera respondido a una pregunta con otra ya era síntoma de que algo le sucedía, pero dejé que se tomara su tiempo para explicármelo.

—Nada, hombres. Ya sabes —dijo tratando de quitarle importancia a lo que la incomodaba y preocupaba.

—¡Qué me vas a contar! —respondí sin poder evitar pensar en Toni y en lo que fuera que estuviera tramando—. No hay uno bueno.

—Alguno habrá, mujer —dijo y me dio la impresión de que ni ella misma se lo creía—. El amigo de Jorge de la otra noche tenía buena pinta... —Marta me miró divertida. Estaba usando una de sus estrategias para desviar la atención sobre su vida y centrarse en la mía.

—Era guapo, sí —respondí sin más.

—Y parecía muy interesado en ti.

—Uy sí, mucho. Tanto que hace un rato me lo he encontrado en una terraza en la playa con una chica guapísima.

—¡No jodas! —dijo Marta muy sorprendida—. Si es que no hay por dónde cogerlos —añadió con cierta amargura en la voz.

—¿Problemas en el paraíso? —Tal vez no fuera la mejor frase para tratar de averiguar lo que le sucedía, pero no me gustaba verla así de abatida.

—Algo así —se limitó a responder.

—Marta no hagas que te saque las cosas por la fuerza. Es agotador —alargué la mano y la dejé caer sobre la suya. Mi hermana tenía los ojos puestos en la ventana y fingía estar mirando el ir y venir de la gente en la calle. Luego dejó escapar un profundo suspiro, se colocó su perfecta melena oscura detrás del oído y me miró. Le brillaban los ojos y no precisamente de

emoción.

—Sabes que Manel y yo nunca hemos querido tener hijos, ¿verdad? —yo me limité a asentir con la cabeza invitándola con una leve sonrisa a que continuara hablando—. A raíz del nacimiento del bebé de unos amigos suyos antes del verano, él empezó a sacar el tema. Al principio pensé que era algo fruto del subidón del momento. Quiero decir que los recién nacidos siempre despiertan la ternura en los adultos. Pero estaba convencida de que se le pasaría.

—Y... —dije apretándole ligeramente los dedos para que pudiera sentir que estaba con ella.

—Lo cierto es que durante las siguientes semanas no volvió a mencionar el tema. Sin embargo, desde que regresamos de vacaciones en septiembre, cada vez que ve un niño o que alguna de sus compañeras de despacho se queda embarazada me mira como si me reprochara algo.

—¿Lo has hablado con él? —En ocasiones mi hermana tenía la manía de dar las cosas por sentadas y montarse películas que no se correspondían con la realidad. En especial cuando se trataba de temas relacionados con las emociones.

—Lo he intentado, pero no sé cómo lo hacemos que siempre terminamos discutiendo. Este último mes creo que hemos pasado más tiempo enfadados que bien.

Marta apretó los ojos con fuerza tratando de contener las lágrimas y yo sentí una punzada de preocupación en el centro del pecho. Ella solía ser la fría, la fuerte, la que tenía las cosas claras y a quien la vida le sonreía casi desde el mismo instante en el que nació. Verla así no me gustaba nada y, al margen de estar a su lado, no tenía ni idea de qué podía hacer ante un tema tan delicado como este.

—A veces las parejas atraviesan etapas así. Puede que solo se trate de algo pasajero —no estaba intentando relativizar su problema, sino que de verdad creía que en las relaciones había momentos que nos podían parecer complicados y eternos, para luego convertirse en una simple tormenta de verano.

—Eso he querido pensar todo este tiempo —Marta apartó su mano de la mía, cogió el bolso que descansaba sobre la mesa, sacó el paquete de tabaco y

se encendió un cigarro—. Sin embargo, llevo días preguntándome si es algo más.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasará si él ha descubierto que sí quiere hijos, que se ha replanteado todos sus argumentos con respecto a la paternidad?

—Pues que tendréis que hablarlo —dije muy convencida de que mi hermana era capaz de gestionar aquella crisis con éxito. Manel y ella llevaban juntos tantos años que era impensable que pudieran vivir ya el uno sin el otro.

—Yo no voy a cambiar de opinión —pronunció aquellas palabras como si con ellas quisiera descargar toda la presión que había acumulado con los meses.

—¿Y quién te lo ha pedido?

—Nadie. Aún... Pero sé que lo hará y no tardará mucho.

—A ver... —dije en un intento de tranquilizarla y de aliviar en la medida de lo posible toda la angustia que me transmitía—. ¿Por qué no os sentáis y habláis del tema con tranquilidad? No entre semana que vais los dos hasta arriba de estrés y trabajo. Salid a cenar, relajaos y poned sobre la mesa todo lo que os preocupa.

—No está el ambiente para cenas románticas. Últimamente parece que solo nos hablemos para las cuatro cosas de la casa y para discutir por chorradas —respondió con amargura.

—Pues razón de más para hacer algo un poco más íntimo el próximo fin de semana.

—Me apetece una mierda, la verdad —mi hermana podía ser muy inteligente, pero había momentos en los que se comportaba como una auténtica gilipollas.

—Tal y como yo lo veo tienes dos opciones. Te tragas ese orgullo tuyo que no va a solucionar nada, organizas una cena fuera o en casa y atajas el problema. O te sigues agobiando, alargas la situación en el tiempo y que acabe explotando por donde sea.

Marta se me quedó mirando un poco sorprendida. Probablemente esperaba que me limitara a darle la razón y a mimarla un rato. Pero yo no estaba por la

labor. Si tenía un problema con un hombre con quien había compartido tantas cosas, la mejor solución era afrontarlo. Además, si algo tenía Manel era su paciencia. No había conocido todavía a un tipo más calmado que él y capaz de soportar todos los argumentos que se le dieran en una conversación.

—Pues qué quieres que te diga... —añadió bastante a la defensiva.

—¿En serio quieres acabar con esto? —No tenía intención de levantar la voz, pero me estaba empezando a sacar de mis casillas.

—¿Por qué siempre le defiendes? —dijo justo antes de empezar a llorar.

—Marta... No estoy de parte de nadie en esto. Solo te digo las cosas tal y cómo las veo. A veces en las parejas hay momentos en los que se ve todo muy negro, pero solo se trata de eso. De instantes... Después todo pasa y se vuelve a la normalidad.

—Supongo, pero es que yo no le encuentro un buen final a esto —respondió tan abatida que me conmovió.

—¿Sucede algo más? —Su actitud había conseguido activar todas mis alertas.

—Solo esto que no es poco —dijo mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Tengo la sensación de estar cansada, tremendamente agotada —añadió.

—Sigo pensando que lo mejor es que lo habléis y, si llegado el momento, no alcanzáis un acuerdo, pues ya veremos qué hacemos.

—Es que es eso lo que no puedo soportar. ¿Por qué ha tenido que cambiar de opinión? ¿Qué les pasaba a los planes que habíamos hecho para nuestra vida juntos? —dijo mostrando toda la impotencia y frustración que sentía.

—Las personas evolucionan, nena. Lo que te parece magnífico a los veinte años, ya no te encaja a los cuarenta. Las promesas que te haces el primer día de universidad suelen quedar en nada antes de llegar a los treinta. Para bien o para mal nada es eterno. Y a eso se le llama madurar.

—Pues vaya mierda.

—Sí, pero es la que tenemos y con la que debemos lidiar.

A continuación, las dos nos quedamos en silencio reflexionando sobre

nuestros respectivos problemas. Personalmente, nunca había entendido su decisión de no querer tener hijos, aunque la respetaba. Marta adoraba a Marc, pero entendía que no quisiera ser responsable de otra vida el resto de sus días. En pleno siglo XXI esa era una opción más y, quien no lo quisiera entender, pues peor para él. Al mismo tiempo, también creía en el derecho de las personas a cambiar de parecer y, tal y como le había explicado, si Manel lo había hecho, tampoco se le podía castigar por ello. Era obvio que mi hermana tenía un problemón encima y comprendí en gran medida que estuviera tan descentrada. Luego me vino a la mente el padre de mi hijo. Yo misma me iba a tener que aplicar el consejo que le había dado a ella. Por mucha rabia que me diera o por muy convencida que estuviera de que tanto la razón como la ley me asistían, era imprescindible que cogiera aquel toro por los cuernos. Sabía que se avecinaban tiempos complicados, pero no quedaba más remedio que afrontarlos. Haría todo lo que fuera necesario para que mi hijo continuara creciendo como el niño feliz que merecía ser. Estaba dispuesta a llevar hasta el final la promesa que me había hecho tanto tiempo atrás.

## ~ CAPÍTULO 7 ~

Las cosas estaban bastante feas en el trabajo. Se nos había echado el tiempo encima para lograr una importante cuenta de publicidad y mi jefa estaba que se subía por las paredes. Cristina, de por sí autoritaria, déspota e intolerante, estaba llevándolo todo al extremo y tenía desquiciado a la mitad del equipo. Desde que trabajábamos juntas, yo me había convertido en una especie de parapeto, un refugio al que acudir cuando sus impertinencias se elevaban al grado de pura maldad. Sin embargo, en aquella ocasión me estaba resultando bastante difícil mantener la calma.

Tenía en mente todo lo que había pasado durante el fin de semana y seguía muy preocupada por mi hermana. A pesar de que, cuando se fue de casa estaba mucho más relajada, no me gustaba verla así y tenía la sensación de que no me lo había contado todo. A ello había que añadirle la conversación con Carlos, mi abogado. El mensaje que me había enviado era, en cierto modo, tranquilizador. Si alguna de las partes deseaba modificar el turno de visitas o el tiempo que pasábamos con Marc, debíamos volver a sentarnos para hablarlo. Eso o ponernos muy cerriles y dejar que un juez decidiera por nosotros. Ambos estábamos de acuerdo en que no era muy justo que, después de tantos años, mi ex apareciese reclamando determinados derechos. Pero también me quedó claro que, si se empeñaba en ello, podría encontrar a algún señor magistrado dispuesto a concedérselos. Luego tendría mi derecho a recurrir y así podíamos pasarnos bastante tiempo y, de paso, llegar al punto tanto de odiarnos como de arruinarnos.

Llevaba varias noches si apenas pegar ojo trazando en mi mente un plan que nos satisficiera a todos. Había conseguido un esquema previo, pero todavía tenía que hablar con el niño. Estaba bastante nerviosa, la verdad. Últimamente, mi hijo tenía a su padre en la boca todo el día y me costaba entender a qué venía ese cariño repentino. Solo de pensar en enfrentarme a mi hijo para hacerle entender que todo llevaba su proceso y que, si su padre apenas lo había visto durante años, había sido decisión exclusivamente suya, me causaba mucha desazón. Si, además durante diez horas al día, tenía que estar aguantando las impertinencias de la zorrasca de Cristina, la situación era

delirante.

—Victoria, ¿está lista la presentación definitiva para PGA o tengo que pedir un exorcismo? —Solía hacer aquella clase de comentarios con frecuencia. Me parecía mentira que una mujer tan inteligente como ella, todavía no se hubiera dado cuenta de que sus chistes no tenían puñetera gracia.

—Diseño está dándole los remates finales —respondí sin apartar la vista del ordenador para no tener que aguantar su mirada de merluza al borde de la asfixia.

—¿Lo están haciendo con un cincel sobre mármol? —“Lo están haciendo a mordiscos sobre tu coño, gilipollas”. Fue la primera respuesta que me vino a la mente. Sin embargo, respiré hondo y empecé a contar mentalmente al tiempo que buscaba las palabras que la contentaran.

—Quieren que las imágenes del producto en 3D sean lo más originales posibles. Llevan todo el fin de semana en ello —sabía que a ella le importaba un rábano tener a un equipo de más de treinta personas haciendo horas extra desde hacía varias semanas y sacrificando el tiempo libre. Su única preocupación era medrar en la empresa y se lo estaba ganando a pulso. Conseguir la cuenta de limpieza de hogar de PGA era, sin duda alguna, todo un logro. De cara a los jefes supremos, ella era un valor en alza. Poco importaba que fueran otros los que en realidad sacaran el trabajo adelante.

—Si no lo tengo todo listo en mi ordenador antes de comer vamos a tener un problema. Y no queremos eso, ¿verdad Victoria?

No me molesté en responder. Cualquier cosa que hubiera podido decir no hubiera mostrado el asco y le rabia que sentía en aquel momento. De modo que opté por el silencio. Tuve suerte, porque mi jefa ya había concentrado toda su atención en la pantalla de su Iphone X y se disponía a coger el ascensor seguramente para ir a la peluquería, a la manicura, a la esteticien o a todo junto.

—No le dará un infarto a la muy cabrona —dijo mi compañera Laia que había sido testigo de toda la conversación.

—Deja de desearte el mal o se volverá contra ti —respondí sin poder evitar media sonrisa en los labios.

—Menuda hija de puta. No sé cómo la aguantas, la verdad —añadió

recorriendo sobre la silla de oficina la escasa distancia que separaba su cubículo del mío.

—Son muchos años ya... —Por lo general no daba pie a los cotilleos en el despacho. No me gustaban y, tenía la suficiente experiencia laboral como para saber que, llegado el caso, se podían utilizar en tu contra para hundirte en la miseria.

—Por eso me cuesta más comprenderlo. Hablas idiomas, tienes un título universitario, una creatividad que ya quisiera la cerda esta para ella. Sinceramente, no sé qué haces aquí.

No era la primera vez que Laia me daba la charla. Otros de mis compañeros también se habían pronunciado en el mismo sentido con anterioridad. Pero, siempre que salía el tema, yo me limitaba a sonreír y a decir que me encantaba mi trabajo. Y no mentía. Aunque el marketing no tenía nada que ver con lo que yo había estudiado, había sido capaz de encontrar mi hueco en un mundo extremadamente competitivo, pero en el que se premiaba la creatividad. Por suerte, esta cualidad la poseía.

—Anda vuelve a tu mesa y más nos vale tenerlo todo listo para cuando vuelva su excelencia —manifesté con más sosiego del que sentía.

Yo también estaba un poco harta del modo en el que mi jefa me trataba. En alguna ocasión había pensado en dejarlo todo, pero el momento económico en el país era el que era, acababa de cumplir cuarenta años y los trabajos para gente de mi edad no es que abundaran. De modo que, cada vez que se me pasaba por la mente la idea de decirle a Cristina que se metiera sus órdenes por donde le cupieran, recordaba las facturas que podía pagar gracias a aquel empleo, los viajes que hacía con Marc en vacaciones y otras ventajas de las que, sin duda alguna no disfrutaría, si me marchaba de allí.

Cuando la fiera regresó al despacho hacía escasos dos minutos que la presentación había llegado por mail. Yo había tenido el tiempo justo de revisarla para que cuando la señora la abriera no le pudiera poner ninguna pega. Tal y como había supuesto había estado en la peluquería. Y no es que llevara mejor peinada su ya impecable melena, es que el tono rubio de las mechas que le acababan de hacer no pasaba precisamente inadvertido.

—Tienes la propuesta en el correo para que le des el visto bueno —dije con la mejor de mis sonrisas.

—Se lo daré si es algo decente. Porque como hayáis hecho alguna de las vuestras, de aquí no se irá nadie hoy hasta que todo esté como quiero.

—Lo estará —me limité a responder al tiempo que, por el rabillo del ojo, miré la hora en el reloj que colgaba en la pared de enfrente.

Pasaban de las dos de la tarde y aún no había podido ni ir al baño en toda la mañana. Aquel, sin duda, iba a ser un día eterno si a mi jefa no le encajaba lo que le ofrecíamos. Me encomendé a todos los santos del cielo y al universo en general. Me molestaba bastante no estar en casa por la tarde a una hora decente y, aunque Marc no había dicho nada al respecto, sabía que me echaba de menos. Con todo lo que estaba pasando, era consciente que mi hijo se encontraba ante un momento crucial de su vida y no quería que, debido a un exceso de trabajo, pudiera tener la sensación de que lo estaba dejando de lado. Antes de que pudiera coger el bolso para bajar a la cafetería a pedir una ensalada para llevar, sonó el teléfono de mi mesa.

—Si pensáis que podemos presentarle esto al cliente es que os habéis vuelto locos. Os quiero a todos en quince minutos en mi despacho. No me importa a quién tengas que levantar de la mesa del bar.

Me costó varios segundos reaccionar antes de darme cuenta de que mi jefa había colgado. Cuando conseguí volver a la realidad me di cuenta de que Laia me miraba con una mezcla de tristeza y rabia. No hacía falta que les dijera nada. Mi postura corporal reflejaba a la perfección lo que acababa de pasar. Aun así, me senté frente al ordenador y envié un mail convocando a todo el equipo para la reunión. Repetí la operación a través de la aplicación de mensajería interna de la empresa. Si me daba prisa todavía podía bajar y coger, aunque fuera un tazón de sopa al menos para entrar en calor. Diez minutos después estábamos todos sentados alrededor de la mesa de la sala de reuniones dispuestos a aguantar el enésimo correo de la jefa. Cristina nos metió una charla de casi dos horas en la que se encargó de recordarnos cada tres minutos aproximadamente, que no nos ganábamos el sueldo que nos pagaban. Mientras ella nos motivaba de aquel modo, yo decidí desconectar con mi técnica habitual que consistía en mirar a un punto fijo sobre su hombro y fingir sumo interés. Dio por finalizada la reunión poniéndose en pie y recordándole a su secretaria que debía tenerlo todo listo para la entrega de unos premios musicales que organizaba una conocida emisora de radio aquella misma noche. Cuando salió de la estancia todos dejamos de contener la

respiración.

—Quiero ideas sobre cómo podemos mejorar esto. Venga, empezad a hablar —dije con el tono más conciliador posible. Sabía que el equipo estaba exhausto y desmotivado después de todo lo que la directora de la campaña acababa de decir. Pero el trabajo tenía que salir y, cuanto antes lo hiciera mejor.

—¿Nos vamos todos al bar a ponernos ciegos? —dijo Laia con una sonrisa. A continuación, todos la vitorearon. Y si yo no hubiera tenido la responsabilidad que tenía, también lo hubiera hecho.

—Ya sé que estamos todos agotados, pero debemos acabar esto y tenemos que hacerlo ya —necesitaba que se pusieran de mi parte. Era necesario que recuperaran algo de ilusión o, de lo contrario, se iba a mascar la tragedia.

—Ha rechazado todas las ideas que le hemos propuesto. Creo que es que ni se las ha leído —dijo Jordi, uno de los creativos más jóvenes y prometedores de la empresa—. Yo ya no sé qué más hacer.

—Pues vamos a buscar la forma —dije en el tono más conciliador posible—. Con tanta mente brillante encerrada en esta habitación seguro que podemos sacar la campaña de nuestra vida.

—Ya nos dirás cómo —respondió Laia que era siempre la más impulsiva a la hora de expresar sus opiniones.

—Vamos a quedarnos con lo que no ha descartado del todo y a intentar seguir por esa línea.

Mientras hablaba pude ver cómo algunos de los miembros del equipo repasaban las notas que habían tomado. Yo hice lo propio y vi que había un par de opciones sobre las que podíamos trabajar. Cuando levanté la vista de mi Ipad no me pasó desapercibido el desánimo que seguía reinando en el grupo.

—Venga si sacamos esta cuenta nos vamos de fin de semana.

—¿A dónde? —dijo Laia visiblemente emocionada.

—¿Os acordáis ese viaje en velero que ofrecieron a ejecutivos con la cuenta de bebidas espirituosas? —Una leve exclamación se empezó a propagar por la sala—. Si logramos que no nos rechace la siguiente propuesta,

lo gestiono para que nos vayamos todos a desconectar un par de días.

—¿Puedes hacer eso? —dijo Jordi desde el otro extremo de la mesa.

—Puedo hacer muchas cosas —respondí con una amplia sonrisa y siendo consciente del berenjenal en el que me estaba metiendo. Era cierto que el viaje estaba ahí, pero también sabía que había otros dos equipos de marketing luchando para conseguirlo. Pero ya cruzaría aquel puente cuando llegara a ese río. Ahora lo que importaba era que se volvieran a ilusionar y que se pusieran a trabajar de inmediato. Si luego tenía que pagarles las copas y el tiempo de ocio de mi propio bolsillo, ya encontraría la forma de hacerlo.

—Vamos a ver qué podemos sacar —dijo Jordi animando al resto a que cogieran sus portátiles y empezara la fiesta de ideas.

Me quedé mirándolo en silencio durante unos segundos y, en el mismo instante en el que él apartó la vista de la pantalla del ordenador, se encontró con la mía. Entonces gesticulé un “gracias” con los labios y le sonreí. Él me devolvió la sonrisa y enseguida volvió a sumergirse en el trabajo. Yo me levanté y fui hasta mi cubículo para enviarle un mensaje a Marc. Por suerte había cena preparada en la nevera que solo tenía que calentar en el microondas. Cuando encendí el teléfono, el corazón me dio un vuelco. Tenía un mensaje suyo muy breve. «*Papa ha venido a recogerme al instituto. ¿Puedo cenar con él?*». Hacía menos de un par de minutos que lo había enviado. En aquel momento sentí que se me llevaban todos los demonios, pero no me podía permitir el lujo de alterarme. Si perdía los papeles no podría ni concentrarme en el trabajo como debía, ni cómo afrontar una situación que intuía se me estaba empezando a escapar de las manos.

Respiré hondo un par de veces y le respondí de forma afirmativa. Busqué el número de Toni y tecleé un texto todo lo rápido que pude. Lo releí un par de veces para comprobar que decía exactamente lo que pretendía y lo envié. Si mi ex se había propuesto amargarme la vida o tocarme las narices lo estaba consiguiendo. Pero yo no me iba a quedar de brazos cruzados viendo cómo ponía patas arriba la rutina y la normalidad que tanto me había costado construir.

Cuando regresé a la sala de reuniones, la creatividad se palpaba en el ambiente. Todo el equipo estaba trabajando a conciencia y ya se podían escuchar las primeras buenas ideas. Me uní a ellos no sin antes pedirle a una

de las asistentes que encargara merienda y cena para todos. Luego me concentré en el documento sobre el que debía trabajar y me sumergí por completo en el trabajo. Eran más de las once de la noche cuando dimos por finalizada aquella jornada maratoniana. Todos estábamos agotados, pero muy satisfechos. Sabíamos que habíamos dado con la idea adecuada, con una estrategia de campaña que Cristina no podría rechazar. Los pocos momentos que me había alejado de la sala de reuniones habían sido para asegurarme de que Marc estaba bien y para pedirle a Jorge que hiciera de canguro unas horas. Por suerte lo había pillado con una semana de turnos normales en el hospital y podía contar con él.

Cuando salí a la calle el frío de la noche me espabiló de golpe y, al mismo tiempo, todo el cansancio acumulado hizo acto de presencia en cada músculo de mi cuerpo. Había pensado dar un paseo hasta casa, pero me sentía incapaz de caminar ni siquiera unos metros. De modo que paré un taxi y me subí en él. A punto estuve de dormirme en los escasos minutos que tardó en recorrer el trayecto que me separaba de mi destino final: La cama. Me notaba exhausta y, aunque todavía me duraba parte del enfado con Toni, no me quedaban neuronas para pensar en algo que no fuera descansar al lado de mi hijo. Llegué a la puerta de mi piso sin energía ni para buscar las llaves. Por suerte, Jorge había oído el ascensor y acababa de abrir la puerta.

—¡Qué pinta más lamentable tienes, nena! —dijo al tiempo que me cogió de la mano y me hizo entrar casi sin que mis pies tocaran el suelo.

—Yo también me alegro mucho de verte, cariño —respondí malhumorada.

—Lo sé, cielo. Y por eso te he preparado una noche que no vas a olvidar —añadió con una voz ronca impostada y con un punto de maldad.

—¿Cómo está Marc?

—Ya hace un rato que duerme.

—¿Ha cenado? —dije sintiéndome una madre muy agonías y un poco culpable por no haber estado con él.

—Tu ex lo ha atiborrado de comida basura en un *burger*. Pero tranquila que, cuando se ha metido en la cama, todavía no se había transformado en el gremlin de la cresta.

Me sentía tan al límite que ni siquiera tenía fuerza para poner el grito en el

cielo. No es que fuera una madre talibán de la alimentación, pero sí que procuraba cuidar en la medida de lo posible la dieta de mi hijo. Por eso los restaurantes de comida rápida solo los pisábamos en ocasiones especiales. Otra cosa más de la que debería hablar con mi exmarido cuando llegara la ocasión. Estaba a punto de desplomarme sobre el sofá cuando Jorge tiró de mí en dirección al dormitorio.

—No estoy para sexo salvaje esta noche —dije sintiéndome agradecida de que él estuviera allí.

—Ahora mismo, cariño, aunque fueras el último polvo sobre la faz de la tierra no me acercaría a ti.

—Tú sí que sabes cómo animar a una mujer.

Apenas pude decir nada más. Habíamos llegado al cuarto de baño y lo que vi allí me emocionó. Jorge lo había llenado todo de velas, la luz de la calle se colaba tímidamente por la ventana y una música suave llenaba la estancia.

—Te hubiera preparado la bañera, pero como no tienes, me temo que tendrás que darte tú sola la ducha —dijo apenas en un susurro.

—Esto es fantástico. Gracias —respondí muy emocionada sin poder dejar de apreciar el gusto con el que lo había decorado todo.

—Ve a relajarte. Yo estaré fuera descorchando el vino.

—Como sigas así me voy a enamorar —murmuré al tiempo que empezaba a deshacerme de la ropa que había llevado a lo largo de todo el día.

—Mientras eso sucede yo te espero en el salón. No necesito más terror esta noche.

—Imbécil —dije sabiendo a la perfección que se refería a la desnudez de mi cuerpo. Él no respondió y, al girar ligeramente la cabeza me di cuenta de ya no estaba.

Terminé de desnudarme y me metí en la ducha. Una estupenda selección de música *chill out* que me transportó directamente al verano, a mi playa favorita, a los días de descanso y relax. Luego abrí el grifo, gradué la temperatura y dejé que el agua ejerciera su efecto reparador en cada centímetro de mi piel. Poco a poco empecé a sentir que recuperaba algo la energía y fue entonces cuando decidí que había llegado el momento de salir. Me envolví en el

albornoz y fui directa al salón. Encontré a Jorge con un libro en la mano. Sobre la mesa descansaban dos copas de vino y una botella del mejor tinto que tenía. En cuanto se dio cuenta de mi presencia dejó de leer, alargó la mano y sirvió la bebida con generosidad.

—Ahora siéntate aquí— dijo mientras me indicaba con la mano libre el hueco que quedaba justo a su lado— y cuéntame cómo te ha ido el día.

—No sé ni por dónde empezar —respondí al tiempo que me acomodaba junto a él y cogía la copa que me tendía.

—Por lo que más rabia te dé. Total, en menos de un ahora estarás profundamente dormida.

—¡Cómo me conoces, *nen!*

—Es que son muchos años... Por nosotros.

—Gracias por hacerme tocar un trocito de cielo —dije sintiéndome de repente muy emocionada.

—De nada, pero no te pongas moñas que me parece que tenemos bastante de lo que hablar.

Respiré hondo, acerqué la copa a mis labios y dejé que el vino me acariciara el paladar. Solía guardar algunas botellas de Ribera del Duero para ocasiones especiales. No sabía si aquella lo era, pero le agradecía infinitamente que hubiera decidido descorchar aquella botella de Arzuaga de 2010 que me había costado una pequeña fortuna. Cerré los ojos tratando de captar todos los matices de un vino que me apasionaba. Cuando los abrí, mi amigo me miraba con serenidad y entonces empecé a hablar. Le conté mis problemas en el trabajo y, en especial, mi preocupación por la reaparición de Toni en nuestras vidas. Cuando terminé el relato, él permaneció varios minutos en silencio. Lo conocía lo suficiente para saber que, si se tomaba su tiempo en responder, era porque estaba midiendo todas las palabras que iba a utilizar a continuación. Sin embargo, aquello lejos de inquietarme me alivió. Sabía que me iba a dar no ya solo su opinión sincera, sino que también me iba a ofrecer un análisis objetivo de mi realidad.

—Cariño hace ya mucho tiempo que deberías haber hecho dos cosas. Poner a tu ex en su sitio y enviar a tu jefa a la mierda —estuve a punto de ahogarme con el vino. De todas las respuestas que podía haberme ofrecido,

aquella era la última que esperaba—. Y no me mires así que sabes que tengo razón —añadió mirándome directamente a los ojos—. En tu divorcio fuiste con el corazón por delante, dejándote llevar por las emociones y no por el cerebro. Con tu trabajo te estás dejando la piel por una gente que no es capaz de agradecerte nada de lo que haces por ellos.

—¿Y qué sugieres? ¿Me lío la manta a la cabeza? —respondí un poco molesta porque no era la primera vez que personas cercanas a mí me proponían algo parecido.

—No. Lo que trato de decirte y no ahora, sino desde hace algún tiempo, es que tienes que empezar a mirar más por ti y a valorarte. Hay estupideces y mierdas que hace tiempo que deberías de haber dejado de aguantar.

—Por ejemplo... —dije un poco a la defensiva.

—Después de cómo se portó Toni con vosotros y del modo en el que se marchó, fuiste demasiado generosa. Eso ya no lo podemos cambiar, pero sí podemos decidir qué hacer a partir de ahora.

—Como si fuera tan fácil —protesté—. Marc está encantado con él. Creo que hasta lo idolatra.

—El niño no es tonto. Aunque ahora puede que lo tenga eclipsado con regalos, promesas y buen rollo, llegará el momento en el que se dará cuenta de lo que hay en realidad.

—Si... pero a lo mejor han pasado cinco años ya.

—Por eso mismo tienes que empezar a actuar. Habla con tu hijo y trata de dejarle claras las cosas. Y deja que tu abogado se ocupe de lo demás. Pero, por encima de todo, piensa en lo que más te conviene a ti y a nadie más.

—No puedo dejar a Marc fuera —dije sin entender el sentido de sus palabras.

—Por supuesto que puedes. Esto es un problema entre su padre y tú. De momento hay vigente un acuerdo que regula las visitas y el tiempo que tienen que pasar juntos. A partir de ahí, no hay nada más que hablar.

—Ya... —respondí sin demasiado convencimiento.

—Tienes que ser fuerte, Victoria. Sé que puedes hacerlo.

—A veces... ¡Me siento tan sola! —añadí sintiéndome al borde de las lágrimas.

—Pues no lo estás. Nos tienes a nosotros... A Marc, a tu hermana, a mí y seguro que a más gente en la que te puedes apoyar.

—Lo intentaré —respondí notando cómo el nudo en la garganta era cada vez mayor—. Aunque no sé si voy a poder con tantos frentes a la vez.

—Eres mucho más fuerte de lo que crees y mucho más válida de lo que te consideras. Solo tienes que creer —Jorge colocó mis manos entre las suyas antes de volver a hablar—. Prométeme que desde este mismo instante te vas a querer cada día un poco más.

—Haré lo que pueda

—Dime que lo harás... por favor.

—Está bien. Me voy a esforzar todo lo posible para conseguirlo. Te lo prometo.

—Maravilloso —añadió justo antes de fundirse en un largo y cálido abrazo conmigo—. Y ahora hablaremos sobre cómo enfrentarnos a esa zorra que tienes por jefa. Mejor aún, pensemos en cómo conseguirte un trabajo mejor.

No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero Jorge siempre conseguía, no solo sacarme una sonrisa, sino hacer que mis problemas parecieran muy fáciles de solucionar. Estuvimos conversando hasta bien entrada a la madrugada, cuando apenas podíamos mantener los ojos abiertos. Le ofrecí quedarse a dormir. Él se excusó diciendo que tenía una reunión a primera hora de la mañana y que prefería amanecer en su cama. No insistí. Cuando yo me metí en la mía eran casi las tres y, aunque estaba físicamente agotada, notaba una claridad mental completamente nueva. Ojalá no hubiera desaparecido cuando despertara.

## ~ CAPÍTULO 8 ~

El buen rollo que me había provocado hablar con Jorge se prolongaron durante los días posteriores. Tanto, que incluso conseguimos terminar con éxito la campaña de marketing para nuestro cliente. La cosa alcanzó el punto más álgido cuando Cristina incluso nos dirigió unas frases que, sin pretenderlo, eran un reconocimiento al esfuerzo que habíamos hecho. El equipo estaba completamente agotado y yo era consciente de la promesa que les había hecho. En cuanto tuve un rato libre, empecé a hacer las llamadas oportunas para ponerlo todo en marcha cuanto antes. Hubiera sido mejor poder realizar la actividad en primavera, pero era consciente de que mis compañeros necesitaban un poco de desconexión y de relax lo antes posible.

Lo bueno de haber estado tan atareada y con la moral por las nubes, era que apenas había vuelto a pensar en el problemón que tenía en casa. Toni tampoco había dado señales, pero sabía que no podía dejar aquel tema sin resolver. Tendría que hacerle caso a Jorge y hablar con Marc. Ya tenía edad para comprender determinadas cosas y también para poder hablarle con más claridad de la que lo había hecho hasta el momento. Aun así, me aterrorizaba el momento de la verdad. Pero cuanto más lo demorara, más ansiedad me generaría y quería estar lo más relajada posible para poder hablar con el niño.

Me fui del despacho justo después de almorzar. Con el maratón de trabajo que llevaba en el cuerpo dudaba mucho que alguien se atreviera a echarme en cara que me tomara el resto del día libre. Además... me daba igual. Aunque me estaba costando, había empezado a cambiar de mentalidad y de actitud. Necesitaba sentirme más segura con las decisiones que tomaba y debía dejar de sentir temor por las que no podía controlar. Mi trabajo era una de ellas. Cuando estaba en el despacho siempre procuraba dar lo mejor de mí. No tenía horas cada vez que debía sacar una campaña complicada adelante. Pero empezaba a tener claro que, nada de aquello valdría de nada en el caso de que un día decidieran prescindir de mí. De momento había conseguido librarme de la tanda de despidos que se habían producido en todos los departamentos, aunque eso no era garantía de nada. Ahora empezaba a sentir que, por mucho que hiciera o si incluso lo sacrificaba todo por la empresa, tampoco sería

suficiente para garantizarme nada. Me encontraba en pleno proceso de empezar a tomarme las cosas de otro modo. Y el primer paso era recuperar una mínima parte de todas las horas extra que llevaba acumuladas, ya no en este trimestre, sino en las últimas dos semanas.

De camino a casa paré en una tienda en la que vendían turrón artesano a un precio ciertamente prohibitivo. Pero bien lo valía por un solo pedazo de cualquiera de los sabores que ofrecían. Después de dar varias vueltas por el interior del local salivando como un bulldog y lamentándome por no ser millonaria, opté por una pastilla de turrón de *carrot cake* con mazapán de zanahoria, nueces y cobertura de yogurt. Luego cogí otra de turrón de *cheesecake* con trufa de queso con frambuesas, chocolate y crujiente de galleta. En éxtasis llegué al mostrador donde una amable dependienta me recitó el resto de sabores que tenían disponibles. Anoté en mi mente algunos de ellos para el futuro, entregué la tarjeta de crédito casi sin respirar y luego salí a la calle. Mientras caminaba en dirección a mi casa no dejaba de pensar en el momento de sentarme junto a Marc y darnos un buen homenaje de azúcar. Lo iba a necesitar si quería abordar el tema de su padre con cierta calma.

Cuando abrí la puerta del piso todo estaba en silencio. Fui directa a la cocina a esconder una parte del botín. Sabía que era una tontería porque mi mente ya sabía que había dulce en casa. Aun así, abrí el armario de encima del horno y lo coloqué con cuidado al fondo. Dejé a mano la pastilla de *cheesecake*. A continuación, vi la nota de mi hijo pegada en la puerta de la nevera. Consulté el reloj y comprobé que apenas tenía media hora antes de que llegara. En cualquier otra circunstancia me hubiera dado tiempo de sobra a ducharme, ponerme ropa cómoda y esperar a que regresara Marc que estaba haciendo los deberes en casa de un Izan. Pero ya había decidido que hoy sería el día en el que mantendría una complicada conversación con él sobre su padre.

No tenía ningún plan en mente. Solo sabía que las cosas no podían seguir desarrollándose del modo en el que lo estaban haciendo. Toni no podía irrumpir en nuestras vidas del modo en el que lo había hecho. Al menos yo no se lo iba a consentir. Y era necesario que el niño comprendiera las cosas antes de que se pusieran peor. Porque, si de algo estaba segura, es de que él tampoco se iba a rendir tan fácilmente. Seguía sin saber a qué obedecía el súbito interés por su hijo, ni qué se escondía detrás de aquello. Lo que sí que tenía claro era que no iba a quedarme de brazos cruzados esperando, igual que

años atrás, que él dejara nuestras vidas completamente destrozadas.

Estaba terminando de colocar en una bandeja los trozos de turrón que había cortado, cuando Marc entró por la puerta.

—¡Mamá, ya he llegado! —dijo con tono alegre al tiempo que lo oí caminar con energía en dirección a su cuarto a dejar la mochila y el anorak.

—Estoy en la cocina —respondí mientras sentía cómo el corazón se me aceleraba. Al notar que las manos me comenzaban a temblar respiré hondo un par de veces.

—¿Hace mucho que estás aquí? —Me dio un beso en la mejilla e intentó apropiarse de un trozo de dulce, pero yo se lo impedí con un ligero manotazo.

—Un ratito. Hoy he decidido escaparme antes del trabajo.

—Deberías hacerlo más a menudo. Sería genial que estuvieras siempre cuando llego del insti.

Su voz sonaba de lo más despreocupada. Sin embargo, yo sentí una punzada de culpabilidad en el centro del pecho. Marc casi nunca se quejaba por las horas que yo pasaba trabajando. Pero en el fondo debía haber una parte de él que me echara de menos y que quisiera una vida familiar un poco más normal. Volví a coger aire y traté de organizar el hilo de mis pensamientos. Quería mantener una conversación con él lo más calmada y sincera posible.

—Cuando sea rica solo trabajaré hasta las dos.

—Me lo apunto. Y ahora, ¿me vas a dejar probar ese turrón o lo has cortado solo para ti?

—Sí. Pero siéntate que vamos a merendar como las personas —me di cuenta de la mirada curiosa que me lanzó, pero preferí no añadir nada más hasta tener algo de azúcar en el cuerpo.

—Esto está de muerte —dijo el niño en cuanto hubo devorado el primer trozo en unos pocos segundos.

—Tómalo con calma que no quiero pasarme la noche haciéndote compañía en el cuarto de baño.

—Ya no soy un niño —protestó y fingió enfurruñarse.

—Pero el dulce te sigue afectando igual. Así es que poco a poco que hay

más—.

Entonces fui yo quien cogió el primer trozo de turrón y se lo llevó a la boca. La explosión de sabores en su interior no se hizo esperar. Cerré los ojos y traté de concentrarme solo en la maravillosa sensación. Estaba convencida de que, si el pecado existía, debía de aproximarse bastante a esto, porque no estaba bueno sino lo siguiente. Sin duda alguna valía hasta el último euro que había pagado por él. Cuando se deshizo por completo cogí otra porción más. Enseguida el azúcar empezó a hacerme efecto porque, junto al rosa del que se tiñeron mis mejillas, comencé a sentir bastante energía en mi interior. Había llegado el momento.

—Marc... —empecé a decir en tono pausado y amable— hay un tema del que me gustaría hablar contigo.

—Si es por mis notas tendrás que esperar unas semanas más. Todavía no nos han dicho nada.

—No es eso. Necesito que aclaremos algo relacionado con tu padre —no me hizo falta levantar la cabeza para darme cuenta de que todo el cuerpo mi hijo se había puesto en tensión. Incluso había dejado de masticar.

—Si vas a empezar otra vez con el tema de que no puedo verlo cuando quiera o a recordarme que tenéis unos horarios pactados, te lo puedes ahorrar —Marc habló con tanta frialdad e insolencia que no me faltaron las ganas de decirle más de cuatro cosas. Pero era consciente de que, si perdía el control ya de entrada, no lograría ni conversar con él ni que entendiera los argumentos que le quería dar.

—Algunas cosas no pueden cambiar de la noche a la mañana. Otras, directamente, no pueden pasar.

—¿A qué te refieres? —dijo bastante a la defensiva y sin ocultar que no estaba dispuesto a facilitar que aquella fuera una conversación calmada.

—Llevamos años construyendo nuestro día a día. Intentando llevar una vida normal. Hemos pasado momentos malos, peores y también muy buenos. No ha sido fácil y, sin embargo, aquí estamos —era consciente de que debía escoger mis palabras con cuidado si no quería perder su atención—. Sé que te hace mucha ilusión pasar más tiempo con tu padre y también soy consciente de que lo has echado de menos durante todos estos años.

—Pero... —se limitó a añadir con tanto cinismo que consiguió que me empezara a hervir la sangre.

—Todos los actos tienen consecuencias —dije sin más—. No es justo ni comprensible que ahora tengamos que retroceder en el tiempo solo porque una parte se haya replanteado las cosas.

—Es muchísimo mejor castigar a alguien por un error que cometió en el pasado...

—No sabes de lo que hablas —estaba empezando a perder la paciencia. Sabía que aquel era un tema muy complicado de abordar, pero necesitaba que mi hijo comprendiera también mis argumentos antes de que las cosas se enredaran más.

—¿Crees que no me he dado cuenta de nada durante todo este tiempo? Sé que no has dejado que mi padre se acerque a mí y que jamás le has perdonado lo que hizo.

Las palabras de Marc me dejaron casi sin respiración. Noté cómo el pulso se me aceleraba todavía más y también me di cuenta de que estaba empezando a temblar. Me parecía tremendamente injusto el resumen que acababa de hacer de nuestra vida juntos. Porque, aunque era cierto que nunca olvidaría el hecho de que su padre nos dejara tirados de la noche a la mañana, estaba convencida de haberle dado la mejor vida posible. Hasta hacía apenas unos segundos, hubiera estado dispuesta a firmar que él había sido un niño feliz y que la ausencia de su padre la había llevado muchísimo mejor. Sin embargo, ahora se abría frente a mí todo un mundo de realidades que yo no había contemplado ni en la peor de mis pesadillas. El hecho de que, a pesar de lo que había sucedido en el pasado, Toni y yo estábamos a mismo nivel en el orden de personas a las que quería. Sí. Me sentí engañada, estafada y decepcionada.

Durante los minutos que permanecí en silencio pasaron por mi mente todas las noches en vela, las salidas a urgencias en plena madrugada, las horas extras para poder pagar las facturas. Cosas que había hecho gustosa y porque me había empeñado en que a mi hijo no le faltara de nada. Había sido yo quien lo había sacado adelante. Sola. Pero para él nada de eso contaba. Su padre era la víctima y yo el verdugo.

—¿De verdad quieres que hablemos de tu padre? —dije sin poder contener parte de la rabia que sentía en mi interior—. Tal vez deberíamos

hacerlo. A lo mejor si te cuento unas cuantas verdades dejas de decir estupideces —quizás me estuviera pasando de la raya y, aunque yo era la adulta, tampoco quería que le pasara desapercibido que me estaba haciendo daño.

—Estaría bien. Llevo toda la vida mendigando cualquier detalle sobre él. Nadie me cuenta nada ni me explica cómo era cuando estabais juntos, por qué se terminó o qué es aquello tan malo que hizo para que tú nunca se lo hayas podido perdonar —Marc estaba sacando toda la artillería pesada y sentía que estaba a punto de estallar.

—¿Quieres saber qué pasó? Pues te lo voy a decir. Que se cansó. De su vida, de mí, de las responsabilidades, de tener que ir a trabajar cada día durante ocho horas y regresar a un hogar en el que los dos teníamos que seguir haciendo cosas. Se hartó porque nunca se había tenido que esforzar. Nada fue suficiente para él. Ni siquiera tú.

No hizo falta ni que lo mirara a los ojos para saber que me había pasado de la raya. Los hechos habían sido tal y como se los había narrado, pero me había ido demasiado lejos en la crudeza con la que se los había explicado. Tantos años tratando de proteger la verdad y nadando entre dos aguas para que él no se criara con la ausencia de una figura paterna. Todos mis desvelos acababan de quedarse en nada. Fue entonces cuando me di cuenta del error que había cometido. No ya el de haber perdido la calma. Más bien el de haber disfrazado la realidad con la excusa de que el niño era pequeño cuando todo sucedió. En aquel momento comprendí que las cosas había que explicarlas siempre tal y como eran, porque si se disfrazaban o enmascaraban, con el tiempo tendrían consecuencias como las que ahora estaba experimentando. Durante unos segundos lamenté no haber sido más clara con Marc a lo largo de su infancia. Pero aquello ya no tenía remedio. Ahora debía ser capaz de reconducir una situación que intuía que podía acabar muy mal.

—Mamá no te reconozco —dijo Marc mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Siempre he creído que eras una persona buena, amable, cariñosa... No sé a quién acabo de escuchar hablar.

«Venga clávame más el puñal» fue el primer pensamiento que me vino a la mente en cuanto asimilé lo que mi hijo acababa de decir. No esperaba que entendiera todos mis argumentos, pero al menos esperaba un poco de la misma comprensión de la que su padre parecía disfrutar. Tenía la respuesta adecuada

para sus palabras justo en la punta de lengua. Sin embargo, en aquella conversación, alguien tenía que ser el adulto. Ya me había dejado llevar demasiado por las emociones y, por mucho que se me partiera el alma, debía de asumir el control antes de que nos hiciéramos más daño.

—Júzgame todo lo que quieras. Yo tengo la conciencia muy tranquila y sé que cada decisión que he tomado desde el mismo instante en el que abriste los ojos, ha sido pensando siempre en lo mejor para ti. Tú eres una persona inteligente y, aunque ahora mismo no sepas o no quieras darte cuenta de las cosas, el tiempo se encargará de hacerte ver que ni los malos somos tan malos, ni los buenos son tan buenos.

No pude seguir hablando. El nudo que se había formado en mi garganta mientras pronunciaba aquellas palabras casi me asfixiaba ya. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que se me partía el alma. Probablemente todo esto pasaría, pero no estaba del todo segura de que nada volviera a ser igual. Él tampoco dijo nada más. Se levantó y, sin ni siquiera mirarme a la cara salió de la cocina. Segundos después oí un portazo que hizo temblar la mitad de las paredes de la casa. Mi primer impulso fue el de levantarme, entrar en su habitación y preguntarle quién puñetas se creía que era para comportarse de aquel modo. Pero lo pensé mejor. Si actuaba así solo conseguiría empeorarlo todo más y, probablemente, decir algo que aún nos hiciera más daño a los dos. De modo que opté por permanecer sentada frente a la mesa de la cocina con la vista fija en los trozos de turrón que todavía descansaban sobre la bandeja. Y entonces rompí a llorar.

Iba por la tercera taza de tila cuando oí cómo la puerta de mi casa se abría. Luego escuché el inconfundible sonido de los zapatos de tacón de mi hermana avanzando por el pasillo a toda velocidad.

—¿Estáis bien? ¡Marc está al borde de un ataque de ansiedad!

—Pues que venga a la cocina y que se tome una tila —dije aún bajo los efectos de la rabia y el dolor.

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado?

—Tu sobrino y yo hemos tenido una diferencia de opiniones —me limité a responder sin mirar a ningún punto en concreto. Tenía los ojos hinchados y me escocían de tanto llorar.

—¿Dónde está el niño?

—Supongo que seguirá encerrado en su habitación —respondí con frialdad.

—Desde luego Victoria... ¡Ya te vale!

—¿Qué pasa? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para juzgarme hoy? —dije más alto de lo que hubiera deseado.

—Corta el rollo del victimismo conmigo, Vic. No sé qué ha pasado, pero conozco lo suficiente a Marc como para saber que no está desquiciado por una tontería.

—Por lo que veo tampoco estaba preparado para asumir la verdad.

—¿Qué verdad? ¿La tuya? ¿La historia de rencor que te has fabricado a lo largo de los años y en la que te has refugiado?

—Si has venido aquí a cuestionar mi vida ya te puedes ir largando —dije mirándola a los ojos por primera vez desde que había llegado.

—Me iré cuando me dé la gana y no sin antes haberme asegurado de que mi sobrino está bien.

Mi hermana dio media vuelta con tanto ímpetu que pensé que igual perdía el equilibrio con los taconazos de que llevaba. Luego volví a quedarme sola en la cocina con la taza de tila entre las manos mientras pensaba qué le habría contado mi hijo cuando la había llamado. No hice nada por moverme de dónde estaba. Y no ya porque estuviera dolida, sino porque tampoco sabía con exactitud si podía decir algo para mejorar las cosas. De modo que esperé hasta que Marta regresó a la cocina. Lo hizo de peor humor que cuando había llegado.

—¿Te has vuelto loca? ¿Crees que así vas a conseguir solucionar las cosas?

—Veo que ya te has posicionado sin escuchar mi versión —sabía que estaba sonando de lo más ridícula e infantil, pero seguía muy cabreada. Demasiado como para poder pensar con cierta claridad.

—Déjate de versiones y de gilipollecés. Aplica el sentido común. ¿Crees que le puedes decirle al niño así por las buenas que su padre se largó y que le importa una mierda?

—¿Acaso no fue así? ¿O es que lo he soñado?

—En serio Victoria. Una década después y, ¿aún estás ahí?

—¿Dónde?

—En el rencor, en el dolor y en el orgullo herido.

—¡Manda cojones! Esto sí que es bueno. Me quedo sola de la noche a la mañana con un marrón considerable. Tengo que hacer maravillas para sacar adelante a mi hijo. Sola. El padre pasa de Marc como de la mierda y ahora porque ha decidido aparecer sin más, ¿tengo que saltar de alegría?

—Desde luego, lo que no tenías que hacer era volcar toda tu mierda encima de un niño de esa edad. Toni es su padre.

—¡Y yo su madre! —dije volviendo a alzar la voz y empezando a perder de nuevo el control—. La que lo ha cuidado, querido y protegido durante todo este tiempo. La única persona que se ha preocupado por sus notas, su educación y su bienestar. ¿Acaso todo eso no importa? ¿Por qué? ¿Porque se supone que era lo que me tocaba hacer? ¿No se aplica lo mismo en el caso de su padre? ¿O solo estaba allí para echar un polvo y luego desentenderse cuando las cosas se pusieron serias? ¡Qué bonito regresar ahora que la parte más jodida del trabajo está hecha! Mañana me acompañas a Ikea a comprar una alfombra roja para ponérsela la próxima vez que venga.

No me podía creer lo que estaba pasando. Mi propia hermana, la misma que había estado a mi lado durante todos aquellos años y que había visto lo dura que había sido mi vida me estaba echando en cara todavía no sabía bien qué. Estaba a punto de volverme a echar a llorar, pero me dolía tanto todo lo que estaba pasando que me superaba hasta el punto de empezarme a bloquear.

—Te recuerdo que fuiste tú quien tomó la decisión de educar a este niño como si todo fuera normal y con el menor rencor posible hacia la figura de su padre —dijo Marta con contundencia—. Nos prohibiste hacer alguna alusión o crítica sobre lo que había pasado cuando Marc estuviera delante. Joder, ¡Victoria, todo este puto cuento de hadas en el que lo has educado fue idea tuya! ¿Qué esperabas que sucediera si alguna vez Toni decidía reclamar más derechos?

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, el silencio lo llenó todo. Sin saberlo, mi hermana acababa de hacer la pregunta adecuada. Si había algo en el mundo con lo que yo no contaba, dadas las circunstancias, era con que mi exmarido decidiera volver a la vida de su hijo tantos años después. A

lo largo de nueve años los desprecios, las ausencias y los sinsentidos habían sido tantos, que me había llegado a convencer de que siempre sería igual. Estaba empezando a darme cuenta de cuánto me había equivocado y de que, me gustara o no, mi hijo ya no era tan pequeño y tenía una opinión al respecto. Tendría que empezar a plantearme si la respetaba o no. Pero ya no podía ocultar el hecho de que todo había cambiado.

—Te voy a decir lo mismo que le he dicho a tu sobrino hace un rato. No me arrepiento de la decisión que tomé en su momento. Si me volviera a ver en la misma situación optaría por actuar del mismo modo. Ahora bien, si tanta ilusión le hace pasar más tiempo con ese padre tan maravilloso y entregado que cree que tiene —añadí no sin cierto sarcasmo— no me voy a oponer. Pero desde ahora mismo os digo que le defraudará, le hará daño y tendré que ser yo quien vuelva a recoger todos los pedazos.

—Quiero tener el derecho a poder equivocarme —dijo Marc apoyado en el quicio de la puerta.

No tenía ni idea de en qué momento de la conversación con mi hermana había decidido salir de su encierro. Tampoco sabía qué había oído y qué no. Pero ya daba igual porque todas las cartas estaban sobre la mesa.

—Perfecto. Si quieres jugar a ser adulto, jugaremos. Llamaré al abogado y le diré que quiero cambiar algunas cláusulas del acuerdo.

—¿Es necesario? —dijo Marta con la vista fija en su sobrino y con bastante preocupación.

—No pienso dejar nada al azar ni a la buena voluntad —respondí muy seria—. Me voy a tener que comer mis principios e ir en contra de lo que me dicen las tripas —dije al tiempo que colocaba la palma de la mano en la boca de mi estómago—. Sé que la verdad me asiste y que el tiempo me dará la razón. Solo espero que, cuando llegue ese día, el daño se pueda reparar.

—¿Y qué pasará si sale bien? —Marc no estaba dispuesto a dejar que nada rompiera el ideal de vida futura que debía de haber estado programando con su padre en los últimos tiempos.

—Yo me alegraré. Pero no lo hará.

—Vic... —murmuró mi hermana a modo de reproche.

—Tranquila. Lo dejo ya. Y ahora si me disculpáis, la cabeza me está

matando y necesito descansar.

Ni siquiera esperé a que ellos pudieran decir alguna cosa más. Me aferré al tazón de tila que sostenía entre las manos y salí de la cocina sin mirar a ninguno de los dos. Me sentía disgustada, abatida y dolida. Pero, sobre todo, traicionada. No por mi hijo, quien al fin y al cabo no hacía más que reivindicar lo que creía que era lo mejor para él, sino por la vida en general, por los principios en los que siempre me habían educado. Yo siempre había obrado pensando en el bienestar del niño y ahora tenía que aguantar que quien ni siquiera había estado, disfrutara de mis años de desvelos, preocupación, riñas y discusiones con un niño que siempre había apuntado maneras. Me sentía profundamente decepcionada con todo y tenía la impresión de haber estado viviendo una enorme mentira. Pero, al mismo tiempo, era consciente de que, por muchas cosas que me tocara vivir en el futuro, siempre intentaría proteger a mi hijo. Ahora lo único que me quedaba por hacer era tragarme el orgullo y esperar que cuando Marc se diera de bruces con la realidad, no fuera demasiado para él.

Traté de abstraerme de todo lo que había pasado con la lectura del libro que descansaba sobre la mesilla de noche. Necesitaba alejarme de las emociones que me había provocado la discusión y la inquietud sobre lo que iba a pasar a suceder a partir de ahora. Hacía muy poco le había hecho a Jorge la promesa de ser más fuerte y de darme la oportunidad de tener una vida mucho más plena. En aquel momento, la sola idea de poder lidiar con lo que estaba por venir me provocaba hasta náuseas. No conseguí concentrarme en la novela y, después de haber leído la misma página hasta siete veces, decidí que lo mejor sería tratar de descansar. Si al menos no conseguía conciliar el sueño, por lo menos poder dejar de sentir que tenía la cabeza a punto de estallar. Traté de concentrar toda mi atención en mi respiración. En notar cómo mi estómago se llenaba y vaciaba de aire. Poco a poco empecé a notar que estaba un poco más calmada. Mi teléfono comenzó a vibrar sobre la mesilla de noche. Pero yo ni siquiera me molesté en abrir los ojos. Por lo que a mí respectaba, al menos aquella noche, el mundo entero podía esperar.

## ~ CAPÍTULO 9 ~

Me desperté en plena madrugada al notar el calor de otro cuerpo junto al mío. Durante un buen rato mantuve los ojos cerrados y la respiración casi contenida. En cuanto mi abotargada mente consiguió salir del estado de duermevela en el que finalmente había caído, me di cuenta de que era Marc quien estaba a mi lado. De forma instintiva alargué la mano para apartarle con cuidado un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Sin dejar de observar la paz con la que dormía, no pude evitar pensar en todo lo que había sucedido entre nosotros apenas unas horas atrás. Desde que había nacido y, en especial, desde que cumpliera los cinco años, nos habíamos hecho la firme promesa de no irnos jamás a dormir estando enfadados el uno con el otro. Aquella había sido la primera vez que habíamos faltado al nuestro compromiso. Y me sentía fatal por ello.

A decir verdad, estaba mal por todo. Aunque había hecho todo lo posible por relajarme y tratar de dejar la mente en blanco, ahora me llegaban algunos retazos de lo que había sucedido entre nosotros. En especial, lo que yo le había dicho. Al fin y al cabo, era la adulta, la persona que debería haber tratado por todos los medios de que la conversación no terminara como lo había hecho. Sabía que aquello ya no se podía arreglar. Ambos tendríamos que vivir los siguientes días con las consecuencias de lo que habíamos verbalizado. Por suerte no éramos rencorosos. Tampoco solíamos pasar semanas enfadados. De modo que la convivencia entre ambos, al menos la básica, estaba garantizada. Otra cosa muy distinta sería reparar el daño que nos habíamos hecho. Él con su actitud y yo con mis palabras. Marc se movió ligeramente entre las sábanas y dejé de acariciarlo. Si había ido en mi busca en plena madrugada, debía de sentirse tan derrotado como yo.

Decidí dejarlo descansar y, como mi mente amenazaba con volver a centrifugar sobre el tema en cuestión, alargué la mano para coger el teléfono móvil. En cuanto lo encendí me sorprendió encontrarme con una llamada perdida de Martín, varios mensajes de texto de Jorge y uno de voz también del profesor. Opté por dejar los de mi amigo para el día siguiente. Me haría falta una inyección de buen humor para afrontar la larguísima jornada con todo lo

que llevaba encima. Pulsé la tecla del buzón de audio y la voz grave de Martín me envolvió:

*«Hola... Hace días que quería llamarte, pero... Bueno espero que estés bien. Me preguntaba si tienes planes para este fin de semana y si te apetecería salir a tomar algo, pasear o simplemente dejar pasar las horas. Si quieres... Pues eso... Ya sabes dónde encontrarme...».*

Volví a escuchar el audio un par de veces más. Lo cierto era que no tenía el cuerpo para demasiada fiesta ni tampoco para socializar con nadie. La invitación tenía toda la pinta de una cita, aunque tenía que reconocer que me había hecho gracia cuando había utilizado la expresión de dejar pasar las horas. Desde mi divorcio, no me habían faltado propuestas para salir con otros hombres. Siempre las había rechazado todas de forma educada. Sin embargo, nunca hasta aquel momento, me habían intentado conquistar con algo tan sencillo como sentarse a mi lado y mirar al infinito. La proposición de Martín no llegaba, ni mucho menos, en el mejor momento de mi vida. En realidad, si fuera una persona con sentido común, ni siquiera la estaría considerando. Pero, una voz en mi interior me hizo una de las peores preguntas que se me podían formular: ¿Por qué no?

Que no estaba para hombres, ni relaciones era obvio. Pero salir con Martín, un tipo educado, culto y, todo sea dicho de paso, bastante atractivo a tomar un café o a mirar el mar sentados en la playa, tampoco me comprometía a nada. Cuanto más pensaba en el plan, mayores eran las ganas de ponerlo en práctica. Por supuesto, se me pasó por la mente la idea de que, tal vez, me estuviera engañando a mí misma. Qué tipo en sus cabales pretendería solo y exclusivamente pasar las horas junto a la madre de un adolescente en plena crisis familiar. En el mismo instante en el que noté que se me aceleraba la respiración decidí no darle más vueltas al asunto. Al fin y al cabo, la idea había partido de él. Si quería disfrutar de dejar escapar el tiempo a mi lado, yo no pensaba impedirselo. Puse una alarma en el teléfono para responder a su mensaje. Sabía que, en cuanto llegara al despacho sin haber dormido apenas y con la cabeza llena de problemas, sería más que probable que se me olvidara por completo. A continuación, cogí el libro con la intención de despejar la mente hasta que sonara el despertador.

Aun no eran las siete cuando me levanté. Mientras me duchaba pensé con muchísimo alivio que, al menos era viernes. Aquello significaban dos cosas. La primera que solo tendría que aguantar el tipo en el despacho hasta las tres. La segunda, que podría pasar unas horas con Marc e intentar así reestablecer cierta normalidad entre nosotros. En cuanto sonó el timbre del teléfono alargué la mano desde la ducha y lo apagué. Luego salí de debajo del chorro de agua hirviendo, me envolví en el albornoz y fui directa a la cocina a prepararme una jarra de café. Iba a necesitar una gran cantidad de estimulante para que en el trabajo nadie notara la nohcecita que había pasado.

En cuanto lo tuve listo regresé al dormitorio a despertar a mi hijo que seguía durmiendo ajeno a todo. Lo dejé desperezándose y acordándose de todos sus antepasados porque solo había conseguido conciliar el sueño cuando se había tumbado a mi lado. Mientras tanto yo elegí la ropa que me iba a poner aquel día. No me compliqué demasiado. Unos pantalones negros de pitillo, una blusa también negra con un fino estampado de color gris y unos zapatos planos. Después de apenas haber pegado ojo no necesitaba tacones que me torturaran los pies. A continuación, entré en el cuarto de baño y me maquillé a conciencia. Las ojeras que lucía y la piel apagada iban a necesitar bastante magia. Estuve un buen rato aplicándome todos los productos necesarios en el rostro para tener un aspecto presentable. Cuando terminé me cepillé la melena que decidí dejar suelta sobre los hombros y observé el resultado. No era ninguna maravilla, pero al menos había dejado de parecer un *zombie*. Regresé a la cocina y me encontré a Marc sentado en la mesa devorando un cuenco enorme de cereales.

—Tenemos hambre, ¿eh? —dije con la mejor de mis sonrisas en el primer intento de limar asperezas entre nosotros.

—Anoche no cené demasiado —se limitó a responder con el semblante bastante serio.

—¿Quieres que pidamos un chino para hoy y luego nos vemos varios episodios de alguna serie?

—Esta noche pensaba ir a dormir a casa de Izan —noté a la perfección el tono desafiante que estaba utilizando. Sin embargo, decidí que lo mejor sería en la medida de lo posible, no entrar al trapo.

—Preferiría que hoy te quedaras en casa.

—¿Por qué? —dijo mirándome a los ojos por primera vez desde que se había levantado.

—Hijo no tengo intención de pasarme los próximos días peleándome contigo. De modo que si hay algo que te siga molestando o que desees añadir a la charla de ayer, hazlo ahora.

Mis palabras debieron pillarle completamente por sorpresa, porque lejos de lo que era habitual en él, se quedó callado durante un buen rato. Mientras me bebía el café y me comía las tostadas con jamón que me había preparado podía oír perfectamente cómo giraban los engranajes de su cerebro. Probablemente estuviera considerando si estiraba más la cuerda o, por el contrario, la empezaba a aflojar.

—Bien, pero al menos deja que el sábado por la mañana pueda ir un rato a su casa a jugar a la play.

—Hecho —respondí sin poder disimular una media sonrisa.

—El domingo me gustaría ver un rato a papá.

En cuanto escuché aquella última frase, el buen rollo con el que estaba desayunando me abandonó. Sabía que mi hijo era muy cabezón. En ocasiones hasta demasiado. Pero desconocía que además tuviera el don de tocar las narices de aquel modo. Por lo general, cuando yo le llevaba la contraria solía protestar e intentar tumbar mis argumentos. Sin embargo, siempre llegaba un punto en el que reconocía mi autoridad y dejaba de insistir. Con la actitud que estaba manteniendo ahora me estaba enviando un mensaje claro y directo. En ese tema no pensaba rendirse ni acatar lo que yo dijera. Al menos por el momento.

—Verás a tu padre a partir del lunes. Este fin de semana es para ti y para mí. Si te gusta bien y si no puedes pasártelo entero encerrado en tu cuarto protestando.

Las palabras que acababa de pronunciar habían sido tan espontáneas que incluso yo me sorprendí con ellas. En especial con la firmeza y serenidad con la que las había pronunciado. A Marc debieron de sonarle del mismo modo porque no se atrevió a rechistar. Sí que mostró su frustración ante la negativa levantándose y dejando caer el cuenco vacío de cereales en el fregadero con más fuerza de la deseable. Durante unos segundos consideré la posibilidad de recriminarle su comportamiento, pero me pareció más sensato comenzar la

jornada en paz.

Unos minutos después los dos salimos de casa camino de nuestros respectivos destinos. El colegio estaba en dirección opuesta a la mía de modo que me despedí de mi hijo con un beso en la frente. Él, a modo de respuesta, se limitó a ofrecerme un bufido, dio la media vuelta y desapareció calle arriba. Mientras observaba cómo se alejaba dos palabras acudieron a mi mente: «Jodidos adolescentes». A ellas vinieron a sumarse otras dos más: «Putas hormonas». Empecé a caminar hacia la parada de metro. A pesar del café que llevaba encima, tenía el cuerpo bastante destemplado para darme un paseo de casi media hora hasta el despacho.

Cuando llegué a mi mesa noté algo extraño en el ambiente, pero lo achiqué al humor y la falta de sueño que padecía. En cuanto me deshice del abrigo y el bolso fui directa a la máquina de café. Iba a necesitar beber al menos tres seguidos para ser un poco persona. Estaba en el segundo cuando mi teléfono móvil empezó a vibrar. Lo saqué del bolsillo del pantalón y lo miré con cierta curiosidad. Muy poca gente me molestaba en horario de trabajo. Aun me quedé más sorprendida cuando vi un mensaje del departamento de Recursos Humanos reclamando mi presencia. Apuré de un trago el resto de la bebida y caminé con paso decidido hacia el ascensor al tiempo que notaba cómo el pulso se me aceleraba. No era la primera vez que acudía a aquel piso del edificio. Cada par de meses siempre tenía que subir a aclarar algunas contrataciones o asignaciones de trabajo del equipo que dirigía. De modo que, mientras ascendía las escasas plantas que me separaban de un lugar al que casi todo el mundo temía, intenté tranquilizarme. En cuanto llegué a la recepción me invitaron a sentarme en una de las salas de reuniones que daban al exterior. Las vistas al centro de Barcelona eran espectaculares y decidí entretenerme observando el trasiego de la ciudad a aquella hora de la mañana.

—Victoria, gracias por haber venido con tanta rapidez —dijo una voz justo a mi espalda.

—De nada —me limité a responder con profesionalidad al tiempo que le tendía la mano a Xavi, el jefe del departamento. Aquello no podía significar nada bueno. Aun así, intenté poner la mejor de mis sonrisas y mantener los nervios bajo control.

—Siéntate, por favor. Tenemos que hablar de un tema... delicado —en aquel momento no supe con exactitud qué me estaba provocando más tensión.

Si la pausa que terminaba de hacer o el hecho de que el jefe supremo de personal se estuviera reuniendo conmigo.

—Tú dirás —dije mirándole directamente a los ojos.

—Verás... Hemos recibido bastantes quejas referentes a tu departamento en los últimos tiempos. Llevamos semanas tratando de averiguar qué es lo que sucede, pero cada vez que intento hablar con la dirección del departamento, desde allí nos responden que no son responsables de que contratemos... a imbéciles. Esta última expresión, por supuesto, no es mía.

—¿Y en qué te puedo ayudar? —Sabía exactamente de dónde provenía la queja. Aquellas eran las palabras que Cristina empleaba cada vez que algo no se hacía como ella deseaba. Tratándose de ella era consciente de que debía de andarme con pies de plomo. Aquella situación era muy poco convencional. Lo último que me faltaba era meterme en una movida laboral entre dos cargos superiores.

—Como tú eres quien realiza las entrevistas quisiéramos saber tus impresiones al respecto —Xavi me lanzó una mirada cargada de intenciones que no me pasó desapercibida.

—Los comentarios sobre los candidatos que entrevisto para cubrir las necesidades de mi equipo están en los informes adjuntos a la contratación. No obstante, si tienes dudas sobre alguno en concreto estaré encantada de poderlas resolver.

—Bien... Iré directamente al grano. ¿De verdad tenemos a gente tan nefasta trabajando en esta empresa?

Lamentablemente en el mundo en el que yo me movía las preguntas tan claras como aquella no eran lo habitual. Todo estaba siempre recubierto de un halo de falso respeto y amabilidad bajo el que se escondían las peores intenciones. En cualquier caso, él era un ejecutivo de rango superior y yo estaba en la obligación de responderle.

—Opino que contratamos siempre a los mejores candidatos para cada puesto. Al menos en el departamento de marketing de mi división, eso es lo que intentamos. No sé si acertaremos siempre, pero me atrevería a afirmar que tenemos al mejor equipo posible —había intentado ser lo más franca posible, pero sin implicarme demasiado. Cuando el tema estallara, porque no tenía la menor duda de que acabaría haciéndolo, no quería que me pillara en medio.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar. Muchas gracias por tu tiempo, Victoria —dijo Xavi al tiempo que me estrechaba la mano a modo de despedida.

—Un placer. Si te puedo ayudar en cualquier otra cosa ya sabes dónde encontrarme —respondí del modo más profesional que pude.

Mientras me dirigía de nuevo al ascensor noté cómo las piernas me temblaban y la rabia se iba extendiendo en mi interior. Había que ser muy hija de puta para jugar con el trabajo de unos profesionales que, aunque en su mayoría eran bastante jóvenes, se dejaban la piel cada día en un despacho. Era cierto que, en algunas ocasiones, las menos, estaban un poco dispersos y con ganas de divertirse. ¿Pero quién no había sido así antes de cumplir los treinta? Era consciente de que debía de mantener el tipo con mi jefa y no dejarle adivinar la creciente animadversión que sentía hacia ella. Al mismo tiempo tenía que poner mi mejor cara para que, la reunión que acababa de mantener pasara lo más desapercibida posible. Cuando la puerta del ascensor se abrió puse mi mejor cara de viernes y, con paso firme, caminé en dirección a mi mesa. Apenas me había sentado y ya podía notar las miradas de todo el equipo puestas en mí. Si había un lugar en el que los secretos no existían, sin duda alguna era aquel.

—¿Alguien me puede recordar la fecha de la primera propuesta que tenemos que entregar a los de PGA? —dije con el tono de voz suficientemente elevado para que me oyeran todos y conociendo la respuesta a la perfección.

—Catorce de marzo —respondió Laia con su habitual eficiencia.

—Entre el puente de diciembre, las vacaciones de Navidad, Reyes y alguna cosa más que se nos ocurrirá para no venir al despacho nos quedan solo unas semanas. Nos ha costado la misma vida conseguir esa cuenta (porque sí, gracias a su esfuerzo nos habíamos hecho con ella). ¿Alguien tiene alguna pregunta sobre lo que debemos hacer? —El silencio que se generó en el departamento casi se podía cortar—. ¿Ninguna? ¡Pues a trabajar!

Lo último que necesitaba en aquel momento era que comenzaran a escamparse rumores sobre lo que había sucedido o dejado de pasar en el departamento de Recursos Humanos. Aquella guerra era entre Xavi y Cristina. Como mando intermedio me había tocado apechugar con parte del marrón. Pero allí terminaba la historia. Bajo ningún concepto quería que el equipo se

contagiara de aquel mal rollo. Ya habría tiempo para ello si permanecían el tiempo suficiente en el mundillo de la creatividad y el dinero. De momento tenía toda la intención de dejar aquello como un hecho aislado y me tomé la conversación con el Jefe de Recursos Humanos como un aviso a navegantes. Siempre me había cubierto muy bien las espaldas en el trabajo. Ahora debía hacerlo incluso mejor.

Estaba a punto de empezar a responder mails cuando sonó la alarma que me recordaba que debía llamar a Martín. Me levanté y fui de nuevo junto a la máquina de café. Necesitaba un poco de privacidad para realizar aquella llamada y allí tenía muy a mano la salida de emergencias. El mejor lugar para tratar un tema personal durante unos pocos minutos. Marqué el número y enseguida escuché su voz.

—Hola Martín soy Victoria —dije sintiéndome de repente muy nerviosa.

—¡Ey qué tal! —Parecía encantado de oírme y enseguida me dejé contagiar por su entusiasmo.

—Muy bien. Trabajando.

—Bueno pero ya es viernes. ¿Has pensado lo del fin de semana?

Menos mal que se había atrevido él a sacar el tema porque yo me estaba empezando a comportar como una adolescente. Hasta podía notar cómo incluso me había ruborizado.

—Sí. Por eso te llamaba. Había pensado ir mañana por la mañana a dar un paseo por la playa. Anuncian buen tiempo y necesito ver el mar. ¿Quieres venir? —En cuanto terminé de hacerle la pregunta cerré los ojos con fuerza. ¿Cómo podía estar tan tonta?

—¡Por supuesto! ¿Te va bien que pase a recogerte sobre las diez o prefieres que nos veamos allí?

Sabía por Jorge que no vivía demasiado lejos de mi casa, pero me parecía excesivo que se tomara aquella molestia que, además, me parecía demasiado formal.

—Mejor nos vemos a esa hora en la entrada de las golondrinas, ¿vale?

—Perfecto. Pues nos vemos mañana. Ahora te dejo que tengo una clase que dar.

Antes de colgar me pareció escuchar risas al otro lado del teléfono. Por un momento se me pasó por la cabeza que él hubiera atendido la llamada con todos sus alumnos delante. Enseguida deseché la idea. Estaba convencida de que era un buen profesional y que, con toda seguridad, eran imaginaciones mías. Yo regresé a mi mesa con un *capuccino* en la mano y sintiendo un cosquilleo en la boca del estómago. Cierto que solo se trataba de un paseo, pero con toda la presión que tenía encima, estaba segura de que me vendría bien perder el mundo de vista, aunque solo fuera durante unas pocas horas. Antes de volverme a centrar en responder al correo, le envié uno a mi abogado. Cuanto antes dejara solucionado el tema de Toni, antes podría continuar con mi vida. Seguía sin ver las cosas claras y con la certeza de que le acabaría haciendo daño a mi hijo. Por eso me aseguré de hacerle a Carlos todas las preguntas necesarias que pudieran resolver mis dudas y aplacar un poco mis reticencias. Si tenía que hacer concesiones las haría, pero ni por un momento iba a bajar la guardia. Estaba segura de que más temprano que tarde, mi hijo me necesitaría.

## ~ CAPÍTULO 10 ~

Me levanté temprano. Tenía mil ideas en la mente y, con una sonrisa bobalicona dibujada en el rostro. Al fin y al cabo, quedar con Martín había sido una gran idea. Aunque no sabía cómo iba a ir el encuentro, sí tenía claro que me serviría para desconectar de todos los problemas que tenía tanto en casa como en el trabajo. Marc había insistido en pasar más tiempo con su padre. Mi abogado aun no me había respondido, pero eso me limitaba a la hora de poder negarle a mi hijo, una vez más, algo que personalmente me empezaba a fastidiar.

Después de beberme una taza de café bien cargado y de fumarme el cigarrillo de rigor, fui a mi dormitorio con la intención de elegir lo que me iba a poner para mi cita con Martín. Por una parte, me ilusionaba volverlo a ver. Sabía que, en cuanto superara los primeros diez minutos de nerviosismo, todo sería genial. Así había sucedido en mi fiesta de cumpleaños. Por otra, no tenía del todo claro si podía incluir en mi vida a otra persona y lo que suponía el comienzo de algo nuevo. Existía la posibilidad de que mi mente estuviera yendo demasiado lejos. Tal vez él solo quisiera algo de charla conmigo y nada más. Sin embargo, no hacía más que darle vueltas al tema. Algo me había impulsado a quedar con él, pero al mismo tiempo, una parte de mí también me decía que no me dejara llevar demasiado. Sacudí un par de veces la cabeza como si con ello pudiera alejar todos los pensamientos negativos. Luego me concentré en la oferta de vestuario de mi armario. No me lo pensé demasiado, la verdad. Opté por unos pantalones vaqueros azul claro, una camisa del mismo color estilo *boyfriend* que me encantaba porque llevaba bordados unos parches con motivos veraniegos y unas botas marrones especialmente preparadas para el frío. Si íbamos a estar cerca del mar, lo último que me apetecía era que se me congelaran los pies y se me arruinara el día. Siempre había tenido problemas con las bajas temperaturas, pero en los últimos meses, aquello parecía haberse acrecentado más. En cuanto estuve vestida me maquillé ligeramente. Lo justo para devolverle un poco el color a mi pálida piel y también a los labios. Dejé mi melena castaña suelta. Por suerte para mí, la keratina que llevaba semanas aplicándome estaba empezando a hacer

efecto. No se podía afirmar que tuviera el pelo liso, pero tampoco lucía su encrespado habitual. El resultado final no me disgustó. Pasé por la habitación de Marc para despertarlo y para decirle que le había dejado el desayuno listo sobre la mesa de la cocina. Él me respondió con una especie de gruñido. No pude evitar sonreír con una mezcla de emoción y tristeza. Era tan adulto para unas cosas, pero tan niño para otras. Consulté el reloj y me di cuenta de que todavía era temprano. Aún tenía tiempo de tomarme otra taza de café y de leer algo. Incluso podría ver salir a mi hijo de casa camino de la de Izan para jugar un rato. Apenas una hora después, salí a la calle ataviada con el chaquetón de plumas negro y mis gafas de sol me sentía guapa e incluso feliz.

Decidí dar un paseo hasta el puerto. La mañana era fresca, pero lucía el sol. Me ajusté el abrigo al cuerpo y eché a andar en dirección al mar. Lo respiré antes de poder verlo. El olor a sal, la brisa fresca acariciándome las mejillas y la humedad tan característica del Mediterráneo me hicieron sonreír. Había pasado tantos momentos de mi vida unida a él que era imposible para mí no tenerlo cerca a diario. En cuanto enfilé el último tramo de La Rambla lo vi. Al final, en el horizonte, tan azul y tan inmenso como siempre. Miré al cielo y observé a las gaviotas sobrevolando el puerto. Sonreí de nuevo y aceleré el paso. Me apetecía tener un momento a solas con el mar. Ni siquiera me di cuenta de la cantidad de gente que llenaba la zona del Port Vell. Estaba emocionada por volver a fijar la vista en la extensión de agua que tanto echaba de menos durante la semana. En respirar hasta la última gota de sal que hubiera en el ambiente. Me acerqué despacio hasta el límite del suelo de madera con el agua, me apoyé sobre la fina barandilla de metal y me quedé fascinada contemplando el ir y venir de embarcaciones. Con frecuencia solía decirle a mi hijo que, cuando fuera mayor, me retiraría a vivir a una casa frente al mar. En aquel momento y disfrutando de aquella pizca de felicidad, pensé que debería seguir esforzándome para conseguir mi sueño. Porque si había algo que significaba vida para mí era exactamente poder disfrutar cada mañana al despertar de unas vistas como aquellas. Estaba tan ensimismada que no me di cuenta de que él había llegado. Solo noté el calor de un cuerpo junto al mío. Una presencia que parecía experimentar la misma fascinación.

—Podría quedarme aquí el resto de la vida —dijo una voz grave muy cerca de mi oído.

—Yo también —respondí mientras mi cerebro empezó a reconocer a quién pertenecía.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

Aparté la vista del agua y la fijé en él. Enseguida sonreí. No ya por su belleza, porque estaba muy guapo, sino porque adiviné en sus ojos que él también compartía una de mis grandes pasiones.

—Acabo de llegar —respondí sin poder dejar de sonreír—. No he podido resistir la tentación de dejarme llevar... —añadí al tiempo que alcé la mano de derecha en dirección a la extensión de agua que se abría ante nosotros.

—Tiene su encanto este lugar, aunque a menos de veinte minutos a pie está la auténtica felicidad —su voz sonó con tanta sensualidad que me estremecí. Sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo.

—Cierto... Si te apetece podemos ir hasta allí.

Durante unos segundos ambos nos miramos a los ojos. Incluso creo que sonreímos al mismo tiempo. Había algo raro en el ambiente. Una especie de electricidad que provocaba que fuéramos incapaces de dejar de sonreír. Echamos a andar en silencio *Port Vell* abajo. Alrededor la gente conversaba, paseaba o sacaba fotos de uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Seguramente nosotros habíamos pasado por allí miles de veces y, aun así, caíamos rendidos a su encanto en cada ocasión. Podíamos comprender la fascinación y entusiasmo que las vistas provocaban en los turistas. Caminábamos uno al lado del otro y, durante los pocos segundos en los que miré al suelo, me di cuenta de que llevábamos el mismo paso. Nunca había encontrado a una persona con la que coincidiera de aquel modo. Ni siquiera con mi hijo había logrado esa sincronización. Volví a sonreír alegrándome por haber aceptado su invitación. Solo por el paseo ya había valido la pena salir de casa.

—¿Qué tal te ha ido la semana? —dijo con suavidad.

—Regular. ¿Y a ti?

—Un auténtico infierno. Cada vez es más complicado cumplir con todo lo que nos exigen y tratar de enseñar algo de provecho —respondió con cierta decepción.

—La verdad es que te admiro. Yo no podría hacerlo. Estar a diario en una clase atestada de jóvenes a los que hay que educar.

—No es exactamente eso lo que se supone que debemos hacer.

—¿Ah no? —respondí mientras sentía cómo el sol me calentaba la cara.

—En absoluto.

Por la brusquedad de la respuesta intuí que para Martín aquel era un tema importante. No solo porque todo el cuerpo se le había puesto un poco en tensión, sino por la gravedad que adquirió su voz al pronunciar aquellas palabras.

—Yo me refería al hecho de enseñarles los temas que les interesan. Se supone que están donde quieren, ¿no?

—Esa es la teoría, sí. Pero tú y yo sabemos que siempre ha habido estudiantes que llegan a determinadas carreras porque no han podido acceder a otras o porque es lo que sus padres quieren.

—También los hay felices por aprender y por convertirse en lo que quieren ser en la vida —dije sin comprender muy bien por qué percibía tanta decepción en sus palabras.

—Los menos —añadió al tiempo que desviaba la mirada del horizonte y la fijaba en mis ojos—. Aunque son ellos precisamente por los que todavía muchos de nosotros mantenemos la esperanza.

—Ya sabes lo que se dice. Lo malo siempre hace mucho más ruido que lo bueno —dije en un intento por animarlo. Tenía la impresión de que lo necesitaba.

—Cierto... —añadió y me dio la sensación de que se estaba debatiendo entre seguir con el tema o no—. ¡Bah! No me hagas mucho caso. Llevo unas semanas que duermo muy poco y el agotamiento al final pasa factura.

—Bueno... en nada llega la Navidad y seguro que puedes descansar.

—¡Ojalá! Casi tengo más trabajo durante las vacaciones que cuando estoy en la universidad. Pero no te preocupes —añadió con una sonrisa sincera— lo podré sobrellevar. Es solo que, en ocasiones me gustaría que las cosas fueran diferentes.

—Te entiendo —. Pensé entonces en todo lo que me preocupaba y, en especial, en lo mal tratada que me sentía en ocasiones en el trabajo.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que no estás en el lugar que mereces? —dijo como si me estuviera leyendo la mente.

—Últimamente es un pensamiento recurrente, sí —respondí con sinceridad.

—¿Y crees que puedes hacer algo para conseguirlo?

Durante unos segundos ambos nos miramos a los ojos en silencio. En los suyos había claridad, esperanza, ilusión. Tuve la sensación de que él poseía la clave secreta para alcanzar todo lo que yo siempre había querido. Y entonces sentí pánico, miedo y terror. Acudió a mi mente una frase que Toni me había repetido hasta la saciedad durante el tiempo que habíamos estado juntos: «Cuidado con lo que deseas. Puede que no te guste cuando se haga realidad».

—A estas alturas de mi vida creo que ya hago mucho manteniéndome a flote —dije sin poder controlar mi cinismo habitual.

—Tampoco es que estés a punto de morir —Martín había dejado de andar y tenía su cuerpo a escasos centímetros del mío. Estaba tan cerca que incluso podía sentir el calor que desprendía—. ¿Te has rendido ya? —añadió y me dio la impresión de que conocía la respuesta.

—No tengo veinte años. Llevo a mis espaldas la experiencia de la vida y, si soy sincera, muchos de los sueños que tenía en la universidad se han quedado atrás —respondí de forma casi automática—. Pienso que el día a día se encarga de que pongamos los pies en el suelo y nos obliga a rebajar bastante nuestras expectativas.

—Así es que te dejas llevar —dijo con una pequeña nota de decepción en la voz que provocó que me alterara un poco.

—Cuando llevas equipaje hay opciones de vida que no te puedes permitir —añadí con cierta maldad—. Ya no eres responsable solo de tus deseos y necesidades, sino que tienes que atender a otra persona. Conseguir que ese ser crezca mentalmente sano y que, en el futuro, no acabe convertido en otro fracasado más.

—¿Piensas que los soñadores lo son? —Estaba cada vez más cerca de mí y yo empezaba a perder el control de la situación.

—Creo que todo el mundo está en su derecho de desear cosas, de querer mejorar su vida y de aspirar a lo máximo. Pero también se debe ser consciente de sus limitaciones. A eso hay que añadir que, ya no somos solo responsables de nosotros sino de otras personitas. Si acertamos perfecto. Si nos

equivocamos arrastramos a otro en nuestra ensoñación.

—Así es que es mejor vivir a medias ...

—Lo recomendable es hacerlo con prudencia. Los valientes suelen acabar casi siempre en la cuneta.

—Si en la antigüedad hubieran tenido este pensamiento aun viviríamos en las cavernas —Martín había echado a andar de nuevo y yo me limité a seguirle.

—¿Quién te dice que eso ha cambiado?

—El género humano no te inspira demasiada confianza, ¿verdad? —Me gustó que no hubiera ni un ápice de ironía en sus palabras.

—Si te soy sincera, en los últimos tiempos no he tenido muy buenas experiencias.

—Siempre puede llegar alguien que te sorprenda.

Él caminaba con la vista puesta ya en la arena de la playa. De modo que no pude ver la con claridad la expresión de su rostro. Sin embargo, me pareció intuir por el tono de su voz, que estaba hablando de sí mismo. Una parte de mí se emocionó cuando escuché aquellas palabras. Me gustó la seguridad que mostraba y la sensibilidad que había dejado entrever con la conversación que estábamos manteniendo. Al mismo tiempo, mi lado más oscuro, no hacía más que recordarme que no me dejara llevar, que con todo lo que tenía que lidiar en mi vida, no debía complicarme la existencia dándole cabida a nadie más. Consideré entonces, que lo más oportuno dado el debate que se estaba produciendo en mi interior, era guardar silencio. Así es que me situé junto a él y también me perdí en la contemplación del azul del mar.

Aunque el invierno ya estaba casi llamando al a puerta, la playa ofrecía una imagen bastante veraniega. Había gente tumbada sobre la arena leyendo (extranjeros en su mayoría), niños jugando a la pelota y numerosos grupos jóvenes disfrutando del placer de poder estar al aire libre. Miré a mi derecha y comprobé con sorpresa que algunos de los chiringuitos seguían abiertos. Tomé nota mental de aquello. Era más que probable que regresara con Marc al día siguiente si el tiempo continuaba soleado. El viento de levante que soplaba con suavidad sobre nuestros rostros, lo hacía con algo más de fuerza mar adentro favoreciendo que las embarcaciones se movieran con bastante

velocidad. A escasos metros de donde nos encontrábamos había una pandilla de adolescentes practicando *paddle surf*. A nuestra izquierda y enfundados en neopreno hasta el cuello, un par de chicas trataban de coger cuantas olas pudieran sobre sus tablas de *surf*. Observar tanta vida a mi alrededor hizo que me sintiera un poco más optimista. Tanto que incluso empecé a arrepentirme un poco de la imagen que le había ofrecido a Martín con la conversación que acabábamos de mantener. Respiré hondo dejando que la brisa llenara mis pulmones y alejar así parte del mal rollo que llevaba.

—¿Te apetece una cerveza? —dijo él señalando en dirección al mismo chiringuito en el que me había fijado antes.

—Claro. Aunque igual con este fresquete lo que pido es un chocolate bien caliente —respondí con una sonrisa.

—Si quieres podemos ir a algún sitio más cerrado.

—Entonces nos perderíamos las vistas —añadí volviendo a contemplar el mar apenas un instante—. Este me parece perfecto.

Recorrimos en silencio los escasos metros que nos separaban de aquella terraza. En cuanto llegamos él se adelantó y fue a buscar la única mesa que quedaba junto a la estufa. Luego apoyó las manos sobre el respaldo y me miró con una sonrisa triunfal. Había que reconocer que era un hombre no ya de recursos, sino alguien que se preocupaba de hacer sentir bien a quien estuviera en su compañía.

—Gracias —dije en cuanto llegué—. Tampoco es que esté nevando, pero es mejor que sigamos manteniendo el cuerpo a una temperatura... humana.

—Hay muchos métodos para conseguir eso —su voz sonó un punto más grave de lo habitual y yo lo miré sin disimulo en un intento de adivinar si había sido una respuesta natural o una bastante cargada de intención.

—Seguro que sí —añadí cuando me convencí de que su comentario había sido casual— pero por ahora me conformaré con el que nos ofrecen aquí.

Se sentó frente a mí. De espaldas al mar. Luego se me quedó mirando con una sonrisa dibujada en el rostro y un brillo en sus ojos que no supe cómo debía interpretar.

—¿Cerveza? ¿Vino? ¿Vodka? —dijo sin apenas parpadear.

—Vaya... Un hombre que quiere emborracharme —respondí empezando a sentirme algo más relajada de lo que lo había estado hasta entonces.

—¿Lo necesito? —murmuró él con sorna.

—Eso depende...

—¿De qué?

—Del lugar en el que quieras almorzar después —en cuanto terminé de pronunciar aquellas palabras me sentí morir. No ya por lo que acababa de decir, sino por el modo en el que había sonado. Tenía la impresión de haberle invitado a algo que ni siquiera yo misma sabía que quería.

—Cualquier chino está bien —dijo Martín sin inmutarse y dejándome con la duda de si el doble sentido que adquirirían las palabras con él formaba parte de una estrategia o era algo natural—. Por el momento creo que deberíamos concentrarnos en el aperitivo. El resto ya vendrá.

Mientras consideraba si responder o no a su última frase noté cómo me ruborizaba. Lo tenía bien merecido por haberme metido en aquel jardín. Cuando era más joven había sido muy aficionada al juego de la retórica, las metáforas y la manipulación del lenguaje. Pero en los últimos tiempos trataba de evitar las situaciones comprometidas a toda costa. Sin embargo, allí estaba yo comportándome como antaño con un hombre que me atraía y me desconcertaba a partes iguales.

Un camarero bastante atractivo se acercó hasta nosotros. Después de meditarlo, al final opté por una copa de vino blanco. Necesitaba una bebida no demasiado fuerte y que me hiciera entrar en calor. Martín pidió una cerveza y enseguida volvió a posar sus ojos en mí.

—No hagas eso —murmuré y siendo consciente de que tenía las mejillas encendidas—. Me pone nerviosa.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero nunca me ha gustado demasiado que me miren tan fijamente.

—¿Te da miedo? —Estaba claro que tenía una habilidad especial para hurgar en mi interior y acceder a emociones que yo había decidido enterrar mucho tiempo atrás.

—No, aunque prefiero ser yo quien muestre las cosas a sentir que me obligan a hacerlo —dije con más frialdad de la que pretendía en realidad.

—¿Eso crees que hago?

—Si —respondí con cierta timidez. Hacía tiempo que no me sentía cómoda hablando de mis emociones. En especial, desde que todo el mundo a mi alrededor parecía tener una especie de obsesión por psicoanalizarme a la primera de cambio.

—Pues te pido que me disculpes. No pretendo que hagas o que te comportes de un modo concreto. Es cierto que me gustaría conocerte más, pero no es mi intención incomodarte —dijo y luego desvió la vista en dirección a la playa.

—Tampoco quiero que me ignores —añadí con una sonrisa sincera—. Es solo que ni me gusta ni estoy acostumbrada a ser el centro de atención.

—Pues deberías... No puedo imaginar que haya alguien que desee mirar a otra parte —en cuanto pronunció aquellas palabras pude percibir cierta confusión en sus ojos. Por un segundo me dio la impresión de que no tenía la certeza de haber dicho esa frase en voz alta. Decidí obviarla y, de paso, tratar de controlar la respiración que se me había acelerado. Por suerte para ambos, el camarero regresó con las bebidas. Nos concentramos en ellas y se distendió un poco el ambiente.

—¿Qué harás en vacaciones? —No era una pregunta muy original, pero sí el modo de seguir conversando sin meterme en berenjenales.

—Supongo que lo de cada año. Iré a visitar a mis padres, me atiborraré a comida, aguantaré a mis cuñados y antes de que acabe diciembre me arrepentiré de no haberme quedado solo en casa rodeado tan solo por los libros y el silencio.

—¡Qué melodramático! —dije sin poder controlar la risa.

—Cada Navidad me digo que es la última que paso rodeado de gente a la que no me apetece mucho ver. Y sin embargo...

—Siempre regresas —añadí comprendiendo a la perfección cómo se sentía—. Debemos tener algún gen masoca. Llevo años queriendo pasar esos días tranquila en mi piso, pero mi familia dice que ese es un plan de lo más deprimente. Además, está Marc. No creo que sea bueno para él. De modo que

me tengo que colgar la sonrisa y aparentar que me vuelve loca el turrón, el cava y las partidas de bingo familiar.

—Bueno tu hijo tiene ya una edad. Creo que no le costaría comprender que te apeteciera otra cosa para celebrar esas fechas.

—Supongo... pero ya sabes cómo somos las madres. Nos pasamos la vida pensando en lo que consideramos que es mejor para nuestras criaturas, aunque eso conlleve fastidiarnos hasta extremos insospechados.

—Tal vez este año se lo puedas plantear —dijo justo antes de acercar la copa de cerveza a sus labios y apurarla casi de un trago.

—Estamos atravesando una situación complicada —no quería ser grosera con él, pero si había un tema del que no me apetecía hablar en aquel momento, era ese. Con Toni dando por saco, mi hijo empezando a enseñar las uñas de la adolescencia y yo bastante agotada, no me cabía la menor duda de que las fiestas iban a ser de todo menos tranquilas—. Al año que viene quizás.

—Igual me voy a meter en lo que no me importa, pero Victoria... ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

«¡Joder con Martín!» pensé mientras trataba de no atragantarme con el vino. Empezaba a asustarme un poco el hecho de ser tan transparente para él. Yo que siempre me había caracterizado por mi frialdad y la cara póker cuando me interesaba. Ahora resultaba que el primer desconocido al que le prestaba algo de atención podía leerme como a un libro abierto.

—Todo... Nada. Estoy pasando por una etapa difícil y, aunque me esfuerzo por aparentar cierta normalidad, mucho me temo que no lo estoy consiguiendo —sabía que podía ofrecerle muchas respuestas, pero opté por la verdad. Si de algo estaba cansada, era de tener que ir solucionando los problemas que ocasionaba no ser del todo sincera, todo lo que suponía dejar fuera una parte de mí.

—Si puedo ayudar...

Supe que era sincero incluso antes de mirarle a los ojos. Pero al hacerlo noté una sacudida por todo mi cuerpo. La sensación fue intensa, tanto que cada centímetro de mi piel se erizó y el corazón se aceleró de nuevo.

—Martín... —susurré mientras intentaba buscar las palabras adecuadas, las que le explicaran sin herirle, el mar de dudas en el que me encontraba—.

Estoy en un momento de mi vida en el que suceden tantas cosas que no sé cómo afrontarlas. Quiero pensar que todas tienen solución, pero ahora mismo soy incapaz de encontrarla. No sin hacerme daño en el proceso.

—Entiendo —respondió sin dejar de observarme—. A veces nos empeñamos en quererlo hacer todo nosotros. Pensamos que, como los problemas nos pertenecen, debemos encontrarles la solución solos. Sin embargo, no hay debilidad alguna en compartir. En mostrar que eres tan frágil como el resto.

—Si, pero cuanto más muestres, mayores serán las puertas que abras para que te hagan daño —dije poniéndole palabras por primera vez a las emociones encontradas que se agolpaban en mi interior.

—También podrás dejar entrar a quienes deseen ayudar... —murmuró y me dio la sensación de que se refería más a él que a mí.

«¿De dónde ha salido este tío?» fue la primera pregunta que acudió a mi mente cuando recuperé la capacidad para pensar con cierta claridad. Lo siguiente que visualicé fue a Martín a lomos de un caballo blanco ataviado con su resplandeciente armadura. Aquello debía de ser un síntoma inequívoco de que estaba empezando a perder la cabeza. En cuanto me pude apartar esa visión, traté de centrarme en lo que me acababa de decir. Estaba tan acostumbrada a que me decepcionaran que daba por hecho que siempre sería así. Hacía tanto que me había convencido de que ya nadie merecía una oportunidad, que pasaba de puntillas sobre cualquier emoción. Estaba tan segura de que la mentira, la maldad y el desencanto lo llenaban todo, que había olvidado cómo era afrontar la realidad con la mirada desprovista de prejuicios, rencores y miedos. Y allí, sentada frente a aquel mar, el mío, comprendí que hacía tiempo que me había perdido.

—Martín yo... —fue todo lo que pude responder. Me sentía tan abrumada y desbordada por la verdad que acababa de descubrir que, a duras penas, podía mantener cierta calma.

—Lo siento, Victoria —dijo él al tiempo que se levantaba de la silla que había ocupado hasta entonces para sentarse en la que había vacía junto a mí—. Lamento si he ido demasiado lejos. A veces no soy capaz de callar a tiempo cuando siento algo con tanta fuerza como esto.

—¿A qué te refieres? —dije sintiéndome un poco confusa.

—Jorge siempre me ha hablado mucho de ti y, desde que te conocí en tu fiesta de cumpleaños, no puedo dejar de pensar en que hay algo en tu vida que se me escapa. Sé que eres una mujer fuerte. No porque nuestro amigo se haya cansado de repetirlo hasta la saciedad, sino por el modo en el que te expresas y en el que intuyo que te enfrentas a las cosas. Por eso no logro comprender con exactitud qué es lo que te está provocando ese estado de... miedo — Martín pronunció estas últimas palabras en apenas un susurro. Quizás por prudencia o tal vez por el temor a ir demasiado lejos conmigo. Al fin y al cabo, éramos casi unos desconocidos.

—Ya te lo he dicho. No estoy en mi mejor momento —me limité a responder con toda la tranquilidad con la que fui capaz—. Sin embargo, no entiendo por qué te preocupan tanto mis sentimientos y emociones.

—Te seré sincero. Estoy en situación de poder afirmar que estoy tranquilo y feliz. Y lo soy en el sentido de que trabajo en lo que me gusta. A pesar de los malos momentos y de que, en ocasiones, tengo la sensación de que estamos echando a perder a una generación entera de jóvenes talentos. Cuento con amigos para salir, una casa y una economía que me permite darme ciertos caprichos.

—Eres afortunado —respondí con sinceridad.

—En muchos aspectos así me siento.

—Pero...

—Victoria —dijo volviendo a mirarme de aquel modo que hacía que sintiera como si pudiera atravesarme el alma —podría quedarme como estoy el resto de mi vida. Sin sobresaltos, sin emociones y satisfaciendo mis necesidades cuando me apeteciera —añadió mientras suavizaba el tono de su voz—. Sin embargo, hay algo que cada mañana me recuerda que me estoy perdiendo una parte importante de la vida. Y no sé si quiero seguir sin descubrir lo que es.

—Te refieres al amor —no le estaba haciendo una pregunta. Era simplemente la confirmación de que lo que, una parte de él anhelaba, muy probablemente tuviera que ver con eso. Con aquel sentimiento en mayúsculas al que, por razones que yo desconocía en ese momento, él también había renunciado.

—Sé que eso supondrá volver a complicarme la vida y, estoy en un

momento, en el que quizás empiece a apetecerme.

—Pero...

—No hay ninguna objeción. Solo me pregunto si valdrá la pena el esfuerzo.

—Ay amigo. ¡Ojalá lo supiera! —dije con una sinceridad arrolladora—. Si la respuesta fuera tan sencilla creo que ni tú ni yo estaríamos en el punto en el que nos encontramos. ¿Me equivoco?

—No —respondió con una enorme sonrisa que acentuó el brillo de sus ojos—. ¿Tú estás dispuesta a darle a una oportunidad al amor?

No me esperaba una pregunta tan directa como aquella. Además, tampoco estaba segura de si la estaba formulando en general o si, por el contrario, se estaba refiriendo a la posibilidad de que surgiera algo entre nosotros. En aquel momento sentí que me costaba respirar y que empezaban a deslizarse por mi espalda pequeñas gotas de sudor. Pero, al mismo tiempo, la sensación de frío también se intensificó. ¿Desde cuándo hablar de mis emociones me causaba todo tipo de males? Y la pregunta que más me rondaba por la mente. ¿Por qué le contaba mis intimidades a un casi desconocido? Durante los siguientes minutos guardé silencio. Necesitaba encontrar las respuestas y, al mismo tiempo, meditar las palabras que iba a pronunciar. Martín me parecía un hombre muy interesante, inteligente, culto y que había demostrado también tener bastante sentido del humor. A ello había que añadir, sin duda alguna, su enorme atractivo. Cuando me lo presentó Jorge me había costado creer que alguien así aún estuviera soltero. Él mismo me acaba de exponer algunas de las razones, aunque sabía que sería necesario profundizar más para llegar a los verdaderos motivos. Al final me armé de valor y respondí con total sinceridad.

—Hace mucho que dejé de creer en el amor —vi cómo sus ojos se oscurecían

—¿Por qué? —se limitó a responder sin poder ocultar cierta decepción.

—La vida me ha convertido en una cínica de mucho cuidado. Las decepciones han provocado que me fabrique una coraza tan fuerte que dudo mucho que alguien la pueda atravesar. Ni siquiera sé si yo misma sería capaz de escalar y vencer el muro de hormigón que he levantado alrededor del lugar que residen mis sentimientos.

—Y sin embargo los tienes —dijo con una sonrisa triste dibujada en los labios.

—¡Por supuesto! De lo contrario no sería humana. Pero, eso no quiere decir que esté dispuesta a expresarlos, vivirlos o compartirlos.

—Sin embargo, eres madre...

—Sí, aunque estoy segura de que sabrás que ese es ya otro tipo de amor —respondí con la extraña sensación de estar haciéndole daño. Y no me gustaba.

—Claro...

Volvimos a sumirnos en uno de nuestros silencios extrañamente cómodos. Fue Martín el primero en volver a hablar.

—¿A veces no tienes la sensación de estar perdiéndote algo?

—Sí —respondí con sinceridad—. ¿Y tú?

—También.

—Te gustaría averiguar qué es eso que se supone que te estás perdiendo... —dije en un intento por aclarar si seguía hablando en general o si, por el contrario, había pasado ya a lo particular.

—No me gusta forzar las cosas, pero sí. Hay momentos en los que me digo que ya está bien de no compartir el secreto o la felicidad de la que muchas personas a mi alrededor parecen disfrutar.

—Así es que estás dispuesto a enamorarte —afirmé no tanto para que él respondiera, sino para tomar conciencia de cuál era la situación a la que me enfrentaba.

—Con la mujer adecuada, sí.

A continuación, me miró a los ojos y lo que vi en ellos me conmovió y asustó a partes iguales. A pesar del temor que sentía era consciente de que, de una afirmación como aquella, no podía quedarme callada.

—Deseo de corazón que la encuentres —dije completamente consciente de que debía aplicarme el deseo también.

—Y yo —murmuró sin dejar de mirarme.

Mientras nuestras miradas continuaban entrelazadas regresó el silencio.

Pude volver a sentir cómo me atravesaba y supe que podría llegar a leerme el alma si se lo permitía. Sin embargo, también volví a sentir el pánico y el terror; la decepción y la rabia; el agotamiento y la frustración tras una relación acabada. Cerré los ojos y respiré hondo con la esperanza de que, cuando volviera a abrirlos, todos mis temores hubieran desaparecido. No lo hicieron, aunque lo que encontré en los ojos de Martín iluminó un poco mi alma. Al contrario de lo que había creído durante tantos años, no todo estaba perdido. En las pocas horas que llevaba a su lado había aclarado más dudas que en casi una década. Quizás la solución para todo aquello consistiera en dejar pasar el tiempo y en trabajar en cada aspecto en el que me habían dañado. Desconocía si lo haríamos juntos o por separado. Sin embargo, aquella mañana en la playa descubrí que había dejado atrás a una mujer confusa y asustada. Seguía teniendo mis temores sí, pero al menos ya sabía a qué me enfrentaba.

## ~ CAPÍTULO 11 ~

Aquella conversación provocó que la conexión y la confianza entre nosotros aumentara. Él demostró ser un excelente conversador, además de una persona muy intuitiva y, una vez puestos sobre la mesa nuestros temores, se interesó tanto por mi trabajo como por la vida que llevaba con Marc. Traté de hablarle de mi hijo con objetividad, aunque hubo momentos en los que me dejé llevar por la relación tan especial que existía entre ambos. Martín se rio con algunas de las ocurrencias del niño y, en más de una ocasión, manifestó cómo y cuánto le gustaba interactuar con los adolescentes. Me explicó que nunca había sentido la necesidad de ser padre, pero confesó entre risas, que le fascinaba incitar a sus sobrinos a la hora de realizar travesuras durante las vacaciones. Mientras hablaba de su familia pude sentir la adoración que sentía por ellos y cómo, a pesar de la imagen de hombre cosmopolita y despreocupado que proyectaba, podía ser también alguien extremadamente hogareño.

Cuando terminamos las bebidas él insistió en hacerse cargo de la cuenta. Luego propuso un paseo por la orilla del mar. La brisa que nos había acompañado durante la mañana había cesado y era muy agradable sentir cómo el sol calentaba la piel. Mientras caminábamos seguimos conversando sobre las cosas que nos gustaban, las novelas habían marcado nuestra niñez y descubrimos que teníamos autores y cantantes favoritos en común. Aquel fue un detalle que me sorprendió y me hizo sonreír. Hasta aquel momento no había conocido nunca a fans masculinos de según qué intérpretes femeninas. Me sentía tan a gusto en su compañía que, de no ser porque vi la hora en una de las zonas de servicio de la playa, se me hubiera olvidado hasta comer. Disponía del tiempo justo para almorzar con Martín y regresar a casa antes de mi hijo regresara de su día de viciada máxima a la *play*.

—¿Te apetece almorzar? Conozco un tailandés muy bueno que no está lejos de aquí —dije con naturalidad.

—¿Estás libre entonces? —respondió como si hubiera dado por hecho que solo había quedado con él para tomar el aperitivo.

—Aún me quedan unas horas, si —añadí sin poder dejar de sonreír.

—Vayamos a ese sitio entonces. La verdad es que me muero de hambre —dijo devolviéndome la sonrisa.

Abandonamos con cierta pena la orilla. Durante nuestro breve paseo y también por el modo en el que había actuado cuando nos encontramos, me di cuenta de que amaba el mar casi tanto como yo y ese detalle me gustó. Por lo general, los hombres que había conocido a lo largo de mi vida no compartían mi pasión. Como tampoco sabían disfrutar del hecho de poder pasar un día entero tumbado en la arena leyendo y disfrutando del sol. Mientras nos adentrábamos por las calles más estrechas de la Barceloneta me pregunté cómo sería un día de verano a su lado. Y mi sonrisa se agrandó un poco más. Pero me duró poco. Enseguida mi lado racional decidió ponerme los pies en la cruda realidad. Él y yo no éramos absolutamente nada. Estábamos en el mes de diciembre y quién sabía qué sería de nosotros dentro de seis meses. Martín me estaba contando algunas anécdotas relacionadas con sus alumnos de la facultad cuando llegamos al restaurante. Tuvimos suerte y encontramos una mesa para dos en la terraza junto a la estufa. Sin duda, los astros se habían alineado.

El camarero nos trajo la carta y dejé que él se encargara de pedir. Yo sentía absoluta fascinación por la comida asiática en general. De modo que no había nada que pudiera pedir que no fuera a devorar con auténtica pasión. Mientras él leía los platos en voz alta, yo me entretuve mirando a nuestro alrededor. El restaurante estaba lleno de parejas de nuestra edad. Algunas solas. Otras con sus hijos. Había también dos grupos de turistas no demasiado numerosos que estaban dando buena cuenta a varias jarras de sangría. Por un momento sentí que pertenecía a aquel lugar. Durante un instante volví a tener la sensación de que encajaba.

—¿En qué estás pensando? —dijo Martín que debía de llevar observándome en silencio un buen rato sin que yo me percatara de ello.

—En nada. Solo miraba a la gente —respondí sin ser capaz de sostenerle la mirada.

—Ahora me mientes... —añadió con un tono de voz entre dulce y divertido.

—¿Has sentido alguna vez que apenas encajas en ninguna parte? —dije con la esperanza de que no pensara que estaba loca.

—Si —respondió para mi total sorpresa.

—Pues acabo de darme cuenta de que aquí y ahora todo está en orden.

Martín miró a su alrededor. Yo permanecí en silencio todavía con el temor a estar dándole una imagen equivocada de mí. Ya había sido raro abrirme a él como lo había hecho en la playa. No quería que las cosas se estropearan por no ser capaz de controlar las sensaciones que me provocaba estar a su lado.

—¿Cuántos hijos quieres tener? —dijo con el semblante muy serio.

—¿Perdón?

—¿Tres, cuatro? —añadió, aunque esta vez con una sonrisa pícaro en los labios—. Creo que con cinco serán suficientes, ¿tú qué opinas?

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Yo preocupada por no dar una imagen equivocada y ahora resultaba que quien estaba loco de atar era él. Sentí que la sangre abandonaba mi rostro. Incluso hubiera jurado que el corazón me dejó de latir. Entonces Martín dejó escapar una sonora carcajada que provocó que el resto de los comensales se fijara en nosotros. Lejos de incomodarlos por el modo en el que se estaba riendo, todos parecieron disfrutar con su muestra de entusiasmo. Yo también me contagié y, unos segundos después, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por controlar la respiración y el dolor de estómago que me provocaba la risa.

—¡Esta me la pagas! —dije en cuanto fui capaz de articular palabra—. Por un momento has conseguido que creyera que habías perdido la cabeza.

—Tendrías que haberte visto la cara. ¡Nunca había contemplado la imagen de una mujer tan asustada! —Empezó a reír de nuevo y yo lo miré fascinada. No solo por lo guapo que estaba, sino por la naturalidad y la frescura que era capaz de darle a todo lo que decía.

—No es para menos —añadí dejándome arrastrar por la energía positiva que desprendía—. Casi me convences de volver a parir cuando hace doce años me juré que nunca más volvería a hacerlo.

—¿Tan malo fue? —dijo mientras se serenaba un poco.

—¿El parto? No. La verdad es que todo fue muy rápido y, me atrevería a asegurar que, hasta sencillo.

—¿Entonces?

—Los hijos no hay solo que parirlos. Eso es lo fácil. Luego está lo que viene después.

—Me hago una idea...

—A lo mejor soy una mujer terrible y egoísta. Pero siempre he creído que si traes una vida al mundo es para darle lo mejor y para convertir a ese ser en la mejor persona posible. Llámame débil —añadí con una sonrisa sincera— pero yo solo me sentía capaz de llevar a cabo una labor tan dura como esa con un solo individuo. Por eso solo he tenido uno.

—Visto así tiene su lógica —Martín parecía estar analizando palabra por palabra lo que le acababa de decir—. ¿Entonces qué opinas de las mujeres que tienen muchos hijos? ¿Crees que no desean que todos ellos sean la mejor versión de sí mismos?

—Imagino que sí. Tal vez ellas tengan algo que yo no poseo. O quizás estén dispuestas a hacer más concesiones con su vida que yo.

—Luego no es todo cuestión de la vida que traes al mundo.

Tenía la capacidad de pensar muy rápido y de darle la vuelta a las cosas por el puro placer de debatir. Esa cualidad que estaba descubriendo en él me gustaba y me molestaba a partes iguales. Por un lado, me fascinaba su capacidad de analizar las cosas y de querer profundizar en ellas. Era algo en lo que ambos coincidíamos. Por otro, era consciente de que lo que tanto me gustaba podía acabar sacándome de mis casillas cuando tuviera un mal día o cuando hubiera un tema sobre el que no me interesara discutir.

—No. También hay una parte de no querer renunciar a tu propia existencia.

—Te refieres a...

—No dejar de ser mujer por el hecho de convertirme en madre —dije con rotundidad—. Durante generaciones, siglos diría yo, se nos ha educado para estar en casa y cuidar de los hijos. Sacrificar gran parte de nuestra juventud y existencia por el bien de los más pequeños. Creo que, a estas alturas de la historia y de la evolución, somos perfectamente capaces de hacernos cargo de nuestras criaturas sin tener que dejar de lado quiénes somos y lo que nos gusta hacer.

—¿Crees que se puede tener todo? —Estaba claro que era duro de pelar. Pero yo también era muy cabezona cuando defendía argumentos en los que

creía firmemente.

—No. Nadie consigue el cien por cien de algo. Eso sería la perfección y, como bien sabes, ese es un concepto más divino que humano. Sin embargo, sí se puede alcanzar el noventa y nueve por ciento —sentencié con una enorme sonrisa de triunfo dibujada en los labios.

—¿Y lo has logrado?

—Estoy en ello —afirmé con más seguridad de la que sentía en realidad.

—¿Nunca has dudado a la hora de actuar o de decidir cómo vivir?

—¡Por supuesto! Criar a un hijo sola y además teniendo que salir a trabajar fuera de casa no es una labor sencilla. Cuando los niños son pequeños apenas tienes tiempo ni para pensar y te instalas en una especie de modo automático del que solo sales durante los fines de semana cuando no hay que madrugar. Luego crecen y empiezan a ser más autónomos. Pero entonces llegan otros problemas como los de querer imponer su voluntad, exigir más libertad, cuestionar el modo en el que los has educado... En resumen —añadí con toda la solemnidad de la que fui capaz —por muy bien que creas estar haciendo las cosas solo sabrás si acertaste en algo cuando ya no haya tiempo para arreglarlo.

—Muy esperanzador —dijo Martín con cierta sorna.

—Desde luego —respondí devolviéndole la sonrisa.

—¿Repetirías la experiencia?

—No —respondí con rotundidad—. Estoy muy satisfecha con el hijo que tengo y, ni por un momento, me arrepiento de haber tomado en su día la decisión de ser madre, pero no entra en mis planes volver a hacer un sacrificio como ese. A lo mejor parezco una persona horrible. Sin embargo, tengo que vivir con mis principios y creencias. No con los del resto.

—Me parece que no eres egoísta. Sino más bien que tienes las cosas claras —dijo mientras observaba cómo nos servían el vino que habíamos pedido para el almuerzo—. Vivimos en una sociedad demasiado acostumbrada aun a que las personas cumplan determinadas expectativas y normas. Nos llenamos la boca a la hora de defender la libertad y luego somos los primeros que no respetamos la de las personas que tenemos al lado.

—Da la impresión de que a ti también te han machacado con el tema de la paternidad.

—¡No te haces una idea! Bueno... si —añadió en cuanto se dio cuenta de todo lo que le acababa de explicar—. Parece que, si tienes pareja estable, pasas de los treinta y cinco y no tienes familia, es que algo va mal. Los primeros que empiezan con el tema son los padres. Luego se suma el resto.

—Es un infierno, sí —dije sonriendo al recordar el tostón que me habían dado tanto mi suegra como mi madre durante bastantes años con el rollo de que el bebé no llegaba. Por supuesto, también me acordé de Marta y lo mal que lo estaba pasando por querer ser fiel a una decisión que había adoptado en el pasado—. Pero al final lo que cuenta es cómo quieras manejar tu vida y, si tienes la suerte de tener una pareja al lado que comparta esa misma filosofía, lo que digan los demás te tiene que resbalar.

—¿Se puede vivir de verdad siendo inmune a lo que opinen las personas sobre ti?

—Depende —me limité a responder, no como evasiva, sino porque no era una pregunta que tuviera una única respuesta.

—¿De qué?

—De la edad, del carácter que tengas, de lo fuertes que sean tus convicciones —dije justo antes de llevarme la copa de vino a los labios y dar un pequeño sorbo—. Cuando era más joven, siempre tenía en cuenta las opiniones de mi familia, los amigos y aquellas personas en las que confiaba. Ahora intento trabajar para que me importen algo menos, aunque no estoy teniendo demasiado éxito. Trato de pensar cada día un poco menos en lo que piensen los demás y ojalá pueda llegar al día en el que me dé igual. Realmente me gustaría saber lo que se siente sin ese tipo de presión.

—No debe ser fácil lograrlo —respondió con tanta sinceridad que consiguió entermecerme.

—Cuando algo tiene la apariencia de sencillo es porque se ha trabajado hasta la saciedad en ello —respondí mirándole directamente a los ojos—. La frase no es mía, aunque sí es muy cierta.

—¿Y no se siente mucha soledad viviendo de esa forma?

—Sí —dije con la misma franqueza con la que él había formulado la

pregunta.

Durante los siguientes minutos ninguno de los dos dijo nada. Ambos empezábamos a ser conscientes del modo en el que estábamos desnudando nuestras almas. Daba igual que lo disfrazáramos con aquel juego de preguntas y respuestas porque, con cada una de ellas, alguna parte de nosotros, por minúscula que fuera, quedaba expuesta.

De nuevo Martín fue el primero en hablar y cambiar el rumbo de la conversación. Escogió un tema en el que ya nos habíamos dado cuenta de que coincidíamos durante la fiesta de mi cumpleaños. Los dos éramos fans de casi las mismas series de televisión. Teniendo en cuenta que Jorge y Marta siempre me echaban en cara los gustos tan raros que tenía a la hora de elegir qué ver en Netflix o HBO, era toda una suerte encontrar a alguien con quien poder comentar tramas, diálogos y alabar a algunos de los actores que ambos admirábamos. El resto del almuerzo transcurrió casi en un suspiro y con un ambiente tan familiar que, cuando salimos a la calle dispuestos a disfrutar de un buen café antes de regresar a casa, tenía la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Me sentía a gusto, cómoda y relajada, pero en mi mente la luz de alerta seguía encendida. Durante unos segundos me enfadé conmigo misma. No entendía por qué no era capaz simplemente de disfrutar el momento. Cuál era la razón por la que estaba continuamente pensando qué era lo que iba a salir mal. No estaba dispuesta a que un pensamiento como aquel me arruinara el resto del día. De modo que decidí dejarlo de lado hasta que llegara a casa. Ya tendría tiempo de analizarlo cuando estuviera sola en mi habitación en plena madrugada.

Salimos del restaurante uno al lado del otro y, ya en la calle, echamos a andar de nuevo en dirección al paseo marítimo. La brisa había regresado y era más fresca que durante la mañana. El sol todavía brillaba, pero empezaba a caer la tarde. Debí de temblar. Tal vez me froté los brazos con las manos. No lo sé. Lo que sí recuerdo es que Martín alargó la mano y, con un gesto rápido y sensual, acercó mi cuerpo al suyo. Fue algo tan espontáneo por su parte e inesperado por la mía, que ni siquiera pude reaccionar. Mientras caminábamos pude sentir a la perfección el calor que desprendía su cuerpo y también el olor a jabón de su piel. Intenté identificar sin éxito el aroma que desprendía. Estar tan cerca de él, junto con las emociones que se despertaron en mi interior, era demasiado para mí. ¿Cuánto tiempo hacía que no compartía con un hombre un gesto como aquel? No tuve que pensar demasiado. Conocía la respuesta a la

perfección. Toni había sido el último y, desde entonces, había llovido mucho. Un escalofrío volvió a recorrer todo mi cuerpo y Martín se detuvo, inclinó la cabeza ligeramente y se me quedó mirando.

—¿Va todo bien? —dijo con una preocupación que me conmovió.

—Sí... Es solo que me ha entrado algo de frío al salir del restaurante.

Sí, mentí. Porque no estaba preparada para afrontar la verdad. No podía explicarle todo lo que estaba pasando por mi mente. Temía que, si le contaba que mis relaciones con personas del sexo opuesto habían sido prácticamente inexistentes durante los últimos años, echara a correr.

—Victoria... ¿He hecho algo que te ha incomodado? —dijo al tiempo desviaba la mirada para posarla en la mano que había colocado justo encima de mi hombro.

—No —respondí con sinceridad—. Es solo que... —¡Joder, era tan difícil encontrar las palabras!

—Cuando estoy a gusto con alguien me dejo llevar y, en ocasiones, acabo haciendo o diciendo algo que no debería —empezó a decir a modo de disculpa—. Es obvio que me siento bien a tu lado.

—Martín... —Necesitaba que dejara de disculparse cuando no había hecho nada.

—A veces me puede el ímpetu, las ganas... Pero es que, Victoria, hacía mucho tiempo que no sentía que encajaba así con alguien.

—Me pasa lo mismo —respondí antes de poder pensar incluso las palabras que acababa de pronunciar—. Pero todo es muy complicado ahora —añadí en cuanto tomé conciencia de lo que había dicho.

—Entiendo...

—No creo que lo comprendas —dije con dulzura—. En este momento tengo la sensación de que no controlo ningún aspecto de mi vida. En el trabajo las cosas no están muy bien, en mi casa tampoco y apareces tú...

No pude seguir hablando. Él dejó caer con suavidad su dedo índice sobre mis labios impidiendo de ese modo que pudiera decir nada más. Luego volvió a mirarme de aquel modo que yo ya consideraba mío y tuve la sensación de perder el mundo de vista. En mi interior seguían bullendo un montón de

pensamientos contradictorios. Mi hijo, mi ex, los desengaños, el dolor, la necesidad, la libertad... el amor. Parpadeé un par de veces con la intención de alejar todo aquello y poder disfrutar simplemente del presente. Él seguía allí, aunque algo más cerca. Tanto que podía sentir su tibio aliento sobre mis mejillas. Mi cuerpo se estremeció con una mezcla de deseo y temor. ¿Por qué me pasaba aquello? ¿Qué era lo que me impedía poder vivir sin problemas un instante tan especial como aquel? Al fin y al cabo, Martín y yo solo habíamos compartido almuerzo y buena conversación. Tampoco me iba a proponer que me casara con él ni sexo salvaje hasta el amanecer. Pero allí estaba yo sin saber cómo actuar y sintiéndome como una auténtica imbécil.

—Creo que será mejor que nos despedamos aquí —dijo con seriedad.

—¿Perdón? —Acababa de quedarme helada con su reacción.

—Sí... Tengo la sensación de que he estropeado algo y eso es lo último que deseaba.

—No has sido tú, de verdad —respondí casi al borde de las lágrimas. Me sentía como una auténtica gilipollas.

—Por si acaso... —dijo al tiempo que acariciaba ligeramente mi mejilla con el pulgar.

—Como quieras.

Me quedé inmóvil en medio del paseo sin saber bien cómo actuar. ¿Le daba un beso de despedida? ¿Alargaba mi mano hasta coger la suya y le pedía que no me dejara allí? ¿Le explicaba que lo último que me apetecía era regresar a casa y tener que seguir con mi vida? No tuve tiempo de hacer nada porque, una vez más, se me adelantó. Con un simple paso acabó con la escasa distancia que nos separaba, colocó las manos alrededor de mi cintura, me atrajo hacia él y me besó. En cuanto mi boca entró en contacto con la suya dejé de pensar. No hubo dudas, ni preguntas, ni reproches. Solo mis labios, los suyos y la humedad de nuestras lenguas que se enredaron en un juego imposible. El olor de su piel despertó mis sentidos y, cuando se separó de mí con la misma rapidez con la que se había acercado, tuve que hacer un esfuerzo enorme para mantener el equilibrio.

—Dime algo cuando llegues a casa —dijo mientras una de sus manos rozaba la mía.

—Lo haré —fue todo lo que conseguí articular.

Martín echó a andar en dirección opuesta a la mía. Yo permanecí inmóvil contemplando cómo se alejaba y con la certeza de que me había comportado como una idiota. En cuanto fui capaz de moverme emprendí el camino de regreso a casa. El sol empezaba a ponerse y el frío de la tarde era una realidad. Mientras atravesaba el Paseo Juan de Borbón en dirección al *Port Vell* no podía dejar de pensar en lo que había pasado. ¿Cómo habíamos llegado a despedirnos de aquel modo? ¿Por qué se había estropeado el fantástico día que estábamos pasando juntos? Y me culpé por lo ocurrido. En cierto modo, me había comportado como una adolescente tonta e indecisa. A saber qué imagen le había dado con tanta pregunta y respuesta sin filtro alguno. También lo responsabilicé a él. ¿Qué clase de tío se despedía así, a la francesa? ¿Acaso esperaba algo más que un simple almuerzo y un café? ¡Hombres!, pensé al tiempo que mi cabreo iba en aumento. Ya hablaría yo con Jorge y le diría qué clase de amigo tarado me había presentado. Sin embargo, cuando llegué a la altura de la estatua de Colón al principio de La Rambla, solo era capaz de pensar en el beso de despedida que me había dado. La forma en la que mi cuerpo había encajado con el suyo y la familiaridad que había sentido entre sus brazos. Casi a punto de llegar ya a casa me embargaba una sensación extraña. Algo que esperaba pudiera solucionar con una taza de café bien cargado, una buena serie y la compañía de Marc a mi lado en el sofá.

—Mamá, ¡qué pronto has llegado! —dijo mi hijo cuando ni siquiera había abierto la puerta del todo.

—Si quieres me vuelvo a ir y te dejo para que puedas seguir haciendo cosas con tu novia —respondí con maldad y una sonrisa tonta en los labios.

—¡Qué asco, por favor!

—Ya verás como no me dices eso dentro de unos años...

—Si empiezas con cosas de madre soplancas, me voy a leer a mi cuarto —dijo muy digno mientras caminaba por el pasillo en dirección a mí.

En cuanto lo tuve a mi alcance lo abracé. Respiré hondo y su aroma a pan recién hecho fue un bálsamo para aliviar tanto la mente como el alma. En aquel momento deseé con todas mis fuerzas que jamás perdiera aquel poder que tenía sobre mí. La capacidad de hacerme sentir a salvo, a pesar de que la adulta fuera yo.

—¿Te apetece una peli de esas de quedarnos fritos hasta las ocho de la tarde? —dije sin apretándolo aún más contra mi cuerpo.

—Si me sigues ahogando moriré —respondió fingiendo que le costaba respirar.

—Eso sería terrible. Donde esté una buena muerte por sobredosis de cine malo que se quiten otros inventos.

Me separé de él, le dejé un beso en la mejilla y fui en dirección a mi dormitorio para cambiarme. Mientras me ponía el uniforme del fin de semana, un chándal rosa con unicornios arcoíris que él me había comprado en Nueva York con el dinero de su hucha unos años atrás), Marc me explicó lo emocionado que estaba por un nuevo juego que había podido probar en casa de Izan.

—Me lo voy a pedir para Reyes. Me lo vas a comprar, ¿verdad?

—Eso dependerá de las notas.

—Pues se lo pediré a papá.

Sé que no respondió con malicia. Que aquellas eran las palabras de cualquier adolescente que se quería asegurar el regalo que tanto deseaba por Navidad. Sin embargo, en cuanto las oí, sentí que algo se revolvía en mi interior. Pero fue necesario que contara hasta cien antes de poder darle una respuesta adulta y calmada.

—Marc, ¿cuántas veces vamos a tener que hablar del mismo tema?

—Es que no entiendo por qué no quieres que me regale cosas —añadió y me dio la impresión de que llevaba tiempo meditando aquellas palabras.

—No es eso y lo sabes. Como también conoces a la perfección las normas que hay en casa. Los regalos se hacen solo por fechas señaladas y siempre dentro de nuestras posibilidades.

—Pero, si él me quiere hacer un regalo, ¿por qué no le dejas?

—Jamás le he prohibido a tu padre que te comprara nada —dije con toda la paciencia de la que fui capaz—. Al contrario. En más de una ocasión me hubiera gustado que participara.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Eso deberías preguntárselo a él.

Mi hijo me miró con sorpresa. Era la primera vez que yo no justificaba el comportamiento de su padre. Y lo había hecho a conciencia. Una de las conclusiones a las que había llegado durante las últimas madrugadas en las que apenas había conseguido conciliar el sueño era precisamente aquella. Dejar de tapar las infinitas ausencias y la falta de interés que Toni había mostrado con Marc durante casi toda su vida. Mientras el niño fue pequeño pensé que lo mejor que podía hacer era no echar más leña al fuego y, si bien no alabar la actitud de mi ex, tratar de quitarle importancia. Tenía la necesidad de que mi hijo tuviera al menos una infancia feliz y que llegara a la adolescencia con una mente equilibrada. Sin embargo, ya tenía edad, y en especial inteligencia, para empezar a comprender la realidad.

Él seguía mirándome sin decir nada. De modo que alargué la mano, la pasé sobre sus hombros y lo atraje hacia mí. Entonces pensé en Martín y en cómo él había hecho exactamente lo mismo apenas una hora antes. Volví a sentir que todo mi cuerpo se estremecía y volví a respirar el aroma de su piel. Me senté en el sofá junto a Marc con una mezcla de tranquilidad y decepción en la boca del estómago. Sin embargo, en cuanto encendí la televisión y conecté HBO, me olvidé de todo.

—¿Nos fumamos la tercera temporada de “Juego de tronos”? —dije mirando de reojo a mi hijo y comprobando cómo se le iluminaba la cara.

—¿En serio? —respondió sin poder controlar su emoción.

—¡Hasta que el cuerpo diga basta!

—Deja el móvil a mano porque esto será perfecto si pedimos para cenar un montón de grasa —añadió con un tono de voz a caballo entre la felicidad y el vicio.

Moví ligeramente una pierna y le mostré el lugar en el que había puesto el teléfono. Él se limitó a sonreír. Luego se me acomodó entre mis brazos y la música de cabecera de la serie empezó a sonar. En aquel momento volví a experimentar una sensación que adoraba. La certeza de que todo lo que me importaba estaba a salvo y al alcance de mi mano.

## ~ CAPÍTULO 12 ~

En cuanto me alejé de Victoria supe que había hecho el más espantoso de los ridículos. No tenía ni idea de por qué me había comportado de aquel modo. Desde el mismo instante en el que la había visto observando el mar, había sentido una conexión especial con ella. Ya durante la noche de la fiesta en la que la había conocido me pareció entrever cierta conexión entre nosotros, aunque no quise darle mayor importancia. No era la primera vez que pensaba haber encontrado a alguien diferente para, pocos días después, encontrarme con más de lo mismo. Hacía tiempo que había renunciado a encontrar el amor, ese del que se habla en las películas y en los libros. Demasiadas decepciones en muy poco tiempo y un recuerdo del pasado que aun ocupaba un lugar especial en mi corazón habían hecho que casi hubiera perdido la esperanza de encontrar a la mujer de mi vida. Así se lo había confesado unos meses atrás a Jorge una noche en la que a los dos se nos había ido la mano con los cubatas y estábamos más susceptibles de lo habitual. De él siempre me había gustado su pragmatismo y la capacidad que tenía para sobreponerse de cualquier decepción. Yo lo atribuía a esa actitud positiva que siempre parecían tener mis amigos homosexuales frente a las relaciones de pareja y al hecho de que fuera uno de los mejores psiquiatras que había conocido. A pesar de que él había vivido una relación muy tormentosa en el pasado y de la que todavía no se había repuesto por completo, envidiaba la capacidad que tenía para salir siempre adelante.

Probablemente en su intento por contagiarme esa esperanza y positividad suya había nombrado a Victoria. Ya lo había hecho con anterioridad, pero de otro modo. Siempre que se refería a ella era por trabajo o aparecía su nombre por casualidad porque habían salido de copas o habían celebrado una de sus fantásticas cenas. Sin embargo, aquella noche de tíos y gin-tonics, el nombre de ella no apareció al azar. Desde el primer instante en el que la mencionó, me di cuenta de que trataba a toda costa que su mejor amiga, una mujer a la que él hubiera amado de forma incondicional de no haber sido gay, pudiera conocer a alguien junto a quien ser feliz. Por esa misma razón mi primera reacción fue la de pararle los pies.

—Ya sabes que no estoy para relaciones. Ahora mismo disfruto de una vida muy tranquila. Voy a la universidad, doy mis clases, asisto a los seminarios, estoy aprendiendo japonés en mis ratos libres y, cuando llego a casa, dedico el tiempo de ocio a enchufarme a HBO o Netflix —dije mientras intentaba que la camarera del pub en el que estábamos nos sirviera dos copas más.

—Victoria dice lo mismo. No quiere ver a un hombre a menos de cincuenta kilómetros de ella. Pero en el fondo sé que no ha cerrado las puertas al amor. Ni tú tampoco —respondió Jorge con su optimismo habitual.

—Bien por ella, pero yo no estoy por la labor de conocer a nadie y mucho menos de plantearme una relación.

—Dime al menos que te pasarás por su fiesta de cumpleaños. Tienes que conocerla. Es una mujer increíble —Jorge estaba en ese punto en el que yo sabía que no iba a aceptar una negativa por respuesta.

—Imagino que querrá celebrarlo con la gente que conoce. No creo que le haga mucha gracia que un tío que no ha visto en su vida se cuele en su fiesta por todo el morro —dije en un último intento por hacerle desistir de su empeño.

—No te vas a colar. Vendrás conmigo y estaré encantado de presentártela. Ya verás cómo, después de conocerla, no podrás dejar de pensar en ella.

Aquellas habían sido las palabras exactas de mi amigo, solo que en aquel momento no sabía lo ciertas que eran. Porque desde el mismo instante en el que la vi y, en especial, desde que intercambié las primeras palabras con ella, así había sido. Tenía algo ciertamente especial. Era muy atractiva, eso era innegable. Sin embargo, no era su físico lo que me había cautivado, sino su inteligencia. El modo en el que conversaba, la rapidez con la que parecía trabajar su mente con el fin de dar la respuesta más inteligente y divertida. Jorge estaba en lo cierto. Llevaba días en los que el santo se me iba al cielo pensando en ella y en cuánto me apetecía volver a verla.

Cuando conseguí una cita para vernos, apenas me lo podía creer. No porque no hubiera dado muchas muestras de estar interesada en mí, que también, sino porque estaba convencido que tendría mil cosas que hacer durante el fin de semana. Me sentí afortunado al saber que podría compartir con ella al menos unas pocas horas. En ningún momento se me pasó por la

cabeza nada que no fuera conversar y disfrutar un rato agradable. No veía a Victoria de un modo sexual y tampoco romántico. Probablemente esa era la razón por la que me había sentido tan cómodo con ella desde el primer momento. Las palabras entre nosotros fluían sin problema, teníamos opiniones similares sobre muchos temas y, en general, parecíamos compartir la necesidad de ser felices. Sin embargo, a medida que habían ido pasando las horas, se había creado entre nosotros una atmósfera de intimidad y complicidad que yo había decidido romper con mi estúpida huida. Ciertamente era que no lo había hecho a propósito, pero aquello poco importaba ya. La realidad era que me había despedido de ella de mala manera y que ahora me sentía como un capullo.

Llegué a casa y, sin apenas quitarme la chaqueta fui a la cocina a prepararme un café bien caliente. El paseo no solo no me había servido para aclarar las ideas, sino que además me había dejado al borde de la congelación. Mientras esperaba a que la *Nespresso* cumpliera con su misión, saqué el teléfono móvil del bolsillo y busqué su número. Sabía que lo más sensato y rápido hubiera sido llamarla. Explicarle como una persona adulta que me había entrado el pánico aun no sabía bien por qué. Al final opté por enviarle un mensaje. Tampoco quería que tuviera la sensación de que la estaba agobiando como si estuviera pirado. Tecleé con seguridad cada una de las palabras y lo releí un par de veces antes de hacérselo llegar.

*«Me siento mal por cómo nos hemos despedido. En ocasiones hago cosas absurdas. Te invito a un café y lo arreglamos, ¿de acuerdo?»*

Lo envié y dejé el móvil sobre el banco de la cocina. No tenía claro si estaba preparado para experimentar las sensaciones contradictorias que me volvían a invadir después de mucho tiempo, pero las ganas de volver a tener cerca a aquella mujer, aunque solo fuera para conversar eran más grandes que cualquier miedo que pudiera sentir.

\*\*\*\*\*

El teléfono empezó a vibrar. Sin abrir los ojos, alargué la mano con la intención de cogerlo, pero estaba tan dormida que terminó en el suelo donde siguió con su particular zumbido. Me incorporé y tuve la sensación de haber dormido un par de horas. Entreabrí los ojos y, a duras penas pude ver el reloj que descansaba sobre la cómoda frente a la cama y que marcaba poco más de las nueve. ¿Quién puñetas me molestaba un domingo tan temprano? Estuve tentada a ignorarlo, pero el teléfono seguía vibrando sobre el suelo con tanta fuerza que incluso temí que molestara a mi vecina de abajo. Al final logré rescatarlo y, en cuanto localicé en la pantalla el nombre de mi hermana, el monumental enfado pasó a convertirse en furia.

—¡Joder Marta! ¿No tienes vida o un polvo que echar a estas horas?

—Así me gusta que te levantes. ¡Con alegría!

—¡Vete a la mierda! —dije mientras pulsaba la tecla para colgar. Por supuesto volvió a sonar un segundo después—. ¿Qué cojones quieres?

—Vamos a ir a comer a tu casa hoy. Pero no te preocupes que nosotros lo llevamos todo.

—No —dije tratando de sonar lo más desagradable posible—. Quiero descansar y estar sola.

—Ay nena, ya descansarás cuando te mueras. A las dos estamos ahí. Encárgate de las bebidas y del hielo.

—Marta, de verdad. Necesito un poco de paz...

El silencio fue lo único que oí. Ahora había sido ella la que había colgado y sabía que no iba a volver a llamar. Tiré con rabia el teléfono sobre la mesilla y me dejé caer pesadamente sobre la cama. Lo último que me apetecía era tener un almuerzo familiar y escuchar hablar a mi hermana durante horas sobre cosas que, casi seguro, me importarían entre poco y nada. Tampoco tenía ganas de aguantar el pesimismo de mi cuñado a quien adoraba, pero que siempre conseguía sacarme de quicio por aquella forma tan funesta que tenía de enfocar la vida en general. Además, habida cuenta de cómo estaba la situación entre ellos, no tenía demasiado claro que fueran capaces de socializar sin involucrarnos a los demás en su culebrón particular.

Mi cuerpo pedía dormir a gritos y comida grasienta para cuando me despertara. Quería pasarme el día tumbada en el sofá al lado de Marc viendo películas antiguas, series o reventando a gente en el *Call of duty*. Pero Marta ya había decidido por todos, para variar y no había marcha atrás. Durante los minutos siguientes tuve ganas de llorar. Creo que incluso se me llegó a escapar alguna lágrima de frustración. Estaba a punto de abandonarme a la depresión cuando una idea cruzó mi mente. Si iba a pasarme un domingo puteada en familia, qué mejor que compartirlo con mis amigos. De modo que volví a coger el teléfono y marqué el número de Jorge.

—Eres una zorra... —dijo en cuanto supo que yo podía oírle—. Deberías echar un polvo para relajarte y dormir hasta tarde los domingos.

—Eso mismo le acabo de decir a mi hermana. Dale las gracias de que los dos estemos despiertos casi de madrugada —respondí sin poder contener del todo la risa.

—Sois el puto mal. La una y la otra.

—Lo que quieras, pero empieza a espabilarte. Tengo que salir a comprar bebida y *snacks* para entreteneros y no me apetece ir sola.

—Dile a Marc que te acompañe —respondió con voz más voz de dormido que de alguien consciente.

—El niño no tiene la culpa de lo loca que está su tía. Así es que date una ducha, tómate un litro de café o lo que necesites para volver a ser humano y te veo en una hora.

—¿Y qué pasa si tengo planes? —farfulló con tono llorón.

—Te los traes. Cuantos más, mejor.

—Eres cruel. Cómo se nota que sabes que estoy más solo que la una. ¡Qué feo es hacerse mayor!

—Deja la autocompasión para la hora de los gin-tonics. Ahora sal de la cama y ven.

Cuando colgué me sentía bastante más animada. No es que disfrutara especialmente con el hecho de fastidiar a mi mejor amigo. Era su peculiar forma de entender las cosas lo que me divertía. Jorge siempre había sido el típico hombre de un amor en cada bar. Pero, desde hacía unos meses, no

dejaba de repetir que se hacía mayor y que cada vez le atraía menos la idea de estar solo. Debía de estar atravesando una especie de crisis o quizás lo que necesitaba era poner un poco de orden en aquella vida de soltero crápula que llevaba.

Como era más que evidente que no podía seguir durmiendo, me levanté y fui directa a la ducha. Tenía sueño, frío y, a pesar de todo lo que había comido el día anterior, hambre. Al pensar en el sábado fue inevitable que Martín acudiera a mi mente. Durante varios minutos se me dibujó una sonrisa tonta en los labios. Pero enseguida recordé el modo en el que nos despedimos. Había decidido no darle demasiadas vueltas al tema, pero mi mente se empeñaba en llevarme una y otra vez a cuando él prácticamente había echado a correr después de besarme. Abrí el grifo de agua fría y me metí debajo con decisión. Todo mi cuerpo se contrajo al mismo tiempo y unos intensos pinchazos me atravesaron el cráneo. Dos segundos después no había ninguna otra cosa en mi cabeza que no fuera conseguir agua caliente y dejar de sentir aquel dolor. Veinte minutos después estaba sentada en la cocina frente a una taza de café con un cigarrillo encendido y escribiéndole una nota a Marc en la que le explicaba que iba a salir a buscar provisiones. Él seguía durmiendo como un bendito y quería que continuara así.

En cuanto empecé a sentir los efectos reconfortantes de la cafeína cogí el chaquetón y salí a la calle. Aunque brillaba el sol, hacía un frío considerable. Mi hermana me las pagaría por hacerme salir tan temprano y en domingo. Eché a andar calle abajo con la atención puesta en todo lo que necesitaba comprar. Conocía lo suficiente a Marta como para saber que se apalancaría en mi sofá en cuanto llegara y, con suerte, la sacaría de allí a la hora de la cena. En cuanto llegué al pequeño supermercado italiano del barrio que abría los festivos vi a Jorge apoyado en la puerta conversando con el dueño del establecimiento. Le había dicho más de mil veces que Francesco era heterosexual y que, además tenía una mujer preciosa. Pero él no perdía la esperanza de llevarlo, como decía siempre, “por la senda del mal”.

—Te va a costar un pastón la comida de hoy —dijo en cuanto se percató de mi presencia—. Es indecente llamar a casas ajenas antes de la una del mediodía un festivo.

—Tampoco estabas haciendo nada importante —respondí y enseguida le ofrecí la mejor de mis sonrisas.

—Descansar. Este cuerpo y esta piel no están así por casualidad. Ni siquiera por las cremas carísimas que me pongo.

—Anda no te enfades. Te dejaré elegir el vino si dejas de lloriquear.

En cuanto escuchó aquellas palabras la expresión de su rostro cambió y un brillo familiar apareció en sus ojos. Tal y como acababa de decir, el almuerzo me iba a costar un pastón, pero en el fondo estaba contenta de poder pasar un día de descanso rodeada de personas a las que quería. Jorge no quiso ni oír hablar de mis planes para el aperitivo y me ignoró hasta que llegamos a la caja para pagar. Allí me dejó sola con mi tarjeta de crédito mientras que él se encargó de guardarlo todo en las bolsas. En cuanto estuvimos de nuevo en la calle me miró extasiado. Haberme dejado medio en la ruina parecía haberle satisfecho lo suficiente como para perdonarme el madrugón.

—Venga, perra. Te invito a un café —dijo al tiempo que echaba a andar sin esperar mi respuesta.

—A estas horas casi mejor que una cerveza —respondí mientras respiraba con dificultad por el esfuerzo de intentar alcanzarlo.

—Alcohol no que luego me toca meterme en la cocina y alimentarnos.

—Bueno después del saqueo es lo menos que puedes hacer —dije volviendo a pensar en lo que me acababa de gastar en la tienda—. Además, tú sabes lo que has comprado, así es que te encargas de los aperitivos y de que no se nos suba el alcohol a la cabeza.

—Yo ya me he encargado de presentarte al hombre de tu vida...

—Espero que no te refieras al tipo que me dejó sola ayer en mitad de la calle después de haber pasado unas horas estupendas juntos —dije con cierto rencor.

—¿Perdona?

Jorge había dejado de andar. Se giró hacia mí con tanta rapidez que a punto estuve de tropezarme con él y caer al suelo.

—Lo que oyes. Luego te daré los detalles que no quiero contar lo mismo dos veces y tampoco me apetece analizar la situación sin una buena copa de vino en las manos —añadí en cuanto recuperé el equilibrio y la respiración.

—¿Qué le hiciste?

—Oye, ¿por qué das por sentado que fue culpa mía? —respondí sintiéndome un poco molesta.

—Porque me consta que tenía muchas ganas de verte —dijo con un punto de maldad en el tono de su voz.

—Pues, tal y como fueron las cosas, creo que se debieron de esfumar mientras hacía la digestión.

—Victoria... ¡Qué vamos a hacer contigo!

Podría haberle contestado mil cosas y a punto estuve de hacerlo. Luego recordé que, si me enzarzaba en una discusión con él, tendría que volver a explicarlo todo cuando Marta llegara a casa. Opté por un inteligente silencio mientras en mi mente buscaba el modo de narrarles de forma objetiva cómo había sido mi encuentro con Martín. Por suerte, Jorge decidió no insistir sobre el tema mientras nos tomábamos otro café. No conseguí persuadirlo para que me pidiera una caña. Y, en cuanto llegamos, Marc acaparó toda nuestra atención.

Apenas era la una cuando mi hermana y mi cuñado se presentaron en casa. Ella hiperactiva como siempre. Él silencioso y mustio como de costumbre. En cuanto Jorge percibió su estado de ánimo puso los ojos en blanco y tuve que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada.

—¡Tía! —dijo el niño en cuanto oyó su voz—. Tienes que venir a jugar conmigo al último juego de la *play*.

—En cuanto tu madre me dé una cerveza, me pongo contigo a reventar gente.

—Nena... —dije a modo de reproche— no hace falta que lo animes tanto.

—¿Qué pasa? De eso van los juegos de la nueva era. De hacer estallar por los aires a cuantos más rivales mejor.

—Si, pero no es necesario que lo digamos con tanta emoción —protesté.

—Deberías probarlo, Vic —añadió Jorge que hasta entonces había estado entretenido descorchando una botella de vino—. Relaja mucho.

—Ya lo he probado y no sé por qué creéis que estoy alterada —dije mientras le daba un ligero manotazo sobre la nuca.

—No quieres que el crio juegue y tú usas esta violencia en casa. Así vamos mal, ¿eh? —Estaba claro que mi hermana tenía uno de aquellos días en los que disfrutaba especialmente de tocarme las narices.

—No es lo mismo y lo sabes —respondí y alargué la mano para coger la copa de vino que Jorge me tendía.

—Anda bebe a ver si te relajas un poco —mi mejor amigo me miró de arriba abajo y, a continuación, me guiñó un ojo—. No se lo tengas muy en cuenta, Marta —añadió mientras repetía el gesto con ella— ayer espantó a Martín y está muy afectada.

—¡Yo no hice nada! —protesté con un tono de voz más alto del que me hubiera gustado—. Fue él a quien le entró la prisa en cuanto terminamos de comer.

—Seguro que fuiste una borde con el pobre hombre —sin conocer los hechos, ella para variar, ya había sacado sus propias conclusiones.

—Nada. Todo estaba yendo bien. Incluso, en algunos momentos, me atrevería decir que conectamos. Luego no sé qué pasó, pero se marchó a toda prisa como si yo tuviera la peste o algo por el estilo.

Jorge y Marta se miraron a los ojos durante unos pocos segundos. A continuación, se empezaron a reír como si no hubiera un mañana.

—No sé qué es lo que os hace tanta gracia —dije sin poder ocultar una pizca de enfado.

—Joder Vic. Cada día te superas. Has conseguido que no te aguanten ni en la primera cita —mi hermana pronunció aquellas palabras sin dejar de reír y presionándose ligeramente el pecho con una mano para lograr respirar.

—Si os vais a burlar de mí ya os podéis ir a casa. Os estoy diciendo que yo no hice nada. ¡Fui hasta encantadora! —dije como si fuera una niña pequeña a la que su madre regaña por no haber hecho los deberes.

—Entonces es que le hablaste de tu trabajo y no lo soportó —ahora era Jorge el que apenas podía contener las lágrimas de risa mientras hablaba.

—No sabéis de lo que habláis y paso de escucharos —respondí al tiempo que intenté concentrarme en cortar tomate para los nachos con guacamole que mi amigo había propuesto como uno de los aperitivos—. Fue muy raro todo y

sí, humillante. Casi tanto como lo es que os estéis descojonando ahora.

—¡Ay Vic!, no te enfades. Pero es que tiene su gracia. Abandonada por el buenorro —dijo Marta con el mismo tono de voz que se empleaban en los tráileres de las películas antiguas.

—Haced el favor de parar u os va a dar de comer la madre que os parió a los dos —respondí un poco contagiada ya por su humor negro y la risa.

—Anda y que te den —dijo Jorge al borde de otro ataque.

—Que os den a vosotros. Lo que pasa es que hace años que no tenéis una cita con un hombre como ese. La envidia os corroe —añadí riendo ya casi tanto como ellos.

—Cielo los tíos con los que quedo no salen corriendo después de la comida, te lo aseguro.

En cuanto Jorge terminó de hablar, los tres estallamos en sonoras carcajadas. Había que reconocer que la huida de Martín, aunque incomprensible, tenía también su lado cómico. Además, era consciente de que ninguno de ellos decía esas cosas para herirme. Sabía cuánto se preocupaban por mí y lo mucho que me querían.

—Bueno con este no creo que haya más comidas —dije en cuanto pude recuperar un poco la capacidad de hablar—. Ni meriendas, ni cenas, ni *ná*. Hay que ver lo rara que es la gente. Pasan de encantadores a orcos en menos de dos segundos.

Los tres nos miramos de nuevo y reímos con ganas. Cuando nos serenamos fue mi hermana quien analizó la situación.

—A lo mejor tenía que hacer algo y se acordó en ese momento —dijo tratando de darle algo de sentido a lo que había sucedido.

—Lo normal es que lo hubiera dicho, no marcharse como si fuera a contagiarle el Ébola.

—Ahora en serio —añadió Jorge después de darle un sorbo a su copa de vino— ese comportamiento no es propio de Martín. Es un tío muy educado, pero sobre todo, siempre está muy pendiente de hacer sentir bien a los demás. Algo le tuvo que pasar para actuar así.

—Pues cuando lo averigües nos lo cuentas. Yo no pienso llamar para

preguntárselo —dije dejando salir por primera vez la frustración que me había provocado su actitud.

—¿No te ha dicho nada después de eso? ¿Una disculpa? ¿Algo? —Se notaba que estaba bastante atónito, algo que me desconcertó un poco. Si él defendía de aquel modo a su amigo, algo le tenía que haber pasado para comportarse así.

—Nada. Se largó y no he vuelto a saber de él.

En cuanto dejé de hablar metí la mano en el bolsillo de mi pantalón vaquero donde guardaba el móvil. Después de comprobar los mensajes me di cuenta de que había pasado uno por alto. El suyo. Moví los dedos nerviosa sobre la pantalla y lo leí intentando que mi cara no desvelara ninguna emoción. No tuve éxito.

—¿Qué? ¿Te ha pedido disculpas ya? —dijo Jorge en el mismo instante en el que yo devolvía el teléfono al interior del pantalón.

—Pues mira sí —respondí tratando de quitarle importancia al tema—. Pero vamos eso no cambia nada. Si antes tenía claro que no estoy para citas, ahora lo tengo cristalino.

—¿Quiere venir a terminar la comida? —dijo mi hermana al tiempo que ponía cara lasciva y perversa—. Porque si es eso nosotros recogemos y os dejamos intimidad.

—Aquí no va a venir nadie —respondí un poco molesta—. Además, te agradecería que no digas esas cosas delante de Marc.

—Está con la consola. No se entera de nada —replicó ella con una condescendencia que no me gustó.

—Esté cono lo que esté... No hables así cuando esté el niño delante. Bastante calentito está el tema ya.

—¿Ha pasado algo nuevo? —dijo Jorge mientras se acercaba y dejaba caer su enorme mano sobre la mía.

—Más allá de que Toni quiere volver a cambiarlo todo, no.

—A buenas horas —dijo mi hermana con su típica voz de enfado—. ¿Qué dice tu abogado?

—Que no me preocupe en exceso. Pero no me hace gracia alterar el orden que tanto me ha costado conseguir.

—Y no tienes por qué hacerlo. Si quiere algo que se lo curre o que se lo hubiera pensado antes de largarse —Jorge también estaba bastante enfadado con la situación.

—No es tan fácil. A pesar de lo que hizo también tiene derechos. Además, está el hecho de que Marc me ha pedido pasar más tiempo con su padre. Así es que estoy un poco entre la espada y la pared.

—¿Por qué quiere ver a un tío que no ha hecho nunca nada por él? —Mi hermana estaba haciendo de abogado del diablo, sacando la artillería pesada y formulando las mismas preguntas que yo me había hecho semanas atrás, aun cuando yo sabía lo que ella pensaba en realidad.

—Porque ahora va de guay, de colega y es muy bonito pasar tiempo con él —respondí con amargura—. Él no lo riñe, ni le impone orden o disciplina. Es maravilloso tener un padre solo una hora al día. Así también sería yo divina y estupenda.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Jorge quien se había pegado todavía más a mi cuerpo como si quisiera protegerme del dolor que aún me provocaba aquel tema.

—Lo que sea mejor para Marc y lo que me recomiende el abogado. No quiero convertir esto en una guerra, pero tampoco quiero que Toni piense que puede desmontar nuestra vida cuando le dé la gana —respondí y noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Sabes que puedes contar con nosotros, ¿verdad? —Jorge me abrazó antes incluso de terminar de hablar.

—Sí... —dije con un hilo de voz.

—Menudo hijo de puta —dijo Marta con rabia—. Qué fácil venir ahora a dar por saco.

—Eso no creo que la ayude mucho, aunque estoy de acuerdo —añadió Jorge sin soltarme—. Pero seguro que Victoria toma la mejor decisión y saldrá de esto todavía más fuerte. ¿A que sí?

En cuanto terminó me fue imposible aguantar más las lágrimas y el miedo

que sentía en mi interior. Era cierto que quería tomar lo óptimo para todos, pero no tenía ni la menor idea de qué era. Además, empezaba a estar cansada de sentirme tan sola. Ellos estaban a mi lado, pero al final tendría que ser yo la que luchara una vez más para sacar a mi pequeña familia adelante. Y allí abrazada a mi mejor amigo y sintiendo también el calor del cuerpo de mi hermana junto al mío me di cuenta de que no podría lograrlo en solitario de nuevo. Iba a necesitar del cariño y la fuerza de las personas que me querían y fue inevitable recordar de qué había hablado con Martín apenas veinticuatro horas antes.

## ~ CAPÍTULO 13 ~

Después de varias semanas de intercambio de correos con mi abogado, de trabajar más horas de las que me hubiera gustado y de que Toni se dedicara a tocarme las narices llevándose a Marc cuando le daba la gana, por fin logré que nos pusiéramos de acuerdo para mantener una reunión como personas civilizadas. Estaba claro que él había regresado con la intención no tanto de recuperar el tiempo perdido, sino de hacer más ruido del que había provocado con su huida años atrás. Yo quería dejar las cosas claras cuanto antes y poder continuar con mi vida. Seguía sin hacerme ninguna gracia que el niño y él pasaran tanto tiempo juntos. Tampoco me gustaba nada el cambio de actitud que había detectado en mi hijo quien parecía mucho más nervioso e irascible. A pesar de todo, cedí y me ocupé de reunir a todos los afectados en el despacho de Carlos. Cuanto antes pusiéramos por escrito el nuevo acuerdo, mejor.

Llegué al bufete casi media hora antes de la hora acordada. Aquella mañana apenas me había podido concentrar en el despacho tenía el estómago revuelto solo de pensar que tenía que volver a verle la cara a mi ex. A estas alturas de la historia debería haber tenido superado eso, pero no era así. Más bien al contrario. Desde el desagradable incidente la noche de mi cumpleaños, las escasas veces en las que me había cruzado con él en el portal de casa para entregarle al niño, se me había erizado cada centímetro de mi piel. Y no precisamente de deseo, sino de asco. Cada vez que intentaba centrar la atención en el trabajo me descubría pensando en las cosas que quería dejar bien claras antes de firmar un nuevo acuerdo de visitas. De modo que, más de una hora antes de lo previsto, cogí el bolso, el abrigo y salí a la calle con la intención de despejarme antes de volver a enfrentarme al pasado. Sin embargo, a medida que me fui acercando al señorial edificio ubicado entre Diagonal y Enric Granados, el corazón se me aceleró y el estómago se me subió prácticamente a la garganta.

En cuanto la secretaria que me recibió vio la cara que llevaba enseguida se ofreció a traerme una infusión. Debió de verme tan pálida y alterada que pensó que iba a vomitar allí mismo. Se lo agradecí con una leve inclinación de

cabeza. Estaba en un estado en el que ni siquiera me salían las palabras. Mientras esperaba a que regresara me centré en contemplar los volúmenes que ocupaban las estanterías. Todos ellos eran manuales jurídicos perfectamente ordenados y que tenían el aspecto de costar una pequeña fortuna. Luego, me dediqué a fantasear con cómo hubiera sido mi vida de haberle hecho caso a mi padre. Él siempre soñó con que yo me convirtiera en una afamada letrada. Sin embargo, yo tenía otros planes para mi vida. Mientras sentía el corazón desbocado en mi interior y algunas gotas de sudor resbalando por mi espalda, me pregunté si debí de hacerle caso cuando tuve ocasión. Por suerte, la secretaria regresó con una ración doble de tila y enseguida volví a poner toda mi atención en el presente.

Tenía muy claro todo lo que quería decir y también lo que deseaba que constara en el documento que íbamos a firmar. Aceptaba que mi exmarido fuera a recoger a Marc al colegio y se lo llevara a merendar dos tardes a la semana. Además, estaba de acuerdo (en realidad había hecho un esfuerzo sobrehumano por estarlo) con el hecho de que padre e hijo pudieran pasar más tiempo juntos durante el verano. Teniendo en cuenta que Marc jamás se había separado de mí, aquello iba a suponer todo un reto para nosotros.

Sin embargo, no estaba dispuesta a consentir dos cosas. La primera que se alterara la tranquilidad y la rutina en la que el niño había vivido hasta aquel momento. La segunda que bajara su rendimiento escolar. Marc era brillante y no necesitaba apenas esforzarse. Pero precisamente por eso, yo me había ocupado de inculcarle una serie de rutinas que agradecería conforme fuera creciendo y que, bajo ningún concepto iba a permitir que se cambiaran.

Durante la espera traté de meditar sobre los verdaderos motivos que habían impulsado a aquel ya desconocido a querer recuperar el contacto con su hijo. Habida cuenta de que él nunca daba puntada sin hilo, no era capaz de considerar ninguna opción que no tuviera un interés oculto y perverso. Por suerte, y antes de que pudiera perderme en todo tipo de paranoias, la misma joven que me había recibido me hizo pasar al interior de otro despacho. Allí me encontré de frente con el anormal y su abogado. Tragué saliva e hice un intento por mantener la calma o, al menos, por ocultar cuánto me afectaba aquella situación. Contemplar el rostro sereno de Carlos me ayudó a mantener el equilibrio para poder recorrer los escasos metros que me separaban de la silla que debía ocupar. Ambos nos saludamos con una leve inclinación de cabeza, me senté en el lugar se me había asignado y adopté mi postura más

más neutra y profesional.

El hecho de haber acudido a la cita con mi uniforme de trabajo, pantalón negro y chaqueta del mismo color hizo que todo fuera un poco más sencillo. Mientras escuchaba me limité a fingir que me encontraba en una reunión más de cuantas asistía a diario. Cada vez que se hacía mención a lo que yo consideraba una concesión de mi tiempo con el niño, se me revolvía el estómago. Pero todo fuera por su bien y por respetar su reciente necesidad de pasar más tiempo con cada uno de nosotros.

Entonces llegó el turno de Toni y, en cuanto empezó a hablar, mi cerebro desconectó. No es que me pareciera innecesario lo que tuviera que decir, es que me daba tanta rabia estar pasando por todo aquello que no quería ni oírlo. Mientras veía cómo gesticulaba y ponía aquella expresión tan suya de no haber roto un plato en la vida, me hice la gran pregunta. ¿Cómo había podido estar enamorada de ese hombre? El tono blanquecino de su piel que en otro tiempo me había parecido tan atractivo, ahora me recordaba la imagen más esperpéntica de la noche de Halloween. Su pelo rizado y cobrizo por el que tanto suspiré en otro tiempo había perdido brillo. Las canas que lo poblaban, lejos de darle un aspecto interesante, solo conseguían afearlo un poco más. Mis neuronas solo se conectaron de nuevo para formular otra nueva. ¿En qué estaba pensando cuando decidí tener un hijo con él? Trataba de acallar el canto de grillos que se había instalado en el interior de mi mente cuando me di cuenta de que alguien pronunciaba mi nombre.

—Victoria, ¿te parece bien?

—Perdón... —fue todo lo que acerté a responder mientras trataba de recordar algo de lo que había dicho mi exmarido.

—¿Estás de acuerdo en que se amplíen los horarios de visita y los turnos de vacaciones? —dijo Carlos con esa profesionalidad con la que los abogados son capaces de resumir las cosas cuando quieren.

—Siempre que se cumplan y que el niño no se quede esperando, no hay problema —sabía que debía de haberme mordido la lengua. Pero estaba muy cabreada. Consideraba tremendamente injusto estar pasando por todo aquello de nuevo. Además, algo en mi interior me causaba una gran desazón. Estaba segura de que mi exmarido, tarde o temprano, la cagaría. Y que mi hijo sufriría las consecuencias.

—Siempre tan agradable —dijo Toni en un tono de voz a caballo entre la burla y la ira.

—Puedo serlo más —me limité a responder en un intento de dar el tema por zanjado.

—Me consta.

Aquellas palabras me dolieron más que si me hubiera abofeteado. Empecé a notar cómo la sangre hervía en mi interior y también el modo en el que las palabras más hirientes se empezaban a formar en mi boca. Sin embargo, una rápida mirada a mi abogado logró que consiguiera permanecer en silencio. Era consciente de que tragarme las emociones de aquel modo, me pasaría factura. Pero también sabía que, si daba rienda suelta a la bestia que habitaba en mi interior en ese instante, las consecuencias serían bastante peores. Él había aprovechado su turno para hablar. Yo opté por refugiarme, una vez más, en el silencio.

Por suerte para ambos, los letrados tomaron de nuevo la palabra y discutieron algunos aspectos menores de nuestro acuerdo. Nosotros no volvimos a dirigirnos la palabra. Ni siquiera nos miramos a la cara después de haber estampado nuestras firmas en el documento. Sabía que podía haber hecho todo aquello un poco más fácil. Unos días atrás, Carlos me había ofrecido la posibilidad de poder pasar por ese trámite sin tener que estar presente. Pero me pudo el orgullo. El no querer darle el gusto de pensar que me provocaba algún tipo de emoción. Y, en efecto, lo hacía. Me daba un asco mayúsculo cualquier cosa que viniera de él. Sabía que se me acabaría pasando. Sin embargo, este era el tiempo de la rabia, del rencor y de defender a la persona por la que tanto había luchado durante tantos años.

Fui la primera en abandonar el despacho y no sé cómo conseguí llegar a la calle. Solo recuerdo que las piernas me temblaban y la vista se me había nublado incluso antes de coger el ascensor. El viento frío del mes de diciembre no ayudó a que me sintiera mejor, aunque contribuyó a que me despejara lo justo para poder andar. Antes de entrar en el bufete me fijé en que había en un bonito café a la entrada de Enric Granados. De modo que, me dejé guiar por el sentido de la orientación y encaminé mis pasos hacia él. Conseguí sentarme en una mesa junto a la ventana justo en el momento en el que mis piernas apenas eran capaces de sostener el peso de mi cuerpo. Todo me daba vueltas. Pedí un expreso y acepté la sugerencia de la camarera de tomar algo

dulce para acompañar. Tal vez el azúcar me ayudara a recuperar un poco la vida.

Pocos minutos después tenía frente a mí una taza que desprendía un aroma maravilloso y una generosa porción de *Carrot Cake*. Bebí con avidez con la esperanza de que todo dejara de moverse y que el sudor frío que me recorría todo el cuerpo cesara. También di un bocado a la tarta que me supo a gloria. Me concentré en recuperar el ritmo de la respiración y en dejar la mente tan vacía de pensamientos como me fuera posible. Sabía que era complicado dejar atrás lo que acababa de vivir porque me alteraba demasiado. Pero lo último que quería era que todo aquello volviera a ponerme triste y enferma como en el pasado.

Estaba tan ocupada en dejar de temblar y en recuperar la vista que ni siquiera me di cuenta de que alguien se había acercado hasta la mesa.

—Victoria, ¿te encuentras bien? —dijo una voz masculina que creí reconocer. Pero fue al intentar levantar la cabeza para comprobar de quién se trataba, cuando el mundo comenzó a moverse de nuevo—. Tranquila, respira...

Obedecí a Martín. Nunca había hecho demasiado caso cuando Jorge o mi hermana hablaban de sus conquistas y mencionaba la paz que les proporcionaba el sonido de su voz. Siempre me habían parecido cursiladas sacadas de una telenovela. Sin embargo, desde la primera vez que oí hablar a aquel hombre, supe perfectamente de qué habían estado hablando todos aquellos años. Poco a poco los músculos de mi cuerpo se fueron relajando y, aunque todavía veía lucecitas de colores cuando intentaba enfocar la vista, me fui sintiendo algo mejor.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije en cuanto me aseguré de haber recuperado bastante la consciencia.

—He venido a desayunar —se limitó a responder sin poder ocultar la preocupación que le había producido encontrarme en este estado—. El café de este sitio es adictivo —añadió con una enorme sonrisa.

—Lo cierto es que resucita a un muerto, sí.

—¿Estás aquí por trabajo? —dijo con naturalidad mientras le hacía un gesto a la camarera para que nos sirviera un poco más de cafeína.

—Por temas personales —respondí con más brusquedad de la que hubiera deseado. Me sentía demasiado débil y conmocionada para explicarle lo que me pasaba en realidad.

—A juzgar por la expresión de tu rostro intuyo que no te ha ido demasiado bien...

Sabía que no había mala intención en sus palabras. Si la situación hubiera sido la contraria, yo también estaría sentada frente a él tratando de ser de alguna utilidad. Pero era a mí a quien le dolía todo aquello y, aunque intentaba darles normalidad a las cosas, lo cierto era que estaba jodida. Mucho. Todo.

—Martín no quiero hablar de eso ahora. En realidad... no puedo —apenas terminé de hablar cuando sentí que se me formaba un nudo en la garganta y que las lágrimas que había estado conteniendo durante la reunión, me nublaban la vista.

—Lo siento. No pretendía incomodarte —se limitó a responder no sin antes posar su enorme mano sobre las mías.

No sé qué fue exactamente lo que provocó que la poca fuerza de la que había hecho acopio me abandonara. Tal vez fue sentir el calor de su piel sobre la mía. Quizás la dulzura que había en el tono de su voz. A lo mejor fue el dolor que me provocó darme cuenta de que ningún hombre me había hablado como acababa de hacerlo él. Lo único que sé es que sentí que perdía de nuevo el mundo de vista. Tomé aire y con la poca energía que me quedaba fui capaz de pronunciar tres palabras.

—Sácame de aquí...

A continuación, todo fue oscuridad.

\*\*\*\*\*

Tuve el tiempo justo de levantarme y abrazarla. Victoria se desplomó como si acabara de morir. En realidad, durante los primeros segundos, esa

idea se apoderó de mis pensamientos. Luego me di cuenta de que respiraba con normalidad. Solo se había desmayado. Me había fijado en ella en cuanto había atravesado la puerta del café. No porque la reconociera enseguida, sino porque percibí en su cuerpo, que algo no iba bien. Yo había ido hasta allí para disfrutar de algo de paz entre mis clases en la universidad y poder disfrutar de algo de lectura. Su sonrisa al pedir el café la delató. Supe que estaba mal incluso antes de llegar a la mesa que ocupaba. Su piel estaba pálida, bajo sus ojos había dos enormes manchas moradas y, aunque había tratado de actuar con normalidad, sabía que algo grave le sucedía.

Salir de allí fue relativamente sencillo, como también lo fue subirme con ella a un taxi y darle la dirección al conductor. La diferencia de estatura entre nosotros y el hecho de que ella fuera extremadamente ligera facilitó que pudiera sostenerla por la cintura. Otra cosa fue conseguir que Victoria llegara sana y salva a casa. Recordaba dónde vivía por la noche de la fiesta. Sin embargo, no tenía ni idea de en qué planta o puerta. Al principio consideré una intromisión hurgar en su bolso en busca de las llaves. Pero después de que dos señoras mayores y una pareja de adolescentes me miraran bastante raro, ni me lo pensé. Una vez en el rellano di gracias al cielo porque aquella mujer todavía fuera de las de la antigua usanza y hubiera puesto su nombre en el buzón. Entramos en el ascensor y, pocos minutos después pude dejarla acostada sobre su cama. Durante el trayecto, ella había abierto los ojos un par de veces e incluso había murmurado algo, pero yo no fui capaz de descifrarlo. Busqué una manta con la que arroparla y me quedé en silencio sin saber muy bien qué hacer.

Por suerte, pasados los primeros segundos de bloqueo, mi cerebro reaccionó. Tenía claro que no iba a dejar a Victoria sola en aquel estado. Podría haber llamado a Jorge, pero ya estaba yo allí y tampoco tenía ganas de dar demasiadas explicaciones. Salí del dormitorio solo el tiempo justo para telefonar a un compañero de departamento de la facultad y pedirle que se encargara de mis dos siguientes clases. Luego regresé junto a ella. Parecía haber caído en un sueño profundo, así es que decidí acomodarme en un sillón que había entre la ventana y la cama. Desde allí podía verla a la perfección. Su melena rubia cayendo sobre la almohada, la piel blanca que, a pesar de todo, había recuperado ya el tono del mundo de los vivos, las curvas de su cuerpo que se intuían bajo la blusa que llevaba. Me invadió una sensación de tremenda ternura. Y sí, también se despertó en mí un enorme deseo.

Era un hecho que me sentía muy atraído por Victoria. Lo fue desde el mismo instante en el que la conocí. Había tanta fuerza y magnetismo en ella que era imposible no caer rendido a sus pies. Durante el almuerzo que habíamos compartido juntos, me fascinó el modo en el que parecía enfrentarse a la vida. Tan llena de energía, fuerza y positividad. Siempre encarando todo con una sonrisa. Y yo... Bueno yo no es que me sintiera insignificante a su lado. Pero sí que es cierto que, en cuanto supe que había provocado aquella chispa en mi interior, había hecho todo lo posible por mantener la calma. Existían puertas que no estaba seguro de desear volver a abrir. Heridas que, aunque habían cicatrizado, aun escocían.

Casi sin darme cuenta recordé a Sandra. La mujer de mi vida. Aquella con la que lo había planificado todo desde que apenas éramos dos adolescentes despertando a todo. Y justo en el aquel instante en el que acariciábamos juntos la felicidad con la que siempre habíamos soñado, la enfermedad nos lo arrebató todo. Un cáncer que, en apenas tres meses, convirtió a una persona inteligente, vital y preciosa en alguien incapaz de reconocer su imagen frente al espejo. Cuando comprendí que aun así la seguía amando con locura y dejé de estar enfadado con un Dios en el que ni siquiera creía, ella ya no volvió a respirar. Su partida me dejó una gran certeza en el corazón: Jamás volvería a amar a nadie más.

\*\*\*\*\*

Cuando abrí los ojos no tenía ni la menor idea sobre dónde me encontraba. Lo único que supe era que estaba tumbada en la cama. Deseaba con todas mis fuerzas que, al menos fuera la mía. Todo estaba oscuro. Intenté incorporarme hasta en tres ocasiones, pero cada vez que separaba la cabeza de la almohada, la habitación giraba a mi alrededor. Parpadeé con fuerza con la intención de poder vislumbrar algo en toda aquella oscuridad. Después de varios intentos conseguí adivinar un pequeño haz de luz que se colaba por lo que creía era una ventana. A medida que fueron pasando los minutos, que a mí me parecieron horas, el corazón empezó a latirme con fuerza. Una sensación de desazón se

apoderó de mí. ¿Qué me había pasado? Estaba a punto de comenzar a gritar cuando se abrió una puerta frente a mí y todo se iluminó.

—Bienvenida al mundo de los vivos —dijo una voz que enseguida reconocí—. Intenta no moverte durante un rato —Martín parecía calmado, aunque no me pasó inadvertido cierto punto de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado mientras tomábamos café. Sé que suelo causar impresión a las mujeres, pero lo de hoy no me había sucedido jamás.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras me sonrió mirándome directamente a los ojos. Yo sentí una oleada de gratitud y ternura enorme. Tanto que empecé a llorar.

—Tranquila no pasa nada —dijo esta vez sentado ya a mi lado en el borde de la cama—. Seguro que ha sido una bajada de tensión o de azúcar. Pero, si te sigues encontrando mal y quieres quedarte más tranquila, podemos ir al médico.

—Estoy bien —acerté a responder mientras buscaba con la mirada el paquete de clínex que siempre solía tener sobre la mesilla de noche—. Es solo que la situación... me supera —tuve el tiempo justo de alargar la mano, coger el pañuelo que él me tendía y volver a abandonarme al llanto.

—Todo irá bien. Ya lo verás —dijo al tiempo que cogió mis manos entre las suyas—. Lo que sea que haya provocado que estés así tiene solución. Seguro.

—¿Por qué las cosas son tan complicadas? —respondí casi del mismo modo en el que solía hacerlo mi hijo cuando algo le venía demasiado grande. Sabía que no estaba adoptando una actitud demasiado adulta, pero recordaba qué había provocado mi pérdida de conocimiento y solo era capaz de sentir angustia.

—Victoria... —dijo sin apartar sus ojos de los míos.

—Perdona. Ni siquiera te he dado las gracias por traerme a casa y ocuparte de mí.

—No quiero que me agradezcas nada. Es lo que habría hecho cualquiera en mi situación.

—Yo no estoy tan segura de eso. De todos modos, gracias de nuevo —añadí mientras conseguía incorporarme sin que se me movieran todos los muebles del dormitorio.

—¿Te encuentras mejor?

—Creo que sí. ¿Cuánto tiempo he estado fuera de cobertura?

—Unas pocas horas —respondió él con total normalidad.

—¡Tengo que llamar al despacho!

—Ya lo he hecho yo —dijo con naturalidad.

—Cómo...

—He tenido que hurgar un poco entre tus cosas —añadió apartando su mirada de la mía un poco avergonzado—. No estabas para demasiadas preguntas hace un rato y he pensado que lo mejor sería avisar de que estabas indispuesta.

—Y tú... —dije en cuanto caí en la cuenta de que probablemente él también debería estar en la universidad.

—Por mí no te preocupes. Está todo controlado. En realidad, no debes pensar nada. Al menos hasta mañana.

Martín mantenía mis manos entre las suyas y, aunque ya no me miraba a los ojos, podía notar una especie de conexión entre nosotros. Poco tenía que ver con la que había sentido la noche en la que nos conocimos o el día en el que habíamos almorzado juntos. El hecho de que se hubiera ocupado de todo y que permaneciera allí sin hacer ninguna pregunta me conmovía y desconcertaba a partes iguales. Sin embargo, me costaba aceptar que no quisiera saber nada de lo que me había sucedido. No es que yo estuviera loca por contárselo. Al contrario. Era solo que no estaba acostumbrada a que un hombre manifestara tanto respeto por mi vida privada y mis emociones.

—¿Has comido? —dije en un intento por normalizar la situación y poder abandonar el silencio en el que ambos habíamos caído.

—No, pero tampoco tengo hambre. Aunque si quieres, puedo prepararte algo. Seguro que te sienta bien.

—¿También cocinas?

—¿Qué quieres decir con eso de “también”? —Martín volvió a mirarme y comprobé que el rubor de sus mejillas había desaparecido.

—Nada... es solo una forma de hablar —siempre se me había dado fatal mentir y, en esta ocasión, estaba convencida de que la excusa tampoco coló. Por suerte, él actuó como si nada hubiera pasado.

—Voy a darme una vuelta por tu cocina y veré qué puedo hacer.

—Espera que te ayudo —dije casi al mismo tiempo que intenté ponerme en pie.

—¡De eso nada! Tú te quedas donde estás. Seguro que soy capaz de moverme solo y sin romper nada.

Salió del dormitorio casi con la misma rapidez con la que había aparecido minutos atrás. Aún podía sentir la calidez de su tacto sobre mis manos. Ese gesto tan suyo y que, a mí me parecía ya tan nuestro. Sabía que no debía pensar así. Al menos no hasta que se solucionara todo lo que tenía encima. Entonces acudió a mi mente con enorme claridad todo lo que había sucedido con Toni en el despacho de mi abogado. La forma tan desagradable en la que se había comportado y cómo yo había ido perdiendo la determinación a medida que los minutos fueron pasando.

Sabía que era muy fácil dejarme llevar por la rabia que sentía. Pero aquello solo provocaría que me compadeciera y me revolcara en el barro una vez más. Había tomado una decisión adulta que era la de permitirle a un hombre pasar más tiempo con su hijo. A pesar de su comportamiento en el pasado, aun teniendo la certeza de que en algún momento lo estropearía todo. Me había puesto así porque había hecho algo en contra de lo que deseaba y de lo que pensaba. Ahora solo me quedaba aceptarlo y llevar la situación del mejor modo posible. No había más. El tiempo de castigarme por todo debía llegar a su fin.

El aroma de pasta recién hecha me devolvió a la realidad. Cuando levanté la vista me encontré con una bandeja suavemente depositada sobre mis muslos y sobre la que descansaban unos espaguetis con verduras que tenían una pinta deliciosa.

—¿Todo esto había en mi nevera? —dije tratando de darle normalidad a una situación que cada vez se parecía más a una escena de una película romántica.

—¡Y muchas más cosas! Pero he pensado que algo de hidratos te sentarían bien y te darían la energía que creo que necesitas.

—Si encima le añadiéramos una copa de vino... —murmuré dejándome llevar por la intensidad del momento.

—Nada de alcohol —dijo con rotundidad—. Al menos por hoy —añadió en cuanto se percató de mi cara de sorpresa.

—Muy bien doctor. Dejaremos las copas para el fin de semana.

—Perfecto.

—¿Te vas a quedar ahí viéndome comer? —dije con una tímida sonrisa dibujada en los labios.

—Si te molesta no —respondió casi con la misma tontería adolescente con la que yo me estaba comportando.

—Por mí puedes quedarte, pero no pienso compartir ni una sola cucharada contigo —añadí mientras me llevaba la comida a la boca—. ¡Joder esto está de muerte!

—Ahora sí has regresado de verdad —dijo con una sonrisa preciosa que podría haber iluminado media ciudad.

—Es que es verdad. Está buenísimo.

—Muchas gracias, aunque no es para tanto. Solo es... pasta.

—No. Aquí hay mucho más.

—Tal vez las ganas de que te recuperes pronto...

Pronunció aquellas palabras en apenas un susurro, pero yo llegué a escucharlas. Y a pesar de todo lo que me había sucedido esa mañana, de las decisiones con las que me había machacado durante los últimos diez años de mi vida y de las puertas que había intentado ponerle al campo, sencillamente... Sentí.

Él se marchó poco después no sin antes asegurarse de que tenía todo lo que necesitaba a mi alcance. Ninguno de los dos hizo alusión alguna a lo que acababa de pasar ni al hecho de no habernos soltado las manos durante tanto tiempo. Pero yo supe que todo aquello era el principio de algo nuevo y no solo para mí.



## ~ CAPÍTULO 14 ~

Hay momentos para los que nunca se está preparado. Da igual cuánto los hayas planeado o las veces que hayas contemplado todas las posibilidades en tu mente. Cuando llega la hora de la verdad, nada de lo que hayas ensayado funciona como debería. Así me sentía yo aquella tarde sentada en el salón de casa esperando a que Marc regresara del colegio. Desde que había sufrido aquel desvanecimiento unos días atrás intentaba tomarme las cosas con algo más de calma. A Cristina no le había sentado nada bien que me fuera del despacho a la hora a la que se suponía que debía hacerlo cada día. Sin embargo, no podía hacer oídos sordos al aviso que me estaba dando mi cuerpo. Tenía que empezar a liberar estrés y a tomarme la vida de otro modo. De lo contrario, sabía que no acabaría bien.

Cada vez que pensaba en las nuevas responsabilidades de Toni sobre el niño, se me llevaban los demonios. Me había pasado varias madrugadas ya tratando de asimilar que las cosas iban a cambiar. Cuando era capaz de analizarlo desde un punto de vista objetivo, podía llegar a entender que mi exmarido tuviera sus derechos y que quisiera ejercerlos. Pero cuando el que dominaba era mi lado racional, la rabia se apoderaba de mí. Qué fácil era venir ahora que ya estaba todo hecho.

—¡Mamá! —La voz de Marc me devolvió de golpe a la realidad y el corazón empezó a latirme con fuerza.

—Estoy en la cocina —dije al tiempo que abría el armario donde guardaba las cápsulas de la *nespresso* y escogía la más fuerte porque la iba a necesitar.

—¿Hoy también has venido pronto? —dijo abrazándome con fuerza.

—Bueno he llegado a la hora que se supone que debería hacerlo siempre —respondí sintiendo una pizca de culpabilidad.

—Pues a partir de ahora que eso sea la norma y no la excepción —Marc se había separado de mí para coger de la nevera uno de los batidos que tanto le gustaban.

—Veré qué puedo hacer... —dije sin poder evitar que una sonrisa se me dibujara en los labios. Estaba acostumbrada a aquellas respuestas de mi hijo. Llevaba más de una década escuchándolas, pero aún me sorprendía lo natural que era para él poder conversar como si fuera un adulto.

—De ver nada. ¡Hazlo o serás terriblemente castigada! —Se me había vuelto a echar encima e intentaba hacerme cosquillas con la única mano que le quedaba libre.

—¡Vale, lo haré! —respondí intentando no derramar ni su batido ni mi café.

—Así me gusta... que obedezcas —el niño me lanzó una mirada de complicidad y luego se sentó frente a la mesa para merendar.

—Tenemos que hablar —dije sin más preámbulos.

—Cada vez que dicen eso en una serie o una peli suele significar que se avecina un marrón importante —dijo divertido.

—Esto no es un marrón de esos... —«en realidad para mí sí» pensé, aunque no me atreví a pronunciarlo en voz alta—. Es sobre tu padre.

—Si vas a empezar otra vez a quejarte del tiempo que pasamos juntos, ya puedes ir dejándolo porque a mí me gustan las cosas como están.

Marc cada vez estaba más a la defensiva con todo lo que tuviera que ver con su padre. A mí empezaba a tocarme un poco las narices su actitud y no estaba dispuesta a soportar su insolencia durante mucho más tiempo. A pesar de su madurez, mi hijo no dejaba de tener doce años y, desde luego, no estaba dispuesta a permitir que impusiera su voluntad por mucho que me doliera verlo sufrir.

—Para empezar, me quejaré de lo que quiera cuando me apetezca. Solo faltaría que con la edad que tengo un crío me dictara cómo tengo que vivir —dije con más dureza de la que hubiera deseado, pero con la intención de dejarle claro que quien controlaba las cosas seguía siendo yo—. Para seguir... lo único que quería comentarte es que tu padre y yo hemos cambiado el tiempo que vas a pasar con nosotros.

—¿Qué habéis hecho exactamente? —Pude ver el desconcierto en sus ojos. No tanto por lo que le acaba de explicar sino por el tono que había adquirido mi voz.

—Hemos acordado que pasarás más tiempo con tu padre siempre y cuando eso no altere demasiado ni tu rutina ni tus notas en el colegio —respondí en un intento de sonar un poco más conciliadora.

—Sigues pensando que es una mala influencia, ¿verdad? —Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba intentando provocarme. Pero no lo iba a conseguir.

—Mi opinión sobre este tema no creo que sea relevante. Y menos después de los meses que llevo oyendo tus quejas sobre lo mala persona que soy y lo poco que comprendo las circunstancias de los demás —sabía que estaba siendo un poco dura, pero no encontraba otro modo de afrontar la situación que no fuera con la verdad.

—Ah que esto lo has hecho por mí —respondió él mirándome a los ojos por primera vez desde que habíamos iniciado la conversación.

—Te puedo asegurar que por mí desde luego que no —dije sosteniéndole la mirada e intentando averiguar en qué pensaba con exactitud.

—Pues gracias... supongo. ¿Y en qué va a consistir esta nueva vida?

Odiaba cuando se ponía en plan ser atormentado. Y, en este momento, también me cabreaba que fuera tan maduro y sensible al mismo tiempo. Probablemente con cualquier otro niño de su edad, las cosas hubieran sido diferentes o más llevaderas. Sin embargo, con él todo era siempre así. Cuesta arriba. Muchas cosas se me pasaron por la mente antes de explicarle cómo habíamos modificado su tiempo libre. Incluso a punto de explicarle con pelos y señales el modo en el que se había comportado su amado padre durante muchos años. Pero sabía que era un daño innecesario. Que yo hubiera cometido un terrible error al tener un hijo con la persona equivocada no era culpa suya. Yo era la única responsable de aguantar lo que soporté durante un tiempo y de haber intentado siempre no darle una imagen negativa de Toni. Ahora tenía que apechugar con el resultado de aquella educación.

—Solo quiero que me prometas una cosa —dije en cuanto acabé de explicarle con detalle cuándo y cómo serían las visitas entre semana o el tiempo extra que pasaría con él durante las vacaciones.

—¿Qué? —respondió Marc casi en un susurro porque aún estaba procesando la forma en la que iba a cambiar su vida.

—Lo que pase aquí se queda aquí.

—¿A qué te refieres?

—Las cosas que hagamos tú y yo juntos, las conversaciones que mantengamos entre los dos o cualquier cosa que tenga que ver con nuestra vida es, exactamente eso, nuestro —. El corazón me latía con fuerza y había empezado a sudar. El esfuerzo por mantener a raya todas mis emociones empezaba a pasarme factura.

—Sabes que no soy un cotilla —respondió con aire ofendido.

—Ni yo te estoy diciendo que lo seas. Es simplemente que nuestra vida nos pertenece. De tus cosas le puedes explicar a tu padre lo que quieras, de las nuestras, no.

—¿Dónde está el límite, mamá? ¿Necesito una lista de cosas que sí puedo decir y de las que no?

—Marc en tu cerebro hay una cosa que se llaman neuronas. También estás dotado de bastante sentido común. Úsalos. Seguro que eres capaz de encontrar el equilibrio.

—¿Cómo lo has hecho tú?

—Exacto. Igual que llevo yo más de diez años con la boca cerrada —respondí con bastante brusquedad en un intento de dar la conversación por zanjada.

—Algún día... —empezó a decir Marc con ese vicio suyo de querer alargar las cosas hasta la saciedad.

—Nada. Preocúpate del aquí y ahora. Hoy tienes lo que querías. Pasar más tiempo con tu padre. ¡Disfrútalo!

Durante los siguientes minutos los dos permanecimos en silencio. Él con la vista fija en el batido que ya se había bebido y yo ocupada en encenderme un cigarrillo. Necesitaba algo que me calmara los nervios antes de que fuera demasiado tarde. Al final fue mi hijo quien decidió enterrar el hacha de guerra.

—Gracias —dijo mientras se acercaba a mí y depositaba un beso tibio en la mejilla.

—No hay de qué —me limité a responder al tiempo que sentía cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

Marc se separó después de un buen rato de permanecer abrazados sin decir nada. Tenía muchas cosas que procesar y yo solo deseaba que todo aquello no terminara haciendo daño a la única persona que me importaba: Él.

Pasamos el resto de la tarde cada uno ocupado en sus cosas. El niño haciendo deberes y leyendo. Yo intentando poner al día las fechas de las campañas de publicidad que ya teníamos contratadas. Había una que me preocupaba especialmente. Era un gran cliente que cada año nos encargaba la promoción de sus cremas solares. Me inquietó especialmente que bien entrado el mes de diciembre las cosas estuvieran tan verdes. Revisé los archivos, así como todos los correos que había entre la marca y nuestro equipo hasta que llegué a uno en el que Cristina informaba a todas las personas que trabajaban en el producto que ella personalmente se iba a encargar de gestionar la campaña. No era extraño que se apropiara de las mejores. Para eso era la jefa, claro. Aunque lo que a ella realmente le motivaba era la generosa bonificación económica que había si las cosas salían bien y las cifras de ventas superaban lo esperado. Releí todo un par de veces con la intención de dejar de preocuparme por el tema y pasar a otra cosa. Pero había algo en todo aquello que me inquietaba. Los plazos, el planteamiento de la campaña... todo era muy básico y estaba poco definido. Estaba anotando en la agenda preguntarle por el tema en cuanto tuviera ocasión cuando sonó el timbre de la puerta. Pasaban de las ocho de la tarde y no esperaba a nadie. Mi hermana tenía llaves de casa y Jorge siempre avisaba de que iba a pasar a vernos. En cuanto abrí, una Marta completamente desolada se arrojó a mis brazos sin apenas poder controlar el llanto.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —dije agarrándola con fuerza del brazo e intentando que caminara hacia el salón.

—Se ha ido, Victoria. ¡Todo se ha acabado! —respondió entre hipidos y sin apenas poder respirar.

—¿Quién? ¿Dónde? —fueron las únicas preguntas que salieron de mi boca

—¿Qué va a pasar ahora, Vic? ¿Por qué? —volvió a decir presa de la histeria.

—A ver siéntate —dije mientras la empujaba suavemente por los hombros

para que se acomodara en el sofá— respira hondo e intenta tranquilizarte.

—¡Y una mierda! ¡Me voy a morir! —gritó con tanta fuerza que provocó que Marc saliera corriendo de su dormitorio.

—¿Tía qué pasa? ¿Te encuentras bien? —dijo el niño con apenas un hilo de voz por la impresión que le había causado ver a mi hermana en aquel estado.

—No, pero se me pasará —logró responder con bastante calma para lo fuera de sí que yo sabía que estaba.

—Marc hijo... ¿Nos puedes dejar un rato solas? —Sabía cuánto odiaba que le hiciera aquello. Pero necesitaba saber por qué Marta estaba así de desquiciada.

—Sí —respondió él para mi completa sorpresa.

En cuando la criatura regresó a su habitación yo fui directa a la cocina y preparé una doble dosis de tila para ella. Necesitaba que dejara de llorar, pero, sobre todo, que pudiera respirar con cierta normalidad. En cuanto el agua hirvió, la vertí en una taza y volví al sofá.

—Ahora intenta respirar. No pienses en nada. Solo en llenar tus pulmones de aire —dije mientras dejaba la taza de tila sobre la mesa para que se enfriara.

—No puedo... no lo entiendo —repitió para volver a dejarse llevar por un ataque de llanto desesperado.

—Escúchame. Sí puedes. Solo escúchame—dije empezando a asustarme por el estado en el que se encontraba.

Pasé los siguientes minutos tratando de que se concentrara en el sonido de mi voz. Poco a poco dejó de gemir e hiperventilar, para simplemente llorar con dolor, aunque de forma más pausada.

—Venga y ahora cuéntame qué te pasa —dije en cuanto intuí que estaba lo suficientemente tranquila.

—Manel se ha ido.

La vida me había preparado para muchas cosas, pero no para oír algo como aquello. Mi cuñado era el hombre perfecto. Demasiado silencioso y

tímido para mi gusto, pero sin duda alguna, el amor de su vida para mi hermana. Llevaban juntos tantos años y el día a día parecía ser tan sencillo para ellos, que jamás se me había pasado por la mente que no estuvieran juntos. Ciertamente que había aparecido como de la nada su reciente necesidad de ser padre. Algo que ahora parecía haberse convertido en algo crucial. Sin embargo, cuando me lo explicó yo no le había dado más importancia. Estaba completamente convencida de que el amor que sentían el uno por el otro haría que fueran capaces de encontrar una solución a aquel problema. Al parecer me había equivocado.

—¿Irse a dónde? —dije aun a riesgo de parecer un poco imbécil.

—¡Se ha hecho un Toni, Vic! ¡Se ha largado! —respondió abrazándose de nuevo a mí.

Cuando mi exmarido se largó sin dar ningún tipo de explicación, mi hermana y Jorge bautizaron aquella proeza como «hacerse un Toni». Por supuesto, yo me enteré de aquello mucho tiempo después, cuando las heridas habían cicatrizado lo suficiente como para poder incluso reírme a carcajadas de la ocurrencia. Sin embargo, por mucho que ahora estuviera viendo a Marta completamente destrozada, me costaba creer que su marido se hubiera despedido así a la francesa.

—¿Estás segura de eso? —Era la estupefacción la que hablaba, por supuesto.

—No estaba en casa cuando he vuelto del trabajo. Ni él ni sus cosas. ¡Se lo ha llevado todo, Victoria! ¡Me ha dejado!

—Joder...—fue todo lo que pude articular.

—¿Y ahora qué? —dijo rota de dolor

—¿No te ha dado ninguna explicación? ¿Alguna nota? —Sabía perfectamente cómo se sentía en aquel instante. También era consciente de que, si en realidad Manel se había largado, poco consuelo habría para ella. Pero tenía que hacer lo necesario para conseguir que se sintiera un poco mejor. Aunque fuera hacer preguntas estúpidas como aquellas.

—Ha dejado esto en la mesa del salón.

Se llevó la mano al interior del bolsillo del abrigo y sacó un trozo de papel completamente arrugado. Me lo dio y empezó a gemir de nuevo. Yo me

esforcé por extenderlo sin romperlo. Ella había tratado aquel pedazo con tanta rabia que estaba hecho un auténtico gurrño. En cuanto lo desplegué por completo reconocí la pulida caligrafía de mi cuñado. Tan solo tres frases y un mensaje demoledor.

*Lo siento mucho, Marta.*

*La situación me supera.*

*Te quiero y te querré siempre.*

«Joder con Manel» fue lo primero que acudió a mi mente. Lo segundo... la extremada facilidad con la que una persona puede joderle la vida otra con un puñado de palabras muy bien escogidas. Me sentía inútil y frustrada porque, para mí, el mensaje estaba tan claro como para ella. Supongo que para mi cuñado, el hecho de que ella no hubiera dado su brazo a torcer en el tema de la maternidad era motivo más que suficiente para marcharse de aquel modo y terminar con una relación de toda la vida. Desde luego yo no estaba allí ni para juzgarlo a él ni para montar en cólera por el daño que le había causado a su mujer. Ahora lo único que podía hacer era estar con mi hermana y escuchar todo lo que quisiera decir. El problema residía en que ella era incapaz de dejar de llorar y de repetir que la habían abandonado.

—¿Qué va a pasar ahora? —consiguió decir después de un buen rato.

—Cariño, lo que tú quieras que suceda —me limité a responder con la amargura que provocan ciertas experiencias de la vida.

—¿A qué te refieres?

—Existen un montón de opciones. Aunque tú no las puedas ver porque el dolor no te lo permite. Y es lógico. Pero hay mil decisiones que puedes tomar en cuando seas capaz de tranquilizarte un poco.

—¿Cómo cuáles?

—Podemos intentar contactar con él, pedirle una explicación un poco más extensa, instarle a que dé la cara y te argumente por qué se ha comportado así... Hay mil alternativas.

—También puedes enviarlo a tomar por culo y mandarle un buen virus a su teléfono —dijo mi hijo desde la puerta del salón. No tenía ni idea cuánto tiempo hacía que estaba allí, pero había quedado claro que se había enterado de todo.

—No es mala idea esa —dijo mi hermana con media sonrisa—. ¿Tú me ayudas a joderle la vida?

—¡Cuenta con ello! —respondió Marc encantado de poder formar parte de todo aquello.

—De momento bébete la infusión y luego ya conquistaremos el mundo —añadí con la intención de quitarle un poco de dramatismo al asunto.

Ella obedeció. A continuación, se puso a hablar con su sobrino sobre una serie de ciencia ficción a la que los dos estaban enganchados. Siempre había admirado la capacidad que tenía para seguir adelante aun cuando apenas tuviera fuerzas para ello. ¡Ojalá en otro tiempo yo hubiera sido igual! Después de observarlos un rato en silencio, hice un ejercicio de madurez y marqué el número de un servicio de comida a domicilio. Sabía que la noche iba a ser larga. Al menos que nos pillara con el estómago lleno y el corazón un poco menos encogido.

## ~ CAPÍTULO 15 ~

Cuando sonó el despertador nos estábamos tomando la enésima copa de vino. Ella había insistido en abrir algo más fuerte, pero sabía que lo único que conseguiríamos con aquello sería tener una resaca de tres pares de narices y ver el futuro bastante más negro de lo que ya parecía. Mi hermana había pasado llorando y maldiciendo gran parte de la madrugada. Sin embargo, en ningún momento cogió el teléfono para intentar contactar con su marido. Esto me sorprendió bastante. Lo hacía porque cuando yo estuve en su misma situación me volví loca con el dichoso teléfono e intenté hablar con Toni como unas tres mil veces al día. Sabía que no era el mejor momento para mencionarle ese detalle, aunque también era importante que llegáramos a alguna conclusión antes de que me tuviera que ir al despacho. Me dolía en el alma dejarla en aquel estado, pero tal y como estaban las cosas, no podía permitirme un día libre.

—¿Qué planes tienes para hoy? —dije tratando de sonar despreocupada y de paso sondear si todavía tenía la cabeza en su sitio.

—Ahogarme en bourbon —respondió mientras apuraba su copa de vino.

—Muy de serie americana eso, ¿no?

—Pues parece que a ellas les funciona porque a los dos días ya se están tirando a otro —dijo con bastante acritud.

—No creo que tengas problemas para irte a la cama con quien te apetezca —añadí con una sonrisa—. Si no los tengo yo... imagina tú con ese cuerpo y ese cerebro que la genética te dio.

—Para lo que usas esa posibilidad... —Marta sonrió por primera vez después de pronunciar esas palabras. Estaba claro que meterse conmigo era algo que la seguía motivando incluso en un momento como aquel.

—¡Qué sabrás lo que utilizo o no!

—¿Ya te has acostado con el pollo ese? —dijo y todo su cuerpo se puso en alerta. ¡Como le gustaba un buen cotilleo a la muy jodida!

—En primer lugar, se llama Martín y en segundo no... No me he acostado con él, aunque el otro día me vio en la cama —respondí con toda la intención de animarla y que dejara de pensar en sus problemas.

—Y no ha vuelto a llamarte desde esa espantosa visión, claro.

Me giré con brusquedad y le solté un puñetazo en el hombro que provocó que se quedara medio tumbada en el sofá muerta de risa. Al verla así no pude evitar reír con ella. Lo cierto es que debía tener un aspecto lamentable después del numerito que monté al desmayarme en pleno desayuno. Y también era verdad que no había vuelto a saber nada de Martín desde aquel día. Tampoco me extrañaba mucho. Le debía un montón de respuestas a sus mensajes y supongo que había interpretado que pasaba olímpicamente de él. Hice una nota mental de ponerme al día lo antes posible. Me daba apuro quedar mal con alguien que tanto interés estaba mostrando conmigo y, además era un buen amigo de Jorge.

—Ahora en serio... ¿Qué piensas hacer?

—Pues irme a casa, ducharme y luego ir a trabajar. ¿Acaso tengo otra opción? —dijo mi hermana con los ojos vidriosos por las lágrimas que amenazaban con escaparse de nuevo.

—Te puedes quedar aquí, desayunas con nosotros, intentamos que se nos pase la tontería que nos ha dado todo el vino que hemos bebido, te presto algo de mi ropa y luego te vas al despacho o a donde te dé la gana.

No era muy buena idea que regresara sola a una casa vacía. Y menos cuando lo peor todavía no había pasado. Sabía que, si se encabezonaba en no contactar con Manel o si él no daba señales de vida en las próximas horas, las emociones de mi hermana irían a peor.

—Por una vez y sin que sirva de precedente me pondré alguno de tus trapos —dijo con más ánimo del que sabía que en realidad sentía—. Por ahora paso de volver allí y enfrentarme con la verdad.

—¿Vas a llamarle?

—Victoria... No tengo ni puta idea de lo que voy a hacer.

Marta utilizaba muy pocas veces mi nombre completo. Así es que decidí que sería mejor dejar el tema y esperar a que ella fuera digiriendo las cosas o tomando decisiones. Me levanté del sofá no sin dificultad. Llevaba horas allí

sentada de cualquier manera. Luego fui a la cocina y puse a buen recaudo el alcohol que estaba más a mano. No tenía muy claro si mi hermana iba a hacer lo que había dicho o si, al final, sucumbiría a la angustia que llevaba en su interior ingiriendo mis bebidas espirituosas. La prefería llorona y sobria a impertinente y borracha. Después fui directa a la ducha.

Tres cafés, una dosis de ibuprofeno impropia de humanos y medio kilo de maquillaje me dejaron más o menos lista para otra jornada de trabajo. Marta se había ofrecido a acompañar a Marc al colegio y él estaba encantado. Me alegró saber que, a pesar del drama, aún tenía ganas de estar en contacto con la vida real. Los dejé a ambos poniéndose tibios de leche con galletas y salí de casa. Si no me daba prisa llegaría tarde y lo último que me quería era tener que aguantar a mi jefa sin haber pegado ojo, resacosa y muy preocupada por mi hermana.

Me sorprendió encontrar a Cristina tan temprano en el despacho. No era muy normal verla aparecer antes de las diez de la mañana a menos que tuviéramos que entregar una campaña o que se hubiera producido una catástrofe. Enseguida mi mente se puso a funcionar a toda velocidad. No teníamos nada urgente. Al menos no que yo recordara. Entonces... No me dio tiempo a pensar en nada más porque oí la voz de mi jefa alta y clara justo detrás.

—Tenemos que hablar —dijo con el tono de voz justo para que los compañeros que ya se encontraban allí pudieran enterarse.

—¿Qué necesitas? —respondí en un intento por sonar lo más profesional posible y por no quedar fatal delante de las personas con las que trabajaba a diario.

Cristina no respondió y se limitó a andar con paso firme en dirección a una de las salas de reuniones que había en aquella planta. Me sorprendió que no regresara a su despacho, pero no dije nada. La notaba bastante enfada y no quería contribuir a que se le fuera la olla ya de buena mañana.

—¿Se puede saber cuándo pensabas contármelo? —dijo en cuanto entramos en la sala y antes de que pudiera sentarme.

—¿Contar qué? —respondí sin tener la más mínima idea de a lo que se estaba refiriendo.

—Ni te atrevas a hacerte la tonta, Victoria —me lanzó una de sus clásicas

miradas de desear la muerte a todo el mundo y el corazón empezó a latirme con tanta fuerza que pensé que iba a darme un infarto. Aun así, no estaba dispuesta a dejarme amedrentar por ella.

—Si me explicas de qué se trata, a lo mejor te lo puedo aclarar—dije mirándola directamente a los ojos.

—¡La campaña de Cell! —respondió tan alto que estuve convencida de que incluso la habían oído desde la calle.

—En primer lugar, no me levantes la voz —dije mientras notaba cómo me temblaba todo el cuerpo y probablemente bajo los efectos del vino de la madrugada— y en segundo te ocupaste de dejar bien claro que tú te encargarías de eso.

—¿Vas a tener la desfachatez de echarme el muerto encima? —Cristina se iba indignando casi a la misma velocidad a la que a mí se me abría la boca de lo alucinada que estaba con toda la situación.

—No. Pero justamente ayer estuve revisando los correos de esa cuenta y en ellos se deja constancia de que la responsable de la cuenta eras tú —estaba cavando mi tumba y lo sabía. Muy poca gente había sobrevivido después de llevarle la contraria a aquella mujer, pero algo en mi interior se había revelado y mucho con la situación.

—Si eso fuera así no me habría llamado el cliente casi a la misma hora del amanecer hecho una furia porque no tiene ni idea de lo que vamos a hacer con su campaña.

—Revisa los mails y verás que lo que digo es cierto. No obstante, creo que nadie en el departamento tendrá problema alguno en ponerse a trabajar enseguida para empezar a organizarlo todo.

No le di tiempo a responder. Me di media vuelta y me alejé casi con más rapidez que cuando había llegado. A pesar del temblor de piernas que llevaba, traté de ofrecer a los demás mi imagen más serena. Me senté frente al ordenador, lo encendí y traté de concentrarme en el trabajo. Por supuesto, lo primero que hice fue recuperar los dichosos correos en los que quedaba claro quién debía hacerse cargo de la campaña. Estaba convencida de que los iba a necesitar. A continuación, convoqué a todo el equipo para una reunión unas pocas horas después no sin antes pedirles que vinieran con unas cuantas ideas ya en mente.

—¡Vaya cojones le has echado! —dijo Laia en un susurro y acercándose a mi mesa casi de puntillas.

—Ahora no... —respondí seria, aunque con amabilidad.

—Sabes que no va a dejar esto así, ¿verdad?

—Sé con quién trabajo, sí. Pero ahora mismo tenemos un montón de cosas de las que ocuparnos —dije sin mostrar el pánico que me estaba provocando pensar cuál sería el siguiente paso de Cristina—. Te prometo que si llegamos a tiempo a esta campaña nos iremos al bar a quemar algo.

—¡A la bruja! —añadió Laia emocionada.

Permanecí seria hasta que mi compañera regresó a su cubículo. Entonces sí me permití una sonrisa. Me gustaba estar rodeada por gente tan joven. Ellos todavía conservaban aquel espíritu guerrero y la valentía para decir lo que pensaban en cada momento. Me pregunté cuándo había perdido yo el don de verbalizar lo que pasaba por mi mente. Enseguida comprendí que empecé a callar el mismo día en el que tuve que afrontar responsabilidades familiares. No me arrepentía en absoluto de la decisión, aunque tal vez había llegado el momento de enseñar algo más la patita. Igual acababa en la cola del paro, pero empezaba a estar un poco harta de ser el saco de boxeo de una señora que se creía mucho mejor que el resto del universo.

Antes de volver al trabajo le envié un mensaje a Marta para ver cómo se encontraba. Me preocupaba haberla dejado sola en un momento como aquel. Luego tecleé otro rápido para Martín.

*Sé que suena a excusa barata, pero no me da la vida.*

*Gracias por hacerte cargo de todo el otro día.*

*Te debo una ;*

Ni siquiera lo releí antes de enviarlo. Quería que fuera algo fresco y espontáneo. Una forma de decirle que me había acordado de él y, aunque mi intención más inmediata no fuera empezar una relación con un hombre, quería tenerlo cerca. Tal vez fuera egoísta, pero para mí era un gran avance si tenía en cuenta que no había querido saber nada de los hombres en casi una década.

Apenas unos segundos después, mi teléfono vibró sobre la mesa. Desvié la vista del ordenador al móvil. Era Martín.

*Nada que agradecer.*

*¿Estás mejor? ¿Todo en orden?*

«Pues si me hubieras escrito esto mismo ayer te hubiera dicho que sí» pensé. Pero a ver cómo le explicaba yo todo lo que había sucedido durante las últimas veinticuatro horas. Al final opté por la sinceridad, pero con delicadeza.

*Yo estoy bien, sí.*

*Problemas en el trabajo.*

*Sobreviviré*

*Él respondió casi al instante.*

*Cuando sientas que solo sobrevives...*

*¡Lláname!*

*Sé de un vino que lo cura todo.*

Tengo que admitir que, en cuanto leí aquellas tres frases el corazón me dio un vuelco y se me dibujó una sonrisa simplona en los labios. Ya no tenía edad para estos tonteos. ¿O sí? Tampoco es que hubiera nada malo en aquel intercambio de mensajes ni en nada de lo que habíamos hecho Martín y yo hasta el momento. Era cierto que en las últimas semanas me había sorprendido pensando en él y en el poco tiempo que habíamos pasado juntos. No había nada más allá de eso, pero saber que estaría si lo necesitaba hacía que me sintiera un poco mejor. Obvié responderle y mi mente regresó enseguida al modo trabajo. Me había caído encima un marrón de los buenos, pero estaba dispuesta a salir airoso de él.

\*\*\*\*\*

Victoria y sus eternos silencios. Empezaba a acostumbrarme al hecho de que no me respondiera. Nadie la obligaba a ser, tal vez, tan loco como yo. Llevaba semanas preguntándome qué tenía esta mujer que provocaba estas sensaciones en mi interior. Había momentos en los que veía con claridad que debía dar un paso atrás. Alejarme de todo lo que implicara sentir algo más que simpatía o cierto cariño. Sin embargo, en otros era imposible frenar mis ganas de estar con ella, de compartir mucho más, de poder tocarla y hablarle como si toda una vida de recuerdo y dolor ya no importara.

Desde que había estado en su casa prácticamente no había podido pensar en otra cosa. A pesar de mis esfuerzos por llenar con trabajo el poco tiempo libre que me dejaban las clases, las correcciones y los cursos, mi mente siempre regresaba a ella. Tenía claro que deseaba mantener las distancias. Apenas había respondido a mis mensajes y no la culpaba por ello. ¿Quién quiere complicarse la vida hoy en día? La respuesta se dibujaba en mi mente cada vez con más claridad. Y aquello me acojonaba. Una mujer y un niño casi adolescente. ¿En serio me iba a meter en aquel berenjenal?

\*\*\*\*\*

Eran más de las nueve de la noche cuando por fin conseguí cerrar el ordenador del despacho. Hacía ya un buen rato que casi todo mi equipo se había marchado. A pesar de la situación tan al límite que estábamos viviendo, todos ellos habían reaccionado a la perfección aportando sus mejores ideas e implicándose al máximo. Todos sabíamos lo que supondría perder a un cliente como Cell. La mejor parte sería tener que aguantar las gilipolleces de Cristina,

pero si fallábamos con la campaña, podíamos terminar todos en la calle. La primera yo. Durante la última hora había estado filtrando las mejores propuestas y redactando una a la que no se le pudiera poner ninguna pega. Era consciente de lo difícil que era innovar en la elaboración de anuncios para toda una gama de protectores solares. A simple vista, todo parecía estar inventado. Sin embargo, a base de estrujarnos el cerebro y también de dejarnos llevar por los productos que nos gustaría encontrar en los lineales de venta, pero que todavía no existían, habíamos encontrado una línea de trabajo que tenía muchísimas posibilidades.

—Los demás están en el pub —dijo Laia junto a mi mesa mientras se ponía el abrigo y cruzaba el bolso sobre él—. Vente y nos desestresamos un rato, anda.

—¿Qué imagen os estaría dando si me fuera a ponerme hasta arriba de chupitos con vosotros? —respondí con una amplia sonrisa y con una pizca de envidia. ¡Ojalá conservara la energía de los veinte años!

—La de una jefa enrollada.

—Pensaba que eso ya lo era...

—Sí... bueno... no pretendía insinuar lo contrario—. Cuanto más intentaba enmendar sus palabras, mayor era el rubor en sus mejillas.

—Era broma —dije sin poder evitar una pequeña carcajada—. Pasadlo bien, pero no vengáis muy perjudicados mañana. Tenemos muchísimo trabajo que hacer.

—¿Por quién nos tomas? —respondió con un tono ofendido que no fue capaz de mantener ni siquiera tres segundos—. Les diré a los chicos que se comporten... jefa.

Vi cómo se alejaba subida en sus ya míticos tacones de vértigo. Aquella era una de las pocas mujeres que conocía capaz de mantener el tipo con unos zapatos de diez centímetros que se colocaba a las siete de la mañana y que no se quitaba hasta bien entrada la noche. Laia solía bromear sobre el tema y argumentaba que le eran indispensables para que el mundo la tuviera en cuenta. Apenas metro cincuenta y poco más de altura hacían parecer a aquella morena de ojos azules un hada mágica. Si ya mostraba lo que ocultaba su brillante mente, era del todo irresistible. De hecho, cada vez que contratábamos a un nuevo asistente éramos conscientes de que no empezaría a

producir hasta que hubiera sobrevivido al efecto Laia. A aquella capacidad suya de dejar sin aliento a casi cualquier humano con tan solo pestañear. Yo estaba completamente convencida de que llegaría muy lejos en la vida y, desde hacía unos meses, tenía la sensación, de que no tardaría mucho en abandonar la empresa para volar por su cuenta.

Ya en la calle llamé a casa para asegurarme de que mi hermana y mi hijo estaba bien. Marta me había enviado un mensaje a la hora del almuerzo en el que me informaba que, solo durante unos pocos días, se instalaría con nosotros. Desconocía si había hablado o no con Manel y tampoco tenía muy claro si había ido a trabajar. Después me había llamado para decirme que se llevaba a Marc a la bolera y no había vuelto a saber nada de ellos.

—Acabo de terminar ahora. Estoy muerta —dije en cuanto reconocí su voz al otro lado del teléfono—. ¿Necesitáis algo?

—Tranquila. Estamos perfectamente. Incluso hemos cenado —respondió con un tono más jovial del que hubiera esperado dadas las circunstancias.

—No habrás estado bebiendo, ¿verdad?

De acuerdo. Me acababa de comportar como un orco. Incluso peor... Como una madre histérica. Mi hermana no era de las que pierde la cabeza con facilidad, pero sí era un poco aficionada a tomar medidas drásticas cuando las emociones la desbordaban como en este caso.

—¿De verdad crees que me pondría en plan alcohólica de *Falcon Crest* con mi sobrino delante? —dijo bastante molesta.

—La borracha estaba en Dallas —respondí en un intento de corregir mi tremenda metedura de pata.

—*Dallas, Falcon Crest, Dinastía...* Todas unas putas zorrascas con dinero hasta en los tampax y rodeadas de tíos tremendos que se las empotraban a cualquier hora.

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por aguantar la risa. Después de oír la parrafada que me acababa de soltar quedaba claro que estaba más que sobria, aunque me costaba encajar toda aquella ironía y acidez con la mujer a la que yo había dejado en mi casa por la mañana.

—No sé si las feministas tendrían algo que añadir a tu particular análisis de las series con las que pasamos nuestra compleja adolescencia —dije aun

conteniendo una carcajada— pero te rogaría que no compartieras con Marc estas reflexiones tan profundas.

—Es un chico inteligente. Ya lo descubrirá por sí mismo —respondió divertida.

—Pensaba ir a casa dando un paseo para despejarme —comencé a decir, pero no tuve tiempo de añadir mucho más.

—Deberías salir con alguien, tomarte una copa, reírte, echar un polvo... Aquí lo tenemos todo controlado, de verdad.

Estaba a punto de responderle la primera barbaridad que se me había pasado por la cabeza cuando me di cuenta de que tenía razón. Siendo sincera, lo último que me apetecía después de la jornada de trabajo que llevaba encima, era marcharme a casa a meterme en la cama. Tenía la cabeza en plena ebullición tras haber redactado las propuestas para la campaña de publicidad. Era consciente que si me retiraba a la paz del hogar pasarían horas antes de que apareciera el cansancio. Sabía que parte de mi equipo estaba en el pub de enfrente dando buena cuenta de unas cervezas. Al menos así esperaba que fuera. Pero la idea de soportar a un grupo de veinteañeros excitados en pleno subidón de alcohol y estrés no era lo que más me apetecía. Antes de responderle ya tenía claro dónde iba a ir y con quién.

—Creo que me tomaré una cerveza —dije sin especificar nada más.

—¡Así me gusta! Relájate y, si te surge la ocasión, ¡Ya sabes!

—No... —respondí sintiéndome bastante estúpida y perdida.

—Hija pareces tonta. ¡Nabo que vuela a la cazuela! —gritó mi hermana con tanta energía que estaba segura de que la habían escuchado desde el monasterio de Montserrat.

—¡Marta por Dios! —dije, ahora sí, sin poder controlar las carcajadas—. Dime que no te has metido nada raro. Me estoy empezando a preocupar....

—Mamá no seas pesada. Estamos bien y queremos volver a nuestra partida de *play* —la voz de Marc me llegó de forma clara. Debía estar pegado a su tía, con cara de asco y maldiciendo porque la histérica de su madre no los dejaba en paz.

—¿Ves? Ya te he dicho que estábamos bien —dijo algo más serena.

—De acuerdo. Pero a las diez en la cama y... ¡Nada de chocolate!

—Que sí abuela. Anda disfruta de la noche por las dos —respondió y, a continuación, colgó.

Me quedé con el teléfono pegado a la oreja preguntándome cómo era posible que la persona que se había desecho en llanto entre mis brazos unas horas atrás, ahora estuviera tan calmada. No pude evitar pensar en cómo me sentía yo cuando Toni se marchó. Cierto que ella y yo éramos mujeres diferentes con un carácter también muy distinto, pero siempre había creído que el dolor dejaba a las personas en coma. Al menos durante un tiempo. Decidí no pensar más en el tema aquella noche. Ya hablaría con ella en cuanto tuviera oportunidad.

Marqué el número de Jorge. Me respondió al segundo tono y me dio la sensación que esperaba mi llamada. Jodida Marta. Seguro que ya lo había puesto al día de todo, incluido el hecho de hacía de canguro de su sobrino para que yo me emborrachara. Ya podía leer incluso el mensaje de texto que le habría enviado.

—Mujer blanca, soltera, busca... —dijo a modo de saludo.

—¡Qué lengua más larga tiene mi hermana! —respondí con un fingido enfado.

—Más bien los dedos. Es la más rápida al otro lado del Llobregat.

—Si empiezas con el *glamour* llamo a otro —dije divertida.

—Cariño es lo que hay cuando vives justo al lado del aeropuerto.

—Es el precio que hay que pagar por querer un loft espacioso, tranquilo y no querer vender los riñones para pagarlo —respondí sin parar de reír.

—¡Cuánta razón, nena! Pero así es más fácil ocultar los cadáveres cuando la gente se me vuelve loca en la consulta.

Jorge era uno de los psiquiatras más respetados no solo de España, sino también a nivel internacional. Viajaba continuamente por todo el mundo dando conferencias y participando en convenciones con nombres impronunciables. Solía hablar poco de su trabajo y, por eso, en una ocasión caí en la tentación de buscarlo en Google. Así fue como descubrí que era bastante más del simple médico que pretendía hacernos creer. Participaba en un proyecto de

investigación internacional sobre células madre y se le consideraba casi Dios en enfermedades degenerativas como el Alzheimer y la ELA. Por supuesto, yo nunca se lo había contado. Si él era feliz quitándole importancia a la enorme labor que realizaba, no iba a ser yo la que rompiera la magia.

—Claro como nadie sabe en qué hospital trabajas...

—Anda perra píllate un taxi y vente. Te pasaría a buscar, pero aún no me he repuesto del último turno de guardia.

—En veinte minutos estoy —dije feliz por poder contar con un amigo como él.

El taxi me dejó justo en la entrada de lo que, visto desde fuera, parecía un funcional edificio de dos plantas con más aspecto de formar parte de la Terminal 2 del Aeropuerto, que como la lujosa vivienda que en realidad era. Pero así eran las grandes mentes. Austeridad en el exterior. Un auténtico placer en el interior. Y el loft era exactamente así. Ni siquiera tuve que pulsar el botón del timbre. Apenas había puesto un pie en el escalón de la entrada cuando la puerta se abrió. Pocos segundos después descubrí la silueta de mi amigo al final de los siete escalones que la separaban del exterior. Subí los peldaños con rapidez y luego me abracé a él con fuerza.

—Necesitabas un tío que te hiciera mimitos, ¿eh? —dijo mientras me apretaba con aquel ímpetu tan suyo y con el que siempre conseguía hacerme sentir a salvo.

—Ahora que lo dices... —respondí mientras me hundía más entre sus brazos.

—Pues pasa al bar que igual te gusta lo que ves...

Hubo algo en el tono de su voz que me desconcertó. Sin embargo, le obedecí. La zona de la casa a la que solíamos llamar el bar era exactamente aquello. Un espacio de más de veinte metros cuadrados presidido por dos enormes sofás de cuero. Enfrente de ellos, una barra de madera traída de un exclusivo club escocés. Justo encima, una estantería sobre la que descansaban los mejores malts del mercado. Aquella parte de la casa era, sin duda alguna, una de nuestras favoritas. Cuántas veladas habíamos pasado allí compartiendo locuras, debatiendo sobre una novela o intentando cambiar el mundo. En aquel bar habían pasado muchas cosas. Algunas de ellas realmente vergonzosas como aquella vez que...

Fue imposible seguir pensando. Apenas me había adentrado unos pocos pasos cuando vi la nuca de un hombre moreno que sobresalía bastante del sofá. Mi mente supo quién era antes de que mis ojos tuvieran tiempo de confirmarlo. Martín. A él le debió de alertar el sonido de mis tacones sobre el suelo de madera porque, antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, se puso en pie y camino hacia mí.

—No hacen falta las presentaciones, ¿verdad? —dijo Jorge con malicia justo a mi espalda.

—Victoria... —susurró él con ese tono sensual que tanto me afectaba.

—Hola... No esperaba encontrarte aquí —respondí intentando sonar lo más natural posible.

—Yo tampoco —añadió él con brusquedad—. Quiero decir que no esperaba verte...

Aquella última palabra quedó suspendida en el aire. No hacía falta ser muy lista para poder interpretarla. Acababa de dejar más que clara, no ya su intención de volver a vernos, sino que esperaba que eso sucediera pronto. No sabía demasiado bien cómo actuar. El hecho de que Jorge estuviera asistiendo divertido a todo aquello me ponía más nerviosa todavía.

—Yo... Bueno... No suelo venir aquí entre semana. Pero hoy... he tenido un día complicado y... —cuanto más hablaba mayor era mi sensación de estar haciendo el gilipollas.

—No te justifiques anda —dijo Jorge haciéndose cargo de la situación—. Reconoce que me echabas de menos y que te morías por probar mi ya mítico pollo Kentucky.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, mi estómago rugió con fuerza. Un motivo más por el que ruborizarme, claro.

—Vaya... tenemos hambre —dijo Martín divertido.

—Anda poneos cómodos que voy a ver cuánto le queda a la cena —dijo Jorge en un intento nada discreto de dejarnos a solas.

—Antes necesito ir al baño —añadí con la mejor de mis sonrisas paseando la mirada de uno a otro.

Abandoné la zona del bar en dirección al otro extremo de la casa. Noté

que mi amigo me seguía. Y, en cuanto estuvimos lo bastante alejados dejé salir toda la confusión y vergüenza que había en mi interior.

—¿Se puede saber qué intentas? ¿Me has organizado una cita? —dije esforzándome por no levantar demasiado el tono de voz.

—¿Por quién me tomas? —respondió él entre divertido y ofendido.

—¡Eres la jodida Celestina!

—Anda cari... relájate. Estaba tomando una copa con Martín cuando me ha llamado Marta para decirme que pensabas irte a beber sola. Él ya estaba aquí.

—¿Y te ha contado también lo que le pasa o solo te pone al corriente de mi vida?

—Sí... algo me ha explicado. Pero ya hablaremos de eso cuando estemos... a solas —dijo al tiempo que dirigía la cabeza en dirección al bar—. Ahora date prisa y no hagas esperar a los invitados —añadió mientras y me dio una suave palmada en el trasero para luego desaparecer en dirección a la cocina.

Mientras me lavaba las manos y me repasaba el maquillaje frente al espejo pensé en lo extraño que era todo aquello. Todavía no había podido descubrir qué era exactamente lo que unía a Martín con Jorge. A juzgar por el modo en el que se hablaban, existía entre ellos un vínculo muy estrecho. Mi lado cotilla se moría de ganas de saber qué se trataba con exactitud. Sin embargo, mi parte aventurera ya estaba retocándome el peinado y cantando emocionada ante la idea de pasar las próximas horas en su compañía. Antes de regresar al bar, sonreí frente al espejo. Tal vez haberle hecho caso a mi hermana había sido hasta una buena idea.

## ~ CAPÍTULO 16 ~

Cuando regresé encontré a Martín detrás de la barra sirviendo tres copas de whisky. Era demasiado temprano para una bebida tan fuerte. Sin embargo, después del día que llevaba, seguro que me sentaba bien. En cuanto él se dio cuenta de mi presencia sonrió de forma bastante enigmática. Eso me llevó a pensar si no habrían estado hablando de mí antes de que llegara. Enseguida deseché la idea. Jorge podía ser muy cabroncete, pero no tanto como para algo así. Me acerqué con paso decidido y me senté en uno de los taburetes. Mi cuerpo y, en especial, mi rostro, quedó a pocos centímetros del suyo. Si le estaba divirtiendo el juego, ¿qué tenía de malo que yo me lo pasara igualmente bien?

—¿Con hielo... con coca cola? —dijo pronunciando las últimas palabras con cierto temor.

—Solo, por favor —respondí y sonreí al ver su gesto de aprobación.

—Te gustan las cosas fuertes —añadió mientras servía una generosa medida de Macallan en el vaso.

—Y las sencillas también —dije divertida—. Además, si Jorge entra y me ve profanando sus bebidas con algo que no sea el aire que nos envuelve, sería capaz de matarme.

—Cierto. A él incluso el hielo le parece un sacrilegio. ¿Un día duro? —dijo mientras me tendía el vaso y se acercó tanto que incluso pude sentir su tibio aliento sobre los labios.

—Más bien una jornada para olvidar. Aunque mañana promete ser incluso peor —añadí y pensé en la cantidad de trabajo que se avecinaba—. Pero eso será dentro de unas horas —dije mirándole por primera vez a los ojos desde que nos habíamos encontrado.

Se me encogió el estómago en cuanto me perdí en aquel verde tan intenso. Había tantas tonalidades distintas en ellos y, sin embargo, tanta claridad, que me quedé atrapada en ellos. Nunca se me había dado demasiado bien la

interpretación de los estados de ánimo de los demás a través de un simple gesto. Pero en aquellos ojos podía leer perfectamente una emoción que me cautivó: Serenidad. Me fascinó tanto por la intensidad con la que percibía ese sentimiento como por el hecho de una persona relativamente joven pudiera disfrutar de algo así y transmitirlo de aquel modo. No tenía ni idea de lo que se podía ver en los míos. Pero deseaba que, al menos, no se reflejara el temor que me producía tener a alguien tan sincero frente a mí. No es que yo tuviera la intención de mentirle. Pero había pasado años construyendo un montón de barreras emocionales que no iban a ser tan sencillas de derribar. Noté una de sus suaves manos sobre la mía y cómo sus dedos acariciaban el dorso provocándome un placentero cosquilleo a lo largo de la espalda. Creo que entreabrí ligeramente los labios con la intención de poder canalizar todas las emociones que se estaban produciendo en mi interior. Pero Martín no se acercó. Se limitó a quedarse allí, apenas rozándome mientras el corazón me latía con tanta fuerza que incluso me atrevería a asegurar que él podía escuchando.

De pronto dejé de sentir su aliento y los dedos dejaron de acariciarme la mano. Fueron sustituidos por el vaso de cristal, aunque, en ningún momento perdimos el contacto visual.

—Para recordar. Siempre —dijo Martín casi en un susurro al tiempo que hacía chocar su vaso contra el mío.

—*Carpe diem* —acerté a responder sin comprender demasiado bien por qué estaba empleando aquel término en concreto.

Luego nos volvimos a quedar en silencio y bebimos. A pesar de ser muy poco femenino o apropiado para el momento, vacié el vaso de un solo trago. Sin embargo, la angustia me duró poco porque él había hecho exactamente lo mismo.

—¿Otra? —dijo ahora sí, con una amplia sonrisa que le hacía parecer todavía mucho más interesante y enigmático de lo que ya lo era para mí.

—Con el estómago vacío no sé yo si será muy buena idea. Además... Jorge nos matará si seguimos saqueando su malta de dieciocho años.

—Cierto. Deberíamos haberlo saboreado y disfrutado más. Por eso creo que es necesaria otra copa —no esperó a que yo respondiera y volvió a llenar los vasos. Esta vez con menor cantidad. Ninguno de los dos hizo además de

llevárselo a los labios. Por supuesto, seguíamos mirándonos y podía notar a la perfección cómo la corriente de electricidad que parecía mantenernos unidos iba en aumento.

—¿Vienes mucho por aquí? —dije incluso antes de ser consciente de que estaba hablando. Pero, en cuanto me di cuenta de la gilipollez que acababa de decir, pasaron dos cosas. La primera que me ruboricé hasta las pestañas. La segunda, un ataque de risa que, por suerte, apenas duró unos pocos segundos —. Vale. Olvídalo. Estoy desentrenada con estas cosas —añadí a modo de disculpa.

—Bueno tampoco es que nos hayamos acabado de conocer —respondió él divertido.

—Cierto. Supongo que no esperaba encontrarte aquí —dije y me di cuenta de que a él le cambió la expresión en el rostro—. Sé que Jorge y tú sois amigos desde hace tiempo. Sin embargo, suponía que estaría solo como de costumbre... —continué con menos calma de la que me hubiera gustado.

—De vez en cuando paso a visitarlo. Soy de esa extraña especie que prefiere las copas y las buenas conversaciones cualquier día entre semana antes que en un sábado en un local abarrotado de gente.

Sabía que no había nada más detrás de sus palabras. Pero no pude evitar volverme a preguntar de qué hablaban exactamente ellos dos cuando estaban juntos. Y sí, por qué mantenían aquella amistad que parecía tan estrecha. Jorge era reservado para hablar de la gente que le importaba casi tanto como descarado para explicar con todo lujo de detalles con quién se había acostado una noche, un fin de semana o durante unas vacaciones. No paraba de darle vueltas al hecho de que solo hubiera mencionado a Martín de pasada habida cuenta del tiempo que hacía que nos conocíamos.

—¿Estás mejor ya? —dijo Martín quien probablemente se había dado cuenta de que yo estaba pensando en mis cosas.

—Si y quiero agradecerte de nuevo todo lo que hiciste por mí. Sé que puedo parecerte una loca. Incluso alguien muy egoísta. Pero valoro mucho que, a pesar de lo poco que nos conocemos, siempre te hayas portado tan bien conmigo.

—¿Existe otro modo de actuar con una persona por la que sientes... interés? —respondió poniendo un énfasis especial en la última palabra que

había pronunciado.

—Supongo que sí —dije con cierta inseguridad—. Ya te he comentado que no tengo demasiada experiencia en estos asuntos —añadí y volví a sonrojarme otra vez igual que una quinceañera.

—Victoria no estás haciendo nada malo. No está sucediendo nada extraño a y tampoco pasarán cosas que no desees. Eso lo tienes claro, ¿verdad?

—Sí —respondí con bastante seguridad.

Tenía cristalino que no estaba actuando de un modo que me perjudicara. Ese no era el problema. Lo que me preocupaba en realidad era que Martín se estaba colando con demasiada facilidad entre los muros que con tanta dedicación había construido con el paso de los años. Lo que me inquietaba era la dualidad en la que vivía de querer tirar adelante, pero al mismo tiempo, seguir oyendo la voz en mi interior que me advertía del peligro a cada instante.

—Al hilo de esto —continué— me gustaría disculparme por no haber respondido a tus mensajes. Sé que ya te lo he dicho. Pero no quiero que pienses que es desinterés es solo que las cosas son muy complicadas ahora mismo.

Sabía que mis palabras sonaban a gran tópico y a peor excusa. Pero eran absolutamente ciertas. Él me interesaba. Me gustaba cómo me hacía sentir e incluso me había descubierto pensando en él algunas veces incluso en el trabajo. Sin embargo, la realidad de mi vida me había desbordado y, como ser que tenía sus prioridades muy claras, era consciente de que antes de poder embarcarme en lo que fuera con otra persona, debía tener controlado todo lo que sucedía en mi casa que, dicho sea de paso, era bastante.

—Deja de preocuparte, de verdad...

Él estaba a punto de añadir algo más cuando oímos la voz de Jorge al final del pasillo. Era obvio que mi amigo no necesitaba alzar la voz para hacerse oír en su propia casa. Esta era su peculiar forma de alertarnos y de hacernos saber que nuestro tiempo de intimidad se había terminado.

—Poneos cómodos y preparaos para tocar el cielo —dijo Jorge con ese tono de voz tan alegre suyo y con toda la intención—. Por lo general, este pollo me sale de muerte, pero hoy creo que lo he bordado.

—No tiene abuela el doctor —añadí sin poder contener la risa y viendo

cómo Martín opinaba lo mismo que yo.

—Sabes perfectamente que no. Pero es que es cierto y si no, juzgad vosotros mismos.

Dejó caer con suavidad la bandeja que llevaba sobre la barra del bar. A continuación, fue distribuyendo los platos con elegancia sobre la mesa de madera que había justo delante del sofá.

—¿Pensáis quedaros ahí de charla o tenéis previsto echarme una mano en algún momento? —dijo mientras nos dirigía la misma mirada que un padre a sus hijos.

—Ya va hombre... ya va —respondió Martín quien, con unas pocas zancadas, se colocó a su lado. Luego yo lo imité.

Todo tenía un aspecto delicioso. En especial, el conocido pollo Kentucky que tantas noches nos había acompañado cuando quedábamos Marta, él y yo para hablar y disfrutar de un buen rato. Siempre había admirado la capacidad de mi amigo para crear platos deliciosos casi de la nada. Además, para ser alguien que pasaba tantas horas fuera de casa, me resultaba fascinante que siempre hubiera productos frescos en su nevera y que tuviera la cocina tan bien surtida como la de un chef profesional. En ocasiones solíamos bromear sobre el hecho de que se me pudiera pegar algo de aquella disposición suya. Me encantaba la cocina, pero a pesar de los años que llevaba trabajando, todavía no había alcanzado su nivel de organización.

—Las patatas están estupendas —dijo Martín después de llevarse una de ellas a la boca—. Incluso parece que las acabes de asar.

—Seguro que es exactamente lo que ha hecho —respondí antes de que Jorge pudiera decir nada—. Y no lo intentes. Llevamos años tratando de encontrar al elfo que tiene trabajando para él porque es imposible que sea capaz de hacer estas cosas tan deliciosas en tan poquísimos tiempo.

—¡Qué mala es la envidia! —dijo mi amigo fingiendo un enfado que no sentía—. ¿Os apetece vino o seguimos expoliando mi reserva de malta?

—Si continuamos con el *whisky* es posible que no podamos volver a casa —respondió mientras miraba a Jorge de un modo que no supe muy bien cómo interpretar.

—Siempre os podéis quedar. Será por sitio... —añadió dirigiéndome una

mirada que sí comprendí.

—Yo debo regresar a casa a una hora decente y en buenas condiciones. Tengo familia a la que atender y un marrón que solucionar en el despacho a primera hora.

En cuanto recordé la campaña de publicidad se volvió a formar un nudo importante en la boca del estómago y las manos me empezaron a sudar. Opté por ir yo misma a la bodega a por una de las botellas de vino de Jorge que tanto me gustaban. Me apetecía disfrutar de la noche. Me merecía un poco de tiempo para mí. Cuando regresé, ellos estaban hablando animadamente. Al parecer Martín estaba explicando la última anécdota relacionada con el trabajo que un alumno había entregado con el fin de intentar librarse de un examen.

—Yo ya le advertí que no serviría de nada, pero me he reído tanto con las teorías que expone que, aunque tendrá que hacerlo, creo que se ha ganado al menos un par de puntos extra.

—¿Tan alocadas son? —dijo Jorge tendiéndome el abridor y la copa de vino para que me encargara de todo.

—Tienen poco rigor digamos... científico. Pero son tremendamente frescas —añadió Martín.

—Deberías aprobarlo —dije sin perder la concentración en el descorche del vino—. Hay que premiar la originalidad.

—Cierto, pero también hay que enseñarle a la juventud que no pueden alterar los principios establecidos a su antojo —respondió como si estuviera acostumbrado a utilizar aquellas palabras con frecuencia.

—¡Qué carca! —dijo Jorge sin poder controlar la risa—. Si todos hubiéramos respetado las normas en todo momento aún andaríamos descapullando monos en cualquier cueva.

—Seguro que te debe fascinar que los investigadores con los que trabajas establezcan protocolos como les dé la real gana para obtener resultados. ¿Habéis clonado ya a muchas lagartijas? ¿Los trasplantes de cerebro van bien? —Había un enorme tono de cariño en el modo en el que acababa de cuestionar a Jorge. Sabía cómo manejarlo porque si algo tenía mi amigo era su cabezonería a la hora de defender a pies juntillas las cuestiones de carácter

científico.

—Tranquilo que la mutación de pene que me encargaste va viento en popa.

Casi dejo caer la botella de vino al suelo del respingo que di cuando oí esa respuesta. Durante unos segundos mis ojos viajaron con rapidez del rostro de uno al otro. Esperaba que en cualquier momento alguno de los dos añadiera algo. Su única reacción fue empezar a reír sin parar. Era como ver reflejada cualquiera de nuestras reuniones de fin de semana. Solo que, en aquel momento, los protagonistas eran otros. Ahora tenía clarísimo que debía averiguar de qué se conocían aquellos dos y por qué nunca habíamos coincidido en ninguna fiesta antes.

—Anda pásame el pollo y déjate de penes —dijo Martín en cuanto fue capaz de dejar de reír.

—¡Eso nunca! A ver si llega pronto el calor que, con este frío, la cosa está muy muerta —respondió Jorge con sorna.

—Como si el cambio de estaciones supusiera algún problema para ti —añadí después de haber llenado las copas de todos y ocupando un lugar en el sofá relativamente cerca de Martín.

—La edad, nena. ¡Pasa factura! —gritó Jorge con el mismo dramatismo que un actor shakesperiano.

—¡Pero si hace cuatro días me estabas hablando de la maravilla de los cuarentones! Los nuevos treinta, ¿no? ¿Acaso solo es válido para los demás? —respondí divertida.

—¿A ti también te ha soltado ese rollo? —Martín no podía contener las carcajadas—. Vas a tener que renovar los tópicos en tus terapias. Cada vez te pareces más a un manual de autoayuda.

—Id a cagar —dijo Jorge en cuanto empezamos a reírnos sin control—. Creo cada cosa que comento con mis pacientes. Otro tema es que esté rodeado de amigos gilipollas como vosotros. La culpa es mía por intentar animaros cuando os da por revolcaros en la mierda.

Estaba tan serio que resultaba tremendamente cómico. Martín y yo nos miramos y estallamos de nuevo en carcajadas. Solo Marta era capaz de vacilarle de aquel modo. Por lo que acababa de descubrir existía alguien más. Y cómo lo estaba disfrutando.

—No te enfades hombre. Con lo bien que nos sientan tus palabras cuando lo estamos pasando mal —dijo Martín un poco más serio.

—Lo que a vosotros os gustan son mis recetas —respondió Jorge todavía un poco molesto.

—Y este pollo —añadí mientras me llevaba un muslo crujiente directamente a la boca—. ¡Está de muerte! —exclamé pasados unos pocos segundos.

Jorge y Martín me miraron y entonces fueron ellos dos los que se empezaron a reír con ganas.

—Mujeres... —dijo Jorge en cuanto fue capaz de volver a hablar.

—¿Me podéis explicar qué os hace tanta gracia? —respondí un tanto desconcertada.

—Nada mujer. Yo aquí con mi drama y tú poniéndote morada de pollo. Muy empático todo.

—Tampoco es eso —acerté a señalar al tiempo que alargaba la mano para coger una nueva porción—. La culpa es tuya por cocinar tan bien.

Los tres nos quedamos en silencio, a continuación, comencé a reírnos de nuevo. De haber llevado alguna copa más en el cuerpo, hubiera atribuido la risa tonta a los efectos del alcohol. Pero no era el caso. Lo que sucedía era que tenía un amigo excepcional y que empezaba a pensar que había conocido a otro hombre igual de extraordinario. En cuanto esa idea cruzó por mi mente, el hormigueo en el estómago se intensificó y, lejos de incomodarme, me encantó.

Este fue el ambiente reinante durante el resto de la cena. Bromeamos sobre las manías de Jorge, Martín se reveló como un gran narrador de anécdotas. En varias ocasiones tuvimos que pedirle que parara para poder coger aire entre carcajada y carcajada. Yo intenté aportar mi granito de arena explicando algunas de las cosas que me habían sucedido durante las peculiares campañas de publicidad en las que había participado. Y así, sin apenas darnos cuenta, llegamos a ese punto de la noche en el que sabes que, si te tomas la siguiente copa, es más que probable que acabes viendo amanecer. Me sabía fatal romper el buen rollo y la conexión que se había producido entre nosotros, pero tenía que irme a casa. Aun con las risas, no había sido capaz de dejar de pensar en Marta, no había dormido nada la noche anterior y, además

necesitaba estar despejada para enfrentarme a Cristina en apenas unas horas. De modo que, mientras ellos dos seguían conversando, saqué mi teléfono con discreción y abrí la aplicación para pedir un taxi. Sin embargo, había olvidado que Jorge siempre tenía ojos en todas partes.

—No cometerás la ordinariez de irte ahora, ¿verdad? —dijo con tanta seriedad que, si no hubiera hecho tanto tiempo que lo conocía, incluso me hubiera impresionado.

—Mis modales nunca han sido demasiado buenos. Ya lo sabes —respondí divertida al tiempo que intentaba que se me cargara el plano en el que aparecía mi ubicación exacta.

—¿Qué hacemos con ella? —dijo mi amigo dirigiéndose a Martín.

—Es una falta gravísima. Sin embargo, me temo que yo también voy a ser un ordinario —añadió mientras se movía ligeramente en el sofá—. No pidas un taxi. Tengo el coche aparcado fuera —susurró en lo que me pareció tan cerca de mi oído que incluso di un pequeño respingo.

—Y también has bebido —respondí de forma casi automática, aunque sin ser brusca.

—Ahí te equivocas —Ahora fue Jorge quien habló—. Este hombre tiene la habilidad de hacer que las copas de los demás corran, mientras que la suya dura eternamente. Hace más de dos horas que solo pasa coca cola por esa maravillosa garganta suya. Pero vamos, que no seré yo quien te diga que no llames al taxi —añadió con cierta malicia.

Durante unos segundos dudé sobre lo que debía hacer. Acababa de darme cuenta de que Jorge tenía razón. Los únicos vasos que se habían rellenado eran el suyo y el mío. En realidad, mucho más el suyo. Yo también hacía rato que había roto mi relación con el Macallan.

—Me parece perfecto —dije transcurridos unos pocos segundos—. Aunque si no te pilla de paso, llamo al servicio de recogida sin problema.

—¿Cómo no le va a pillar de paso? Todos los caminos llevan a la Ronda Litoral —dijo Jorge divertido.

—Y eso lo sabes por tus madrugadas trapicheando en la zona franca, ¿no? —respondió Martín mientras se ponía en pie.

—Sí. Cuando iba contigo —añadió Jorge quien, a pesar de las horas que llevaba sin dormir, gozaba de una agilidad mental increíble.

Todos nos reímos de nuevo. Tanto Martín como yo empezamos a recoger para llevarlo a la cocina y dejarlo todo lo más ordenado posible.

—Y seguimos con la falta de modales —dijo divertido mientras nos observaba colocar las cosas sobre la bandeja—. Anda dejadlo y marchaos ya. A menos que queráis que os sirva la última...

—Ya nos vamos, ya nos vamos —respondió Martín alzando las manos como señal de rendición—. Eres capaz de tenernos aquí hasta el día de Reyes.

—Hablando de eso —dije poniéndome el abrigo—. Tenemos que hacer planes para Nochevieja que, como de costumbre, se nos ha echado el tiempo encima.

—Pues habla con tu hermana porque no sé yo si estará para mucho meneo —respondió Jorge—. A mí cualquier cosa que organicemos me va bien. Ya sabes que lo del cambio de año no me impacta.

—Van a ser unas navidades moviditas —dije al recordar cómo estaba Marta y también los nuevos horarios de vacaciones de Marc—. Pero no vamos a romper la tradición.

—¡Eso nunca!

Martín había permanecido en silencio durante nuestra breve conversación. Sin embargo, en todo momento supe que no había apartado los ojos de mí. Tal vez no fuera tan buena idea que me llevara a casa. Pero ahora que ya le había dicho que sí, me parecía feo cambiar de opinión. De modo que recogí mi bolso, me lo ajusté al cuerpo y le di un beso a Jorge no sin antes hacerle prometer que nos veríamos en algún momento del fin de semana para hablar con mi hermana con cierta tranquilidad. Martín y él se despidieron con un abrazo que me enterneció y, cuando me di cuenta, estábamos solos en la calle sintiendo cómo el frío de la madrugada nos despejaba y nos hacía temblar al mismo tiempo.

## ~ CAPÍTULO 17 ~

Caminamos en silencio los escasos metros que nos separaban del único coche que permanecía aparcado en la calle. Un monovolumen oscuro del que no me había percatado cuando llegué unas horas atrás. Sonreí. Jamás hubiera dicho que un profesor universitario soltero se paseara por las calles de Barcelona con un coche tan familiar como aquel. Martín no dejaba de sorprenderme y también caí en la cuenta de lo carcas que empezaban a ser algunos de mis esquemas mentales. A continuación, oí el característico sonido del desbloqueo de la puerta y me dirigí hacia el lado del copiloto. Él se adelantó un poco más y me abrió la puerta. Ese gesto de galantería provocó que mi sonrisa se ensanchara un poco más. Le di las gracias inclinando levemente la cabeza y me dejé caer sobre el cómodo asiento. Pocos segundos después, escuché el sonido del motor y una conocida canción llenó el interior del vehículo. La reconocí enseguida. «*Make you feel my love*» de Adele. Martín se movió con rapidez para bajar el volumen. Yo alargué la mano y, con un suave gesto, se lo impedí. En cualquier otro momento me hubiera parado a pensar en lo tiernito que era aquel hombre e incluso hubiera frivolidado sobre el tema. Pero me sentía bien y en sintonía con la letra de aquella canción. Quizás fuera el efecto del wiski, aunque lo dudaba. Estaba casi segura de que era el responsable de la tontería que llevaba encima desde hacía un buen rato. Él y las defensas que ya no eran tan férreas como antes.

Durante los siguientes minutos ninguno de los dos dijo nada. Nos limitamos a dejarnos llevar por la música que nos envolvía, nuestros pensamientos y, en mi caso, contemplar la tranquilidad que reinaba a mi alrededor a esa hora de la madrugada. Las canciones se fueron sucediendo una tras otra. Al parecer se trataba de una lista en la que todos los temas hablaban de lo maravilloso que era el amor y cómo se suponía que te hacía sentir de puta madre. En el mismo instante en el que Martín se desviaba para dejarme en casa, se me escapó un intenso y sonoro suspiro.

—Lo sé... Un temazo más de estos y mueres —dijo sonriendo y sin apartar los ojos de la carretera.

—Creo que es cansancio —respondí con suavidad. Era lo primero que se me había pasado por la cabeza porque, ni siquiera yo sabía exactamente por qué suspiraba de ese modo.

—Enseguida te dejo en casa —añadió esta vez dirigiéndome una mirada rápida en la que pude percibir un montón de emociones contenidas.

—Qué pena que haya que ir a trabajar en unas pocas horas —dije en apenas un susurro.

—Sí. Aunque estamos ya en ese momento de la madrugada en el que una hora más o menos ya no importa.

Aparté la vista de la ventana y lo miré. Sonreía abiertamente y había un brillo en sus ojos que me gustó. Era obvio que tampoco quería despedirse. Sin embargo, estaba casi segura de que estaba pensando en algo más. Sus manos sostenían el volante con firmeza, aunque parecía estar viendo más allá de la carretera, un lugar en el que sin duda le hubiera gustado estar en ese mismo instante. Entonces puso el intermitente, fue aminorando la marcha hasta casi detenerse en el escaso arcén de la Ronda Litoral.

—¿Una escapada a ver el mar? —dijo mirándome directamente a los ojos y dejando que la mano que había permanecido todo el tiempo sobre el cambio de marchas cayera con suavidad sobre mi regazo.

—Sí.

Había intuido tanta ternura, necesidad y timidez en sus ojos que me sentí profundamente conmovida. Y no porque fuera capaz de exteriorizar esas emociones, sino porque eran casi las mismas que estaba experimentando yo en ese instante. Una parte de mi mente no dejaba de repetirme que el pavo que llevábamos con lo mayorcitos que éramos no era ni medio normal. Pero la parte más emocional, la irracional no hacía más que recordarme lo bonito que era poder coincidir con alguien que no tuviera miedo a exponer sus debilidades, a mostrar que no era fuerte y que también le asustaba un poco cualquier cosa que estuviera por venir. Noté cómo se aceleraba el corazón mientras Martín tomaba la salida que nos llevaría directamente a la playa.

Poco después, el mar apareció frente a nosotros. Esa vista de la bahía de la ciudad que ejercía tanta fascinación en mí estaba ahora al alcance de mis manos. Cuando se detuvo el coche no me moví. Hacía mucho, tal vez demasiado, que no disfrutaba de tanta paz en compañía. Y con la vista todavía

clavada en profundidad del mar iluminado apenas por una luna creciente volví a escuchar ese sonido que tantas emociones despertaba en mi interior.

—¿Un paseo o nos rajamos ahora? —dijo tan cerca de mi oído que, por un instante, pensé que la voz la tenía en mi interior.

—Que no se diga —respondí entre divertida y nerviosa.

En cuanto abrí la puerta del vehículo y el frío de la madrugada se coló en el interior estuve a punto de arrepentirme de haber abierto la boca. La noche era clara y, como consecuencia, gélida. Tampoco es que esperara nada diferente en pleno mes de diciembre, pero me estremecí ante el repentino cambio de temperatura. Si a él le pasó lo mismo no lo mostró. Echó a andar tan cerca de mí que incluso hubiera sido capaz de describir con todo lujo de detalles a qué olía su piel. Me estremecí de nuevo y él pasó el brazo con suavidad por encima de mis hombros. Pegué mi cuerpo al suyo un poco más. Apoyé la cabeza ligeramente sobre su hombro y me abandoné a la sensación de tranquilidad que experimenté. La playa estaba más que desierta a esta hora. Ni siquiera los deportistas más madrugadores habían salido todavía a correr por el paseo. Estaba viviendo uno de esos extraños momentos de la vida en los que te sientes en paz. No tenía ni idea de qué iba a pasar a continuación. Tampoco si sucedería algo. Pero no me importaba lo más mínimo. Respiré hondo un par de veces e incluso, durante unos pocos segundos, cerré los ojos sin dejar de caminar. Esa sensación de libertad, la comodidad de no tener que pronunciar ni una sola palabra estando con él, el sonido del mar, el aroma de la sal que lo envolvía todo. Estaba tan concentrada en absorber hasta el último detalle de aquel instante que no me di cuenta de que Martín se había detenido. Simplemente noté cómo unas manos rodeaban mi cintura con delicadeza, pero al mismo tiempo con decisión. Reconocí su aliento tibio y que despertaba cosquillas en mi interior. No abrí los ojos. Ya me había besado antes, pero pasara lo que pasara entre nosotros, quería mantener el recuerdo de esta noche sin ninguna otra imagen que pudiera desdibujar lo que estaba sintiendo. Las emociones que conocía, las que despertaban después de un considerable letargo y las que estaba convencida que eran completamente nuevas. Sabía lo que venía a continuación. La calidez de su aliento, la suavidad de sus labios, la humedad de su lengua... Sus labios entraron en contacto con los míos con la familiaridad de quien ha descubierto tu interior cuando ni siquiera eres consciente de haberlo mostrado. Su cuerpo encajó como si en algún otro momento del tiempo hubiéramos compartido el mismo espacio. Y sí... su

corazón latía con la misma intensidad con la que lo hacía el mío. A partir de aquel instante no pude pensar en nada más. Me limité a dejarme llevar por las emociones, la intensidad de lo que había en nuestro interior y que, en ese preciso instante, no nos importaba mostrar. Daba igual si unas horas después nos volvíamos a replegar en ese caparazón construido a base de decepciones e inseguridad. Aquí y ahora éramos simplemente Victoria y Martín.

Lo que pasó a continuación, lo recuerdo con esa visión particular que proporcionan los ojos del alma. Entre luces, sombras y con una intensidad que probablemente ni siquiera existió. Pero bastaba con que nosotros así lo creyéramos. Él se separó unos centímetros de mis labios y tiró de mi cuerpo en dirección a la playa. Poco me importaba ya el frío, la hora o estar a punto de recordar una de las mejores cosas de mi juventud. Tenía claro cuál era el siguiente paso, no porque Martín pronunciara palabra alguna, sino porque yo lo deseaba con una intensidad que ni siquiera recordaba. No sé quién de los dos encontró el lugar para sentarnos. Apenas éramos capaces de dejar de besarnos y de tocarnos. En cuanto nos sentimos resguardados tras lo que se adivinaba como la estructura de uno de los chiringuitos de la playa solo hubo piel.

Poco a poco fueron cayendo las prendas sobre la arena mientras que nuestras bocas hablaban entre suspiros, emociones controladas durante quizás demasiado tiempo. Sus manos recorrieron mi cuerpo como si ya hubieran estado allí mucho tiempo atrás. Martín sabía cómo y dónde acariciar para lograr que me deshiciera entre sus brazos. Yo tampoco me quedaba atrás. Mis dedos recorrían con avidez cada centímetro de su piel y se afanaban por liberar la cintura de su pantalón. Luego todo se precipitó. Su cuerpo era mío y no era necesario pensar en nada para ser capaz de hacerle sentir de esa forma que yo tanto anhelaba: La de verdad. Entonces se detuvo y, con un movimiento rápido, pero para nada brusco, me dio la vuelta. Estaba a punto de protestar cuando mis ojos se perdieron de nuevo en la inmensidad del mar. Notaba mi espalda pegada en su pecho empapado ya en sudor a pesar del frío de la madrugada. Su respiración tan entrecortada como la mía. Oí un sonido que me resultó familiar, un rasgar de papel que me transportó veinte años atrás. Sin embargo, él se encargó de devolverme al presente. Me sujetó la cintura con fuerza al mismo tiempo que sus labios se deslizaban desde el cuello a la clavícula. Un escalofrío de placer se apoderó de mí y todavía me apreté más contra él si es que eso era posible. Se coló en mi interior con la misma

naturalidad y familiaridad con la que había sucedido todo hasta a aquel instante. Sus movimientos y los míos se convirtieron en uno. Él se empeñaba en proporcionarme placer casi tanto como yo. Ambos queríamos que esto no terminara jamás. De vez en cuando escuchaba cómo me susurraba al oído y yo me estremecía. Me hubiera gustado responderle porque estaba sintiéndolo todo casi del mismo modo que él. Sin embargo, mis labios se negaban a pronunciar las palabras adecuadas. No me sentí mal. Al contrario. Tuve la certeza de que él ni siquiera necesitaba escucharlas, que podía verlas aun a través de los cientos de capas en las que estaban envueltas. Y así, entre palabras que no se dijeron, emociones que se leyeron y sentimientos que amenazaron con tatuarse en el alma, nos rendimos al placer. No fue perfecto, ni se produjo al mismo tiempo, pero cuando Martín me abrazó con fuerza y apoyó su frente sobre mi espalda los dos teníamos la sensación de que acabábamos de vivir lo mejor en bastante tiempo.

Poco a poco recuperamos el aliento, la serenidad y hasta la razón. Nos vestimos entre risas y susurros al mismo tiempo que aparecían en el horizonte las primeras luces del alba. Caminamos cogidos de la mano y en silencio mientras yo trataba de no pensar en los kilos de arena que llevaba en partes innombrables de mi cuerpo. Tenía una enorme sonrisa que se dibujaba en mi rostro al igual que él. Al entrar en el coche agradecí el calor del interior. El camino hasta mi casa era muy corto. Aun así hice todo lo posible por disfrutar al máximo de los pocos minutos de magia que todavía le quedaban a la madrugada. Querría haberme quedado allí mucho tiempo más. En ese lugar en el que las horas no transcurrían, no había responsabilidades ni voces interiores que comenzaran a analizarlo todo. En cuanto se detuvo el coche supe que habíamos llegado y durante unos segundos ninguno de los dos supo demasiado bien cómo comportarse. No por incomodidad, sino porque no deseábamos volver al mundo real. Él fue el primero en inclinarse ligeramente y todo mi cuerpo reaccionó como si un imán enorme lo estuviera atrayendo. Nuestros labios se encontraron de nuevo y sentí cómo todo se volvía a avivar. Me separé de él justo en el instante en el que comenzaba a no poder pensar con claridad. Sí. Otra vez.

—Termina de pasar una buena noche —dijo con tanta sorna que no pude evitar que se me escapara una sonora carcajada.

—Y tú disfruta de la hora escasa que te debe quedar para empezar a trabajar —respondí divertida.

—No seas cruel —añadió fingiendo que le acababa de clavar un puñal en el centro del pecho—. Seguro que de esta noche nos vamos a acordar...

—En cuanto me sienta en el despacho... ya lo creo —dije siendo consciente por primera vez del cansancio que llevaba acumulado en el cuerpo—. Me tengo que ir... —susurré antes de que él pudiera añadir alguna cosa más.

—Hablamos...

Cuando bajé del coche frente al portal todo el peso de la realidad cayó de golpe sobre mis hombros. ¿Cómo estaría Marta? Ni siquiera había consultado el móvil una sola vez para comprobar si necesitaba algo. ¿Se habría despertado Marc en mitad de la noche y habría descubierto que yo no había regresado? Y lo que más me angustiaba... ¿de qué iba a poder sobrellevar el día que tenía por delante en el despacho? Abrí la puerta de casa y me colé en el interior con todo el sigilo posible. Recorrí de puntillas los escasos metros que me separaban de mi dormitorio cuando oí una voz a mi espalda que a punto estuvo de causarme una muerte instantánea.

—¿Te lo has pasado bien? —Solo tardé unos segundos en reconocer la voz de mi hermana, aunque sonaba diferente.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —fue todo lo que acerté a responder una vez pasado el susto inicial.

—Para levantarse hay que acostarse primero —respondió con dureza.

—¿Tampoco has dormido esta noche? ¿Le ha pasado algo a Marc? —dije de forma casi espontánea y sintiéndome hasta un poco culpable por no haber dado señales de vida durante tantas horas.

—No a las dos.

Enseguida oí el familiar tintineo del hielo en el interior de un vaso de cristal y entendí a la perfección el extraño tono de su voz. Debía llevar horas bebiendo en un intento de ahogar el dolor que tan bien sabía que llevaba en su interior. Un escalofrío me recorrió entera. No de placer, sino de culpa. Tendría que haber regresado directa del despacho a casa y haber estado pendiente de ella. Al fin y al cabo, aun no sabía con exactitud lo que había sucedido. Y, no contenta con eso, la había dejado a cargo de Marc. Ciertamente que mi hijo era bastante autónomo. Aun así, me sentía muy egoísta por haber escogido algo de

diversión antes que prestarle apoyo a una mujer que estaba sufriendo.

—Voy a preparar café —dije antes de que la culpabilidad acabara por asfixiarme del todo.

—Mejor date una ducha antes. Hueles a sexo.

Sé que su intención no era humillarme. Ni siquiera pretendía reprenderme por la hora a la que había llegado. Ella había insistido en que disfrutara un poco. Pero después de oír sus palabras me sentí incluso sucia. Estuve a punto de responderle, aunque enseguida comprendí que hacía rato que se había pasado de copas. Era inútil ponerse al nivel de quien ha perdido la serenidad. De modo que me limité a dar media vuelta, coger ropa cómoda del cajón del armario y meterme en la ducha. Apenas diez minutos después estaba sentada junto a Marta en el sofá sosteniendo una taza de humeante entre las manos.

—Te voy a ahorrar el sermón —comencé a decir con toda la delicadeza de la que era capaz. La falta de sueño empezaba a hacer mella en mi ya escasa capacidad para la diplomacia—. Beberte el bar no te va a servir de mucho. Además, te va a costar una pasta reponerlo como sigas a este ritmo —añadí tratando de quitarle todo el hierro posible al asunto—. ¿Qué está pasando?

Marta se limitó a observarme en silencio durante unos segundos y pude ver cómo, poco a poco, los ojos se le iban llenando de lágrimas. A continuación, me tendió el teléfono móvil. Al encenderse la pantalla vi un mensaje de Manel. Un texto que, a primera vista, parecía bastante largo.

—Adelante... léelo —dijo hermana quien, por suerte, acababa de cambiar la copa por el café recién hecho.

—No creo que... —pero ella no me dejó terminar la frase. Me puso el móvil en la mano y, con una mirada suplicante como no le había visto antes, me pidió de nuevo que lo leyera.

Mis ojos se pasearon con rapidez por las primeras palabras y enseguida me quedé enganchada al texto. El mensaje era de Manel. Desconocía si aquello era fruto de una conversación previa o no. Tampoco sabía si en algún momento del día anterior mi hermana había podido contactar con él. Sin embargo, las palabras de mi cuñado no dejaban mucho lugar ni a la interpretación ni a la duda. El larguísimo párrafo era un «hasta aquí» en toda regla. Una forma de terminar con un matrimonio que en los últimos años siempre había tenido el mismo problema: Los niños. En realidad, la ausencia

de ellos. Marta siempre había sido muy clara con respecto a eso y él... había ido cambiando de opinión con el paso del tiempo. Aunque yo le reconocía su derecho a modificar su forma de pensar, me dolía que hubiera actuado de aquel modo. No dudaba en que para él aquello fuera motivo más que suficiente para poner punto final a tanta vida en común. Sin embargo y, precisamente en honor a todo lo que habían compartido, una decisión como esa merecía una explicación en toda regla, una conversación en la tranquilidad del hogar, algo más que unas frías palabras tecleadas en un teléfono y enviadas sin más. Tal y como yo lo veía, me parecía muy cómodo y cobarde al mismo tiempo, acabar con algo a través de un triste *whatsapp*.

Miré a mi hermana quien tenía la vista perdida en el fondo de la taza. Sabía perfectamente qué sentía. ¿Cómo no hacerlo cuando yo había estado en su misma situación? Me invadió una tremenda ola de ternura y, al mismo tiempo, de indignación. Ver a Marta, la fuerte, segura e irrompible, hecha un trapo me partía el alma. Pensar en que mi cuñado se había ido por las buenas y de rositas me cabreaba cada vez más. Estaba ya muy harta de que la gente anduviera por la vida creyéndose con el derecho a arrasar con todo y a dejarnos luego destrozadas al más puro estilo Atila.

—¿Y ahora qué? —dije en cuanto fui capaz de controlar el monumental cabreo que se había desatado en mi interior.

—Pues supongo que nos tendremos que separar. Yo no voy a cambiar de opinión y, por lo que acabas de leer, él tampoco. Así es que imagino que esto es el final —su voz se quebró al pronunciar la última frase.

—No tiene por qué serlo —respondí casi sin pensar.

—Pues ya me dirás cómo lo solucionamos porque lo que nos separa no tiene vuelta atrás —añadió con bastante amargura.

—No lo sé —dije pasados unos segundos en los que intenté contemplar con cierta objetividad todas las opciones posibles—. Vosotros os queréis. ¡Joder llevo años viendo cómo os miráis! Dos personas que, después de tanto tiempo, siguen teniendo esa magia no pueden darse por vencidas por algo así.

—Tal vez para ti sea una gilipollez. Siempre quisiste ser madre y, además, sueles anteponer las necesidades de los demás a las tuyas. Pero yo no soy así. Sé que no cambiaré de opinión. Y Manel tampoco.

Las palabras de Marta fueron como un mazazo en la nuca. Era cierto que

en mi relación con Toni muchas cosas se desarrollaron en función de sus necesidades o gustos. Pero yo no tenía la sensación de ser tan gilipollas como me acababa de retratar. Sentí cómo hervía la sangre en mi interior. Sin embargo, sabía que aquel no era el momento más apropiado para hablar de nada más. Opté por permanecer en silencio a su lado mientras me esforzaba por tranquilizarme y por encontrar un resquicio, una mínima opción para que mi hermana dejara de sufrir. La alarma del teléfono interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—Cariño, tengo que irme a trabajar. Pero todo se arreglará —dije abrazándola con fuerza.

—Lo dudo —respondió casi al borde de las lágrimas.

—Ya verás cómo sí —añadí con una energía que no sentía.

—Se arregle o no, pienso preguntarte igual por con quién coño has pasado la noche —añadió con ese tono de maldad tan propio de ella.

—Ya veremos... —dije sin soltarla.

—Lo harás.

Antes de levantarme del sofá le di un beso en la frente y luego fui hasta la habitación de Marc. Él dormía plácidamente. Ajeno al torbellino en el que se había convertido la vida de las dos mujeres en torno a las que giraba su mundo. Lo observé en silencio y pensé en lo rápido que había pasado el tiempo. En cómo hacía poco era apenas un bebé y el modo en el que ahora empezaba a despertar a la vida. Y tampoco puede evitarlo. Pensé en su padre y, de nuevo, me invadió esa desazón que llevaba experimentando desde que Toni habría regresado a nuestras vidas. Me acerqué al niño y le di un beso en la mejilla sin poder dejar de preguntarme si, a partir de aquel instante, todo lo que habíamos conocido iba a cambiar para siempre.

## ~ CAPÍTULO 18 ~

Antes de las nueve de la mañana ya llevaba cuatro cafés en el cuerpo. Era imposible acabar con la bruma que envolvía mi mente. Necesitaba estar despejada para poder pensar con claridad la mejor forma de presentarle a Cristina todas las ideas en las que habíamos estado trabajando el día anterior. No me arrepentía de llevar casi dos días sin pegar ojo. Tampoco de la maravillosa noche que había pasado con Martín. Aún no había tenido tiempo de procesar los momentos ni los recuerdos, pero tenía la sensibilidad a flor de piel.

Por mucho que me esforzara por concentrarme en el folio en blanco que tenía frente a mí, la mente se empeñaba una y otra vez en llevarme a sus labios, al tacto de sus manos, a nuestros cuerpos casi fusionados sobre la arena. Respiré hondo y aparté esas imágenes. Ya tendría tiempo de volver a ellas cuando estuviera sola y, sobre todo, descansada. También pensé en mi hermana, en cómo la había encontrado unas horas atrás y en que, a pesar de haberme prometido que iría a trabajar, aunque fueran unas horas, no tenía muy claro que hubiera podido vestirse siquiera.

Estaba empezando a ver cierta claridad en la campaña de Cell cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa del despacho. Vi que acababa de recibir un mail. No reconocí el remitente, pero decidí abrirlo igual. En cuanto leí el asunto se me aceleró el corazón. Mis ojos pasearon por las primeras líneas y un monumental cabreo comenzó a gestarse en mi interior. El abogado de Toni me recordaba que mi exmarido había previsto llevarse al niño a la nieve aquella misma tarde. Apenas podía creer lo que leía. ¿Qué me tenía que recordar cuando yo ni siquiera tenía constancia de ese viaje? Con la mano temblorosa repasé mi bandeja de entrada. Nada. Ni un solo correo en el que se me informara de nada de eso. También revisé el spam e incluso la papelera por si la notificación se había colado ahí por error. Obtuve el mismo éxito. Ninguno. A continuación, reenvié el correo a mi abogado con una sola frase pregunta: «Sabíamos algo de esto?». Carlos me respondió de forma casi automática con un escueto «no nos consta». Enseguida mi teléfono volvió a vibrar. Un mensaje de texto en de Toni: «Pasaré a por Marc a las seis».

¿Qué puñetas era todo esto? ¿Por qué Marc tampoco me había dicho nada al respecto? ¿Desde cuándo mi exmarido organizaba mi vida? ¿En qué momento le había dado permiso para ponerlo todo patas arriba? Con la respiración agitada busqué el acuerdo que habíamos firmado pocas semanas atrás. Lo repasé para ver si constaba en algún lugar que podía llevarse a mi hijo así por las buenas y encima cuatro días. Además, el niño tenía clase. ¿Había hablado Toni con sus profesores a mis espaldas? En caso afirmativo, ¿por qué tampoco me había enterado de nada? Mi enfado había alcanzado tal nivel que incluso me costaba respirar. Mi primer impulso fue el de coger el teléfono, llamar a mi ex y ponerlo fino. Pero no podía permitirme una bronca en el trabajo. Necesitaba la máxima tranquilidad posible.

De modo que, sin soltar el móvil caminé con paso decidido en dirección al baño. Entré en la primera de las puertas que vi abiertas y luego la cerré intentando mantener la calma. En cuanto apoyé la espalda sobre ella, todo mi cuerpo empezó a temblar. Estaba acostumbrada a pasarlo mal, a llevar el peso de muchos problemas sobre mi espalda. Sin embargo, este tema me sobrepasaba desde el principio. Sabía que Toni no podía actuar de ese modo, pero al mismo tiempo era consciente de que no podía montarle un espectáculo. Al menos no ahora. Respiré hondo tantas veces como pude y tuve la sangre fría de anotar en mi agenda personal hacerle una llamada a la hora de comer. Por supuesto ni Marc tenía la maleta preparada ni pensaba dejarlo ir a ninguna parte.

Pasados unos minutos regresé a mi mesa e intenté ordenar las ideas. La mala leche me había activado tanto que pude notar cómo todas mis neuronas se ponían a trabajar. Apenas media hora después tenía una solución aproximada para la campaña de Cell. Solo esperaba que Cristina colaborara. En plena efervescencia creativa había recordado que el año anterior esta firma quería introducir un bronceador en spray mucho más ligero para la piel, pero también más efectivo. Al final el proyecto no se había terminado de desarrollar. Sin embargo, en el intercambio de mails que había leído como doscientas veces en los últimos dos días, se volvía a hacer mención a ese aspecto en concreto. La idea consistía en averiguar si en el poquísimo tiempo del que disponíamos, la empresa podía desarrollar un producto ligero con alta protección especialmente dirigido para niños y personas de la tercera edad. A simple vista podía parecer que la campaña excluía a las grandes consumidoras españolas, es decir, a las mujeres entre 25 y 40 años. Pero era todo lo

contrario. Precisamente por ser ellas las grandes compradoras, si el producto funcionaba en los más pequeños de la casa y también en los ancianos que solían acompañarlos a la playa o la piscina durante los meses de verano, todo sería un éxito.

Enseguida empecé a teclear el correo tratando de ser lo más clara y entusiasta posible. Después reuní a mi equipo y les presenté la línea en la que pensaba que podíamos trabajar. Disponíamos de riquísimo margen de error, pero si nos dejábamos la piel, teníamos una posibilidad de sacar la campaña publicitaria a tiempo y que, además, fuera un rotundo éxito. Estaba en plena exposición cuando mi jefa apareció en la sala de reuniones. No era nada habitual que ella se dejara caer por allí. Por eso el silencio que se hizo en la estancia en cuanto la gente se dio cuenta de su presencia fue casi reverencial.

—Seguid... seguid —dijo ella en cuanto supo que era el centro de atención—. Yo me sentaré aquí y escucharé todas estas grandes ideas.

Cristina paso por delante de donde me encontraba sin ni siquiera mirarme. La fragancia de rosas que siempre la acompañaba lo envolvió todo y provocó que el estómago se me subiera prácticamente a la garganta. Tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar allí mismo. Mientras avanzaba por la sala para tomar asiento no pude evitar fijarme en su ropa. A pesar de lo mala persona que era y del modo en el que trataba a quienes consideraba que estaban por debajo de ella, tenía un gusto exquisito. Llevaba unos pantalones negros a la altura del tobillo, una blusa *oversize* blanca con rayas rojas que parecía hecha a medida. Completaba el look unos zapatos negros de tacón que estilizaban aún más su trabajada silueta a golpe de gimnasio. Llevaba la melena suelta sobre los hombros. Tenía ese aspecto fresco que solo se consigue a base de un buen maquillaje y años de experiencia a la hora de aplicarlo.

Continué hablando y sin tener que fingir demasiado que su presencia no me impresionaba. Siempre había sentido por ella mucho respeto e, incluso en los primeros tiempos, hasta admiración. Pero era cierto que, a medida que la había ido conociendo, me había dado cuenta de que había conseguido llegar donde estaba no precisamente a base de trabajar duro, sino de dejar en el camino a muchísimos otros profesionales. Por eso me esforzaba al máximo tanto para que mi trabajo fuera perfecto como para no cruzarme demasiado en su camino. No podía permitirme el lujo de quedarme sin empleo y sabía que Cristina era de las que no dudaba en poner a la gente de patitas en la calle sin

ni siquiera pestañear. En cuanto terminé de exponer las líneas esenciales de la campaña, todos se levantaron y salieron casi disparados en dirección a sus cubículos. Probablemente habían intuido que podía mascarse la tragedia entre nosotras y no querían ser testigos de ello.

—Me gusta mucho ser la última en enterarme de las cosas —dijo con ese tono sibilino que tan bien conocía.

—Disculpa no sé a qué te refieres —respondí mientras me concentraba en recoger mis notas y el portátil que había utilizado para la reunión.

—Hablo de la campaña de Cell. ¿Es la moda ahora poner a quien debe tomar las decisiones en copia y organizar reuniones paralelas? —Estaba claro que quería guerra, pero yo no iba a dársela. No si quería salir viva, profesionalmente hablando, de aquel enfrentamiento.

—Ayer me pediste que lo solucionara. Y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Reuní las ideas del equipo y he decidido emplear las que considero más útiles para no perder ni la campaña ni al cliente —intenté utilizar el tono más profesional y conciliador posible al pronunciar esas palabras. En el fondo me moría de ganas de decirle que estábamos a punto de perder una de nuestras principales bazas por un error suyo—. Y pensaba comunicarte todas las estrategias a seguir en cuanto tuviéramos la campaña diseñada por completo para que, como siempre, tú tuvieras la última palabra —añadí mirándola directamente a los ojos.

Durante los minutos siguientes ninguna de las dos dijo nada. Ella se limitó a sostenerme la mirada mientras yo me aseguraba tener la cara de póker correcta para que no adivinara que mi cerebro estaba imaginando múltiples reacciones posibles. Finalmente, Cristina fue la primera en moverse. Al pasar de nuevo por mi lado levantó la barbilla, un gesto con el que quería dejar claro, una vez más, que estaba muy por encima.

—Quiero todo listo en mi mesa antes de que acabe el día —dijo antes de desaparecer por la puerta y sin darme tiempo a responder. A eso le llamaba yo trabajar sin presiones. ¡Sí señora!

Regresé a mi mesa e intenté concentrarme en elaborar la propuesta definitiva. Me iba a costar muchísimo habida cuenta de todo lo que estaba sucediendo en mi vida. Tenía la sensación de que, apenas había podido solventar un problema, llegaba otro. Ni siquiera paré para almorzar y, antes de

las cuatro de la tarde había enviado el proyecto a Cristina. Mientras revisaba la lista de tareas que todavía tenía pendientes recibí un mensaje de Marta.

*Toni está aquí diciendo no sé qué de recoger a Marc.*

*Help!!*

Todo mi cuerpo se puso en alerta. Mi hermana al final no debía de haber ido a trabajar, algo que ya me preocupaba bastante tratándose de ella. Y que Toni estuviera en casa me horrorizaba bastante más. Me levanté, cogí el bolso, el abrigo y salí a la calle con el propósito de evitar que mi exmarido montara un numerito, si es que no lo había hecho ya. Paré un taxi y en cuanto me senté tecleé una respuesta con rapidez.

*Llego en cinco minutos. No hagas nada.*

Mientras el coche circulaba por las calles del centro de la ciudad no dejaba de pensar en cómo se había complicado mi vida. Había pasado de tenerlo todo bajo control, a vivir con la sensación de que no era dueña de absolutamente nada. Seguía negándome a que alguien que ya no formaba parte de mi existencia estuviera en disposición de alterármela otra vez. Sin embargo, no tenía la más mínima de idea de cómo gestionarlo. Había tratado de ser ecuánime y objetiva. Incluso había hecho el esfuerzo de pensar en los deseos de otra persona, mi hijo en este caso, desoyendo lo que gritaba mi interior. Cuando el taxi se detuvo tenía la certeza de que había sido un error permitir que Toni se acercara otra vez a Marc. Y, cuando vi su rostro encendido al percatarse de mi presencia, cualquier atisbo de duda se disipó.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? —dije incluso antes de llegar a donde él se encontraba.

—La asquerosa de tu hermana no me deja entrar —respondió con tanto odio que provocó que se me revolviera el estómago.

—Es que aquí no tienes nada que hacer y, sin encima, has venido a faltar el respeto, ya te puedes ir a la mierda.

—Tanta finura me abrumba —dijo acercándose tanto que pensé que se me iba a echar encima.

—¿A qué viene todo esto? —añadí mientras buscaba el valor suficiente para no echarme a temblar—. Si crees que te vas a llevar al niño porque sí. No pienso permitirlo.

—Voy a hacer lo que me dé la gana, ¿me oyes? —Ahora sí que me estaba sujetando con fuerza por el brazo al tiempo que susurraba con rencor demasiado cerca de mi oído.

—Si no la sueltas vas a tener un problema —dijo alguien justo detrás de mí—. Y seguro que no quieres que le contemos a Marc a lo que se dedica su padre, ¿verdad?

Toni aflojó la presión sobre mi antebrazo, pero no se separó de mí. Luego todo sucedió muy rápido. Jorge se metió literalmente entre los dos y mi ex retrocedió hasta que su espalda quedó completamente pegada a la pared mientras una mano le sostenía por el abrigo con fuerza.

—Ahora tienes dos opciones. Te largas por donde has venido o te quedas a ver qué pasa —dijo Jorge en un tono de voz que yo no conocía—. Tú decides —añadió.

—Me iré, pero a poner una denuncia. Quiero ver a mi hijo y ni tú ni ninguno de los tíos que esta perra se folla me lo va a impedir.

—¡Jorge, no! —fue todo lo que pude decir cuando leí en sus ojos lo que le estaba pasando por la mente. Él desvió la vista unos segundos. El tiempo justo para procesar mi petición y considerar que no valía la pena partirle la cara a Toni.

—¡Lárgate! —respondió con tanta energía que incluso yo me encogí—. ¿Estás bien? —añadió en cuanto mi ex se había alejado lo suficiente de nosotros.

—Sí —dije. A continuación, rompí a llorar.

Cuando subimos a casa Marta nos estaba esperando. Había sido ella quien había llamado a Jorge después de que el padre de mi hijo le montara un número a través del telefonillo del portal. Por suerte, tenía el día libre y nos había librado de algo que, de no haber estado él allí, probablemente hubiera terminado bastante peor.

—No sé si el capullo este irá a comisaría o es un farol —dijo en cuanto le explicó a mi hermana todo lo sucedido— pero la que sí debería ir eres tú.

—¿A qué? —respondí

—A impedir que esto se convierta en una costumbre —dijo Marta con tono glacial—. Hoy porque estaba yo aquí, ¿pero ¿qué habría pasado si con quien se hubiera encontrado fuera con Marc? ¿De verdad quieres que el niño presencie este tipo de espectáculos? —añadió mirándome directamente a los ojos.

—No —respondí mientras sentía cómo el miedo y la rabia se iba extendiendo por todo el cuerpo—. Si algo no he querido nunca es precisamente... esto —dije casi al borde de las lágrimas.

Me sentía desbordada, superada y muy sorprendida con lo que acababa de pasar. Desde que nos divorciamos, Toni no había sido precisamente encantador. Tampoco se había esforzado mucho por ocultar que sus repentinas ganas de pasar más tiempo con el niño eran producto de algún tipo de rencor que sentía hacia mí. Sin embargo, nunca había tenido una actitud violenta hacia nosotros. Me pregunté qué hubiera sucedido si Jorge no hubiera aparecido en el momento exacto. De nuevo, una desagradable sensación me recorrió de la cabeza a los pies. A continuación, saqué el móvil del bolso y llamé a mi abogado. Quince minutos después estaba con Jorge y Carlos en la comisaría. Tal y como ambos me habían insistido durante todo el camino, era mejor prevenir que tener que lamentarlo en el futuro.

Cuando salimos me sentía completamente agotada. Consulté el teléfono y me di cuenta que tenía varias llamadas perdidas del trabajo, bastantes correos y dos mensajes de Martín. Era incapaz hacer frente a nada. Me había ido del despacho sin dar más explicaciones y también era consciente de que lo había hecho en una situación muy delicada. Pero, simplemente, no tenía fuerza para nada más. Me sentía aturdida, confundida y agotada. Dejé a Carlos con la promesa de volver a contactar con él si surgía otro contratiempo y para analizar con calma los pasos a seguir. La situación había dado un nuevo giro y no estaba dispuesta a dejar las cosas como estaban. Luego, Jorge se encargó de meterme en un taxi y llevarme de vuelta a casa.

En cuanto entré en mi piso me encontré con un Marc muy serio y que apenas me saludó cuando me senté a su lado en el sofá. Me bastó mirar a mi

hermana a los ojos para saber que no había encajado demasiado bien que su padre no estuviera allí. Entonces una pregunta acudió a mi mente y no dudé en formularse.

—¿Desde cuándo sabes que te irías a pasar unos días con tu padre? —dije sin andarme por las ramas. A lo mejor debería haber sido un poco menos directa, pero ni el enfado ni el agotamiento me dejaban pensar con claridad.

—Hace días —se limitó a responder con un tono de voz que no me gustó nada.

—Y no se te había ocurrido decírmelo, claro.

—Esas son cosas entre papá y yo.

En cualquier otro momento hubiera tenido la serenidad suficiente para intentar razonar con él. Pero no pude. Solo conseguí reaccionar cuando noté que Jorge me sujetaba con fuerza por los hombros. Entonces miré a mi hijo a los ojos y en ellos encontré una mezcla de sorpresa, decepción y rabia que me partió el alma. Jamás en sus casi trece años de vida habíamos tenido una discusión que se prolongara más allá de unas horas, nunca le había puesto la mano encima. Sin embargo, si mi amigo no hubiera estado allí para impedirlo, mi hijo se hubiera llevado un guantazo en toda regla. Me sentía furiosa. Por haber estado a punto de perder el control, por lo que había pasado con Toni, porque todo se hubiera fraguado a mis espaldas. Estaba harta de todo y tremendamente agotada.

—Eres lo peor —dijo el niño justo antes de levantarse y salir como alma que llevaba el diablo en dirección a su habitación.

—¡Marc! —gritó mi hermana yendo tras él.

—Encima ve a consolarlo —añadí sin ser demasiado consciente ya de nada y desbordada por las emociones.

Jorge se sentó a mi lado en el sofá, se acercó y me abrazó. No quería que nadie me tocara. Siempre que estaba al límite de mis fuerzas reaccionaba del mismo modo. Queriendo estar sola y aislada del mundo. Pero él era mi mejor amigo y me conocía casi tan bien como yo. Sabía que, detrás de aquella fachada, había una mujer cansada de mostrarse fuerte. Alargó la mano y, con mucha suavidad, llevó mi mejilla hasta su hombro. En cuanto sentí la calidez de su cuerpo junto al mío y la paz que siempre irradiaba, todos mis músculos

se relajaron. Esas barreras invisibles para los demás y tan obvias para él cayeron con tanta facilidad que me sorprendió. Estaba en casa y a salvo. A quién le importaba si me abandonaba a todas las emociones que había tratado de controlar hasta entonces.

No sé en qué momento exacto mi hermana regresó al salón. Lo único en lo que podía pensar era en aferrarme a los brazos de mi amigo y en dar rienda suelta a todo el agobio que llevaba. Era consciente de que gran parte de mi malestar se debía a las dos noches en blanco que había pasado. Parte de esa angustia se me iría en cuanto pudiera descansar cuatro o cinco horas. Pero aquel no era el momento para desaparecer y meterme en la cama. En mi mente se reproducían a toda velocidad las imágenes de la discusión con Toni, el miedo que había sentido, la ansiedad que llevaba acumulada por culpa del trabajo y el sentirme tan sola a la hora de sacar adelante a Marc.

—¿Está más calmado? —oí que decía Jorge.

—Sí, pero no ha querido que le explicara nada. La verdad es que no sé a qué viene el enfado que lleva —respondió Marta con bastante cansancio—. ¿Estás un poco mejor? —añadió mientras me dejaba un tierno beso en la mejilla.

—Lo siento —respondí enjugándome las lágrimas e intentando mirarlos a los dos—. Todo esto se me ha ido un poco de las manos —dije intentando recomponerme al menos hasta que pudiera estar sola en mi cama.

—Victoria... —Jorge empezó a hablar sin dejar de abrazarme— ¿hasta cuándo? —dijo con esa serenidad tan suya.

—Hasta cuándo, ¿qué? —respondí sorprendida. No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Tus idas, tus venidas, tus ahora estoy bien y me como el mundo, tus ahora me compadezco y me hundo... ¿A qué esperas para empezar simplemente a vivir?

—¿Qué crees que estoy haciendo? —dije sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—No te enfades, pero todo esto tiene que terminar. Vas a acabar enferma. No se puede estar permanentemente en esa montaña rusa tuya —Marta había decidido aliarse con él. Se habían puesto de acuerdo para opinar al mismo

tiempo.

—No sabía que me fuera tan mal —respondí bastante a la defensiva—. Siento haberme venido abajo con lo que acaba de pasar —añadí y noté cómo los músculos del cuerpo se tensaban de nuevo.

—Corta el rollo —dijo mi hermana antes de que pudiera continuar con mis argumentos—. Tienes todo el derecho del mundo a desahogarte. Lo que hemos vivido hace unas horas no es plato de buen gusto, pero sabes perfectamente que no nos estamos refiriendo a eso.

—¿Entonces?

—¿No te das cuenta de que la rutina y los principios a los que te aferraste hace diez años ya no sirven? Refugiarse en el trabajo y en sacar adelante a un niño es una labor encomiable, pero ese tiempo ya pasó. Lo que te salvó en su día, ahora te está matando —dijo Jorge con tanta convicción que me sorprendió.

—¿Y cómo se supone que me tengo que comportar? ¿Me doy a la vida loca? ¿Olvido mis responsabilidades? ¿Hacer lo primero que se me pase por la cabeza?

—Tienes que empezar a asumir las cosas —dijo Marta con la misma seguridad con la que había hablado mi amigo—. Las cosas cambian con el tiempo, las personas también y diez años es tiempo suficiente para empezar de nuevo de otro modo.

—Qué fácil —respondí siendo consciente de que estaba eludiendo enfrentarme a lo que había de verdad en sus palabras.

—No lo es —dijo Jorge— pero ya está bien de caer en lo mismo una y otra vez.

—¿A qué te refieres?

—Victoria no pretendo decir cómo debes seguir adelante, pero han pasado años desde que decidiste sacar a un hombre de tu vida. Has luchado con unas y dientes para sacar a tu hijo adelante, para conseguir que sea una persona equilibrada y para mantenerlo alejado de quien en su día no fue bueno para ninguno de los dos. Ahora, y conste que no cuestiono tu decisión, decides que ese mismo hombre debe regresar y nos encontramos con esto...

No fue necesario que se explayara mucho más. Todavía podía oír las amenazas de Toni y ver la rabia reflejada en sus ojos. Lo que no acababa de comprender era qué esperaba de mí. Jorge nunca había opinado más allá de lo estrictamente educado sobre mi privacidad. Por eso estaba tan sorprendida.

—¿Por qué accediste a modificar el acuerdo de divorcio? —dijo mi hermana quien sí había comprendido a la perfección qué era lo que él pretendía.

—Porque consideré que era lo mejor —respondí con convicción.

—¿Para quién? —dijo Jorge alzando ligeramente el tono de la voz.

—Para Marc.

—¿Por qué? —Marta también se había puesto un poco a la defensiva y yo me sentía cada vez más confusa.

—No entiendo... —fue todo lo que acerté a responder.

—¿Te parece normal que tu vida se decida en función de lo que quiera un niño de doce años? —dijo mi hermana con tanta frialdad que, de no haber tenido la certeza de que adoraba a mi hijo, incluso hubiera dudado de que realmente le importara.

—¿Acaso es malo tener en cuenta las necesidades de alguien a quien quieres más que a nada en el mundo? —respondí sin ocultar que me sentía un poco molesta con el interrogatorio.

—Sí siempre y cuando se antepongan al sentido común, a la lógica y las decisiones que se deberían adoptar desde la madurez, no desde el querer complacer a otra persona porque te sientes culpable.

Entonces tuve la certeza de que Jorge llevaba mucho tiempo pensando lo que acababa de decir. Lo que me costaba entender era por qué había tardado más de una década en mostrar su disconformidad con las decisiones que había tomado con respecto a mi familia. Una pregunta apareció con claridad en mi mente y la formulé sin más.

—¿Esto está relacionado con Martín?

—¡Qué tendrá que ver él en esto! —dijo Marta más por inercia que por cualquier otra cosa.

—Martín es un buen amigo que se merece lo mejor —comenzó a decir Jorge con esa calma tan característica suya—. A ti te quiero muchísimo y jamás te desearía nada malo.

—Pero... —dije antes de que él pudiera seguir respondiendo a mi pregunta.

—No me gustaría verlo sufrir. A ninguno de los dos —añadió con una sinceridad que me conmovió.

—¿Qué me he perdido? —se apresuró a decir mi hermana antes de que yo pudiera reaccionar.

—Nada —respondí con fingida tranquilidad porque cada vez me intrigaba más la relación que unía a estos dos hombres—. Solo espero que algún día me cuente de qué va toda esta historia —añadí sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—¿Se puede saber de qué puñetas estáis hablando? —dijo Marta como si fuera una adolescente ávida de información.

—No tengo ni idea —respondí con brusquedad—. De este asunto sé lo mismo que tú —respondí sin dejar de mirar a Jorge.

—Si hay algo más que saber no soy yo quien te lo tiene que explicar. Lo que quiero que tengas claro es que necesitas empezar a tomar decisiones pensando en ti y como la adulta responsable de esta familia que eres.

—Ahora sí que me vais a contar de qué cojones va todo esto —dijo mi hermana mientras se levantaba del sofá y se dirigía al bar del mueble del salón—. Y lo vais a hacer como siempre... con unas cuantas copas.

—Mañana entro a trabajar temprano —dijo Jorge cuando ella aún no había sacado la botella que buscaba.

—Yo necesito descansar. No puedo pasar otra noche en blanco —respondí sin apartar los ojos de mi amigo a la espera de alguna explicación más por su parte.

—Y yo me quiero suicidar, pero ahora nos vamos a tomar una copa, nos vamos a relajar y me vais a contar el puto secretito que guardáis.

Me fije entonces en Marta. Tenía una pinta espantosa. Aunque llevaba sus vaqueros de marca y una blusa roja que resaltaba el tono de su piel, también

lucía unas ojeras considerables. Su melena, siempre peinada a la perfección, estaba alborotada. Tenía más aspecto de ser la loca de los gatos que la exitosa directora de una agencia de viajes de renombre. Luego observé a Jorge en silencio. A simple vista tenía mejor aspecto que Marta, pero también se le marcaban las ojeras y su piel, siempre cuidada, tenía un aspecto bastante apagado. Con respecto a mí, ni siquiera era necesario que me mirara en el espejo para saber a ciencia cierta que debía ser casi una fotocopia de mi hermana. Y entonces me empecé a reír. No con tranquilidad y en voz baja, sino a carcajada limpia. Sabía que me estaba comportando un poco como una loca, pero no lo podía evitar. La situación, que hasta ese momento me había parecido de lo más dramática, se convirtió en algo tremendamente cómico. Por suerte, a ellos debió de pasarles algo similar porque unos pocos segundos después, los tres estábamos riendo como si nuestras vidas no se estuvieran derrumbando a la vez.

## ~ CAPÍTULO 19 ~

Marta nos sirvió un *whisky* y brindamos cada uno por lo suyo. En mi caso fue por ser capaz de vivir algo que, según mi hermana y Jorge, no había conseguido hacer demasiado bien en los últimos diez años. Pocos minutos después, Marc salió de su habitación. Agradecí su presencia porque no me gustaban cómo estaban las cosas entre nosotros y quería arreglarlas. También me gustó que se nos uniera porque, de haber estado los tres solos, estoy convencida de que me hubieran obligado a explicar qué había pasado con Martín.

—Lo siento —dijo mi hijo mientras se sentaba en mi regazo y me pasaba los brazos alrededor del cuello.

—Yo también —respondí al tiempo que notaba cómo me derretía por dentro—. Ya hablaremos luego de todo lo que ha pasado, ¿vale? —añadí y le di un beso en la frente—. Ahora seguro que la tía Marta nos prepara una de sus maravillosas cenas.

—¡Claro! —dijo mi hermana cogiendo el móvil que descansaba sobre la mesa—. ¿Chino? ¿Indio? ¿Mejicano?

—¡Vaya par de perras! —dijo Jorge sin poder contener la risa—. ¿Tanto os cuesta meteros en la cocina?

—Pues hazlo tú —respondimos las dos a la vez.

—Marc... así son las mujeres. Es mejor que vayas aprendiendo ya la única lección que debes saber es esta. Nunca podrás con ellas.

—Habló el experto... —dije sonriendo. Tener a mi hijo entre los brazos siempre provocaba ese efecto.

—Tal vez no lo sea, pero hay alguien que conoces que lo es —respondió escogiendo tanto las palabras como el tono de voz. Marc se daba cuenta de todo. Por eso, cada vez se hacía más complicado hablar de determinadas cosas cuando él estaba presente.

—Ya nos dirás con quién cenaste anoche, mamá.

No supe si su comentario fue intencionado. Quizás había oído hablar a mi hermana con Jorge. Y yo hice lo único que no debía para delatarme por completo: Sonrojarme al recordar lo que había sucedido tan solo unas horas atrás.

—Con Jorge y un amigo suyo —respondí finalmente con bastante naturalidad.

—¿Ese tan simpático de la fiesta de cumpleaños? —Mi hijo tenía una excelente memoria para las historias y los números. Pero solía ser bastante despistado a la hora de recordar a personas que no fueran esenciales para él. Por eso me sorprendió tanto su pregunta.

—Sí —respondió Marta dirigiéndome una mirada cargada de intención—. El mismo.

—¿Sabemos ya lo que vamos a cenar? —dije en un vano intento de desviar la atención hacia algo que no fuera él—. Yo voy a darme una ducha. Necesito un poco de relax —añadí. Hacía un rato que el cansancio se había apoderado de mí y, aunque no quería estar sola, necesitaba algo de espacio para digerir todo lo que había sucedido en tan poco tiempo.

Dejé a los tres en el salón y fui hacia el dormitorio sintiéndome cada vez más agotada. Cogí un pijama, una chaqueta de lana que utilizaba en las madrugadas en las que me quedaba a leer en el salón y luego me perdí en el baño. Mi mente iba de un lado a otro sin control. Tan pronto pensaba en el trabajo, como volaba hacia el amanecer con Martín, que me devolvía la imagen de Toni completamente fuera de sí. Antes de notar el placer del agua caliente sobre mi piel, un escalofrío me recorrió entera. Empezaba a estar muy saturada y, en definitiva, muy harta, de aquella montaña rusa en la que se había convertido mi vida personal de un tiempo a esta parte. Jorge tenía razón y, por mucho que me hubiera dolido escuchar sus palabras, no estaban para nada alejadas de la realidad.

Rememoré también las amenazas de mi exmarido. Solo que, en esta ocasión, lo que sentí fue una rabia infinita y el dolor de haberle permitido de nuevo que me hiciera daño. Me había equivocado. Sí. Pero estaba casi segura de poder cambiar la situación a mi favor. Sabía que tenía que hablar de nuevo con mi hijo. También era consciente de que volveríamos a discutir. Había muchas cosas que él no era capaz de entender porque siempre lo había

protegido de su padre, de las cosas que había hecho. Le había explicado la versión menos dolorosa con el objetivo de que creciera siendo un niño feliz y sin traumas. Sabía que no podía modificar más de diez años de una versión edulcorada de la noche a la mañana. Pero él ya no era un niño, sino un adolescente con capacidad para llegar a comprender las razones por las que no quería a Toni cerca de nosotros. Ni ahora ni nunca.

Mientras que el agua caliente obraba maravillas en los músculos contraídos por la falta de sueño, el estrés y el miedo, cerré los ojos. Lo primero que vi no fue oscuridad, sino a Martín mirándome como probablemente nunca lo habían hecho. Sentí de nuevo sus manos deslizándose sobre mi piel y me di cuenta de que toda la piel se me erizaba. En realidad, todo lo que tenía que ver con él lo hacía. Me preocupaba, cierto, pero no me obsesionaba en exceso. Sabía que todas las emociones que despertaba en mí, incluso las dudas, eran buenas. ¿Desde cuándo no me sentía así? La respuesta la tenía clarísima. Desde que Toni pasara por mi vida no había vuelto a experimentar algo como esto. Y entonces, yo que jamás había creído en eso a lo que la gente llama revelaciones, tuve una: La certeza de que existía algo que me unía a Martín.

No era capaz de saber qué o cómo, pero sí que tuve al menos la valentía de asumirlo y encararlo. Casi desde el primer instante en el que nos habíamos visto, había sentido como si un hilo invisible tirara de nosotros en la misma dirección. Esa misma emoción se había repetido durante el almuerzo que tuvimos y, después, en cada una de las ocasiones que habíamos hablado. Me di cuenta del modo en el que había jugado conmigo misma al “sí pero no... no pero sí”, cuando el resultado estaba claro casi desde el principio. Esto no iba solo de una noche de sexo en la playa, algo que por otra parte había sido fantástico. Era todo lo demás lo que lo estaba convirtiendo en ese algo tan especial.

Salí de la ducha, me envolví en el albornoz y fui a buscar el móvil. Sentí la necesidad de hacerle saber que, a pesar de haber permanecido en silencio, seguía estando allí. Pensando en él. Queriendo más. Me concentré en buscar las palabras adecuadas y noté cómo el corazón se me aceleraba al darme cuenta, por primera vez, de que él llevaba todo el día enviándome mensajes. Mi mente iba a toda velocidad tratando de construir frases con sentido, disculpas para mi constante silencio y hallar el mejor modo de contarle cómo me sentía sin asustarlo demasiado. Sin embargo, no las encontró.

En cualquier otro momento, la Victoria que yo conocía se hubiera echado atrás. Hubiera encontrado mil excusas para desechar la idea de hablar con Martín. Sin embargo, me había dado cuenta de lo harta que estaba de esa mujer que vivía siempre conteniendo una de las mejores cosas que tenía: La fuerza para hacer lo que me propusiera. Respiré hondo un par de veces y releí todos sus mensajes. En el pasado se me había dado bien leer entre líneas. Incluso avanzarme a las emociones de los demás. Las de él me parecieron tan obvias que incluso me sobrepasaron. Al final mis dedos se anticiparon a la lógica y empecé a teclear sobre la pantalla. Releí la única frase que había escrito. La que resumía todo lo que estaba sintiendo y pasando en mi interior.

*Hablemos... nos merecemos mucho más.*

Esta era mi peculiar forma de decirle que estaba dispuesta a correr el riesgo de averiguar hacia dónde nos llevaba lo que había comenzado la noche de mi cuarenta cumpleaños. Era el modo en el que le dejaba claro que intuía que ambos habíamos sufrido. Desconocía sus circunstancias personales en aquel momento, pero me había bastado con mirarlo a los ojos para saber que su vida tampoco había sido fácil. Estas palabras me liberaron de las cadenas a las que yo misma me había atado y que ahora, lejos de darme la seguridad que necesitaba, me asfixiaban.

Cuando regresé al salón me sentía agotada y recomfortada a partes iguales. Sabía que me esperaban unas semanas duras por delante. Nada de lo que se había propuesto iba a ser sencillo de conseguir, pero con ellos a mi lado, el camino sería más llevadero. Me detuve unos segundos en el quicio de la puerta y los observé. Mi hijo estaba intentando convencerles para poner videos de *youtubers*, algo que espantaba especialmente a mi hermana quien no lograba entender cómo le permitía al crío pasar tiempo con, tal y como ella decía, «gente que opinaba con tanto descaro». Seguía preocupada por ella y me sentí bastante culpable también. Me había dejado absorber tanto por los problemas que apenas había pasado tiempo a su lado. Ciertamente mi hermana era especialista en ocultar emociones, pero debería haber estado más atenta. Mientras la observaba me prometí que, en cuanto me fuera posible, le haría saber que estaba a su lado para todo lo que necesitara.

Tuve la misma sensación con Jorge. El eterno caballero. El amigo que siempre estaba en los peores momentos de mi vida. A él también le hacía falta encontrar a esa persona con la que compartir el inmenso ser humano que era. Estaba tan acostumbrada a contarle mis dudas y penurias que ni siquiera recordaba la última vez que me había hablado sobre cómo se sentía. Esto también iba a cambiar. Por último, fijé la mirada en mi hijo. ¡Tenía tanto trabajo por hacer aún con él! Estaba casi a punto de dejar la infancia atrás y se nos avecinaba una adolescencia que presentía movidita. Su ya de por sí carácter contestatario se convertiría en una actitud más rebelde. Se parecía tanto a mí que, a veces, hasta me daba miedo. Sabía que lo que nos quedaba por vivir hasta que se convirtiera en un adulto iba a ser apasionante. Pero, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en cómo llegar hasta ese punto sin demasiados sobresaltos.

Si echaba la vista atrás me sentía hasta orgullosa del trabajo que había realizado con él. Habíamos pasado situaciones muy complicadas. Nadie nos prepara para la difícil tarea de educar a otro ser humano. Ni para su complejidad ni para el esfuerzo que hay que hacer a diario se esté de humor o no. Seguí observándolos intentando grabar aquella imagen en mi mente. El instante en el que, a pesar de todos los problemas y debilidades, seguíamos siendo una familia.

—Bueno... ¿al final os habéis puesto de acuerdo?

—Chino —dijo Marc mientras trasteaba el móvil de Jorge probablemente enganchado ya a alguno de los juegos de habilidad mental que tanto les entusiasmaban a los dos.

—Perfecto porque me muero de hambre —añadí sin mirar a nadie en concreto. Sin embargo sí noté tanto la mirada de mi hermana como la de mi amigo clavadas en mí.

—Te ha sentado bien la ducha —dijo él en apenas un susurro.

—La verdad es que sí —respondí con la vista todavía fija en mi hijo.

—Pero que muy bien —añadió Marta con un punto de burla en la voz—. Qué habrás estado haciendo ahí que te ha abierto el apetito...

—Tía no empieces. Soy muy joven para conocer estos detalles. Espera a que me acueste —dijo Marc sin distraerse ni un segundo del juego.

—Hazle caso a tu sobrino —aproveché para decir mientras miraba a mi hermana con cierto aire de reprobación—. Hay cosas que son... innecesarias.

—Eso es lo que tú te crees —murmuró mi hermana con malicia.

—Anda hazme sitio que ha llegado el momento de dejar que estas dos se saquen los ojos en privado —Jorge se movió ligeramente en el sofá y se acercó más a Marc quien se mostró encantado con la idea—. ¿Ves como nunca las comprenderás?

—Son un enigma que no sé si me interesa descifrar —añadió el niño casi con la misma gravedad en la voz que Jorge.

—Ya querrás... ya —me apresuré a responder sin poder controlar la risa—. Concédete un par de años —añadí.

Jorge y Marc me ignoraron deliberadamente y yo me quedé mirando a Marta. Sostenía un vaso de wiski en la mano. Por lo que había tardado en salir de la ducha y el ritmo al que ella solía ir cuando le preocupaba algo, intuí que debía ser el tercero cuando no el cuarto. Alargué la mano y se lo quité con suavidad. Ella me miró, pero optó por no decir nada. Era tan consciente como yo de que esa no era la solución, como tampoco se podía permitir volver a pasar otra noche en blanco. Una leve inclinación de cabeza fue suficiente para que me siguiera a la cocina.

—Marta... —fue todo lo que pude decir antes de que ella se acercara y me abrazara con fuerza—. Tranquila... Esto va a pasar y lo vas a superar —añadí mientras le acariciaba el pelo con los dedos.

Mi hermana en muy pocas ocasiones se había permitido el lujo no ya de venirse abajo, sino de mostrar las emociones de forma explícita. Ella, siempre tan sincera y clara con los sentimientos de los demás, tenía los suyos guardados a buen recaudo. En ese momento, la sensación de culpabilidad por no haber estado más pendiente de todo regresó, aunque enseguida me recuperé y decidí aprovechar el instante. Ahora sí estaba con ella y en lo que debía de esforzarme era en que percibiera que podía contar conmigo para lo que necesitara.

—Creo que no va a volver —dijo después de varios minutos en los que solo hubo llanto por parte de ambas.

—Quién... ¿Manel?

—Sí —respondió al tiempo que se separaba de mí lo justo para poder enjugar las lágrimas con el pañuelo que estaba sacando del bolsillo de su pantalón vaquero.

—¿Te lo ha dicho él?

—No exactamente.

—Entonces... ¿Habéis podido hablar?

—Bueno yo no llamaría conversar a lo que hemos hecho, pero sí... Al menos puedo afirmar que mi marido no está muerto ni fuera del país.

Me hacía perfectamente una idea de lo difícil que habría sido para ella hablar con Manel. Al mismo tiempo, era consciente de que el hecho de que yo estuviera hurgando en esa herida contribuía a que sintiera un poco más de dolor. Pero era necesario si quería ayudarla. No esperaba que me diera muchos más detalles. Sin embargo... Lo hizo.

—Está en Barcelona. Se aloja en un hotel y, de momento, necesita estar alejado de mí todo el tiempo que sea posible —dijo Marta con tanta tristeza en la voz que algo se rompió en mi interior—. No se siente capaz de seguir adelante con nada de esto. Ya no soporta la idea de no tener familia cuando él lleva tiempo sin pensar en otra cosa. Está convencido de que seguir juntos es un error. Poco le importan los años y todo lo que hemos compartido. Según él, los sueños que teníamos para nuestro futuro ya no existen —añadió cada vez con más amargura y dolor—. ¿Qué se supone que tengo que hacer, Victoria?

—Vas a decir que me hago la gallega, pero es que lo primero que se me ocurre como respuesta es, ¿qué quieres hacer tú?

—Desde luego... —respondió con un amago de sonrisa en los labios—. Lo cierto es que ahora mismo estoy conmocionada con todo lo que ha pasado. Últimamente la relación no iba viento en popa pero...

—No esperabas que desapareciera o que tuviera tan claro que no quiere estar a tu lado.

—Correcto —dijo al borde de las lágrimas nuevamente—. Nunca imaginé que escucharía palabras como esas de su boca. Que me diga que ya no cree en ese futuro juntos para el que tanto hemos trabajado es casi como una confirmación de que esto no tiene solución.

—Perdona que insista... ¿Qué quieres tú?

—Estar tranquila. Todo esto me está matando y no sé cómo lo voy a superar si es que, al final, mi relación con Manel se acaba aquí. Pero sí que estoy cansada... agotada de discutir sobre los mismos temas, de las quejas continuadas, del querer imponer siempre la voluntad del otro, de los errores del pasado que no nos hemos sabido perdonar y que, cada vez con más frecuencia, aparecen en nuestras conversaciones.

En aquel momento no supe cómo actuar. Nunca había pensado que el matrimonio de mi hermana fuera perfecto. Sin embargo, tampoco pensaba que las cosas hubieran ido así entre ellos. O, al menos, no que el malestar y los problemas llevaran existiendo desde hacía tanto tiempo. Sabía que la decisión de Marta de no querer ser madre era prácticamente inamovible. También era consciente de que era una mujer a la que le costaba la misma vida renunciar a sus principios. De modo que, a menos que alguno de los dos decidiera dar un paso atrás, su relación tenía los días contados.

—¿Sigues convencida de tus prioridades?

—¿Por qué tengo que vivir una experiencia que nunca he deseado?

—Porque a veces hay que hacer concesiones en nombre del amor.

Las palabras se escaparon de mis labios antes de que tuviera tiempo ni siquiera de pensarlas. Fui la primera sorprendida cuando las escuché. No tenía ni idea de dónde había salido esta nueva filosofía de pensamiento, pero no por ello me parecía errónea.

—Pues que las haga él —se limitó a responder con mucha más frialdad de la que me hubiera gustado.

—Las lleva haciendo más de una década —añadí casi en un susurro.

Siempre había respetado todas las decisiones que mi hermana había tomado. Procuraba no opinar sobre ellas porque no quería tener ningún enfrentamiento con ella. Marta tenía un carácter fuerte y no solía llevar bien que se la contrariara cuando estaba convencida de que la verdad la asistía. En realidad, nunca le había dicho qué me parecía esta decisión en concreto. Sin embargo, pensé que no era el mejor momento de expresarla en voz alta.

—¿Tú de parte de quién estás?

—De la del equilibrio —respondí con toda la calma de la que fui capaz dadas las circunstancias.

—Siempre has pensado que estaba equivocada, ¿verdad?

—Yo en lo que creo es en hacer caso a las tripas —respondí mientras me llevaba una mano a la boca del estómago y otra al centro del pecho—. En tomar las decisiones sabiendo bien lo que sentimos en estas dos partes del cuerpo. Lo demás es perder el tiempo. No tengo ni idea de qué te dice tu interior —seguí hablando con cierta lentitud porque quería escoger bien las palabras que iba a utilizar—. Pero sea lo que sea... asegúrate que es de auténtico. Si crees que no puedes seguir adelante con Manel no lo hagas. Yo te apoyaré. Si necesitas tiempo para pensar en todo lo que te está pasando, también me tendrás a tu lado. Y si una mañana te despiertas y entiendes que no pasa nada por cambiar de opinión, por derribar muros que creías inamovibles o por mandar a la mierda cada una de las determinaciones que tomó una mujer que ya no eres, seguirás pudiendo contar conmigo.

—Suscribo cada una de esas palabras —la voz de Jorge sonó con fuerza justo detrás de donde nos encontrábamos.

—Aquí está visto que lo de la intimidad no lo controlamos, ¿eh? —dijo Marta recuperando la compostura en cuanto fue consciente de que mi discurso se le había colado con fuerza en su interior y las emociones la estaban desbordado.

—Si queréis me marchó y paso de compartir con vosotras la cena que, por cierto, hace más de diez minutos que ha llegado —añadió él acercándose hasta nosotras. Luego nos abrazó—. Yo puedo pasar horas sin alimentarme, pero el que está ahí fuera creo que ya ha metido las zarpas en las bolsas.

—¡Eso sí que no! —dije en cuanto caí en la cuenta de que Marc podía ser una auténtica termita a la hora de devorar comida china.

Salimos a toda prisa de la cocina. Cuando llegamos al salón, el niño estaba sentado frente a la mesa escudriñando todas las raciones que habíamos pedido y, seguramente, tomando nota mental de cuántas podría comerse sin ponerse enfermo. Volví a sonreír y entonces comprendí que, las mismas palabras que había utilizado con Marta, eran también válidas para mí. Yo no era la misma persona que había tomado decisiones años atrás. La mujer en la que me había convertido era otra. Sabía que tenía que hacer un esfuerzo

importante por organizar los frentes que tenía abiertos, pero estaba convencida de que podría hacerlo. Y algo me decía que no solo lograría vencer, sino que la felicidad vendría al hacerlo.

## ~ CAPÍTULO 20 ~

Hablando de frentes abiertos... Nadie me había preparado tampoco para el que me esperaba en el despacho. Algo que cambiaría mi forma de entender el trabajo, las lealtades y hasta dónde implicarme con mi profesión para siempre. Llegué extrañamente temprano a la oficina. No es que me muriera de ganas de pasarme ocho horas encerrada y enterrada entre cientos de mails que me constaba tenía en la bandeja de entrada relacionados con la campaña de Cell. Sin embargo, había algo que me inquietaba. Una especie de nudo en el estómago que me había mantenido en alerta durante los últimos días. Tratándose de una campaña tan importante como aquella y, habida cuenta de lo pegadísimos que íbamos de tiempo, el volumen de trabajo que llegaba a mi correo era infinitamente menor del que debería dadas las circunstancias.

Mi primer pensamiento fue comentarlo con mis compañeros. Tal vez Laia, Xavi L. o Jordi me hubieran podido responder sin problema. Seguramente todo sería producto del cansancio y del caos en el que se había convertido mi vida. Ver fantasmas era relativamente sencillo cuando apenas dormías, pensabas demasiado y tenías las hormonas alteradas por atractivos profesores de universidad. Pero al final opté por guardar silencio y descartar por mí misma algo que, casi con toda seguridad, solo ocurría en mi mente. Por eso había decidido llegar un par de horas antes de lo habitual. Para poder aprovechar la calma que reinaba en el despacho, repasar a conciencia los correos y toda la información sobre la campaña que se había ido guardando en el archivo del cliente. Dos horas y tres cafés después me sentía más confundida que al comenzar. La sensación de que me estaba perdiendo algo todavía era mayor como también lo era mi empeño en no comentarle el tema a nadie. Excepto a Cristina. Si había una persona que podría aclararme la laguna de datos que existía en torno a aquella campaña de publicidad era ella. Estaba a punto de enviarle un mail cuando me sobresaltó el sonido del teléfono.

—Hola soy Quim —enseguida reconocí la voz de los químicos habituales con los que trabajaba con productos cosméticos—. Tenemos un problema con el protector.

Siempre había sido fan de las personas que hablaban sin rodeos, pero eso no era lo que necesitaba tan temprano y, mucho menos con lo justísimos de tiempo que íbamos con esa campaña.

—¿Nos cuesta mucho elaborar el producto? —dije bastante convencida de que el contratiempo al que se refería tenía que ver con el dinero. Ese solía ser casi siempre el problema.

—Sí y no —se limitó a responder.

—Y esto significa... —comencé a decir con el mismo tono de voz que empleaba con mi hijo cuando tenía que sacarle las palabras a la fuerza.

—El coste del bronceador en sí no creo que sea un problema. Incluso podemos abaratarlo más si prescindimos de algunos componentes...

—Tampoco queremos que la gente muera abrasada o que se llene de melanomas —me apresuré a responder antes de que él se viniera más arriba.

—No afectaría a la esencia del producto. Vamos que funcionaría —añadió con bastante gravedad en el tono de su voz—. Lo que me preocupa es el envase.

—La empresa de *packaging* es la habitual —dije de lo más profesional.

—La cuestión es que el bronceador es muy barato de producir en dosis reducidas —comenzó a decir Quim mientras yo sentía cómo se me iba encogiendo el estómago—. Si tenemos que envasar el producto a partir de doscientos cincuenta mililitros, no creo que el precio de mercado pueda ser competitivo.

—¿No habías dicho que el coste de producción incluso se podía reducir? —dije sin comprender del todo qué era lo que me estaba intentando explicar.

—Sí. En dosis controladas.

—¡Pero es un bronceador! —respondí con un tono de voz más alto del deseable—. Se supone que hay que ponerlo en todo el cuerpo para que cumpla su función.

—Bueno no creo que haya nadie que se ponga esa cantidad de una sola vez —respondió con lo que me pareció cierta sorna.

—Cierto. No conozco a nadie que en una sola aplicación gaste un cuarto

de litro de protector solar. Sí sé de gente que, al menos a principio de la temporada, termina un bote en un fin de semana —dije con seguridad y pensando en cómo nos untábamos Marc y yo cuando empezaba a apretar el calor—. Eso por no mencionar a las personas que van a destinos tropicales, los ancianos y los niños, quienes te recuerdo son los principales destinatarios de este producto.

—Entonces se nos va a ir mucho de precio —sentenció.

Si hubiera tenido a aquel hombre frente a mí en ese instante lo hubiera matado. Cierto que la encargada de pensar en todos los contras que podía tener el nuevo bronceador que pretendíamos comercializar en primavera era yo. Y, en cierto modo, lo había hecho asegurándome de que las variables que yo controlaba estuvieran precisamente así, bajo control. Lo que no podía prever eran los precios de los elementos químicos que necesitábamos para tener el producto que queríamos. Cuando se me había informado de que el producto era viable di por hecho que se contemplaban producciones elevadas, no envases del tamaño de un grano de arroz.

Permanecí en silencio mientras mi mente trataba de buscar una solución a toda velocidad. No podía entrar en el despacho de Cristina y decirle que había surgido un problema como aquel. Eso supondría empeorar las cosas entre nosotras y bastante mal estaban ya. Tenía que ser capaz de encontrar la forma de hacer viable el producto sin que ella se enterara de nada. Y debía hacerlo ya.

—Quim, ¿se te ocurre algún tipo de envase igualmente efectivo y que no supusiera un precio de venta ruinoso?

—Tendría que pensarlo. Hace poco vi un documental sobre mosquitos caribeños y un gel que se estaba desarrollando para poder combatirlos que tal vez nos pudiera servir. La mezcla se hace sobre una base acuosa...

Quim empezó a explicarme con todo lujo de detalles la casi una hora de duración del programa de televisión en cuestión. Sin embargo, mi mente había viajado a otro lugar. En concreto a un viaje que Marc y yo habíamos hecho siete años atrás a Sri Lanka. Había viajado hasta la otra parte del mundo con mi hijo para consternación de mi hermana y algunos de mis compañeros quienes consideraban que no era prudente llevar a un niño tan pequeño a aquel país. Una de las cosas que más me preocupaban eran los insectos. Aunque

ambos estábamos vacunados para toda clase de enfermedades conocidas, teníamos la misma reacción frente a las picaduras de cualquier cosa que volara o se arrastrara por el suelo. En aquella ocasión, un químico de la empresa nos elaboró unas toallitas que desprendían un aroma embriagador para los humanos, pero tremendamente desagradable para los bichos en cuestión. En aquel momento se trataba de un producto todavía no comercializado al que él le había dedicado gran parte de su tiempo libre. Meses después, se había convertido en uno de los productos estrella de la empresa y él se jubiló llevándose además una suculenta bonificación.

—¿Existe algún modo económico de fabricar parches, toallitas o similar que protejan la piel y que, al mismo tiempo activen la melanina? —dije sintiéndome de repente muy animada.

—¿Cómo los autobronceadores quieres decir?

—Algo similar, pero que no te deje el cuerpo como el de una cebra recién salida de Chernobyl —respondí al tiempo que sonreía.

—Lo puedo mirar, aunque como estamos hablando de protección total y para esos grupos de población tan sensibles al sol, no tengo muy claro si saldrán los números.

—¿Te acuerdas de la simulación de perfume que hicimos antes del verano? —dije sintiendo de repente cómo una idea acababa de abrirse paso en mi mente.

—¿El gel invisible?

—Sí —respondí haciendo esfuerzos por contener la emoción que sentía.

—Esa que al final no salió —dijo Quim quien, todo había que reconocerlo, era el optimismo personificado.

—Porque el cliente escogió otra opción. La idea era buena —me apresuré a responder. Quim tenía razón. Al final la idea había quedado solo en un simple proyecto, pero yo había disfrutado de lo lindo por primera vez en mi vida de un perfume que duraba horas y era muy suave para el olfato. A la de reuniones que había ido y en la que todos me preguntaban qué colonia llevaba que desprendía aquel aroma tan particular. La de gracias que había dado yo a la invención de aquel gel de aplicación rápida, que no manchaba la ropa y que además se podía usar en espacios cerrados sin que nadie se quejara de la

intensidad del olor. Cuántos vuelos se habían hecho mucho más llevaderos gracias a la sensación de bienestar que provocaba el producto en cuestión.

¿Conoces la composición de los nuevos geles hidratantes para bebés? — dije pensando en la campaña de otoño que habíamos realizado con un nuevo producto que estaba arrasando en el mercado del cuidado infantil y que tenía un coste de producción muy bajo.

—Si. De hecho, tienen mucho que ver con el desarrollo de los cosméticos protectores de insectos, ambientadores y demás —respondió Quim con seriedad y probablemente con la intención de volverme a soltar el rollo de los mosquitos del Caribe.

—¿Crees que podemos usar una fórmula parecida para este producto?

—Supongo que sí.

—Buena, bonita y barata, ¿verdad?

—Bastante más económica que lo que pretendíamos hacer hasta ahora, sí.

—Pues manos a la obra —respondí sintiéndome completamente eufórica.

—Te digo algo en un par de horas.

Quim me envió un correo antes de la hora de comer. La idea que habíamos tenido era viable y, lo mejor, encajaba a la perfección en el coste de producción previsto. Me sentía tan eufórica y llena de vitalidad que aproveché el almuerzo para redactar el plan de campaña definitivo y se lo envié a Cristina. No esperaba de ella ninguna aprobación, ni siquiera que me diera las gracias. Lo único que quería era regresar a casa con la satisfacción del trabajo bien hecho y la certeza de haberme quitado de encima una de las preocupaciones que más me perturbaban.

Eran poco más de las seis cuando salí de la oficina. Mi primer pensamiento fue el de irme a casa y pasar la tarde con Marc. Enseguida descarté la idea por otra que consideré muchísimo mejor. Me daría una vuelta por el centro y compraría algunos de los regalos de Navidad que mi hijo ya había pedido. Por lo general, solía tener este tema solucionado en el mes de noviembre. Este año, con todo lo que nos había tocado vivir, las semanas habían pasado sin apenas darme cuenta. Solo esperaba encontrar las pocas cosas que mi hijo había pedido. No tuve suerte en la primera tienda. Fue al tercer intento cuando conseguí hacerme con los regalos de Marc. Salí al frío

de la tarde en Plaza Cataluña con la adrenalina corriendo por mis venas. El centro de Barcelona era un hervidero de gente que, como yo, ultimaba las compras navideñas. La iluminación y la decoración de las calles me levantaron el ánimo todavía más. Decidí que, a pesar del viento helado que se había levantado, bien valía la pena regresar caminando a casa y poder disfrutar de ese espíritu mágico que parecía envolverlo todo. Unas cuantas calles después me detuve a comprar un vaso de vino caliente. Me había aficionado a él años atrás durante un paseo con Marta por la cálida Praga durante una de las mayores nevadas que había conocido la ciudad. Desde entonces, cada vez que el frío arreciaba, me proporcionaba aquel pequeño placer. Por suerte había una bodega no muy lejos de mi hogar donde servían uno excelente. Tanto que, en más de una ocasión, me había enviado directamente a la cama.

Al doblar la esquina que me llevaba directamente al portal de mi casa vi un coche que me resultó familiar. Sin embargo, no fue hasta que estuve con un pie en el ascensor cuando caí en la cuenta de a quién pertenecía el vehículo. Enseguida el corazón se me aceleró, comencé a sudar y sentí una profunda arcada subiendo desde la boca del estómago. El corazón me gritaba que corriera a la calle. La razón me decía que subiera a casa antes de tomar una decisión precipitada. Ganó el segundo. Pero, en cuanto abrí la puerta y vi que la casa estaba a oscuras me arrepentí de no haber obedecido al instinto. Corrí al interior, dejé las bolsas de cualquier manera en la entrada y fui directa a la habitación de Marc. Estaba vacía. Repetí la misma acción en el salón y en la cocina con el mismo resultado. A medida que pasaban los segundos el terror se había apoderado de mí. Lo siguiente que hice fue llamar a mi hermana.

—¡Toni se ha llevado a Marc! —dije al borde de un ataque de histeria.

—¿Qué dices?

—El hijo de puta este se ha llevado al niño —respondí sintiendo cómo las lágrimas me llenaban los ojos y la rabia se apoderaba por completo de mí.

—¿Estás segura? Mira que Marc ya tiene una edad como para irse así sin avisarte.

Sabía que mi hermana decía aquello con la intención de tranquilizarme, de hacerme pensar en todas las opciones posibles. Yo tenía claro lo que había pasado. Lo había sentido en el centro del pecho en el mismo instante en el que

identifiqué el coche.

—He visto su coche al llegar a casa —dije antes de sentirme del todo dominada por la angustia y el pánico.

—Llama a la policía. En diez minutos estoy allí.

No le hice caso. A quien si llamé fue a mi exmarido una vez, dos, tres... Tantas que cuando mi hermana llegó a casa me encontró hecha un ovillo en el suelo del dormitorio de mi hijo con el teléfono en la mano repitiendo la misma acción una y otra vez. Por supuesto Toni no respondió. Quien si lo hizo y a la primera fue mi abogado. Teníamos que asegurarnos de que mis sospechas eran ciertas antes de poder hacer nada. Marta confirmó lo que yo temía apenas una hora después. Izan, el mejor amigo de mi hijo, le confirmó que había visto a mi ex a la salida del instituto. Las piezas comenzaban a encajar y lo hacían en una dirección que me aterrorizaba. En mi cabeza se dibujaban los peores de los escenarios. La pregunta que me torturaba era la que, sin duda alguna, no me debía plantear si quería mantener cierta calma. Sin embargo, no podía dejar de pensar: “¿Y si no volvía a verlo nunca más?”

Al intento cien mil, Toni respondió al teléfono.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo con mi hijo? —dije en un tono tan furioso que incluso yo misma me sorprendí de la fuerza con la que sonaba.

—¿Tu hijo? Yo también soy su padre —respondió con aquel cinismo tan típico en él y que ahora tanto me enervaba.

—Echar un polvo no te convierte en padre de nadie.

Marta me apretó el hombro en un intento por hacerme saber que debía rebajar el tono. Si él colgaba era posible que no pudiéramos volver a contactar en horas. De modo que respiré hondo e hice un esfuerzo enorme por recuperar cierta calma.

—Escúchame —dije algo más serena—. Quiero que traigas al niño a casa ahora mismo y cuando lo hagas nos sentaremos y hablaremos.

—No voy a permitir que una zorra como tú me dé órdenes —respondió en un tono de voz que despertó aún más todas las alarmas. Toni estaba bebido. Bastante.

—Insúltame si eso te hace sentir mejor, pero devuélveme a Marc —dije de nuevo al borde de las lágrimas.

—¿Crees que el tío ese al que te follas va a ser mejor padre que yo? ¿Es eso?

—Toni, por favor. Hablemos de esto con calma —respondí con una serenidad que ni sabía de dónde salía—. No asustes al niño más de lo que ya debe estarlo y volved.

—No tengo nada que hablar contigo, puta. Tengo tanto derecho como tú a ver a mi hijo y nadie va a decidir eso. ¡Me da igual lo que ponga en un maldito papel! ¿Me has oído? —dijo tan alto y con tanta rabia que hubiera sido imposible no escucharlo incluso a kilómetros de distancia.

Sabía que debía mantener la mente fría en la medida de lo posible. La prioridad era encontrar a Marc, que regresara a casa sano y salvo. Por mi mente pasaron todas las palabras, las frases y los razonamientos que debería haberle hecho muchos años atrás. Sin embargo, ya no era el momento de emplearlo. Tenía que ser capaz de elaborar un argumento sólido y pacífico, hallar el modo de hacerlo entrar en razón. Mientras trataba de poner algo de coherencia en el hervidero en el que se había convertido mi mente escuché la voz de mi hijo.

—Marc, ¿estás bien? —grité dejándome llevar en gran medida por el miedo y la angustia que sentía.

—Está perfectamente —dijo Toni con la seguridad de quien cree que ha ganado la batalla—. Y volverá a casa cuando yo lo diga, ¿te ha quedado claro?

No me dio tiempo a responder. Cuando intenté articular alguna respuesta él ya había colgado. Por supuesto volví a llamar, pero había apagado el teléfono. Fue entonces cuando un intenso sollozo se escapó de mi garganta. Marta corrió a abrazarme. Yo sabía que no debía dejarme llevar por el miedo y la sensación de impotencia que estaba experimentando. Tenía que pensar y rápido. Mi exmarido podía llevarse al niño a cualquier parte o, lo que era todavía peor, en el estado de embriaguez en el que estaba era capaz de cometer alguna estupidez. Cogí el teléfono y llamé a Carlos de nuevo. Le expliqué la conversación. Su respuesta fue clara. Debíamos poner lo sucedido en conocimiento de la policía.

El simple hecho de pensar en tener que relatarlo todo de nuevo frente a un funcionario a en una comisaría me agotaba. También me parecía una soberana pérdida de tiempo cuando lo que de verdad importaba era salir a la calle a buscarlos. No tenía ni idea de dónde podían estar, pero aquello me parecía mucho más productivo que sentarme frente a un policía y contarle lo que acababa de pasar. Al final y gracias a la determinación de mi hermana se impuso la cordura. Fuimos juntas a denunciar los hechos. Por suerte cuando llegamos Carlos ya estaba allí. Igual que la vez anterior me sentí tremendamente agradecida por la atención que me prestaba y también volví a notar en mi interior esa sensación tan familiar de que las cosas en mi vida se torcían justo en el instante en el que parecían estar a punto de mejorar.

Dos horas después estábamos de regreso en casa. Los agentes que me atendieron fueron de lo más eficientes. Con los antecedentes de mi ex que yo desconocía hasta aquel momento, pero al parecer había tenido recientemente problemas con la ley por conducir ebrio y algún que otro altercado en clubes poco recomendables, el incumplimiento del acuerdo que habíamos firmado tan solo unas semanas atrás enseguida se pusieron a trabajar con la promesa de informarme en cuanto tuvieran noticias y me aseguraron que harían todo lo posible para que Marc regresara. Eso no me tranquilizaba demasiado. Una voz en mi interior no dejaba de recordarme que estos agentes eran especialistas en tratar a diario con personas en mi misma situación y que se suponía que aquello era lo que me tenían que decir. Sin embargo, tenía que hacer un esfuerzo por dejarlos trabajar y por convencerme de que todo acabaría bien.

Por suerte no tuve que esperar demasiado porque, como si de un milagro se tratara, el coche de Toni estaba frente al portal de casa cuando llegamos. Enseguida vi a Marc y corrí hacia él. Me di cuenta de que estaba confundido con todo lo que estaba pasando y también bastante asustado. Lo abracé con fuerza dejando salir parte de la angustia y el terror que había experimentado esas horas. Mi hijo se pegó a mi cuerpo como si le fuera la vida en ello y pude notar que él también estaba llorando.

—Sube a casa con el niño —le dije a Marta con toda la calma de la que fui capaz.

—No voy a dejarte sola. ¡Ni de coña!

—Ni yo pienso discutir contigo —respondí mirándola directamente a los ojos y con frialdad.

No tengo ni idea de qué fue exactamente lo que convenció a mi hermana así de buenas a primeras. Lo cierto es que alargó la mano, tomó la de Marc y, no sin antes dirigirle a mi ex una mirada cargada de odio, entró en el portal y desapareció alejando a mi hijo de una situación que no debía presenciar.

—Esta es la última vez que ves al niño —dije con toda la rabia que llevaba acumulada en mi interior—. ¿Te queda claro?

—Y eso quién lo dice, ¿tu? —respondió Toni con voz pastosa y haciendo más esfuerzo del deseable para mantener el equilibrio.

—No. Eso lo va a decir un juez porque no pienso descansar hasta que consiga alejarte de él para siempre.

—Eso te va a costar mucho dinero.

—Aunque me cueste la vida entera. Se acabó entrar y salir de nuestras vidas a tu antojo. Se terminó inculcarle al niño un respeto que, sin duda alguna, ya no te mereces —dije mirándolo de arriba abajo sin ocultar todo el desprecio que sentía hacia él—. Esta ha sido tu última victoria. Espero que la hayas disfrutado.

—Te crees muy valiente, ¿verdad? Piensas que tu gente te va a respaldar. Pero en realidad no eres nadie y estás sola. Ya veremos si eres tan valiente cuando las cosas se pongan aún más feas.

Sabía que aquello era un farol. Me estaba intentando intimidar para salir airoso y vencedor de un lío en el que él mismo se había metido. Sin embargo, yo ya había aprendido la lección y, sobre todo, había perdido el miedo a actuar, a sentir y a decidir. Lo miré directamente a los ojos y recorrí los escasos metros que me separaban de él. Pude ver un amago de sonrisa triunfal en su cara y fue precisamente eso lo que me impulsó a tomar la decisión de verbalizar lo que sentía en realidad.

—Si te acercas al niño será lo último que hagas, ¿te queda claro? —dije casi en un susurro a escasos centímetros de su oído mientras que una de mis manos agarraba con fuerza su entrepierna—. Vas a desaparecer de nuestras vidas y no vamos a volver a saber de ti nunca más. ¿Lo has entendido? Porque si vuelves a aparecer o a acercarte a cualquiera de nosotros a más de diez kilómetros lo sabré. Y créeme... Te encontraré y no te gustará nada lo que te va a pasar.

A medida que las palabras salían de mi boca, la presión que ejercía mi mano sobre él iba en aumento, como también lo hacían toda la rabia y la frustración acumuladas. Nunca había sido defensora ni amante de la violencia. Tampoco de perder la cabeza. Sin embargo, era incapaz de encontrar una solución eficaz que no pasara por meterle algo de miedo en el cuerpo. Probablemente no funcionara y lo único que conseguiría sería liberar todo el dolor acumulado durante tantos años. Así en frío podía parecer una locura el modo en el que me estaba comportando. En caliente estaba convencida de que asustarlo de aquel modo era un derecho que me había ganado.

Empecé a notar que el cuerpo de Toni se debilitaba. Se iba haciendo cada vez más pequeño ante mis ojos. Fue entonces cuando me di cuenta de que intentaba hablar. No quería escuchar nada de lo que tuviera que decir. También era consciente de que tenía que parar. De modo que aflojé ligeramente la presión de mi mano y me separé de él. Mi ex se quedó arrodillado en el suelo intentando recuperar el aliento mientras que con las manos se protegía el lugar que yo le había estado castigando. Aquel podía haber sido el momento perfecto para marcharme, aunque me quedé. Había una parte de mí, una un tanto extraña, que deseaba escuchar lo que fuera que tratara de decir.

—¿Qué es lo que quieres? —dije aun siendo consciente de que iba a tardar aun un rato en poder articular algo que no fueran gemidos, sollozos o susurros—. ¿Qué es eso que ni así eres capaz de callar? —añadí mirándolo con desprecio y rabia.

Él intentó hablar de nuevo, pero solo consiguió emitir otro gemido. Entonces me acerqué a él, me incliné y dejé el oído a la altura de sus labios. Me pareció interpretar lo que trataba de decirme con tanta insistencia. Sin embargo, quería oírsele decir. Necesitaba presenciar cómo se humillaba.

—Te lo repetiré ¿Qué puñetas quieres de mí? —dije con un tono de voz tan frío e impersonal que incluso a mí me impactó.

—Diez mil —respondió él en apenas un susurro.

—¿Eso es lo que crees que vale tu hijo?

Nunca llegas a conocer del todo a la gente por mucho que hayas compartido años de tu vida con ella. Aquello fue lo primero en lo que pensé en cuanto Toni habló. Luego sentí una mezcla de rabia, asco y decepción que a punto estuvo de provocar que vomitara. Si doce años atrás me hubieran dicho

que la relación con el padre de mi hijo iba a llegar a este punto no lo hubiera creído. Una parte importante del hombre que yo había conocido ya no existía. El paso de los años lo había transformado. O tal vez lo que había conseguido la madurez era que aflorara su auténtico yo. Fuera como fuera ese ser despreciable y desmadejado a mis pies iba a salir del todo de nuestras vidas. Y si tenía que pagar para ello... Lo haría.

—Cinco mil o nada —me sorprendí respondiéndole todavía con más frialdad.

—Diez mil —insistió él con algo más de fuerza en el tono de su voz.

Estaba a punto de repetirle la cantidad cuando una pregunta asaltó mi mente. ¿Estaba dispuesta a regatear con la vida de mi hijo? ¿Con nuestra tranquilidad? ¿De verdad quería ser yo quien hiciera algo tan asqueroso como poner precio a nuestra familia?

—Mañana. En el despacho de mi abogado. Ya sabes dónde está.

Ni siquiera esperé a que contestara. Di media vuelta, entré en el portal y subí a casa dispuesta a centrar toda mi atención en Marc. Quería saber cómo estaba y, en especial, qué era lo que había sucedido. Cómo había terminado en el coche con su padre. Sabía que él había pasado tanto miedo como yo y, precisamente por eso, decidí que lo mejor sería tranquilizarme y escuchar su versión. Cuando se calmara ya tendría tiempo de pensar en todo lo que acababa de ocurrir.

## ~ CAPÍTULO 21 ~

Subí a casa todavía con la adrenalina corriendo por mis venas. Y menos mal, porque en cuanto atravesé la puerta y abracé de nuevo a Marc, las piernas comenzaron a temblarme y tuve el tiempo justo de desplomarme en el sofá. Mi hijo escondió la cabeza bajo uno de mis brazos, igual que como cuando era un bebé, comenzó a llorar y yo también. Había muchas cosas que quería decirle, sobre todo, transmitirle que lo peor ya había pasado, que se tranquilizara y que su padre nunca más volvería a comportarse así. Por mucho que intenté articular palabra fue imposible. Los leves sollozos de ambos se fueron convirtiendo en sonoros hipidos y en una casi desesperación por hacer sentir al otro que todo había terminado. No sé cuánto tiempo permanecimos así. Solo recuerdo que cuando conseguí mirar de nuevo al niño a los ojos habían pasado por mi cuerpo varias tazas de tila.

—Lo siento mucho, mamá —dijo Marc rompiendo así el silencio que reinaba en el salón desde que habíamos dejado de llorar.

—Escucha una cosa —respondí mientras le sostenía el rostro lleno de lágrimas entre mis manos— tú no eres responsable de nada. ¿De acuerdo?

—No tenía que haberme subido al coche, pero papá me dijo que tú le habías dado permiso para venir a recogerme y yo... ¡Tenía tantas ganas de pasar algo de tiempo con él! —añadió antes de romper de nuevo a llorar.

—Cierto. No tenías que haber hecho nada de eso —dijo Marta quien había permanecido en silencio hasta aquel momento—. De todos modos, no podías saber lo que iba a pasar. La gente normal no va por ahí llevándose a sus hijos —añadió con bastante rabia en el tono de su voz.

—Todo esto ha sido culpa mía —volvió a decir el niño con tanta culpabilidad que me partió el corazón.

—Lo que ha pasado tiene varios responsables y tú no eres ninguno de ellos —dije recuperando cierta calma—. Es verdad que no deberías haberte ido con tu padre sabiendo a la perfección cuáles son sus días de visita. Pero eso ya no lo podemos cambiar y, afortunadamente, todo ha terminado bien.

—¿Qué va a pasar ahora? —Marc siempre había tenido el don de la intuición y, aunque se había marchado con mi hermana antes de que Toni y yo nos enfrentáramos, no le era muy complicado de suponer que algo había sucedido entre nosotros.

—Es probable que todo cambie —me limité a responder con el tono de voz más neutro del que fui capaz dadas las circunstancias.

—¿A peor? —Probablemente Marc siguiera teniendo la sensación de haberlo estropeado todo y yo no estaba logrando tranquilizarlo.

—Dudo que haya algo más lamentable que el comportamiento de tu padre hoy —dijo Marta quien no estaba dispuesta a ocultar sus emociones y dejando salir también la tensión que había acumulado con todo lo sucedido.

—Este no es el momento de hablar del tema. Solo te puedo decir que la vida como la hemos conocido hasta ahora se ha terminado —sentenció mirando directamente a mi hijo a los ojos—. Tenemos que ser capaces de ser felices y de seguir adelante sin estos sobresaltos. A veces hay que hacer determinados sacrificios para ganar cierta tranquilidad —añadí sin saber demasiado bien de dónde estaba sacando la energía para mantener la calma.

—No voy a ver más a papá, ¿verdad?

Durante los siguientes segundos ambos nos sostuvimos la mirada. No había ningún reproche en el tono de su voz, como tampoco percibí en él mayor ansiedad que la provocada por el miedo que había pasado horas atrás. Yo todavía no había tenido tiempo de procesar lo que había pasado con Toni como tampoco acababa de comprender de dónde había salido aquella mujer que había tomado las riendas de la situación de una forma tan fría y drástica. Pero, teniendo en cuenta el modo en el que había reaccionado mi exmarido, tenía casi la certeza de que, si accedía a su petición económica, mi hijo no tendría noticias de su padre en muchísimo tiempo. Por un momento consideré la opción de ser totalmente sincera con él. Luego me convencí de que existen determinadas verdades que no eran necesarias compartir. Que a Toni le importaba una mierda aquel niño que tenía frente a mí era una de ellas.

—Marc, una de las lecciones que te da la vida es que hay momentos en los que no podemos controlar ni cambiar las decisiones de los demás —comencé a decir al tiempo que notaba que se me iba formando un nudo en el estómago—. Hace muchos años que tu padre escogió el camino que consideró mejor

para seguir adelante. Nosotros hemos tomado el nuestro. Y ahora debemos continuar actuando del mismo modo. Quienes se quieran unir para aportarnos paz, felicidad y armonía, perfecto. Las personas que pretendan lo contrario, no merecen que les dediquemos ni un segundo de todos los años maravillosos que tenemos por delante.

—Mamá, ¡lo siento tanto! —dijo Marc volviéndose a arrojar entre mis brazos sin poder contener las lágrimas—. Yo lo único que quería es que todo fuera normal —añadió antes ocultar la cabeza bajo mi brazo.

—¿Y qué es lo normal? ¿Lo que tienen los demás y tú no? ¿Te has parado a pensar en que tal vez los otros opinen que tú eres el que tiene una vida de lo más común? —Las preguntas salieron de mi boca como si llevaran tiempo esperando en ella para ser lanzadas—. Hijo la definición de «normal» es tan amplia —dije siendo consciente por primera vez de la angustia con la que había estado cargando el niño probablemente durante demasiado tiempo—. ¿Eres feliz? —añadí.

—Sí —respondió al tiempo que se separó de mis brazos y me dirigió una mirada cargada de sinceridad.

—Pues eso es lo único que debe preocuparte. Lo demás... Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a ese río.

—Nunca me ha gustado esa frase —respondió con media sonrisa dibujada en los labios.

—Pues te quedan muchos años de volverla a escuchar —añadí justo antes de dejar un beso cargado de ternura sobre su frente.

Pocos minutos después mi hijo se fue a su habitación no sin antes abrazar también con fuerza a su tía y desearle buenas noches. Quizás debería haberle insistido para que cenara algo y se quedara un rato más con nosotras, pero era consciente del agotamiento que debía sentir después de todo lo que había pasado. El mismo cansancio que comenzaba a pasarme factura también a mí. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá. Sentía todo el peso del mundo sobre mis hombros, aunque al mismo tiempo, me notaba ligera. Tenía la certeza de que Toni iba a desaparecer de nuestras vidas en cuanto yo accediera a su petición. Sin embargo, ¿sería ese el auténtico final? Seguía pensando que era una acción de lo más sucia y vil tanto pagar como aceptar dinero para que se alejara de nosotros. Además, tampoco tenía la certeza de

que, pasado un tiempo, mi ex no regresara a por más. «¿Qué otras opciones tienes?» dijo una voz en mi interior. Lo cierto era que durante casi una década lo había probado todo. El buen rollo, el diálogo, la tolerancia, el conformarme con las circunstancias e incluso llegarme a convencer de que debía aceptar al padre de mi hijo tal y como era. Nada de aquello había servido de nada. Diez años después estábamos casi en el punto de partida solo que con el dolor añadido de las ausencias y del paso de los años.

—Vic, ¿en qué piensas? —la voz de mi hermana me devolvió al presente.

—En que llevo demasiado tiempo tomando las decisiones equivocadas — dije con mucha calma y tranquilidad.

Marta alargó la mano y la dejó caer sobre las mías que descansaban en el regazo. Luego apoyó la cabeza en mi hombro y enseguida el ritmo de su respiración se mimetizó con la mía. Yo cerré los ojos y comencé a hablar. Necesitaba explicarle todo lo que sentía y, en especial, quería compartir con ella lo que había sucedido en el portal ya horas atrás. No era tanto una obligación, sino una forma de darle a entender que, de algún modo, había despertado una nueva mujer en mí. No sabía si tendría algo que ver con la persona que ella me había reclamado que fuera durante tantos años. Tampoco tenía ni idea si se asemejaría al ser que tantas ocasiones Jorge me había dicho que había en mi interior esperando a que le diera una oportunidad. De lo único que era consciente en aquel momento era de que, aunque no sabía en quién me estaba transformando, me gustaba. Y no por el episodio de violencia que había protagonizado. Ese más bien me horrorizaba y haría lo posible tanto por olvidarlo como para que no se repitiera con nadie jamás. Con la mujer que me quería quedar era con la que sentía pasión por la vida, la que miraba con alegría y esperanza hacia al futuro. Una persona llena de fuerza y positividad capaz de mover cielo y tierra por defender aquello en lo que cree. Los últimos diez años de mi vida me habían llevado al punto exacto en el que me encontraba. Habían hecho de mí quien era en el presente y, aunque era casi una desconocida, estaba dispuesta a darme una oportunidad.

La madrugada nos envolvía de nuevo cuando terminé de relatar todo lo que había guardado en mi interior durante tanto tiempo. No tenía ni idea de cómo iba a reaccionar mi hermana. Solo pensaba en lo feliz que sería si pudiera comprenderlo todo sin más. Sin reproches, sin ironías, sin sus famosos «ya te lo dije». En ocasiones la magia se produce sin más y aquel fue, sin duda

alguna, uno de los instantes más especiales que había vivido junto a ella.

—Ve a por todas. Yo estaré aquí contigo, con Marc, con vosotros... Siempre —dijo mientras me miraba de aquella forma tan suya. Atravesando el alma.

—Me siento un poco egoísta —respondí en cuanto caí en la cuenta de que, con todo lo que estaba soportando ella, tal vez le estuviera exigiendo demasiado.

—Siempre he estado aquí para ayudarte. Y, aunque el tema del dinero me parece igual de asqueroso y repugnante que a ti, creo que es la mejor opción en este momento.

—¿Crees que se conformará solo con diez mil? —dije un poco angustiada no tanto por el hecho de que todavía no tenía ni idea de dónde iba a sacar tanto dinero, sino por no tener la certeza de que Toni no regresara a por más pasados unos meses.

—Siempre le habéis importando bastante poco. Incluso cuando estabais juntos —Marta me miró con la cabeza ligeramente ladeada y con una expresión en el rostro que invitaba a no hacer ningún tipo de pregunta.

No sabía en qué basaba esa afirmación. También era consciente de que mi hermana no hubiera dicho algo así a menos que estuviera totalmente convencida de ello y que además existieran pruebas para respaldarlo. Durante unos segundos consideré la posibilidad de preguntarle, de tratar de averiguar qué se me había escapado en el transcurso de todo aquel tiempo en que me había dedicado en exclusiva a trabajar y a criar a Marc. Luego lo descarté. ¿Qué más me daban las razones, los hechos, cualquier cosa que tuviera que ver con una etapa de mi vida que había dejado atrás? Poco importaba ya si Toni nos había querido. Si realmente hubo un tiempo en el que llegamos a ser una familia. El presente era el que era y no tenía nada que ver con él.

—No sé cómo voy a salir de esto —dije refiriéndome al tema económico que tenía que resolver con mi ex.

—Yo te ayudaré —respondió Marta con contundencia.

—Estás tú para andar prestando dinero por las buenas —me apresuré a añadir.

Siempre me había costado aceptar ayuda de los demás. Ese era uno de los

rasgos que definían mi personalidad. Y cuando el problema estaba de algún modo relacionado con el dinero, aun me cerraba más. No era capaz de pensar con claridad y consideraba un fracaso recibir ni siquiera cincuenta euros de nadie. Ahora lo que necesitaba era, ni más ni menos que seis mil euros porque cuatro mil era lo máximo a lo que yo podía hacer frente en aquel momento. No tenía ni idea de dónde iba a sacar el resto, pero la simple idea de que mi hermana se implicara en aquello me hacía sentir bastante mal.

—Como esté o no esté yo en este momento no es tu problema. En lo que te debes de centrar es en quitarte de encima al mostrenco este. Y si necesitas diez mil euros como si son treinta mil. Los sacaremos hasta de debajo de las piedras —dijo Marta con una determinación que no dejaba lugar a muchas dudas—. Yo tengo esa cantidad y mañana, a primera hora, la tendrás tú.

—Pero...

—¡Victoria no me vengas con hostias! Vas a coger esa pasta, solucionarás el problema y cuando seas libre lo saldremos a celebrar.

—No sé cuándo te lo voy a poder devolver —dije aun siendo consciente de que mi hermana no quería escuchar algo como esto.

—¿Te he dicho yo que me lo devuelvas? ¿A que no? Pues calladita y a vivir la vida que ya va siendo hora.

—¿Por qué? —fue todo lo que acerté a decir porque la emoción me impedía pensar o hablar sin echarme a llorar.

—Sois mi familia. Sois lo único que tengo. Estoy con vosotros porque os quiero con locura, como también me implico en vuestros problemas porque eso es lo que deseo —Marta no separó ni un instante sus ojos de los míos mientras hablaba—. No te negaré que hubiera dado la mitad de mi vida porque hubieras tomado esta misma determinación muchísimo tiempo atrás. Pero lo único que importa ahora es precisamente eso. Que te has dado cuenta de la mujer extraordinaria que siempre todos hemos visto en ti. Ya iba siendo hora de que empezaras a quererte y a conocerte. Y si hay que pagar para que esto comience mañana mismo... ¡Pagaremos!

—Lo siento —fue todo lo que pude añadir a lo que me parecían las mejores palabras que me había dedicado jamás.

—No lo sientas. Hazlo. Vívelo y, sobre todo, disfrútalo —añadió antes de

abrazarme con tanta fuerza que incluso volví a experimentar la misma unión con ella que cuando éramos niñas. Una sensación que se había perdido con el paso de los años y que, sin duda alguna, acabábamos de recuperar.

—¿Y tú? —dije al recordar todo lo que estaba sufriendo después de que su marido se hubiera marchado de casa.

—Yo tengo que ser capaz de hacer el mismo ejercicio de autoestima y afirmación que acabas de realizar tú. Solo espero que no me lleve media vida conseguirlo —dijo al tiempo que los ojos se le llenaron de lágrimas, aunque en sus labios se dibujaba una media sonrisa.

—Te queda nada para cumplir los cuarenta. Esa gloriosa década de revelaciones y autoafirmación —respondí sin poder dejar de reír.

—Ya te lo dije en su día. De los cuarenta para arriba...

—¡A ver quién te toca la figa! —respondí tratando de imitar el tono exacto de su voz en el momento en el que ella había pronunciado aquellas mismas palabras meses atrás.

—A ti parece ser que Martín te la toca y bien, ¿verdad? —la Marta de siempre había regresado y venía con toda la artillería.

—Esa es una información que no te pienso proporcionar —respondí muy digna—. Además, ¿cómo es posible que podamos pasar así por las buenas de un momento tan espiritual a uno tan ordinario?

—Oh querida —dijo Marta imitando el acento más glamuroso de la zona alta de la ciudad— eso forma parte de nuestro encanto.

A continuación, las dos nos abrazamos sin poder dejar de reír. Había hecho falta una noche tan dura como la que acabábamos de vivir para conseguir que nos habláramos y nos sinceráramos como no lo habíamos hecho en años. Juntas éramos más fuertes y las dos íbamos a necesitar esa energía para hacer frente a lo que teníamos por delante. Pero tenía la certeza de que ambas, independientemente de cuáles fueran los resultados, lo íbamos a conseguir.

Marta me dejó sola unos minutos después. Había insistido en permanecer despierta a mi lado. No le parecía bien dejarme sola hasta que estuviera del todo recuperada. Aunque también me conocía lo suficiente para saber que, en situaciones como esta, una de las cosas que más me podían beneficiar era

pasar varias horas en soledad. Y eso fue precisamente lo que hizo. Darme un beso en la mejilla, apretar con su suavidad mi hombro y marcharse a su habitación a disfrutar de unas horas de descanso. Yo me quedé sentada en el sofá con la mirada fija en el trozo de calle que se veía desde donde me encontraba. El silencio de la madrugada era tan intenso que incluso podía escuchar los latidos de mi corazón. Sin pensármelo dos veces caminé en dirección a la ventana y la abrí de par en par. Respiré hondo y el intenso frío del invierno me llenó los pulmones. El oxígeno entró con fuerza en mi cuerpo y enseguida mi cerebro empezó a funcionar con mayor precisión provocando que pudiera pensar con muchísima claridad.

Cerré los ojos y tres palabras acudieron a mi mente. La primera de ellas fue Martín. Las otras dos una expresión que había acuñado el poeta romano Horacio al que yo había leído con tanta pasión en la universidad: «*Carpe Diem*». Las tres juntas conformaban una combinación fascinante y muy atractiva. ¿Debía aprovechar el momento con un hombre al que casi no conocía pero que me había hecho sentir tanto en tan poco tiempo? ¿Debía arriesgarme y abrirme en canal a la posibilidad de amor que estaba segura él ya me brindaba? ¿Era una inconsciente al plantearme una relación precisamente hoy con lo que acababa de pasar?

Mientras estas y otras preguntas cruzaban por mi mente a toda velocidad, las palabras sonaban cada vez con más fuerza en mi interior. Y fue entonces cuando viajé en el tiempo veinticinco años atrás. A una noche en un cine de verano, a una película que me descubrió que había magia en no ser cómo los demás y mucha valentía en sentirse orgulloso de esa diferencia. Cerré los ojos con fuerza y me envolvió el aroma de jazmín y volví a escuchar la inconfundible voz de Robin Williams susurrándoles a unos chicos de entonces mi misma edad la frase mágica: «*Carpe Diem*. Aprovecha el día porque cada uno de nosotros podemos hacer de nuestra vida una vida extraordinaria». Y, aunque la fascinación por esas palabras y la película en concreto me duró bastante tiempo, el paso de los años habían provocado que me olvidara de una cosa: Pasar a la acción.

Volví a abrir los ojos y, del mismo modo en el que lo había hecho muchísimos años atrás, comencé a susurrar las palabras que jamás debí olvidar: «*Carpe diem, carpe diem, carpe diem*». Cuanto más las decía, mayor era la sensación de libertad y más me convencía de que debía dejar hablar al corazón. Existía la posibilidad de que Martín no sintiera lo mismo que yo. Tal

vez no estuviera dispuesto a empezar una relación con alguien que tenía más problemas en su vida que un manual de álgebra. Pero yo no estaba dispuesta a quedarme con la duda ni tampoco con las ganas de contarle todo lo que hasta entonces me había esforzado tanto por ocultar. Había llegado el momento (y sabía que este era el de verdad) de salir al mundo a pecho descubierto. Poco importaba si resultaba herida en el intento porque lo que en realidad me mataba y me asfixiaba era continuar viviendo tras los muros en los que fingía una existencia que no me llenaba en realidad.

## ~ CAPÍTULO 22 ~

Llevaba varios días sin tener noticias de Victoria. No esperaba que enloqueciera de repente y me llenara el teléfono con mensajes en los que me dijera lo maravillosa que había sido la madrugada que habíamos pasado juntos. Sí que me hubiera gustado al menos saber que yo no era el único que consideraba que esas horas que compartimos, aquella madrugada en la playa, lo habían cambiado todo. Al principio su silencio no me había inquietado demasiado. Incluso lo agradecí. Necesitaba mi propio espacio para poder asimilar todo lo que había sentido a su lado. No tuve que darle muchas vueltas para identificar la sensación que me invadía no desde que había podido conocer cómo besaba, a qué olía y sabía, sino casi desde la primera cerveza que compartí con ella.

Amor. Esas cuatro letras y el enorme sentimiento que ello implicaba era exactamente lo que yo sentía por aquella mujer desde hacía más tiempo del que quería admitir. Y estaba acojonado. No había experimentado nada parecido desde que Sandra había muerto. Pero, si tenía en cuenta el tiempo que había pasado desde entonces, estaba casi en disposición de poder afirmar que nunca había estado enamorado en mi vida adulta. Eso me generaba terror y pánico. Yo, ese Martín que había trabajado sin descanso para gozar de una vida sin complicaciones ni sobresaltos, el hombre tranquilo y que se sentía orgulloso de tener sus emociones siempre bajo control, estaba enamorado como un gilipollas de una mujer que me fascinaba y me atraía en todos los sentidos. Hacía semanas que no podía dejar de pensar en cómo se transformaba el verde de sus ojos de más claro a más oscuro dependiendo de si estaba contenta o si, por el contrario, había algo que le preocupara. Tampoco podía controlar mis ganas de besar sus labios carnosos, de conocer cómo era el tacto de su piel. La misma que había podido acariciar y besar durante una madrugada que, pasara lo que pasara entre nosotros, siempre estaría en mi recuerdo. Podía estar horas recordando cada uno de los gestos que hacía al hablar, cómo se le iluminaba el rostro cada vez que mencionaba a su hijo y aquella sonrisa que estaba seguro podía llegar a dar sentido a muchas de las cosas de mi vida en las que, hasta entonces, ni siquiera me había fijado.

En cualquier caso, no era su espectacular físico lo que me había cautivado, como tampoco cada uno de los sutiles gestos con los que acentuaba todavía más toda la fuerza que irradiaba. Lo que me había enamorado de verdad era su forma de ser y de pensar. Porque si había algo realmente hermoso en Victoria era, sin lugar a duda, su interior. Era consciente de que ella hacía verdaderos esfuerzos por no mostrarse por completo. Sabía que no había tenido una vida fácil y que, del mismo modo en el que lo hacía yo, se había fabricado una coraza para proteger su corazón del mundo exterior. Sin embargo, casi desde el primer instante en el que la conocí fui capaz de percibir lo que ocultaba en un lugar al que muy pocas personas habrían tenido la suerte de acceder. Y no es que yo sufriera de vanidad o exceso de seguridad en la empatía que solía tener cuando de emociones se trataba. Era un hecho. Por alguna extraña razón era capaz de ver el interior de una mujer que me tenía completamente enamorado.

Sabía que tenía que actuar y rápido. Lo último que deseaba era perder a una persona con la que estaba convencido de que volvería a ser capaz de amar. Era cierto que apenas nos conocíamos, que nos quedaba aún mucho por descubrir el uno del otro. Me moría de ganas de tener noticias tuyas, de volver a compartir siquiera un café para poder disfrutar del placer de su compañía tan solo unos minutos. Pero tenía miedo de asustarla. Si yo apenas era capaz de dejar de sentirme aterrado por la intensidad de mis sentimientos hacia ella, ¿cómo lo iba a hacer para no asustarla?

Había pasado las últimas veinticuatro horas enterrado en trabajo intentando alejar a Victoria de mis pensamientos. También había hecho todo lo posible por entretenerme leyendo y paseando. Nada había conseguido que dejara de sorprenderme con la mirada perdida en cualquier parte rememorando los instantes que habíamos compartido. Y comenzaba a creer que, si no hacía algo, me acabaría volviendo completamente loco. La cuestión era qué. Consulté el reloj. Eran poco más de las nueve. Un nombre acudió a mi mente. Si había una persona a quien podía contarle cómo me sentía capaz de entender mis temores sin juzgarme era Jorge. Apenas una hora después estábamos sentados en un pub irlandés cercano al hospital en el que él trabajaba dando buena cuenta de una pinta de Guinness.

—Te veo jodido —dijo una vez le había relatado con bastante detalle cómo me sentía.

—No me ayudes tanto, por favor —respondí sintiéndome algo menos nervioso que cuando le había comenzado a explicar lo que sentía por Victoria—. No tengo ni idea de cómo seguir. Me aterroriza decir o hacer algo que provoque que se aleje de mí y... ¡me ha costado tanto encontrar a una mujer como ella! —añadí sorprendiéndome bastante de lo cursi que podía llegar a sonar esa última frase.

—Permanecer sin hacer nada también es una opción válida —dijo Jorge sin apartar sus ojos cansados de mi rostro en un intento por no perderse ninguna de las emociones que yo sabía que se reflejaban en él.

—¿Entonces tengo que esperar a que ella me diga algo? ¡Esto es un sinvivir!

—Martín no creo que me hayas llamado para que decida por ti. Victoria es una persona muy especial en mi vida. Una mujer a la que quiero como a una hermana y a la que he visto sufrir mucho durante, en mi opinión, demasiado tiempo —dijo de forma muy pausada y con el semblante muy serio—. No debo ser yo quien te explique ninguno de los problemas a los que se ha tenido que enfrentar últimamente. Contártelo o no es una decisión que le pertenece exclusivamente a ella. También te conozco a ti lo suficiente como para saber que si estás aquí sentado temblando como un adolescente —añadió con una sonrisa— es porque lo que sientes es de verdad y no sabes cuánto me alegro. Incluso estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Has conseguido dejar atrás el pasado de una vez por todas. Y eso es algo que vamos a celebrar —dijo mientras apuraba su pinta y le hizo un gesto al camarero para que nos sirviera dos más.

—Sabes que nunca olvidaré a Sandra...

Me arrepentí de haber pronunciado esas palabras en el mismo instante en el que salieron de mi boca. Era cierto que siempre tendría un gran recuerdo y que ocuparía su lugar especial en mi interior. Pero también sabía la enorme parte de mí que Victoria ya me había robado en tan breve espacio de tiempo. Lo último que pretendía era dar la impresión de estar sustituyendo un recuerdo por una mujer de carne y hueso. No quería que nadie, y mucho menos Jorge, pensara que quería comenzar una relación adulta con ella arrastrando un fantasma del pasado. La verdad era que me sentía bastante imbécil, confundido

y perdido.

—Creo que tienes que dejar de pensar tanto y actuar un poco más —dijo Jorge mirándome directamente a los ojos—. Victoria no se come a nadie y no creo que tengas nada que perder si le explicas cómo te sientes del mismo modo que lo has hecho conmigo —añadió.

—Quiero respetar su silencio. Si ha estado estos días callada no me gustaría que se sintiera agobiada y presionada.

Entonces Jorge me miró de un modo que no logré comprender y me dio la sensación de que estaba a punto de decirme algo. Sin embargo, cogió la pinta de cerveza, se la acercó a la boca y, de un solo trago, apuró casi la mitad. Luego se quedó observándome unos segundos, un gesto que interpreté como si estuviera meditando lo que me quisiera decir. A medida que fue transcurriendo el tiempo me fui poniendo cada vez más nervioso. Para cuando volvió a hablar, yo estaba casi al borde del infarto.

—Martín, ¿tú sabes para qué están los cojones?

—Disculpa... No te entiendo —dije sintiéndome bastante confundido

—¿Conoces el dicho popular de: El dinero y los cojones para las ocasiones?

—Sí

—Pues ya sabes. Ármate de valor y... ¡Llámala!

—¿Sin más? —dije sintiéndome aun un poco confuso.

—¿Quieres que marque yo por ti? —respondió al tiempo que alargaba la mano en dirección al teléfono que descansaba sobre la mesa.

—No. Ya lo haré yo —dije y cogí el móvil antes de que pudiera hacerlo él.

—Y ahora os dejaré algo de intimidad...

Vi cómo Jorge se alejaba en dirección a la salida del pub. Permanecí bastante rato inmóvil tratando de decidir si hacía lo correcto. Al final busqué su número en la pantalla y la llamé. Con cada tono mi respiración se iba acelerando un poco más. Para cuando saltó el buzón de voz me encontraba al borde del infarto. En cuanto escuché el pitido que me invitaba a dejar el

mensaje las palabras salieron de mi boca con facilidad.

*Me apetecía oír tu voz... Y también quiero decirte que no soy capaz de dejar de pensar en ti. A lo mejor sueño como un zumbado. Tal vez lo sea. Pero te puedo asegurar que es la primera vez que me pasa algo así y no sé cómo procesarlo. Si cuando hayas terminado de escuchar esto no te has asustado, dime algo por favor. Un beso.*

Cuando colgué me sentía aún más gilipollas que minutos atrás. ¿Se podía ser más torpe con las palabras? Y lo que era todavía peor, ¿podría ser capaz de no hablar como un quinceañero cargado de hormonas cada vez que pensara en ella? Durante unos segundos consideré la posibilidad de volver a llamarla y dejarle otro mensaje. Uno en el que no pareciera retrasado, imbécil o ambas cosas a la vez. Enseguida lo descarté. Dos llamadas seguidas sí que podían parecer dignas de un psicópata o un colgado. De modo que alargué la mano en dirección a mi pinta de cerveza y la apuré de un trago.

—Tranquilo, todo va a ir bien —fue lo siguiente que escuché.

Me di la vuelta y vi que Jorge había regresado. No sabía si había escuchado parte del mensaje que le había dejado. Probablemente no. Él siempre había respetado mi intimidad. En cualquier caso, el hecho de que me dijera aquellas palabras me dio esperanzas. Tal vez fuera cierto aquello de que el camino más corto entre dos puntos es la línea recta. Yo tenía muy claro que quería a Victoria en mi vida. Quizás lo mejor que pudiera hacer fuera hacerla partícipe de ello. Explicarle con claridad y sin reservas cómo me sentía. Lo peor que podía pasarme era que me rechazara. Si lo hacía al menos ya no tendría que preocuparme por eso. Si por el contrario, lo aceptaba e incluso compartía algunas de mis emociones, podía estar a punto de empezar una auténtica historia de amor. La mía.

\*\*\*\*\*

A las nueve en punto de la mañana estaba en el despacho de mi abogado. La noche anterior le había enviado un mail en el que le explicaba lo que había pasado con Toni y el tipo de acuerdo que me había propuesto. Su respuesta había sido inmediata y rotunda. Carlos rechazaba que le entregara ninguna cantidad a mi exmarido porque, tal y como ya había barajado yo, eso no garantizaba que no reapareciera pasado un tiempo y volviera a reclamar sus derechos. Sin embargo, yo estaba decidida a terminar con esa situación que tanto me angustiaba lo antes posible.

Marc se había levantado como nuevo y, aunque yo sabía que todavía llevaba tanto el susto como la decepción en el cuerpo, tenía claro que lo superaría. Ambos lo haríamos. Lamentaba que mi hijo hubiera tenido que comprobar de esa forma que su padre no era una buena influencia para él. No tenía intención de contarle con detalle la conversación que había mantenido con mi ex la noche anterior. Tampoco le explicaría, al menos no por el momento, que él valía poco más de diez mil euros. Cada vez que pensaba en eso se me partía el corazón. No lograba entender que un ser humano, al menos no uno al que yo hubiera amado, fuera capaz de proponer algo así. La sensación de que nunca se llega a conocer del todo a alguien no me había abandonado durante las últimas horas. Por suerte, no había ni un atisbo de culpabilidad en mí. Pensaba pagarle la cantidad que me había pedido para desaparecer de nuestras vidas, aunque esa decisión no la había tomado yo sino él. Era consciente de que, pasado un tiempo, mi hijo acabaría haciendo preguntas y yo debería ofrecerle una respuesta que se ajustara en la medida de lo posible a la realidad. La cuestión del dinero... Ya encontraría el modo de abordarla con él cuando llegara el momento.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —me preguntó mi abogado en cuanto me senté en el sofá de su despacho.

—Sí. Completamente.

—Ya sabes lo que opino —respondió mirándome con seriedad y preocupación—. La mayoría de veces estos tipos suelen volver a por más.

—No creo que vuelva si se sale con la suya —dije sintiéndome muy segura de mis palabras.

—Y eso lo sabes porque...

Durante unos segundos permanecí en silencio. El tiempo justo para ordenar en mi mente lo que había sucedido la noche anterior y podérselo explicar con el mayor detalle posible. Cuando terminé de relatarle la escena que habíamos protagonizado en el portal no me sentía orgullosa, sí liberada.

—¿Sabes el lío que te puedes buscar por actuar a lo «Kill Bill»? —dijo Carlos con una seriedad en el tono de su voz a la que no acompañaban sus ojos que parecían sonreír.

—Dudo mucho que le hayan quedado cojones para denunciarme.

No me di cuenta del doble sentido de la frase que acababa de pronunciar hasta que mi abogado tuvo que ahogar una carcajada simulando que bebía el café que le acababa de entrar su secretaria. Yo también tuve que esforzarme para no reírme con ganas. Si después de lo que había pasado todavía era capaz de conservar el buen humor, también tendría fuerza para salir de todo aquello con cierto éxito.

—¿Hay alguna forma de que hagamos esto sin que tenga que volver a verle la cara? Tengo el dinero aquí —dije mientras que mis manos se perdían en el interior del bolso donde había guardado el cheque que mi hermana me había extendido mientras desayunaba.

—La hay —respondió Carlos con contundencia.

—En ese caso ya me informarás. Ahora tengo que irme a trabajar. La vida debe continuar.

—Ciertamente —se limitó a responder él sin ocultar ya la simpatía que sentía hacia el modo en el que me estaba comportando.

En cuanto salí del edificio paré un taxi y le di la dirección de mi despacho. Luego le envié un mensaje a Marta explicándole que todo había ido bien y repitiéndole por vez ene mil que pensaba devolverle el dinero enseguida. Me acomodé en el asiento dispuesta a disfrutar de unos minutos de paz y tranquilidad, esos previos a la jornada de trabajo que sabía que me esperaba. La calma no me duró demasiado porque enseguida mi teléfono empezó a vibrar. Entonces recordé que tenía varios mensajes de voz. Los había visto al despertar, pero me apremiaba más la necesidad de solucionar el tema de Toni antes de tenerme que hacer cargo de alguna cosa más. El primero de ellos era de Laia, mi compañera de trabajo. Lo supe porque reconocí su número, aunque no había dicho nada. Me fijé en la hora de la llamada. Las diez de la

noche anterior. Probablemente había salido de copas y se habría equivocado. No le di más importancia. El segundo era de Martín. Era consciente de que le debía un mensaje o una llamada. Sabía que debía darle señales de vida. Después de lo que había sucedido entre nosotros me había dado cuenta de lo que sentía por él. Al menos la emoción la tenía clara e identificada. De lo que no estaba tan segura era de saber hacerlo. Estaba fascinada con todo lo que experimentaba cuando estaba a su lado. Lo que no había encontrado aún era la forma de hacérselo saber.

Apenas había comenzado a escuchar el mensaje cuando noté cómo se erizaba cada centímetro de mi piel. Los recuerdos de la madrugada juntos en la playa, la intensidad de su mirada, el modo en el que me sonreía siempre y cómo prestaba atención cada vez que yo hablaba. Un montón de imágenes cruzaron por mi mente a tal velocidad que incluso me costaba respirar. El mensaje terminó. Lo volví a escuchar. Una, dos, tres, treinta veces más. Cuando el taxi se detuvo frente a la entrada del despacho no sentía mariposas en el estómago. Tenía aleteando en mi interior a todos los unicornios del universo mágico porque no estaba loca ni me había imaginado cosas porque él también sentía algo por mí.

Entré en la oficina con la intención de elaborar un mensaje coherente con el que devolverle la llamada y explicarle mi silencio. No quería ofrecerle demasiados detalles por teléfono y pensé que lo mejor sería proponerle vernos al día siguiente. La jornada de hoy la quería dedicar al trabajo y a estar en casa con mi hijo. Necesitaba algo de tranquilidad familiar después de todo lo que había pasado. Además, también quería hablar con Marta. Necesitaba saber cómo se encontraba y qué era lo que estaba pasando por su mente. Sabía que no había vuelto a ver a Manel porque no me había dicho nada al respecto. De modo que debía de estar dándole vueltas a la cabeza al problema que estaba a punto de terminar con su relación si es que no lo había hecho ya a juzgar por la huida que se había marcado su marido. Aquella misma noche sin falta hablaría con ella y le haría saber que contara conmigo para todo lo que necesitara. Cualquiera que fuera su decisión yo permanecería a su lado.

Regresé a la realidad y encendí el ordenador. Al comprobar el correo lo primero que encontré fue un mensaje de Quim. Había encontrado la fórmula que hacía nuestro producto viable. El gel bronceador ya era una realidad y lo hacía dentro de los parámetros del bueno, bonito y barato. Levanté la vista y busqué a Laia con la mirada. Quería compartir con ella la buena noticia

porque sabía cómo se angustiaba también cuando surgían esta clase de imprevistos. No la encontré. En realidad, no vi a nadie. Había entrado tan fascinada por el mensaje de Martín que ni siquiera me había dado cuenta de que la oficina estaba vacía. Consulté el reloj y comprobé que eran las diez y media. ¿Dónde se había metido todo el mundo?

Fue entonces cuando sentí una sensación familiar en la boca del estómago. La certeza de que Cristina me la había jugado. Sin pensármelo dos veces me levanté de la silla y caminé con paso decidido hasta la sala de reuniones. Estaba vacía. Durante unos segundos dudé, pero enseguida supe dónde tenía que ir. Continué por el pasillo y me dirigí a la sala de presentaciones. A medida que me iba acercando pude notar cómo la sangre hervía en mi interior. No era la primera vez que mi jefa me la intentaba jugar. Sí que era nuevo el hecho de que yo no me hubiera percatado de nada.

En cualquier otro momento de mi vida y ante una situación como aquella me hubiera culpabilizado. Incluso habría tratado de convencerme de que debería haber estado más atenta a las señales que, casi con toda seguridad, habrían existido. Y, sin duda alguna, permanecería en silencio aceptando la injusticia una vez más. Probablemente con lo que ni yo misma contaba era con que había llegado al límite de mi resistencia. Lo sucedido con Toni la noche anterior fue la gota que colmaba el vaso y, una prueba de ello era la forma en la que yo había reaccionado. Ahora tampoco estaba dispuesta a permanecer en silencio ante otro nuevo intento de cuestionar mi profesionalidad, los años de experiencia que llevaba a mis espaldas y todo lo que había aprendido a base de muchísimo sacrificio. El tiempo de las humillaciones, del temor y de agachar la cabeza ante una mujer que, ni de lejos estaba más cualificada que yo para ocupar ese puesto de dirección, había terminado.

Abrí la puerta de la sala de presentaciones con ímpetu. Tanto que los ojos de más de treinta personas se posaron en mí. Yo solo tenía interés en una de ellas. En concreto, en la que sostenía el puntero en la mano y parecía estar a cargo de todo.

—Buenos días, Victoria. Veo que has decidido honrarnos con tu presencia —dijo Cristina con la seguridad de quien se siente vencedor—. No creo que vayamos a necesitarte por ahora, pero si quieres quedarte a escuchar es posible que aprendas algo —añadió al tiempo que dirigió una de sus encantadoras sonrisas a un hombre de pelo canoso y elegantemente vestido al

que enseguida identifiqué como el director del Cell.

—Me sentaré aquí por si necesitas consultarme algo —respondí con un tono de voz que no dejaba lugar a ninguna duda. La estaba retando y, a juzgar por la tensión que se había generado en su mandíbula durante apenas un segundo, no le había gustado nada.

Mientras me acomodaba en una de las sillas junto a la puerta me di cuenta de dos cosas. La primera que Laia, mi compañera de trabajo, era incapaz de mirarme a la cara. La segunda que, junto al resto de las personas que trabajaban en esa cuenta, estaba sentado Xavi, el Director de Recursos Humanos. No existía ninguna razón objetiva para que él estuviera presente en una reunión de ese tipo. Lo único que podía justificar su presencia en la sala era que mi jefa había decidido ir a por mí. Era bastante probable que me estuviera enfrentando a mi último día de trabajo en aquella empresa.

Cristina retomó el hilo de la presentación y yo me dediqué a buscar contacto visual con la misma persona a la que, unas semanas atrás, me había asegurado que tenía la situación bajo control. En cuanto los ojos de Xavi se encontraron con los míos pude leer en ellos dos cosas. La primera que no aprobaba lo que mi jefa estaba intentando hacer. La segunda era una especie de aviso para que esperara a armar la marimorena una vez que el cliente se hubiera marchado. De forma casi automática yo incliné levemente la cabeza dándole a entender que había captado el mensaje. A continuación, fijé la vista en la enorme pantalla que iluminaba la sala e intenté prestar atención. Durante los siguientes diez minutos vi pasar frente a mis ojos cada una de mis ideas, sugerencias y propuestas más atrevidas para el lanzamiento del nuevo protector solar. Las mismas que durante días mi jefa se había encargado de cuestionar, discutir e incluso descalificar. Desgranó punto por punto todos los pros y los contras de cada una de ellas. Y lo hizo frente a la atenta mirada de quien tenía la última palabra. Aquella era mi presentación, mis ideas, el trabajo de años con otras cuentas y clientes diferentes plasmadas en un único producto que estaba convencida que iba a revolucionar el mercado. Pero no era yo quien estaba defendiendo el proyecto, sino alguien que no conocía en absoluto el significado de palabras como esfuerzo, trabajo en equipo y dignidad.

Mientras mi jefa hablaba, las pulsaciones se me aceleraron y un montón de emociones se acomodaron en la boca de mi estómago. Rabia, frustración,

enfado y, por supuesto, sed de venganza. En mi cabeza se empezaron a dibujar un montón de escenarios posibles. En todos ellos, Cristina acababa con una bofetada en la cara cuando no siendo arrastrada de los pelos por mí hasta sacarla de la sala. Por muy liberadoras que fueran esas ideas, ninguna de ellas podía llevarla a la práctica. No si tenía intención de conservar un puesto de trabajo que, en realidad, no sabía bien si todavía conservaba y menos aún si quería volver a trabajar en algo relacionado con la publicidad o el marketing. De modo que respiré hondo, cerré los ojos durante un instante y traté de aislarme de las emociones tan intensas que estaba experimentando. Eché mano de la lógica, de la razón y de la capacidad de pensar que sabía que tenía ante situaciones de crisis. Qué podía hacer para reivindicar una campaña en la que tanto había trabajado y, al mismo tiempo, cómo podía poner al descubierto la sucia estrategia que Cristina estaba intentando llevar hasta el final.

Poco a poco fui regresando al presente y pude escuchar cómo el responsable de Cell le formulaba varias preguntas sobre la campaña. Al parecer, una de las cosas que más le preocupaba era la inserción del producto en el mercado y su pronta comercialización por parte de las consumidoras. Él, al igual que el resto de quienes estábamos allí, sabíamos que si la rápida aplicación y absorción del protector solar no funcionaba, el público al que iba dirigido el producto no le daría una segunda oportunidad. Durante unos minutos, Cristina intentó explicarle cómo seríamos capaces de introducir el protector solar en el mercado hasta convertirlo en un imprescindible en cualquier hogar. Pero, por muchos esfuerzos que realizaba, no conseguía especificar ese punto en cuestión. Y fue entonces cuando vi mi oportunidad de entrar a matar.

—Quizás habría que matizar un poco más el tipo de producto que vamos a comercializar —dije con voz alta y clara desde el fondo de la sala. De nuevo todas las miradas volvieron a posarse en mí.

—Como le estaba explicando al señor Sanz —respondió Cristina visiblemente molesta por mi intervención— hemos estado trabajando en un *packaging* innovador y que va a impactar mucho a nuestras consumidoras.

—Si, pero... disculpe no sé su nombre —dijo el aludido empleando un tono de voz que invitaba a conversar.

—Victoria

—Como acaba de decir Victoria —dijo dirigiéndome una sonrisa perfecta — nos interesaría saber el formato que vamos a utilizar. No queremos que este protector solar sea una crema o un vaporizador más. Necesitamos que tenga una fórmula que enganche a las consumidoras porque sea rápido, barato y eficaz.

¡Bum! Allí estaba. La pregunta del millón. La única información que yo no había tenido oportunidad de compartir y que ella desconocía por completo. De no haberme encontrado en una situación tan decisiva y complicada, me hubiera dejado llevar por la euforia al presenciar cómo el semblante de mi jefa iba perdiendo color. Incluso la voz le falló un par de veces cuando intentó hablar.

—Si me deja consultar mis notas... —dijo no sin antes dirigirme una mirada mezcla miedo y rencor.

—A mí también me gustaría saber cómo vamos a fabricar este producto tan estupendo —Xavier que había asistido en silencio a toda la presentación no necesitaba mucho más para darse cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad.

—Por supuesto —respondió Cristina mientras caminaba con paso decidido hacia el portátil que descansaba sobre la mesa y en el que yo sabía que no iba a encontrar la información que buscaba.

—También puedo explicárselo yo ahora mismo si lo desea —de nuevo todas las miradas volvieron a clavarse en mí. Sin embargo, ya no había duda, temor o compasión en ellas, sino respeto.

—Será un placer —respondió el director de Cell invitándome con un leve movimiento de mano a que ocupara el lugar de mi jefa al frente de la presentación.

Recorrí con determinación los pocos pasos que me separaban de la tarima que, hasta hacía pocos minutos, había ocupado Cristina. En cuanto estuve frente él comencé a hablar con tanta seguridad y fe en el proyecto que incluso me emocioné. Expuse mi conversación con el químico de la empresa y los contratiempos a los que nos habíamos enfrentado a la hora de encontrar un producto innovador y eficaz. Adorné la exposición con algunas notas personales sobre cómo había llegado a la conclusión de que necesitábamos un formato gel. Y sí, salieron a relucir incluso los jejenes del Caribe (¡Bendito Quim y sus mosquitos!). Apenas veinte minutos después la reunión había

finalizado y el director de Cell abandonaba la sala con una campaña que le iba a reportar cuantiosos beneficios. Me encontré con Laia justo antes de regresar a mi mesa. En esta ocasión tampoco pudo sostenerme la mirada y pude percibir que incluso se sonrojaba. No hacía falta ser muy listo para averiguar lo que había sucedido. En ocasiones el miedo a perder lo que tenemos nos hace tomar decisiones equivocadas. Ella había apostado claramente por el caballo que consideraba ganador. Aun así debía de sentir hacia mí cierta lealtad ya que, de otro modo, nunca se le hubiera ocurrido llamarme. No tenía ni idea de lo que hubiera pasado si en vez del buzón de voz hubiera sido yo quien respondiera al teléfono. ¿Se hubiera atrevido a contarme la verdad? ¿A decirme que Cristina había convocado una de las reuniones más importantes de la temporada a mis espaldas? Probablemente no, aunque eso ya nunca podría averiguarlo. Apenas había dado unos pasos más cuando escuché la voz de mi jefa justo detrás.

—Ven ahora mismo a mi despacho —dijo en con un tono firme y autoritario. Como si en vez de haber vivido una de las mayores humillaciones de su carrera personal, hubiera sido yo quien tuviera que disculparse por algo.

Durante unos pocos segundos consideré la posibilidad de ignorarla, pero me di cuenta de que Xavier nos observaba con atención. Ya había dado bastante que hablar por hoy. No era cuestión de seguir animando el departamento entero de marketing con tanto sobresalto. Cristina entró en su despacho hecha una furia. Yo me limité a seguirla al tiempo que me esforzaba por morderme la lengua y no decirle nada de lo que en realidad pensaba.

—¿Se puede saber a qué puñetas estás jugando? ¿Sabes lo que acabas de hacer? —dijo en un tono de voz tan elevado que era prácticamente imposible que no se la oyera incluso desde la calle.

Sabía que actuaba así a propósito. Era consciente del ridículo tan espantoso que acababa de hacer. Uno de los que todo el mundo hablaría durante bastante tiempo y que era bastante complicado de superar. De las muchas opciones que tenía a su alcance para dejarme en mal lugar había escogido la de alterarme. Yo acababa de dejarle claro que ya no iba a callar más, que no pensaba permitir que ni ella ni nadie me humillara más. Y lo sabía. Por eso optó por provocar una discusión que me sacara de mis casillas. Solo así podría justificar lo que deseaba de verdad: Hacerme desaparecer de allí para siempre. Por suerte yo estaba en un extraño momento de claridad

mental y leí la jugada antes de que pudiera comenzar a extender la red en la que atraparme. Sin duda alguna, aquella iba a ser una conversación que ambas íbamos a recordar.

—Creo que lo que acabo de hacer es salvar una campaña de publicidad —respondí con toda la calma y profesionalidad de la que fui capaz.

—¡No te hagas la tonta conmigo, por favor! A mí no me vas a engañar —dijo mientras me miraba con desprecio—. ¿Crees que no sé lo que quieres en realidad?

—Muchos días me pregunto lo mismo y no he llegado a ninguna conclusión aún —respondí con cierta sorna—. Te agradecería mucho que, si tú lo ves con tanta claridad, me lo hagas saber. Me ahorraría mucho tiempo y esfuerzo.

—Pensaba que eras más lista —dijo completamente convencida de que yo había picado como un pez fascinado ante un buen cebo.

—Nadie lo diría

—¿Tienes alguna queja? —respondió como si no terminara de creerse que le echara en cara cómo me había tratado prácticamente desde que llegó.

—Si las tuviera, este no sería ni el momento ni el lugar para trasladarlas —añadí mirándola a los ojos y con la barbilla bien alta.

—Tampoco creo que nadie las fuera a tener en cuenta visto lo visto.

No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo con exactitud. Sabía que no debía dejarme manipular ni responder a ninguna de sus provocaciones. Mientras fuera capaz de mantener cierta calma podría salir airosa de la situación.

—¿Quieres decirme alguna cosa en concreto o me has traído aquí solo para charlar? —dije también en un intento de provocarla. Necesitaba que viera que yo también era capaz de jugar a lo mismo que ella.

—Estás a esto —dijo Cristina mientras me señalaba la minúscula uña del meñique de la mano izquierda— de quedarte sin trabajo. Estoy harta de tu falta de compromiso con la empresa, de cómo te apropias las campañas que no te corresponden, del modo en el que intentas trepar a un puesto para el que, sin duda alguna no estás capacitada. Y no te creas que no me he dado cuenta de tus ausencias —continúo diciendo cada vez con el tono de voz más elevado—. El

tiempo de que tus compañeros te tapen y te protejan se ha terminado.

Supe que se estaba refiriendo a Laia. En cualquier otra circunstancia hubiera contestado y hasta preguntado qué era exactamente lo que había pasado con a la que hasta el día anterior, yo consideraba una de mis mejores compañeras de trabajo. No lo hice. Simplemente me limité a observarla y me di cuenta de algo. Por mucho que intentara quedar por encima de mí elevando el tono de la voz y comportándose de aquel modo tan hiriente y poco profesional, sabía que yo había ganado. A medida que la idea se fue abriendo paso en el interior de mi mente, la sonrisa se fue agrandando hasta que llegó un momento en el que me fue imposible ocultarla.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —dijo sin poder disimular lo desconcertada que se sentía.

—Todo esto y, en especial, tú —respondí sin más.

—¿Eres consciente de que tengo motivos suficientes para despedirte?

Sabía que se estaba marcando un farol. Quizás mi trabajo no hubiera sido tan perfecto como meses atrás. Sabía que mi vida personal me había afectado bastante. Quizás demasiado. En cualquier caso, no lo suficiente como para justificar el ponerme de patitas en la calle. Y, en el supuesto caso de que tuviera una lista interminable de quejas sobre mí, lo que acababa de suceder en la reunión, era un pase VIP para continuar en mi puesto de trabajo. Probablemente porque yo pensaba más claridad que ella me atreví a responderle con la rotundidad que siempre había deseado.

—Sinceramente... Me da igual lo que hagas, a quién llames o escribas para quitarte de encima a la única persona de este departamento capaz de hacerte sombra. Aunque eso tampoco es que sea muy complicado —dije y noté cómo el peso de mi cuerpo se aligeraba.

—Estás muerta, Victoria. Y en cuanto salgas por esa puerta me voy a encargar personalmente de que ninguna agencia de esta ciudad quiera trabajar contigo a menos que sea para limpiarles el despacho —respondió casi gritando y apretando los puños con tanta fuerza que debía de estar destrozándose las palmas de las manos.

Lo confieso. La idea de cogerla por su estupenda melena de peluquería ultra mega cara de la que tanto alardeaba y pasearla por todo el despacho, regresó a mi mente. Nada me hubiera hecho más feliz. Mi cerebro tenía otros

planes y se me adelantó.

—Puedes meterte tu actitud y tus amenazas por el *fliss* —me sorprendí respondiéndole.

—¿Cómo dices? —dijo con los ojos más abiertos que un personaje de manga a la salida de un *after*.

—¿No era esa la palabra que debíamos utilizar cuando nos apetecía ser ordinarias? —añadí y recordé cuánto nos habíamos reído después de una reunión en la que Cristina había propuesto el uso de esta palabra, cuyo significado solo ella debía conocer, cada vez que sintiéramos la necesidad de blasfemar o soltar un taco.

—Sí —respondió toda digna.

—Pues ya me has oído. Puedes meterte tus amenazas por el mismísimo *fliss* —dije al tiempo que me di la vuelta con la intención de regresar, de una vez por todas, a mi mesa. Pero una fuerza en mi interior provocó no solo que no me moviera, sino que continuara hablando sin control—. Ahora que lo pienso... Creo que disfrutarás mucho más si te metes esa actitud de mierda que tienes por la figa.

—Victoria, no te atrevas...

—¿A qué? ¿A llamar a las cosas por su nombre de una puñetera vez? Mira mis labios y aprende —dije justo antes de dejar salir todos los sinónimos que se me iban ocurriendo de aquella misma palabra—. Figa, toto, chichi, chocho, chirri, patata, seta, escarola y, la que personalmente menos me gusta, pero que es la más adecuada para ti... ¡Coño! Y es exactamente por ahí por donde puedes meterte tus amenazas y cualquier otra cosa que tengas que reprocharme.

No esperé a su reacción. Lo último que vi de Cristina fue una mueca de horror en su rostro y cómo cogía el teléfono probablemente con la intención de sacarme de allí enseguida. Yo no quería darle ese gusto, de modo que fui hasta mi mesa, cogí mi bolso, el abrigo y, sin mirar a nadie, pero con la cabeza bien alta, me fui del despacho. Mientras esperaba al ascensor pensé que existía la posibilidad de que antes de que terminara el día estuviera sin trabajo. Ese era un riesgo que tenía asumido desde el mismo instante en el que había decidido plantarle cara a mi jefa. Cuando salí a la calle experimenté una inmensa sensación de paz y felicidad. Miré el reloj. Tenía tiempo de sobra para

recoger a Marc del instituto e invitarlo a comer.

## ~ CAPÍTULO 23 ~

Encontré a mi hijo en el patio del instituto hablando y riendo con sus compañeros de clase. Me esperé a que sonara el timbre. No quería romper el momento ni tampoco avergonzarlo. Aunque Marc no lo decía abiertamente, me había dado cuenta de que empezaba a convertirse en un adolescente con sus propias ideas, pensamientos y tonterías propias de la edad. Probablemente si le llamaba, ese simple gesto despertaría las bromas y risas de sus amigos. Así es que consideré que era mucho mejor esperar a que salieran todos y estar atenta para poder hablar con él antes de que corriera hacia el comedor del centro escolar. Estaba a punto de llamarlo cuando él levantó los ojos y me vio. Una enorme sonrisa iluminó toda su cara y adoptó la misma expresión que cuando era más pequeño y pasaba a recogerlo al aula de infantil.

—Mamá, ¿estás bien? —dijo en cuanto llegó junto a mí y justo después de darme un beso rápido en la mejilla.

—Sí. Solo es que tengo un rato libre y me apetecía pasarlo contigo. ¿A qué hora tienes la siguiente clase? —dije mirando de nuevo el reloj con la esperanza de que al menos pudiéramos disfrutar de una hora juntos.

—Hasta las tres no tengo que volver, aunque si me vas a invitar a una comilona tenemos que avisar para que me dejen salir.

Marc abrió la mochila y sacó la agenda del interior. La abrió por la página en la que debían constar las salidas junto con la firma de los padres y yo la rellené. A continuación, desapareció de mi vista. Regresó pocos minutos después.

—¿Nos vamos? —dijo sin dejar de sonreír.

—Claro. ¿Qué te apetece comer?

—¡Costillas! —respondió sin ni siquiera pestañear.

—Conozco el sitio ideal —dije mientras eché a andar calle abajo.

Una vez estuvimos sentados en el restaurante Marc me habló de cómo le había ido el día en el instituto, de algunas de las notas que ya le habían

confirmado y de los planes que empezaba a tener para las inminentes vacaciones de Navidad.

—En una semana se acaba esto y podré dormir hasta reventar —dijo muy ilusionado.

—Alguna cosa más tendrás que hacer —respondí sin dejar de pensar en que era posible que aquellas fueran las primeras navidades que pudiéramos disfrutar juntos de verdad. Si ya no tenía trabajo no había excusa para no estar a su lado el máximo tiempo posible.

—Jugar a la *play*, al *LOL*, ir al cine con Izan si me dejas...

—Te va a faltar tiempo —dije sintiendo como si, de repente, mi hijo hubiera crecido de golpe.

—También podemos hacer cosas juntos si no estás muy ocupada...

—Estas navidades van a ser diferentes —respondí cayendo en la cuenta de que quizás, lo que había sucedido en el trabajo, fuera una oportunidad para considerar otras alternativas, para disfrutar de un merecido tiempo de relax junto a mi hijo y para poder hacer todas aquellas cosas que siempre planeábamos y que, por falta de tiempo, nunca podíamos realizar.

—¿Porque estará Martín?

Sabía que la pregunta había sido tan espontánea como inocente. El hecho de que mi hijo pensara en pasar unas fiestas tan familiares con una persona a la que apenas conocía me halagaba. Teniendo en cuenta lo que acababa de pasar con su padre, no me hubiera parecido raro que se hubiera mostrado más reticente a que un extraño entrara en su vida. Yo ni siquiera había pensado cómo iba a encajar Martín en nuestras vidas. Tampoco tenía muy claro cuánto tiempo debía pasar para que comenzara a hacerlo. Tenía claro que necesitaba calma y que no iba a meter a un hombre en casa. Al menos, no de inmediato.

Me gustaba la vida que el niño y yo teníamos. No era perfecta, pero sí que había equilibrio y estabilidad. Tampoco sabía el nivel de compromiso que ambos estábamos dispuestos a asumir así desde el principio. Mientras pensaba en todas aquellas cosas comencé a sentir algo de temor. Nada fuera de lo normal, desde luego. Después de la experiencia con Toni, del modo en el que me había obligado a vivir y de la poca esperanza que albergaba de encontrar a una persona que me despertara esta clase de sentimientos, no era en absoluto

raro que me sintiera a caballo entre la prudencia, el miedo y el terror. Hice un esfuerzo por elaborar un argumento con el que explicarle a Marc que existía la posibilidad de que nuestras rutinas comenzaran a cambiar. Quería saber cómo se sentía él a respecto y también de qué modo lo iba a encajar después de estar casi toda su vida solo conmigo.

—Es posible que lo veamos sí... —comencé a decir con prudencia. Necesitaba escoger las palabras con lo que consideraba una decisión que, al margen de ser muy importante, nos iba a afectar a los dos—. También es probable que comience a pasar un tiempo con él —añadí mirando si la expresión del rostro de mi hijo reflejaba algún tipo de emoción negativa.

—Así es que vais a ser novios —respondió con picardía y enseñándome los dientes como cuando era pequeño y jugaba a imitar la sonrisa de los hipopótamos.

—Aún no sé lo que vamos a ser... —Y era la única verdad. No tenía ni idea de lo que iba a suceder entre ambos. Aunque, si él sentía la mitad de lo que ya lo hacía yo, todo prometía ser de lo más intenso y estable—. Pero pase lo que pase entre nosotros quiero que tengas claro que siempre serás mi prioridad. No voy a dejar de quererte por el hecho de sentir afecto hacia otra persona y tampoco quiero que perdamos la relación que ahora tenemos. Pase lo que pase y lleguen a nuestras vidas las personas que sean. ¿De acuerdo? —dije sintiendo cómo la voz me temblaba y se comenzaba a formar un nudo en la garganta.

—Mamá —respondió Marc con tanta seriedad que comencé a asustarme— quiero que sepas una cosa. Algo que llevo tiempo queriendo decirte y que ayer, mientras pasaba tanto miedo en el coche de papá porque no sabía lo que iba a suceder, decidí que debería de explicarte en cuanto te volviera a ver.

—Pues aquí me tienes. Adelante —dije y noté cómo el corazón se me aceleró aún más e incluso las palmas de las manos me comenzaron a sudar. Tratándose de mi hijo debía estar preparada para cualquier cosa.

—En ocasiones, no sé si lo sabes... —comenzó a decir casi en un susurro — y sé que no te lo digo lo suficiente. Yo te quiero. Si tuviera que definir lo que siento diría que eres la persona a la que más quiero en el mundo. Sé que siempre estás preocupada por mí, porque esté bien y no me falte de nada. A veces me cuesta entender que te pongas tan pesada y soplanucas —me sonrió

al pronunciar estas palabras— y, aunque no me gusta demasiado, seguramente lo acabaré comprendido. Yo también me preocupo mucho por ti y hago lo que puedo para que estés bien.

—Pero ese es mi trabajo, no el tuyo —protesté y no pude ocultar la sorpresa ante la madurez que estaba demostrando mi hijo al hablar.

—Me gustaría que no me interrumpieras... por favor —Marc se quedó en silencio y me observó. Yo me limité a asentir con la cabeza y vi cómo él tomaba aire. Y no tuve ninguna duda de quién había aprendido aquel gesto—. Eres la mejor familia que podría tener y, aunque me queje, no me falta nada de lo que tienen el resto de mis amigos que viven con sus padres. El tiempo que pasamos juntos es lo más y solo quiero que llegue el fin de semana para que podamos hacer cosas. También me he dado cuenta de una cosa; Cada vez me apetece pasar más tiempo con Izan y otros niños que he conocido en el instituto. Quiero ir al cine con ellos, a jugar al fútbol o a dar una vuelta por el barrio cuando podamos. Lo que intento decir es que sé que las cosas van a ir cambiando. Es posible que, con el tiempo, deseé un poco más de estas cosas y... ¿qué vas a hacer tú?

—No puedes sentirte responsable por las decisiones que yo tome o por lo que decida hacer con mi tiempo libre —volví a protestar.

—Mamá, ¡qué lenta eres cuando quieres! —respondió mi hijo con una pizca de enfado—. Lo que trato de decirte es que cada vez voy a querer hacer más cosas, conoceré gente nueva, iré a la universidad y, tal y como siempre me has dicho, querré vivir mi vida. ¿Y qué sucederá contigo? Pues que te quedarás sola. Y una persona tan buena como tú no se merece un final como ese.

—No tengo intención de morirme mañana —dije sintiendo que estaba al borde de las lágrimas no por el hecho de que acabara de exponerme con tanta claridad cómo serían los años que teníamos por delante, sino por la madurez y serenidad con la que lo había hecho.

—Si te mueres mañana, te mato —respondió él imitando el tono de la voz de su tía Marta quien solía emplear esta misma expresión para hacerlo sonreír—. En serio... no quiero que estés sola. Y no vale que me digas eso de que me tienes a mí o a la tía. Quiero que seas feliz, que tengas a una buena persona a tu lado y que tengas la vida que siempre te has merecido.

—¿Cómo sabes lo que me merezco o no? —dije notando cómo las lágrimas resbalaban ya por mis mejillas.

—Tengo ojos en la cara y, sobre todo, un oído muy fino —respondió con cara de travieso—. A ver si te crees que no me entero de las conversaciones que tienes con la tía o con Jorge cuando creéis que yo no estoy prestando atención.

—¡Ahora resulta que vas a ser la vieja del visillo!

—A esa le enseñé yo —dijo volviendo a sonreír—. En serio mamá, me da igual si se llama Martín, Adolfo, Yolanda, Pepita o Casimiro. Tienes que dejar que los demás también te quieran y te cuiden. No se puede estar dando siempre. Todos necesitamos recibir. Tú también.

¿Qué podía decir ante uno de los argumentos más sólidos que alguien me había expuesto jamás sobre la importancia de amar y, en especial, de dejarse amar? No podía rebatir ninguna de sus palabras, como tampoco podía dejar de sorprenderme de la madurez que estaba demostrando mi hijo. Al final iba a resultar que no lo hice del todo mal y había conseguido educar a un ser humano que prometía convertirse en un adulto más que decente y cabal. Sabía que aún quedaban muchas piezas por encajar, que pasaría un tiempo hasta que las emociones, los proyectos y la relación entre Martín y yo (si es que llegaba a prosperar) se asentara. Pero el hecho de contar con el apoyo tan incondicional de Marc fue la bocanada de aire fresco que necesitaba, el último de los temores que era necesario que desapareciera para poder comenzar esa nueva vida que, ahora sí, tanto deseaba.

—Te prometo que no me quedaré sola —dije con apenas un hilo de voz a causa de las lágrimas y la emoción que me embargaba.

—Siempre me dices que no haga promesas que no pueda cumplir.

—Haré lo posible por no estar sola. Y tú, cuando llegue el momento, tampoco lo estarás. Y esta es una promesa que los dos podemos hacernos ahora mismo sin tener la menor duda de que seremos capaces de mantenerla con el paso de los años. ¿Te apuntas? —añadí mientras le sonreía y era consciente de lo mucho que a Marc siempre le habían gustado los retos.

—¡Juramento de meñiques! —respondió mi hijo entusiasmado mientras extendía el dedo pequeño de la mano derecha y lo entrelazaba con el mío—. Ahora tenemos que escupir para que se cumpla.

—No pienso hacer esa guarrada en un restaurante —dije entre risas.

—Ahora no te vayas a rajar —protestó él fingiendo que se enfadaba.

—Venga... —añadí a regañadientes al tiempo que me llevaba la palma de la mano que tenía libre a la boca e hice lo que me pedía con la mayor discreción posible. A continuación, la estreché contra la suya y fingí poner cara de asco.

—¿A que no ha sido para tanto? —dijo Marc con el rostro iluminado por la victoria que acababa de lograr.

—Disfrútalo porque no creo que se repita en mucho tiempo.

—Eso ya lo veremos...

Durante la siguiente hora disfrutamos de las costillas, la ensalada de col, las patatas asadas y hasta compartimos un *brownie* con helado de vainilla entre los dos. Me despedí de mi hijo a una manzana del instituto con un beso en la frente. Luego caminé en dirección a casa sintiendo esa ligereza en el alma que tanto había añorado. En aquel instante poco me importaba lo que había pasado en la oficina unas horas atrás. Ni siquiera sabía si tendría un trabajo al que regresar. Nada de eso me preocupaba. Estaba tan segura de la fuerza que había descubierto en mi interior que poco me importaba si tenía que comenzar de cero en cualquier otro lugar o profesión. Para mí lo único relevante en aquel momento era comenzar esa nueva vida que, tal y como había dicho Marc, me merecía.

Cuando abrí la puerta del piso me sorprendió encontrarme con una maleta en el pasillo y, al ver a Marta vestida con unos vaqueros, una camiseta y zapatillas de deporte, saltaron todas las alarmas. La observé durante unos segundos mientras tecleaba a toda velocidad sobre la pantalla de su teléfono. Luego las dos nos miramos a los ojos y presentí que no me iba a gustar lo que me tuviera que decir.

—Victoria... Me voy —dijo sin más.

—A tu casa, ¿verdad? —respondí a pesar de que en mi interior conocía la respuesta.

—No.

—¿A dónde entonces?

—De momento a un lugar en el que pueda descansar... pensar sobre los últimos meses de mi vida —dijo sin apartar los ojos de los míos y con tanta serenidad que el nudo que se me había formado en el estómago comenzó a deshacerse.

—Has hablado con Manel —dije un poco sorprendida por el hecho de que no me hubiera comunicado con anterioridad una decisión como esa.

—No. Creo que nosotros no tenemos nada más que decirnos —respondió Marta con aquella seguridad en sí misma que tanto admiraba.

—¿Estás segura de que es así como quieres zanjar lo que habéis compartido durante tantos años?

Sabía que la decisión de mi hermana no tenía vuelta atrás. Si estaba dispuesta a alejarse de todo a menos de una semana de Navidad debía haber contemplado con detenimiento cada una de las posibilidades. Por una parte, me dolía que su relación con Manel acabara así. Por otra comprendía a la perfección que no quisiera renunciar a sus principios por difíciles de comprender que fueran para mí. Tenía derecho a vivir su vida como le diera la gana. Y si no quería tener hijos ni sentirse obligada a formar una familia con nadie, solo porque fuera lo que se esperara que hiciera o porque otra persona así lo deseara, olé sus narices. Nuestro paso por el mundo ya es lo suficientemente breve como para encima perder tiempo siguiendo los caminos que otros trazan por nosotros.

—Necesito seguir adelante con todo y, para eso, es necesario que me aleje. Pero no te preocupes. Solo serán unos días.

—¿Estarás bien? —dije obviando el hecho de que se nos iba a hacer muy raro pasar aquellas fiestas sin ella.

—Sí. Llevo un montón de lectura para cuando me harte de pensar y me he descargado capítulos de series en las que urden cómo matar a gente entre terribles sufrimientos —respondió con una media sonrisa—. Estaré todo lo serena que se puede estar en una situación como esta. No estés nerviosa porque no voy a perder la cabeza. Eso ya te lo dejo a ti... —añadió con cierta malicia y enseguida supe a qué, mejor dicho, a quién se estaba refiriendo.

—Voy a intentarlo... —dije volviendo a sentir los mismos nervios que cuando había hablado con Marc.

—Y saldrá bien. ¿Sabes por qué?

—No

—Porque eres una gran mujer y él lo ha sabido ver —respondió con rotundidad—. Te mereces ser feliz y pasear por la vida tomada de la mano de un hombre como Martín.

—¿Tan segura de estás? —dije sin poder evitar cierta sensación de vértigo y ansiedad ante lo que se avecinaba.

—Vas a ser feliz... Los tres lo vais a lograr.

—¿Y tú?

—Yo no pienso perderme asistir a tu boda vestida como un margallón —dijo muerta de risa.

—¡Eso no te lo crees ni tú!

—No te apuestes nada conmigo. ¡Siempre palmas!

Marta se acercó hacia el centro del salón donde yo estaba. Alargó los brazos y me abrazó. Sentí cómo las lágrimas se desbordaban de nuevo, aunque no podía hacer nada para controlarlas. Demasiadas emociones y cambios que procesar. Sabía que mi hermana era una mujer dura y que todavía saldría más reforzada del aislamiento al que pretendía someterse. Por supuesto, nosotros la íbamos a echar mucho de menos, pero era consciente de que cuando regresara, estaría de nuevo dispuesta para seguir adelante.

—Llámame al menos para saber que no te han asesinado o has acabado descuartizada en un contenedor —dije usando el mismo tono que solía emplear nuestra madre cuando vivíamos en casa y salíamos de fiesta.

—Chillaré de vez en cuando —respondió mientras se separaba de mí—. Estaré de vuelta antes de que me echéis de menos.

—Eso es imposible —respondí emocionándome de nuevo.

—Seguro que estarás encantada de tener la casa para ti sola y poder retozar a tus anchas con tu novio.

—¡No es mi novio y te recuerdo que vivo acompañada! —protesté sin demasiada convicción.

—Seguro que Marc encuentra con qué distraerse durante las vacaciones —

dijo como si ella dispusiera de alguna información que yo ignorara—. Despideme de mi sobrino y *Carpe Diem*, tata —añadió antes de alejarse por el pasillo y coger la maleta.

—*Carpe Diem* —respondí mientras sentía cómo el círculo se completaba.

Por diversas circunstancias ambas habíamos llegado a la misma conclusión. Necesitábamos aprovechar el presente, dejar el pasado definitivamente atrás y enfrentarnos con la cara bien alta y el alma repleta de esperanza a lo que la vida nos quisiera traer. Marta tenía por delante todavía un camino duro por recorrer. Una decepción como aquella no era fácil de superar, pero lo conseguiría. Para eso nos tenía a su lado. Yo tenía también una madeja que desenredar. Y eso comenzaba por hacer una llamada de teléfono.

Escuché el sonido de la puerta al cerrarse y fue entonces cuando me di cuenta de que no le expliqué a mi hermana la que se había organizado en el trabajo. Tampoco tuve tiempo de contarle mi conversación con Marc y cómo me habían sorprendido todas las reflexiones de mi hijo. En cualquier caso, ya tendría tiempo de hacerlo. Cuando regresara y todo hubiera comenzado a cambiar.

## ~ CAPÍTULO 24 ~

Me levanté antes de las siete para disfrutar de un poco de tranquilidad antes de despertar a Marc y marcharme a trabajar. Después de hablar brevemente con Martín por teléfono habíamos acordado vernos para cenar al día siguiente. En cierto modo me alivió percibir cierto nerviosismo en el tono de su voz. Al menos yo no era la única que estaba aterrada ante aquella situación, aunque también la deseara. Quizás hubiera sido mejor abordar el tema a través del teléfono cómodamente tumbada en la cama y sin nadie que me pudiera observar. Más fácil y también más cobarde. Así es que había hecho acopio de serenidad y valentía proponiéndole vernos cuando a él le viniera bien. Afortunadamente él había recogido el guante y propuso una cena informal en un restaurante coreano que solía frecuentar. Después de escuchar el sonido de su voz, de darme cuenta de que ambos teníamos las emociones a flor de piel, me costó bastante conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en él, en las palabras de mi hijo y en lo que cada vez tenía más claro en mi interior.

Aun no había apurado el primer café del día cuando el teléfono vibró sobre la mesa de la cocina. Desvié la vista del libro que estaba leyendo en dirección de la pantalla y vi que se trataba de un mail del trabajo. Pero no uno cualquiera. El remitente era el Director de Recursos Humanos. Alargué la mano, deslicé el dedo sobre el móvil y paseé los ojos por las palabras con rapidez. Me convocaban a una reunión a las diez de aquella misma mañana y se me dejaba bien claro que no hacía falta que pasara antes por mi despacho. Ya era oficial. Me iban a echar. No negaré que sentí una punzada de dolor y decepción en la boca del estómago. Tantos años de trabajo, horarios infernales, sacrificios, viajes y de haberme perdido media infancia de mi hijo tenían como recompensa pasar a engrosar la lista del paro. Una parte de mí quería enfadarse y gritar. Otra no paraba de recordarme que ese era el precio que debía pagar por haberme enfrentado a Cristina. Alguien que yo sabía desde hacía tiempo que era casi intocable y que también disponía de grandes defensores dentro de la empresa. La única satisfacción que me quedaba era doble. Había logrado una gran campaña de publicidad con un cliente

importante y le había dicho a mi jefa en la cara lo que pensaba de ella en realidad.

Marc y yo salimos juntos de casa haciendo un montón de planes para la Navidad. Ahora que ya era consciente de que no iba a tener un trabajo al que acudir, podía organizar el tiempo con el niño como más nos apeteciera. Me despedí de él con un beso en la frente e inspirando hondo aquel aroma a pan recién hecho que siempre desprendía. Luego, como me sobraban casi dos horas antes de ir a conocer mi sentencia de muerte, decidí ir a disfrutar de un buen desayuno. Recordé el lugar en el que había tomado café cuando había firmado aquel régimen de visitas con Toni que había quedado en agua de borrajas. A pesar de lo mal que me encontraba ese día aun recordaba la lista de manjares que aparecían en la carta. Enseguida la boca se me hizo agua y el estómago protestó con fuerza. Decidí ir dando un paseo. Después ya cogería un taxi para acudir a mi última cita en el despacho.

Apenas media hora después atravesé la puerta de la cafetería. El aroma a dulces y pan recién hecho me envolvió y sonreí por la buena decisión que había tomado. Busqué con la mirada una mesa en la que sentarme para poder disfrutar del homenaje gastronómico al que, sin duda alguna, me pensaba entregar. Fue entonces cuando me encontré con unos ojos que enseguida identifiqué. No tuve que mirar nada más porque enseguida el estómago se me encogió y el corazón latía desbocado en mi interior. Me sonrió y enseguida encaminé mis pasos hacia el lugar que ocupaba en una pequeña mesa junto a la ventana. Cuando llegué junto a él estaba a punto de perder el equilibrio. Las piernas me temblaban y respiraba tan fuerte que estaba al borde del colapso.

Martín se levantó para recibirme y depositó un tierno beso en mis labios. Sabía que, en aquel momento, éramos el centro de todas las miradas. Irradiaba tanta seguridad en sí mismo y sensualidad que era imposible apartar los ojos de su cuerpo. Cuando comenzaba a acostumbrarme a la suavidad de su boca, él se apartó y con un gesto suave me invitó a que me sentara. Ambos nos acomodamos a la vez aunque, tengo que confesar, que había tenido tiempo de repararlo de arriba abajo. Llevaba una camisa azul oscuro que marcaba ese cuerpo fibrado del que yo ya había podido disfrutar, unos pantalones vaqueros claros y zapatos negros. Vestido así aparentaba tener como diez años menos. De hecho, de no haber sido por el detalle del calzado, hubiera podido pasar con facilidad un alumno. Permanecimos en silencio mirándonos a los ojos. Y sí... El resto del mundo desapareció. El ruido de la máquina del café, las

conversaciones de los clientes, el sonido del tráfico en la Diagonal. En aquel momento todo dejó de importar. Sólo contábamos él, yo y todo lo que nos tuviéramos que decir. Porque, a juzgar por cómo se me estaba erizando la piel por el modo en el que él me observaba, no iba a ser capaz de esperar a la noche para hablar.

Cuántas veces había asistido incrédula a escenas como aquella en las películas que solía ir a ver al cine sola para poder llorar a gusto con un final de los de *made in Hollywood*. En las pocas ocasiones en las que Marta se dignaba a acompañarme siempre teníamos la misma conversación. Una en la que yo decía que, cuando se cumplía cierta edad, era imposible enamorarse de una persona como una adolescente. Me cansaba de argumentar que lo de las mariposas en el estómago era algo pasajero y que, después de unas cuantas decepciones en el amor, te acababas convirtiendo en una persona más práctica que valoraba cuestiones como la compañía, la lealtad o el sentido del humor. Mi hermana casi siempre se limitaba a escucharme. Aunque cuando lograba sacarla de sus casillas con mi cinismo siempre me respondía que esperaba que algún día encontrara al tipo que no solo alimentara a las mariposas durante el resto de mi vida, sino que también se encargara de darme las alas y confianza necesaria para poder vivir un amor de verdad. Y allí estaba yo sentada frente a él sintiendo cómo se erizaba cada poro de mi piel solo con mirarle a los ojos.

—Voy a empezar a pensar que me sigues —dijo Martín sosteniéndome la mirada y sin dejar de sonreír.

—Sí que tienes algo que ver con el hecho de que esté aquí hoy —respondí mientras notaba cómo se me iba secando la boca a medida que pronunciaba las palabras.

—¿Sí?

—Sí... —dije devolviéndole la sonrisa—. Tengo hambre.

—Pues has venido al paraíso —respondió y, mientras lo hacía alargó la mano por encima de la mesa, cogió la mía y entrelazó nuestros dedos.

—Creo que vas a tener razón —dije en cuanto noté la corriente eléctrica que parecían compartir nuestros cuerpos con aquella simple caricia.

—¿Dulce o salado?

—¿Todo?

Me encontraba en tal estado de atontamiento que no sabía ya si se estaba refiriendo al desayuno o a otra cosa. En cualquier caso me daba igual. Me apetecía absolutamente todo y no me avergonzaba lo más mínimo reconocerlo.

—En ese caso te recomiendo unos completos que te permiten probar un poco de todo —respondió con calma mientras uno de sus dedos acariciaba levemente el dorso de mi mano provocándome intensos escalofríos por todo mi cuerpo.

¿Era consciente del efecto que me causaba? ¡Vaya pregunta! Pues claro que lo sabía. Quién si no había estado conmigo en la playa haciéndome sentir cosas que ni recordaba y sensaciones que pensaba que no era capaz de volver a experimentar. ¿No era él la persona en la que no dejaba de pensar y con la que me planteaba mucho más que pasar agradables fines de semana en la cama? La presencia de un camarero junto a nuestra mesa interrumpió el hilo de mis pensamientos. Martín advirtió que estaba un poco superada por mis propias emociones y se encargó de pedir comida para los dos. Luego nos volvimos a quedar en silencio. Por suerte para mí, él parecía controlar mucho mejor que yo toda la situación y agradecí profundamente que fuera el primero que empezara a hablar.

—Victoria ya sé que hemos quedado esta noche para cenar... Aun así no sé si voy a ser capaz de esperar —dijo con aquella voz que tanto me fascinaba.

—Yo... —fue todo lo que pude articular. Ni siquiera sabía por dónde empezar a explicarle cómo me sentía con él y todas las cosas que me había planteado durante los últimos días.

—Quizás te parezca una locura. Puede que incluso te asuste. Si te sirve de algo te diré que yo estoy acojonado. Lo he pensado mucho y no puedo darle la espalda a lo que siento. Bueno, en realidad no quiero —Martín hablaba con tanta convicción y, al mismo tiempo, con tanta sencillez, que enseguida intuí lo que trataba de decir. Aun así, no fui capaz de interrumpirle. Yo a duras penas era capaz de respirar—. Llevo años huyendo de las emociones, de mis sentimientos. Estoy harto de escapar, cansado de ir por la vida sin terminar de implicarme en nada solo porque una vez amé y tuvo el final feliz que ambos deseábamos. No quiero una vida a medias. No me apetecen ya las tardes de filmoteca, lectura y trabajo hasta caer rendido. Y, aunque las quisiera, dudo mucho que fuera capaz de volver a disfrutar de ellas como antes. Lo que trato

de decirte, Victoria —añadió Martín inclinándose sobre la mesa hasta dejar su rostro a pocos centímetros de mí— es que estoy enamorado de ti.

Si existía el paraíso, yo acababa de llegar a él. Había escuchado con atención cada una de las razones que acababa de exponerme. Mientras lo hacía no podía dejar de asentir porque así era también como me sentía yo. Era incapaz de dejar de pensar en él. Recordaba las conversaciones que habíamos mantenido, sus gestos, la pasión con la que defendía todo aquello en lo que creía. Y también estaba el tema de querer más, de estar harta de la soledad, de no implicarme emocionalmente con nadie. Había tanta verdad y sinceridad en sus palabras que, si no hubiera estado ya enamorada de él, esta hubiera sido la ocasión para hacerlo.

—Yo también —respondí en cuanto fui capaz de respirar y pensar con cierta normalidad.

—Pero... —dijo Martín muy serio como si intuyera que había algo más que no le terminaba de encajar.

—Hay tantas cosas que no sabes de mí. Cosas de las que no estoy orgullosa. Personas con las que he compartido mi vida que me han hecho tanto daño que no sé si voy a ser capaz de seguir adelante sin que nada de todo eso me afecte.

No había nada ensayado ni pensado en lo que le había respondido. Simplemente había verbalizado mis principales temores. Me asustaba que mi matrimonio con Toni me hubiera dejado tarada para sentir amor de verdad. También me atemorizaba que, cuando Martín conociera toda mi historia, dejara de parecerle tan fascinante como él mismo me había asegurado que era. En definitiva, tenía miedo de que la imagen perfecta que se había hecho de mí no se ajustara a la realidad.

—Victoria no espero que a nuestra edad carezcas de pasado —se apresuró a decir él con la clara intención de tranquilizarme—. Mal iríamos si no lo tuviéramos, porque todas las experiencias que hemos vivido, las buenas, las malas, las horribles y las espectaculares nos han traído hasta aquí. Tú tienes tus heridas, tus temores y tus inseguridades como yo tengo las mías. Pero nada de eso importa si compartimos el mismo sentimiento y las ganas de recorrer este camino que se ha abierto ante nosotros. Yo estoy dispuesto a intentarlo si tú me das la mano. ¿Y tú?

En cuanto escuché la pregunta cerré los ojos. Traté de poner la mente en blanco y que fuera mi corazón el que hablara en realidad. Hacía tanto tiempo que no lo escuchaba que temía que hubiera perdido incluso la capacidad para reconocer mis sentimientos. Enseguida vi la cara de mi hijo y sus palabras resonaron con fuerza en mi interior. Me merecía alguien que me amara. Debía hacer el esfuerzo por aprender a recibir y, sobre todo, por dejarme amar. Marc tenía razón. Todos en la vida tenemos un propósito y un destino. El mío, indudablemente, me llevaba a los brazos del hombre que tenía frente a mí. Abrí de nuevo los ojos y me encontré con los suyos. Había tanta ternura en ellos, tanta pasión contenida y, en especial, tanto sentimiento que la respuesta salió sola de mis labios.

—Sí —dije y sentí cómo me ruborizaba mientras que las pulsaciones de mi corazón se volvían a disparar.

—Eso es todo lo que necesitamos para poder comenzar —respondió con aquella voz que ahora ya sabía que estaba diseñada para acariciar el alma. La mía.

Lo que pasó a continuación fue digno de un gran final. Los mismos a los que yo siempre había asistido completamente fascinada. Martín se levantó despacio y se acercó hasta mí. Me tendió las manos y tiró de mí con suavidad para que también me pusiera de pie. Cuando me tuvo frente alargó los brazos y me cogió de la cintura con firmeza. Con un gesto que me pareció cargado tanto de ternura como de sensualidad me acercó hasta su cuerpo. Enseguida noté el calor de su piel y la mía reaccionó al instante. Sus labios se pegaron a los míos y el sabor de su boca me embriagó trasladándome a un lugar en el que ser felices era posible. A un instante como este, el del presente, en el que estábamos empezando a escribir el primer capítulo de nuestra historia.

Cuando nos separamos no necesitamos decirnos nada más. Lo que sentíamos el uno por el otro era más que evidente, como también lo era el hecho de que ninguno de los dos había perdido de vista nuestras respectivas vidas. Sabíamos que nos quedaba mucho por hablar, vivencias y temores por compartir. Teníamos que contarnos más de cuarenta años de existencia, vivencias y decisiones. No iba a ser fácil, pero como él había dicho, teníamos lo esencial: Los dos habíamos vuelto a ser capaces de empezar a amar de nuevo.

## ~ EPÍLOGO ~

Nochevieja. En algún lugar de Barcelona.

Cuando vi entrar a Jorge y a Marta juntos en el club apenas me lo podía creer. Mi hermana había mantenido la incógnita de su regreso a casa hasta el final. Tanto era así que Marc y yo estábamos convencidos de que no la veríamos hasta después de fiestas. Sin embargo, allí estaba sonriendo y resplandeciente. Como si los últimos acontecimientos de su vida, en vez de hundirla, le hubieran servido de impulso para seguir adelante todavía con más fuerza.

—¡Tía! —gritó mi hijo en cuanto la vio y salió corriendo a buscarla.

Martín y yo le observamos alejarse sin poder dejar de sonreír. Habíamos pasado una Navidad maravillosa en casa. Unos días en los que habíamos compaginado, como si lleváramos haciendo toda la vida, nuestro amor y la responsabilidad familiar. Mi hijo lo había recibido entusiasmado cuando en Nochebuena vino a cenar. Desde entonces habían pasado varias tardes leyendo y jugando al *Scrabble*. En las conversaciones que íbamos manteniendo cuando Marc no estaba en casa habíamos decidido no forzar las cosas ni provocar nada. De momento Martín se limitaba a venir a visitarnos y solo se había quedado una noche en la que el niño fue a dormir en casa de Izan. Me alegró comprobar que no se me hizo extraño ni tampoco me causó ansiedad comenzar a establecer ciertas rutinas de pareja con él. Ningún hombre había dormido en mi cama después de Toni. Sin embargo cuando él se tendió a mi lado y comenzó a acariciarme el rostro no acudió a mi mente ningún otro pensamiento que no fuera el de demostrarle cuánto le quería y lo deseaba.

—Sí que te lo tenías calladito —dije en cuanto pude abrazar a mi hermana.

—No me hables de secretitos —respondió lanzándole a Martín una mirada cargada de intención—. Vas a tener que contarme muchas cosas, puerca —añadió.

—Vais a tenerlo que explicar todo, sí. Y os va a costar por lo menos una cena y un par de botellas de *whisky* —dijo Jorge sonriéndonos abiertamente a

los dos.

—Eso está hecho —añadió Martín quien enseguida se acercó a darle un beso a Marta y un cálido abrazo a quien yo ya sabía que era su mejor amigo.

—Bueno antes de que empiecen a dejarnos esto lleno de babas —dijo mi hijo quien estaba encantado con la idea de acompañarnos a la fiesta de fin de año que se organizaba en el mismo pub en el que había celebrado mi cumpleaños— mamá os tiene que dar la noticia del año.

—No habrás tenido el mal gusto de quedarte preñada, ¿verdad? —dijo mi hermana mirándome con incredulidad.

—Eso no entra en nuestros planes —se apresuró a aclarar Martín muy serio.

—No le hagas caso —añadió Jorge mirando a su amigo—. Se suele poner muy intensa, pero en el fondo es buena mujer. ¿Qué es eso que nos tienes que contar?

—Aún no es oficial... —dije sintiendo de repente cierto rubor porque ni siquiera yo podía creerme lo que me había pasado—. A partir de enero seré la nueva Directora de Marketing.

—¡Hostias! ¿Te has cargado a la perra? —Jorge fue incapaz de contener tanto la emoción como la animadversión que siempre había sentido hacia mi jefa.

—Se ha marchado —dije con una sonrisa triunfal.

—¿Así sin más? —A mi hermana la historia no le terminaba de cuadrar.

—No. Hubo un problema y bueno... la empresa ha decidido que lo mejor es dejarla ir y que yo la sustituya.

—Venga —dijo Martín quien había permanecido en silencio hasta entonces — cuéntales la película porque les va a encantar.

Miré a quien ya consideraba mi pareja y sonreí. A continuación, comencé a explicarles en primer lugar la reunión en la que Cristina había intentado apropiarse de mis ideas. Luego les detallé cómo había sido la reunión con Xavi, el Director de Recursos Humanos. Un encuentro que yo estaba convencida de que habían organizado para despedirme. Sin embargo, allí se me informó de que habían encontrado una posición mejor para mi jefa en la

delegación de Milán y que necesitaban con urgencia alguien experimentado que ocupara su puesto. A aquellas alturas de mi vida yo conocía lo suficiente el mundo de las multinacionales como para saber que cualquier destino que no fuera Londres, Ginebra o París se podía considerar como un castigo. Xavi no fue muy concreto, pero sí dejó entrever que el cliente de Cell había insistido personalmente en que yo me ocupara de la campaña y también había manifestado al director de la delegación europea, a quien conocía de jugar al golf, que no deberían desaprovechar a una creativa como yo. No hizo falta que me contara mucho más para saber que lo que me ofrecía era un ascenso, uno que yo me había ganado a golpe de esfuerzo y trabajo bien hecho. Mi respuesta no se hizo esperar. Aceptaría el cargo con las mismas condiciones y beneficios de los que había disfrutado Cristina. Y le dejé bien claro a Xavi que eso no era negociable. Había recibido la respuesta la mañana de Navidad cuando, en una llamada de teléfono inesperada el responsable de recursos humanos me felicitó las fiestas y me informó de que tenía un nuevo trabajo.

—Joder Victoria, ¡eres mi puta heroína! —dijo Marta volviéndose a abrazar a mí y besándome con fuerza en la mejilla—. Esto sí que vamos a tener que celebrarlo pero bien —añadió justo antes de echar a andar en dirección a la barra.

—Miedo me da —dijo Jorge mientras contemplaba cómo se alejaba—. Me alegro mucho por vosotros —añadió dirigiéndose a Martín y a mí con una amplia sonrisa—. Os merecéis todo lo bueno y, si no fuera porque sé que vais a estar bien hasta os desearía buena suerte.

—Parte de esto es gracias a ti —respondí y recordé cuando Martín me había contado la conversación que había mantenido con él justo antes de decirme que me quería—. Tú también vas a tener que invitarnos a unas cuantas barbacoas y botellas de malta para explicarlo todo.

—Cuando queráis. Mi casa está siempre abierta para vosotros. Sois mi familia.

Si mi amigo hubiera dicho alguna palabra más estoy convencida de que me habría echado a llorar, aunque no pudo continuar. No por falta de ganas, sino porque una campanada resonó con fuerza en el interior del pub. De repente toda la gente a nuestro alrededor comenzó a cantar. Busqué a mi hermana con la mirada y la encontré intentando abrirse paso entre la multitud. Martín se adelantó a mí y corrió a buscarla. Sonaba la décima campanada cuando por fin

conseguimos estar todos juntos. Cogí de la mano a mi hijo, Martín entrelazó sus dedos con los míos, un gesto sin el que ya no podía estar. Marta tomó de la mano a su sobrino y a Jorge. Formamos un fuerte círculo. Una forma de exteriorizarlas emociones que nos unían a todos. Un sentimiento que iba más allá de la amistad. Algo que nos convertía en familia y que sabíamos que nos mantendría unidos siempre. Cuando sonó la última campanada miré a mi hijo y me pareció que susurraba dos palabras que yo tan bien conocía: *Carpe Diem*

*FIN*